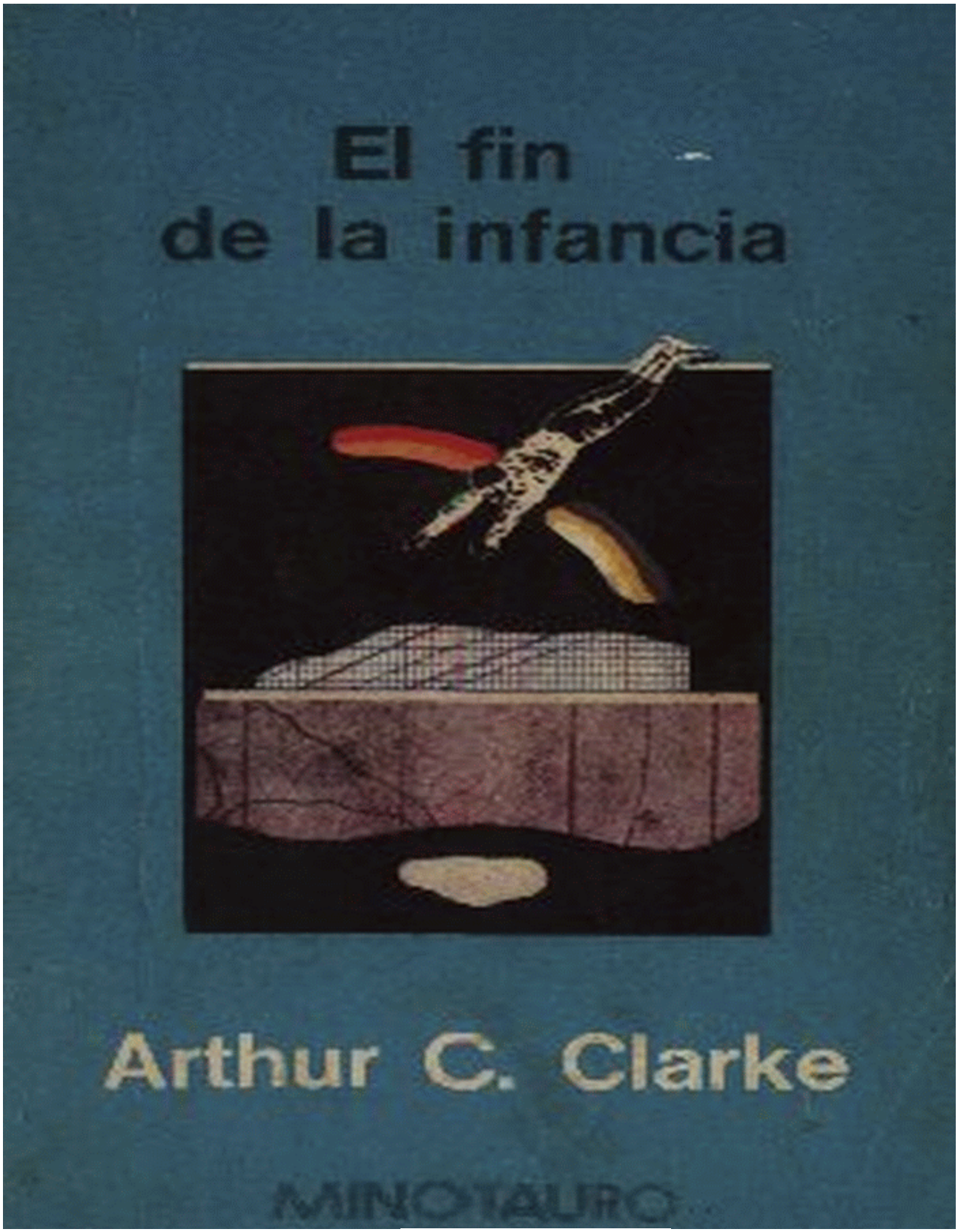
EL FIN DE LA INFANCIA

Arthur C. Clarke



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Prólogo

1

El volcán que había alzado a Taratua desde los fondos del Pacífico dormía desde hacía medio millón de años. Sin embargo, muy pronto, pensó Reinhold, unos fuegos más violentos arrasarán otra vez la isla. Miró la plataforma y alzó los ojos hacia la pirámide de andamios que rodeaba aún al Columbus. La proa de la nave, a sesenta metros de altura, reflejaba los últimos rayos del sol. Era una de las últimas noches del cohete. Luego flotaría en la eterna luz solar del espacio.

Todo estaba tranquilo aquí, bajo las palmeras, en lo más alto del rocoso espinazo de la isla. Sólo se oía el silbido intermitente de los compresores neumáticos o la voz apagada de los obreros. Reinhold se había encariñado con estas apretadas palmeras. Venía aquí casi todas las noches a vigilar su pequeño imperio. Le entristecía pensar que cuando el Columbus se elevara hacia los astros, envuelto en furiosas llamas, estos árboles quedarían reducidos a átomos.

A un kilómetro de la costa, el James Forrestal había encendido los reflectores y barría las aguas oscuras. El sol había desaparecido, y la rápida noche tropical se elevaba desde el este. Reinhold se preguntó, con un poco de sorna, si esperarían encontrar submarinos rusos tan cerca de la orilla.

Rusia le hizo pensar, como siempre, en Konrad y aquella mañana de la catastrófica primavera de 1945. Habían pasado más de treinta años, pero no podía olvidar los días en que el Reich se tambaleaba bajo las olas que venían del Este y del Oeste. Todavía podía ver los cansados ojos azules de Konrad y su barbita de oro mientras se daban la mano y se separaban en la arruinada aldea de Prusia atravesada incesantemente por columnas de refugiados. Había sido una separación que simbolizaba todo lo que había ocurrido desde entonces en el mundo... la grieta abierta entre el Este y el Oeste. Konrad había elegido el camino de Moscú. Reinhold había pensado que Konrad estaba loco, pero ahora ya no se sentía tan seguro.

Durante treinta años había creído que Konrad ya no vivía. Hacía una semana el coronel Sandmeyer, del Servicio Secreto, le había traído las últimas novedades. Sandmeyer no le gustaba, y estaba seguro de que el otro sentía lo mismo. Pero ninguno de los dos permitía que los sentimientos interfirieran en el trabajo.

- Señor Hoffmann - había comenzado a decir el coronel exhibiendo lo mejor de su cortesía profesional -, acabo de recibir algunos alarmantes informes de Washington. Es un secreto de Estado, naturalmente, pero hemos decidido comunicárselo al cuerpo de ingenieros. Así comprenderán que es necesario darse prisa. - Sandmeyer se detuvo, tratando de impresionar a Hoffmann, pero fue inútil. Hoffmann ya sabía, de algún modo, lo que iba a seguir. - Los rusos casi nos han alcanzado. Han desarrollado un propulsor atómico, quizá más eficiente que el nuestro y están construyendo una nave en las costas del lago Baikal. No sabernos hasta dónde han llegado, pero el Servicio Secreto cree que podrán lanzar la nave dentro de unos meses. Ya sabe lo que eso significa.

Si, ya lo sé, pensó Reinhold. Se ha alargado la carrera... y podemos perder.

- ¿Sabe usted quién dirige el equipo ruso? - había preguntado, sin esperar realmente una respuesta.

El coronel Sandmeyer había mostrado al sorprendido Reinhold una hoja escrita a máquina y allí, encabezando una lista, estaba el nombre: Konrad Schneider.

- Usted conoció muy bien a esos hombres de Peenemünde ¿no es cierto? - dijo el coronel -. Eso puede servirnos. Me gustaría que preparase usted unas notas sobre el mayor número posible de esos hombres. La especialidad de cada uno, el grado de inteligencia, y otras cosas similares. Sé que es demasiado pedir, después de tanto tiempo, pero haga lo posible.

- Konrad Schneider es el único que importa - había respondido Reinhold -. Tenía talento, los otros no eran más que ingenieros competentes. Sólo el cielo sabe la que ha hecho en

treinta años. No lo olvide... Schneider conoce, probablemente, todos nuestros resultados, y nosotros no conocemos ninguno de los suyos. Eso le da una decidida ventaja.

Reinhold no había pretendido criticar el Servicio Secreto, pero durante unos instantes Sandmeyer pareció ofendido. Al fin, el coronel se encogió de hombros.

- Puede no servirles de nada, me lo ha dicho usted mismo. Nuestro intercambio de información significa progreso más rápido, aunque dejemos escapar algunos secretos. Es posible que las oficinas rusas de investigación ignoren la mayor parte del tiempo lo que hace su propia gente. Les mostraremos que la democracia puede ser la primera en llegar a la Luna.

¡La democracia! ¡Tonterías!, pensó Reinhold, pero calló, prudentemente. Un Konrad Schneider valía un millón de votos. ¿Y qué no habría hecho Konrad con todos los recursos de la U.R.S.S. a su alcance? Quizá en ese mismo instante su nave se desprendía de la Tierra...

El sol que había dejado Taratua brillaba aún sobre el lago Baikal cuando Konrad Schneider y el comisario del Instituto de Ciencia Nuclear se alejaron lentamente de la plataforma donde se había probado el motor. Aún sentían una dolorosa vibración en los oídos aunque los últimos y atronadores ecos se habían perdido en el lago hacía ya diez minutos.

- ¿Por qué esa cara larga? - preguntó de pronto Grigorievitch -. Tendría que estar contento. Otro mes más y habremos iniciado el viaje mientras los yanquis estarán mordiéndose los puños.

- Es usted optimista, como de costumbre - dijo Schneider -. Aunque el motor funcione no es tan fácil como parece. Es cierto que no veo ante mí ningún obstáculo serio, pero... me preocupan los informes que vienen de Taratua. Ya le he hablado del valor de Hoffmann, y dispone de billones de dólares. Esas fotografías de la nave son algo borrosas, pero no parece hablarles mucho. Y sabemos que probó su motor hace ya cinco semanas.

- No se preocupe - dijo riéndose Grigorievitch -. Se van a llevar la gran sorpresa. Recuérdelo... no saben nada de nosotros.

Schneider se preguntó si sería cierto, pero decidió no expresar ninguna duda. La mente de Grigorievitch comenzaría a explorar unos canales tortuosos y complicados, y si llegaba a encontrar una gotera, el mismo Schneider se vería en dificultades.

Schneider entró en el edificio de la administración. Había aquí tantos soldados, pensó sombríamente, como técnicos. Pero así hacían las cosas los rusos, y mientras no se le cruzasen en el camino no tenía por qué quejarse. Todo, con algunas exasperantes excepciones, se había desarrollado tal como lo habla previsto. Sólo el futuro podía decir quién había elegido mejor: él o Reinhold.

Redactaba un último informe cuando unos gritos lo interrumpieron. Durante unos instantes permaneció inmóvil, sentado ante su escritorio, preguntándose qué podía haber alterado la rígida disciplina del campamento. Luego se incorporó y se acercó a la ventana. Y por primera vez en su vida supo lo que era la desesperación.

Rodeado de estrellas, Reinhold descendió por la falda de la colina. Afuera, en el mar, el Forrestal barría todavía el agua con unos dedos luminosos. En la bahía los andamios que rodeaban el Columbus eran ahora un brillante árbol de Navidad. Sólo la elevada proa de la nave se alzaba como una sombra oscura entre los astros.

Una radio lanzaba una estridente música de baile desde los animados cuarteles y los pasos de Reinhold se aceleraron mecánicamente siguiendo el ritmo de la música. Había llegado casi al estrecho sendero que bordeaba las arenas, cuando algún presentimiento, algo apenas atisbado, lo obligó a detenerse. Perplejo, miró primero el mar, y luego la tierra. Pasaron unos instantes antes que pensara en mirar el cielo.

Reinhold Hoffmann supo entonces, como Konrad Schneider en ese mismo instante, que había perdido la carrera. Y supo que la había perdido no por esas pocas semanas o meses que habían estado amenazándolo, sino por milenios. Las sombras enormes y silenciosas que navegaban bajo las estrellas, a una altura que Reinhold era incapaz de imaginar, estaban tan

alejadas del pequeño Columbus como éste de las canoas paleolíticas. Durante un instante que pareció eterno, Reinhold observó, junto con el mundo entero, cómo las grandes naves descendían con una majestad abrumadora, hasta que oyó al fin el débil chillido de la fricción en el enrarecido aire de la estratosfera.

Reinhold no se sintió apenado porque el trabajo de toda una vida se le derrumbase de pronto. Había luchado para que el hombre llegase a las estrellas, y ahora, en el instante del triunfo, las estrellas - las apartadas e indiferentes estrellas - venían a él. En ese instante la historia suspendía su aliento, y el presente se abría en dos separándose del pasado como un témpano que se desprende de los fríos acantilados paternos y se lanza al mar, a navegar solitario y orgulloso. Todo lo obtenido en las eras del pasado no era nada ahora. En el cerebro de Reinhold sonaban y resonaban los ecos de un único pensamiento: La raza humana ya no estaba sola.

I - La tierra de los superseñores

2

El secretario general de las Naciones Unidas, de pie e inmóvil junto a la larga ventana, miraba fijamente el apretado tránsito de la calle Cuarenta y tres. A veces se preguntaba si convendría que un hombre trabajase a una altura tal por encima de sus semejantes. El aislamiento estaba muy bien, pero podía convertirse fácilmente en indiferencia. ¿O sólo estaba tratando de racionalizar su desagrado por los rascacielos, aún intacto después de veinte años de vivir en Nueva York?

Oyó que se abría la puerta, pero no se volvió. Pieter Van Ryberg entró en la oficina. Sobrevino la inevitable pausa mientras Pieter miraba con desaprobación el termostato. Todo el mundo repetía la broma de que al secretario general le gustaba vivir en una heladera. Stormgren esperó a que su ayudante se acercase y al fin apartó los ojos de aquel familiar, pero siempre fascinante panorama.

- Se han retrasado - dijo -. Wainwright debía de estar aquí desde hace cinco minutos.

- Acabo de hablar con la policía. Lo acompaña una verdadera procesión y han desordenado el tránsito. Llegará de un momento a otro. - Van Ryberg se detuvo y luego añadió, abruptamente: - ¿Está usted todavía seguro de que es una buena idea la de verse con él?

- Temo que sea un poco tarde para arrepentirse. Al fin y al cabo me mostré de acuerdo... Aunque usted sabe que no fui yo quien tuvo esa idea.

Stormgren se había acercado al escritorio y estaba jugando con su famoso pisapapeles de uranio. No estaba nervioso, sólo indeciso. Hasta le alegraba que Wainwright llegase tarde, pues eso le daría una pequeña ventaja moral en el momento de iniciarse la conferencia. Tales trivialidades tienen más importancia en los asuntos humanos que la deseada por cualquier persona lógica y razonable.

- ¡Ahí están! - dijo de pronto Van Ryberg, apretando la cara contra la ventana - Vienen por la avenida... Son casi unos tres mil, me parece.

Stormgren recogió una libreta de notas y se unió a su ayudante. A casi un kilómetro de distancia, una pequeña, pero compacta multitud venía hacia el edificio del secretariado. Traían unos estandartes y carteles desde aquí indescifrables, pero Stormgren sabía muy bien qué decían. Ahora ya se podía oír, elevándose por encima de los ruidos del tránsito, el inevitable coro de voces. Stormgren se sintió bañado por una repentina ola de disgusto. ¿No estaba hartó el mundo de ese desfile de multitudes y de esos inflamados lemas?

La multitud había llegado ahora frente al edificio. Debían de saber que Stormgren los miraba, pues aquí y allí unos puños se elevaron en el aire. No estaban desafiándolo, aunque indudablemente querían que Stormgren viese el ademán. Como pigmeos que amenazasen a un gigante, esos puños airados se alzaban directamente contra el cielo, contra la brillante nube de

plata que flotaba a cincuenta kilómetros de altura: la nave enseña de la flota de los superseñores.

Y probablemente, pensó Stormgren, Karellen observaba también la escena, y muy divertido. La reunión no se hubiera celebrado nunca sin la intervención del supervisor.

Stormgren se encontraba por primera vez con el jefe de la Liga de la Libertad. Ya no se preguntaba si eso sería prudente. Los planes del supervisor eran a veces excesivamente sutiles para el mero entendimiento humano. Por lo menos Stormgren no creía que pudiese nacer de allí mal alguno. Si se hubiese rehusado a ver a Wainwright la Liga hubiera utilizado esa actitud como un arma.

Alexander Wainwright era un hombre alto, elegante, de unos cincuenta años, totalmente honesto, y por lo mismo doblemente peligroso. Pues su obvia sinceridad hacía difícil no gustar de él, aunque uno no simpatizara con sus ideales... y con algunos de los hombres que había atraído a sus filas.

Stormgren no perdió tiempo, una vez que Van Ryberg los presentó brevemente y con cierta tirantez.

- Supongo - comenzó a decir - que el objeto principal de su visita es el de protestar formalmente contra el esquema de la federación. ¿No es así?

Wainwright asintió gravemente con un movimiento de cabeza.

- Esa es mi intención, señor secretario. Como usted sabe hemos tratado durante todo este último lustro de hacer comprender a la raza humana el peligro que la acecha. Ha sido una tarea difícil, pues casi nadie parece lamentar que los superseñores gobiernen el mundo a su antojo. Sin embargo, más de cinco millones de patriotas, y de todos los países, han firmado nuestra petición,

- No es un número muy impresionante en una población de dos billones y medio.

- Es un número que no puede ser ignorado, señor. Y por cada persona que ha decidido firmar, hay otros muchos que dudan de la sabiduría, para no mencionar la justicia, de este proyecto de federación. Ni el supervisor Karellen, con todos sus poderes, puede borrar mil años de historia de un solo plumazo.

- ¿Quién conoce los poderes de Karellen? - replicó Stormgren -. Cuando yo era niño la Federación Europea parecía un sueño, pero antes de que yo llegase a la madurez ya era realidad. Y eso ocurrió antes de la llegada de los superseñores. Karellen no hace más que terminar el trabajo comenzado por nosotros.

- Europa era una unidad geográfica y cultural. El mundo, no. Esa es la diferencia.

- Para los superseñores - replicó Stormgren sarcásticamente - la Tierra es quizá bastante más pequeña que Europa para nuestros padres, y el punto de vista de esas criaturas, hay que reconocerlo, es más evolucionado que el nuestro.

- No me opongo a la idea de una federación como último objetivo, aunque muchos de mis adherentes no estén de acuerdo. Pero esa federación tiene que nacer desde dentro; no puede ser impuesta desde fuera. Hemos de elaborar nuestro propio destino. ¡No queremos interferencias en los asuntos humanos!

Stormgren suspiró. Había oído todo eso cientos de veces, y sabía que sólo había una respuesta, una antigua respuesta que la Liga no estaba dispuesta a aceptar. El confiaba en Karellen, y ellos no. Esa era la diferencia más importante, y nada podía hacerse a ese respecto. Por suerte la Liga tampoco podía hacer nada.

- Permítame hacerle algunas preguntas - dijo -. ¿Puede negar que los superseñores han traído seguridad, paz y prosperidad a todo el mundo?

- Es cierto. Pero nos han privado de la libertad. No sólo de pan...

- ...vive el hombre. Ya lo sé. Pero por primera vez el hombre está seguro de poder conseguir por lo menos eso. Y de cualquier modo, ¿qué libertad hemos perdido en relación con la que nos han dado los superseñores?

- La libertad de gobernar nuestras propias vidas, guiados por la mano de Dios.

Al fin, pensé Stormgren, hemos llegado a la raíz del asunto. El conflicto era esencialmente religioso, aunque adoptase numerosos disfraces. Wainwright no permitía olvidar que era un clérigo. Aunque ya no usase el cuellito clerical, se tenía la constante impresión de que el aditamento estaba todavía allí.

- El mes pasado - apuntó Stormgren - un centenar de obispos, cardenales y rabinos firmaron una declaración en apoyo de la política del supervisor. El mundo religioso está contra usted.

Wainwright sacudió agriamente la cabeza.

- Muchos jefes están ciegos. Han sido corrompidos por los superseñores. Cuando comprendan el peligro será demasiado tarde, La humanidad habrá perdido su iniciativa y será sólo una raza subyugada.

El silencio se prolongó durante un rato. Al fin Stormgren replicó:

- Dentro de tres días volveré a encontrarme con el supervisor. Le explicaré sus objeciones, pues es mi deber representar los puntos de vista de todo el mundo. Pero eso no alterará nada, puedo asegurárselo.

- Hay otra cuestión - dijo Wainwright lentamente -. Tenemos muchas quejas contra los superseñores, pero detestamos, sobre todas las cosas, esa manía de ocultarse. Usted es el único hombre que ha hablado con Karellen, ¡y ni siquiera usted lo ha visto¡¿Puede sorprender acaso nuestra desconfianza?

- ¿A pesar de todo lo que ha hecho en favor de la humanidad?

- Si, a pesar de eso. No sé que nos ofende más, su omnipotencia, o esa vida secreta. Si no tiene nada que ocultar ¿por qué no se muestra abiertamente? ¡La próxima vez que hable con el supervisor, señor Stormgren, pregúntele eso!

Stormgren calló. No tenía nada que decir, nada por lo menos que pudiera convencer a ese hombre. A veces se preguntaba si él mismo, Stormgren, estaría convencido.

Fue, por supuesto, una operación sin importancia desde el punto de vista de los superseñores, pero para la Tierra no hubo, en toda su historia, un acontecimiento más extraordinario. Las grandes naves descendieron desde los inmensos y desconocidos abismos del espacio sin ningún aviso previo. Innumerables veces se había descrito ese día en cuentos y novelas, pero nadie había creído que llegaría a ocurrir. Y ahora allí estaban: las formas silenciosas y relucientes, suspendidas sobre todos los países como símbolos de una ciencia que el hombre no podría dominar hasta después de muchos siglos. Durante seis días habían flotado inmóviles sobre las ciudades, sin reconocer, aparentemente, la existencia del hombre. Pero no era necesario. Esas naves no habían ido a pararse tan precisamente y sólo por casualidad sobre Nueva York, Londres, París, Moscú, Roma, Ciudad del Cabo, Tokio, Camberra...

Aún antes que aquellos días aterradores terminaran, algunos ya habían sospechado la verdad. No se trataba de un primer intento de contacto por parte de una raza que nada sabía del hombre. Dentro de esas naves inmóviles y silenciosas, unos expertos psicólogos estaban estudiando las reacciones humanas. Cuando la curva de la tensión alcanzase su cima, algo iba a ocurrir.

Y en el sexto día, Karellen, supervisor de la Tierra, se hizo conocer al mundo entero por medio de una transmisión de radio que cubrió todas las frecuencias. Habló en un inglés tan perfecto que durante toda una generación las más vivas controversias se sucedieron a través del Atlántico. Pero el contexto del discurso fue aún más sorprendente que su forma. Fue, desde cualquier punto de vista, la obra de un genio superlativo, con un dominio total y completo de los asuntos humanos. No cabía duda alguna de que su erudición y su virtuosismo habían sido deliberadamente planeados para que la humanidad supiese que se hallaba ante una abrumadora potencia intelectual. Cuando Karellen concluyó su discurso las naciones de la Tierra comprendieron que sus días de precaria soberanía habían concluido. Los gobiernos locales podrían retener sus poderes, pero en el campo más amplio de los asuntos

internacionales las decisiones supremas habían pasado a otras manos. Argumentos, protestas, todo era inútil.

Era difícil que todas las naciones fuesen a aceptar mansamente semejante limitación de sus poderes. Pero una resistencia activa presentaba dificultades insuperables, pues la destrucción de las naves, si eso fuese posible, aniquilaría a las ciudades que estaban debajo. Sin embargo, una gran potencia hizo la prueba. Quizá los responsables pensaban matar dos pájaros de un tiro, pues el blanco se hallaba suspendido sobre las capital de una vecina nación enemiga.

Mientras la imagen de la enorme nave se agrandaba en la pantalla televisora del secreto cuarto de control, el pequeño grupo de oficiales y técnicos debió de haber experimentado muy diversas sensaciones. Si tenían éxito ¿qué acción emprenderían las otras naves? ¿Podrían ser también destruidas? ¿Volvería la humanidad a ser dueña de sus destinos? ¿O lanzaría Karellen alguna terrible venganza contra aquellos que lo habían atacado?

La pantalla se apagó de pronto. El proyectil atómico estalló ante el impacto y la imagen pasó de una cámara a otra que flotaba en el aire a varios kilómetros de altura. En esa fracción de segundo la bola de fuego ya se habría formado y estaría cubriendo el cielo con su fuego solar.

Sin embargo, no había pasado nada. La enorme nave flotaba intacta bañada por el intenso sol de las orillas del espacio. No sólo la bomba no había dado en el blanco, sino que nadie supo qué había ocurrido con el proyectil. Por otra parte, Karellen no tomó ninguna represalia, ni dio muestras de haberse enterado del ataque. Lo ignoró totalmente, dejando que los responsables se preguntasen cuándo llegaría la venganza. Fue un tratamiento más eficaz, y más desmoralizador que cualquier posible acción punitiva. El gobierno de la nación atacante se derrumbó pocas semanas después entre mutuas recriminaciones.

Hubo también alguna resistencia pasiva a la política del supervisor. Comúnmente Karellen vencía todas las dificultades dejando en libertad de acción a los rebeldes, hasta que estos comprendían que se estaban dañando a sí mismos al rehusarse a cooperar. Sólo una vez actuó en forma directa contra un gobierno recalcitrante.

Durante más de cien años la república sudafricana había sido el escenario de una lucha racial. Hombres de buena voluntad, de los dos bandos, habían tratado en vano de levantar un puente. El miedo y los prejuicios eran demasiado profundos como para permitir alguna cooperación. Los sucesivos gobiernos sólo se habían distinguido por su mayor o menor intolerancia; el país estaba envenenado por el odio y la amenaza de la guerra civil.

Cuando se hizo evidente que nada se intentaría para terminar con la discriminación racial, Karellen lanzó su advertencia. Se trataba sólo de una fecha y de una hora; nada más. Hubo alguna aprensión, pero no miedo ni pánico, pues nadie creía que los superseñores fuesen a emprender una acción que destruiría por igual a culpables e inocentes.

Y no lo hicieron. Sólo ocurrió que en el momento en que pasaba por el meridiano de la Ciudad del Cabo el sol desapareció de pronto. Sólo se veía un rojizo y pálido fantasma que no daba luz ni calor. De algún modo, allá en el espacio, la luz del sol había sido polarizada por dos campos cruzados que detenían todas las radiaciones. El área afectada era de unos quinientos kilómetros cuadrados, y perfectamente circular.

La demostración duró treinta minutos. Fue suficiente. Al otro día el gobierno sudafricano anunciaba que la minoría blanca gozaría de nuevo de todos sus derechos civiles.

Aparte de esos aislados incidentes, la raza humana había aceptado a los superseñores como parte del orden natural de las cosas. La conmoción inicial se desvaneció en un tiempo sorprendentemente corto, y el mundo siguió otra vez su curso. El mayor cambio que hubiese podido advertir algún nuevo Rip Van Winkle era el de una silenciosa expectación, un mental mirar sobre el hombro, como si la humanidad estuviese esperando la aparición de los superseñores, el momento en que saliesen de sus relucientes navíos.

Cinco años después aún estaba esperando. Eso, pensaba Stormgren, era la causa de todas las dificultades.

Cuando el coche de Stormgren entró en el aeropuerto ya estaban allí los habituales curiosos y las cámaras filmadoras. El secretario general cambió unas pocas palabras con su ayudante, recogió su portafolios, y atravesó la rueda de espectadores.

Karellen nunca lo hacía esperar. La multitud rompió en un - ¡oh! - de asombro y la burbuja de plata se agrandó allá en el cielo con pasmosa velocidad. Una ráfaga de aire movió las ropas de Stormgren cuando la navecilla fue a detenerse a cincuenta metros de distancia, flotando delicadamente a unos pocos centímetros del suelo, como si temiese contaminarse con la Tierra. Mientras se adelantaba lentamente, Stormgren advirtió aquellos pliegues ya familiares del inconsútil casco metálico, y enseguida apareció ante él la abertura que tanto había preocupado a los mejores hombres de ciencia. Dio un paso adelante y entró en la cámara única, débilmente iluminada. La entrada volvió a cerrarse, como si nunca hubiese estado allí, borrando los ruidos y las escenas del mundo exterior.

Cinco minutos más tarde volvió a abrirse. Aunque no había tenido ninguna sensación de movimiento, Stormgren sabía que estaba ahora a una altura de cincuenta kilómetros, en el mismo corazón de la nave de Karellen. Los superseñores iban y venían alrededor de Stormgren ocupados en sus misteriosos asuntos. Se había acercado a ellos más que nadie, y sin embargo sabía tan poco de su aspecto físico como los millones que vivían allá abajo.

La salita de conferencias, situada en el fondo de un corto pasillo, no tenía más muebles que una silla y una mesa instaladas ante una pantalla. Nada informaba la pantalla acerca de las criaturas que la habían construido. Estaba en blanco ahora, como siempre. A veces, en sueños, Stormgren había imaginado que aquella oscura superficie se animaba de pronto, revelando el secreto que atormentaba al mundo entero. Pero el sueño no se había realizado nunca; detrás del rectángulo en sombras se ocultaba un misterio impenetrable. Aunque se ocultaba también allí poder y sabiduría, y sobre todo, quizá, un enorme y divertido cariño por aquellas criaturas que se arrastraban por la Tierra.

De la oculta rejilla vino aquella voz serena, y sin prisa, que Stormgren conocía tan bien, aunque el mundo la había oído en una única ocasión. Su profundidad y resonancia - únicos indicios acerca de la naturaleza física de Karellen - daban una abrumadora impresión de gran tamaño. Karellen era grande, quizá mucho más grande que un ser humano. Aunque algunos hombres de ciencia, después de haber analizado los registros de su único discurso, habían sugerido que la voz provenía de una máquina. Stormgren nunca había podido creerlo.

- Sí, Rikki, me he enterado de esa pequeña entrevista. ¿Qué le ha hecho usted al señor Wainwright?

- Es un hombre honesto, aunque muchos de sus partidarios no lo sean. ¿Qué hacemos con él? La Liga en sí no encierra ningún peligro; pero algunos de sus miembros, los más extremistas, predican abiertamente la violencia. Me he estado preguntando si no convendrá que instale una guardia en mi casa. Aunque espero que no será necesario.

Karellen eludió la cuestión con ese modo fastidioso en que caía algunas veces.

- Los detalles de la Federación Mundial se conocen desde hace un mes. ¿Ha aumentado sustancialmente ese siete por ciento que no está de acuerdo conmigo o ese otro indeciso doce por ciento?

- No todavía. Pero eso no tiene importancia. Lo que me preocupa es ese sentimiento, difundido aun entre nuestros partidarios, de que esta ocultación tiene que terminar.

El suspiro de Karellen fue técnicamente perfecto, pero le faltó convicción.

- Usted opina lo mismo, ¿no es así?

La pregunta era tan retórica que Stormgren no se molestó en responder.

- Me pregunto si apreciará usted realmente - continuó, muy serio - cómo complica mi tarea este estado de cosas.

A mí tampoco me ayuda mucho - dijo Karellen -. Desearía que dejaran de verme como un dictador, y recordaran que sólo soy un funcionario encargado de administrar una política colonial que no he preconizado.

Era, pensó Stormgren, una descripción bastante atractiva. Se preguntó hasta qué punto sería verdadera.

- ¿No puede, por lo menos, explicarnos de algún modo esa ocultación? No la entendemos, y nos preocupa y da origen a incesantes rumores.

Karellen emitió aquella risa rica y profunda, de una resonancia excesiva para ser realmente humana.

- ¿Qué se supone que soy ahora? ¿Todavía circula la teoría del robot? Puede que sea una masa de válvulas electrónicas y no esa especie de ciempiés... oh, sí, he visto esa caricatura del Chicago Tribune. He estado pensando en solicitar el original.

Stormgren apretó los labios. En ciertas ocasiones Karellen se tomaba sus deberes muy a la ligera.

- Esto es serio - dijo con un tono de reproche,

- Mi querido Rikki - replicó Karellen -, sólo no tomándome en serio a la raza humana he logrado conservar en parte mi antigua e inconmensurable inteligencia.

Stormgren sonrió a pesar de sí mismo.

- Eso no me ayuda mucho, ¿no es cierto? Tendré que decirles a mis semejantes que aunque usted no se muestra en público no tiene nada que ocultar. No será una tarea muy sencilla. La curiosidad es una de las características humanas dominantes. Usted no puede desafiarla indefinidamente.

- De todos los problemas que hemos encontrado en la Tierra, éste es el más difícil - admitió Karellen. Usted ha creído en nuestra sabiduría en otras ocasiones. Seguramente también ahora confía en nosotros.

- Yo confío en ustedes - dijo Stormgren -, pero no Wainwright, ni tampoco sus partidarios. ¿Puede usted acusarlos si interpretan mal su poco deseo de mostrarse en público?

Durante un momento Karellen guardó silencio. Stormgren oyó luego un débil sonido (¿un crujido?) causado quizá por un leve movimiento del cuerpo del supervisor.

- Usted sabe por qué Wainwright y los hombres como él me tienen miedo, ¿no es así? - preguntó Karellen. Hablaba ahora con una voz apagada, como un órgano que deja caer sus notas desde la alta nave de una catedral - Hay seres como él en todas las religiones del universo. Saben muy bien que nosotros representamos la razón y la ciencia, y por más que crean en sus doctrinas, temen que echemos abajo sus dioses. No necesariamente mediante un acto de violencia, sino de un modo más sutil. La ciencia puede terminar con la religión no sólo destruyendo sus altares, sino también ignorándolas. Nadie ha demostrado, me parece, la no existencia de Zeus o de Thor, y sin embargo tienen pocos seguidores ahora. Los Wainwrights temen, también, que nosotros conozcamos el verdadero origen de sus religiones. ¿Cuánto tiempo, se preguntan, llevan observando a la humanidad? ¿Habremos visto a Mahoma en el momento en que iniciaba su hégira o a Moisés cuando entregaba las tablas de la ley a los judíos? ¿No conoceremos la falsedad de las historias en que ellos creen?

- ¿Y la conocen ustedes? - murmuró Stormgren, casi para sí mismo.

- Ese, Rikki, es el miedo que los domina, aunque nunca lo admitirán abiertamente. Créame, no nos causa ningún placer destruir la fe de los hombres, pero todas las religiones del mundo no pueden ser verdaderas, y ellos lo saben. Tarde o temprano, el hombre tendrá que admitir la verdad; pero ese tiempo no ha llegado aún. - En cuanto a nuestro ocultamiento - y usted tiene razón al afirmar que agrava nuestros problemas - es una cuestión que escapa a mi dominio. Lamento la necesidad de este secreto tanto como usted, pero los motivos son suficientes. De todos modos trataré de obtener una declaración de mis... superiores que pueda satisfacerlo a usted y que quizá aplaque a la Liga de la Libertad. Ahora, por favor, ¿podemos empezar con los asuntos del día?

- ¿Y bien? - preguntó Van Ryberg con ansiedad -. ¿Ha tenido suerte?

- No lo sé - respondió Stormgren, cansado, mientras tiraba sus papeles sobre el escritorio y se dejaba caer en su sillón -. Karellen consultará con sus superiores, quienesquiera que sean. No quiso prometerme nada.

- Escúcheme - dijo Pieter bruscamente - Se me acaba de ocurrir. ¿Qué motivos tenemos para creer que existe alguien por encima de Karellen? Suponga que todos los superseñores, como los hemos bautizado, estén aquí sobre la Tierra, en esas naves. Quizá no tienen adonde ir y lo están ocultando.

- Una teoría ingeniosa - dijo Stormgren haciendo una mueca -. Pero no está de acuerdo con lo poco que sé, o creo saber, de la posición de Karellen.

- ¿Qué sabe usted?

- Bueno, Karellen habla a menudo de su posición como si fuese algo transitorio que le impide dedicarse a su verdadero trabajo, algo así como matemática, me parece. En una ocasión le cité las palabras de Acton sobre la corrupción del poder, y cómo el poder absoluto corrompe de un modo absoluto. Me interesaba conocer su reacción. Karellen se rió con esa su risa cavernosa, y dijo: "No hay peligro de que me pase eso. Ante todo, cuanto antes termine aquí mi trabajo más pronto podré volver al lugar donde resido. Y además yo no gozo de absoluto poder, de ningún modo. Sólo soy... un supervisor." Claro que podía estar engañándome. Nunca puedo estar seguro.

- Karellen es inmortal ¿no?

- Sí, de acuerdo con nuestro punto de vista. Pero hay algo en el futuro que Karellen parece temer. No puedo imaginármelo. Y eso es todo.

- No es muy terminante. Según mi teoría su flota se ha extraviado en el espacio y anda en busca de un nuevo hogar. No quiere que sepamos que él y sus compañeros son realmente unos pocos. Quizá todas las otras naves son automáticas, sin tripulantes. Una fachada imponente y nada más.

- Me parece que ha estado usted leyendo mucha ciencia - ficción - dijo Stormgren.

Van Ryberg sonrió con timidez.

- La invasión del espacio no resultó lo que esperábamos, ¿no es cierto? Mi teoría podría explicar por qué Karellen no se muestra nunca. Desea que ignoremos que no hay otros superseñores.

Stormgren sacudió la cabeza con una divertida incredulidad.

- Su teoría, como de costumbre, es demasiado ingeniosa para ser verdadera. Aunque sólo podemos suponerlo, tiene que haber una gran civilización detrás del supervisor, una civilización que conoce desde hace mucho la existencia del hombre. Karellen mismo ha estado estudiándonos desde hace siglos. Fíjese en su dominio del inglés. ¡Me enseña a mí cómo tengo que hablarlo!

- ¿Ha descubierto usted alguna vez algo que Karellen no sepa?

- Oh, sí, muchas veces, pero sólo trivialidades. Me parece que tiene una memoria absolutamente perfecta, aunque hay algunas cosas que no ha tratado de aprender. Por ejemplo, el inglés es el único lenguaje que entiende de veras, aunque en los dos últimos años se ha metido en la cabeza unas buenas porciones de finlandés sólo para fastidiarme. Y el finlandés no se aprende rápidamente. Karellen es capaz de citar largos trozos del Kalevala. Me avergüenza confesar que yo sólo sé unas pocas líneas. Conoce también las biografías de todos los estadistas vivientes y a veces soy capaz de identificar las fuentes que ha usado. Su dominio de la historia y de la ciencia parece completo… Ya sabe usted cuánto hemos aprendido de él. Sin embargo, consideradas aisladamente, no creo que sus dotes sobrepasen las de los seres humanos. Pero no hay hombre capaz de hacer todo lo que él hace.

- En eso ya hemos estado de acuerdo otras veces - convino Van Ryberg -. Podemos discutir incansablemente acerca de Karellen y siempre llegamos al mismo punto: ¿por qué no se muestra en público? Mientras no se decida a hacerlo yo seguiré elaborando mis teorías y la Liga de la Libertad seguirá lanzando sus anatemas.

Van Ryberg echó una mirada rebelde hacia el cielo raso.

- Espero, señor supervisor, que en una noche oscura un periodista llegue en un cohete hasta su nave y entre por la puerta de atrás con una cámara fotográfica. ¡Qué primicia sería!

Si Karellen estaba escuchando no lo demostró. Pero, naturalmente, no lo demostraba nunca.

En el primer año, el advenimiento de los superseñores, contra todo lo que podía esperarse, apenas había alterado la vida humana. Sus sombras estaban en todas partes, pero eran unas sombras poco molestas. Aunque había escasas ciudades en las que los hombres no pudiesen ver uno de esos navíos de plata, relucientes bajo el cenit, al cabo de un cierto tiempo todos aceptaron su existencia así como aceptaban la existencia del Sol, la Luna o las nubes. La mayoría de los hombres apenas advirtió que la elevación constante del nivel de vida se debía a los superseñores. Cuando pensaban en eso, lo que ocurría raramente, advertían que gracias a esas naves silenciosas reinaba por primera vez en toda la historia una paz universal, y se sentían entonces debidamente agradecidos.

Pero estos beneficios, negativos y poco espectaculares, eran olvidados tan pronto como se los aceptaba. Los superseñores seguían allá en lo alto, ocultando sus caras a la humanidad. Karellen podía obtener respeto y admiración, pero nada más profundo mientras siguiese con esa política. Era difícil no sentirse resentido contra esos dioses olímpicos que hablaban con los hombres sólo a través de las radioteletipos desde la sede de las Naciones Unidas. Lo que ocurría entre Karellen y Stormgren nunca se revelaba públicamente y a veces Stormgren mismo se preguntaba por qué el supervisor consideraba necesarias tales entrevistas. Quizá Karellen sentía la necesidad de mantenerse en contacto por lo menos con un hombre; quizá comprendía que Stormgren necesitaba esta forma de apoyo personal. Si ésta era la explicación el secretario la apreciaba de veras. No le importaba a Stormgren que la Liga de la Libertad lo llamase "el mandadero de Karellen".

Los superseñores no trataban nunca separadamente con Estados o gobiernos. Habían tomado la organización de las Naciones Unidas tal como la habían encontrado al llegar, habían dado sus instrucciones para instalar el indispensable equipo de radio, y habían comunicado sus órdenes por boca del secretario de la organización. El delegado soviético había apuntado correctamente, en largos discursos y en innumerables ocasiones, que este proceder contradecía las disposiciones de la carta. Karellen no parecía preocuparse.

Era asombroso que tantos abusos, locuras y maldades pudiesen ser borradas totalmente por esos mensajes del cielo. Con la llegada de los superseñores las naciones supieron que ya no tenían por qué temerse unas a otras, y adivinaron - aún antes que se hiciese aquella tentativa - que las armas existentes por ese entonces eran inútiles ante una civilización capaz de tender un puente estelar. De modo que el mayor y único obstáculo para la felicidad de los hombres fue prontamente anulado.

Los superseñores parecieron despreocuparse de las formas de gobierno, una vez que comprobaron que no se utilizarían para oprimir o corromper a los hombres. Siguieron funcionando en la Tierra las democracias, las monarquías, las dictaduras benévolas, el comunismo y el capitalismo. Muchas almas simples, que estaban convencidas de que la suya era la única forma posible de vida, recibieron una gran sorpresa. Otros creían que Karellen estaba dejando pasar el tiempo para introducir luego un sistema que borraría todos los otros sistemas sociales, y que por la misma razón no se molestaba en hacer reformas políticas sin importancia. Pero ésta como todas las otras especulaciones sobre aquellos seres eran meras hipótesis. Nadie conocía sus motivos, y nadie sabía hacia qué futuro estaban arreando a la humanidad.

3

Stormgren dormía mal aquellas noches, lo que era raro, pues pronto dejaría definitivamente sus tareas. Había servido a la humanidad durante cuarenta años, y a sus amos durante seis, y

pocos hombres podían rememorar una vida en la que se hubiesen cumplido tantas ambiciones. Quizá ése era el problema: en sus días de jubilado, por muchos que fuesen, no tendría ante sí el aliciente de una meta. Desde la muerte de su mujer, Marta, y con sus hijos establecidos en sus propios hogares, sus lazos con el mundo parecían haberse debilitado. Era posible, también, que estuviese comenzando a identificarse con los superseñores, y desinteresándose así de la humanidad.

Ésta era otra de esas noches inquietas en las que el cerebro le daba vueltas como una máquina abandonada por su operario. Sabía que era inútil tratar de conciliar el sueño, y abandonó pesaroso la cama. Se puso una bata y subió a la terraza jardín que coronaba sus modestas habitaciones. Cualquiera de sus subordinados disfrutaba de una morada más amplía y lujosa, pero ésta bastaba para las necesidades de Stormgren había llegado a una posición en la que ningún bien personal, ni ninguna ceremonia, podían añadir algo a su estatura.

La noche era calurosa, casi sofocante, pero el cielo era claro y una luna amarilla colgaba allá en el sudoeste. Las luces de Nueva York brillaban en el horizonte como un amanecer inmóvil.

Stormgren alzó los ojos sobre la ciudad dormida, hacia las alturas que sólo él, entre todos los hombres, había alcanzado. Allá, muy lejos, se vislumbraba el casco de la nave de Karellen, iluminado por el claro de luna. Stormgren se preguntó qué estaría haciendo el supervisor. No creía que los superseñores durmiesen.

Más arriba aún un meteoro lanzó su dardo brillante a través de la bóveda del cielo. La estela luminosa brilló débilmente durante un rato, y luego murió dejando sólo la luz de las estrellas. El símbolo era brutal: dentro de cien años Karellen seguiría dirigiendo a la humanidad hacia ese fin que sólo él conocía, pero dentro de sólo cuatro meses otro hombre ocuparía el cargo de secretario general. Esto en sí mismo no le importaba demasiado a Stormgren; pero era indudable que no le quedaba mucho tiempo para saber qué había detrás de aquella pantalla.

Sólo en estos últimos días se había atrevido a admitir que ese secreto estaba comenzando a obsesionarlo. Hasta hacía poco, su fe en Karellen había borrado todas las dudas; pero ahora, reflexionó con un poco de cansancio, las protestas de la Liga de la Libertad estaban influyendo en él. Era indudable que la propaganda acerca de la esclavitud del hombre no era más que propaganda. Pocos hombres creían en esa esclavitud, o deseaban volver realmente a los viejos días. La gente comenzaba a acostumbrarse al imperceptible gobierno de Karellen; pero comenzaba también a sentirse impaciente por saber quién la gobernaba. ¿Y de qué podía acusársele?

Aunque la más importante, la Liga de la Libertad era sólo una de las tantas organizaciones que se oponían a Karellen y, consecuentemente, a los hombres que cooperaban con los superseñores. Las objeciones y propósitos de esos grupos eran enormemente variados: algunos sostenían un punto de vista religioso, mientras que otros eran mera expresión de un sentimiento de inferioridad. Se sentían, con razonables motivos, como el hindú culto del siglo xix ante el rajá británico. Los invasores habían traído paz y prosperidad... ¿Pero quién sabía a qué costo? La historia no era tranquilizadora. Los contactos más pacíficos entre razas de distinto nivel cultural habían terminado siempre con la destrucción de la raza más atrasada. Las naciones, como los individuos, podían perder su vida misma al enfrentarse con un desafío inaceptable.

Y la civilización de los superseñores, aún envuelta en el misterio, era el mayor de todos los desafíos.

En la habitación vecina se oyó un débil "clic" con que la teletipo lanzaba el informe horario de la agencia Central News. Stormgren entró en la habitación y hojeó desanimadamente el informe. En el otro extremo del mundo la Liga de la Libertad había inspirado un encabezamiento no muy original: ¿Está el hombre gobernado por monstruos? preguntaba el periódico y seguía con esta cita: "Dirigiéndose al público reunido en Madrás el

doctor C. V. Krishnan, presidente de la sección oriental de la Liga de la Libertad, dijo: La explicación de la conducta de los superseñores es muy simple. Su aspecto es tan extraño y repulsivo que no se atreven a mostrarse ante los ojos de la humanidad. Desafío al supervisor a negar mis palabras.

Stormgren, disgustado, arrojó lejos de sí las hojas del informe. Aun en el caso de que la acusación fuese cierta, ¿qué importaba eso? La idea era muy vieja, pero nunca le había preocupado. No creía que hubiera ninguna forma biológica, por más rara que fuese, que él, Stormgren, no pudiese aceptar con el tiempo y hasta llegar a encontrar hermosa. La mente, no el cuerpo, era lo importante. Si por lo menos pudiese convencer a Karellen de esta verdad, los superseñores cambiarían de opinión. No podían ser tan horribles como aparecían en los dibujos de los periódicos.

Sin embargo, como bien lo sabía Stormgren, su ansiedad por asistir al fin de este estado de cosas no nacía únicamente de la idea de librar a sus sucesores de algunos problemas. Era bastante honesto como para confesárselo a sí mismo. En última instancia su motivo principal era la simple curiosidad. Había llegado a admitir a Karellen como una persona, y no se sentiría satisfecho hasta descubrir qué clase de criatura era el supervisor.

Cuando a la mañana siguiente Stormgren no llegó a la hora acostumbrada, Pieter Van Ryberg se sintió sorprendido y un poco molesto. Aunque el secretario general solía hacer un cierto número de llamadas antes de llegar a su oficina, siempre dejaba dicho algo. Esta mañana, para empeorar las cosas, había habido varios mensajes urgentes para Stormgren. Van Ryberg trató de localizarlo en media docena de oficinas y al fin abandonó disgustado su búsqueda.

Al mediodía se sintió alarmado y envió un coche a casa de Stormgren. Diez minutos más tarde oyó, sobresaltado, el sonido de una sirena, y una patrulla policial apareció en la avenida Roosevelt. Las agencias noticiosas debían de tener algunos amigos en ese coche, pues mientras Van Ryberg observaba cómo se acercaba la patrulla, la voz de la radio anunciaba al mundo que Pieter Van Ryberg ya no era un simple asistente, sino secretario general interino de las Naciones Unidas.

Si Van Ryberg no hubiese tenido tantas preocupaciones hubiera podido entretenerse en estudiar las reacciones de la prensa ante la desaparición de Stormgren. Durante este último mes los periódicos terrestres se habían dividido en dos facciones. La prensa occidental, en su conjunto, aprobaba el plan de Karellen de que fuesen todos los hombres ciudadanos del mundo. Los países orientales, por el contrario, mostraban violentos, aunque artificiales espasmos de orgullo nacional. Algunos de ellos no habían sido independientes sino por poco más de una generación, y sentían que ahora se les arrebataba el triunfo de las manos. La crítica a los superseñores era amplia y enérgica: después de un corto período inicial de extremas precauciones la prensa había descubierto rápidamente que podía afrontar a Karellen con todos los extremos de la rudeza sin que nunca ocurriese nada. Ahora estaba superándose a sí misma.

La mayoría de estos ataques, aunque enunciados en voz alta, no representaban la opinión de la mayoría del pueblo. A lo largo de las fronteras, que muy pronto desaparecerían para siempre, se habían doblado las guardias; pero los soldados se miraban de reojo, con una aún inarticulada amistad. Los políticos y los generales podían gritar y enfurecerse, pero los silenciosos y expectantes millones sentían que - no demasiado pronto - iba a cerrarse un largo y sangriento capítulo de la historia.

Y ahora Stormgren se había ido, nadie sabía adónde. El tumulto cesó de pronto, como si el mundo comprendiese que había perdido al único ser mediante el cual los superseñores, por sus propios y extraños motivos, hablaban con la Tierra. Una parálisis parecía haberse apoderado de los comentaristas de la prensa y la radiotelefonía; pero en medio del silencio la voz de la Liga de la Libertad proclamaba ansiosamente su inocencia.

Stormgren despertó envuelto por unas sombras muy densas. Todavía soñoliento, no se sorprendió. Luego, al recuperar totalmente la conciencia, se incorporó de un salto, buscó la llave de la luz junto a su cama, y tocó en la oscuridad un muro de piedra, frío y desnudo. Se sintió helado de pronto, con la mente y el cuerpo paralizados por el impacto de la sorpresa. Luego, sin creer casi en sus sentidos, se arrodilló en la cama y comenzó a explorar con las puntas de los dedos esa pared inesperadamente desconocida.

Estaba recién entregado a esa tarea cuando de pronto se sintió un clic, y una parte de la oscuridad se hizo a un lado. Stormgren alcanzó a distinguir la silueta de un hombre, recortado contra la luz pálida del fondo. Enseguida la puerta se cerró de nuevo, y las sombras volvieron a su sitio. Todo había sido tan rápido que Stormgren no había alcanzado a ver cómo era su habitación.

Un instante después, le cegó el resplandor de una poderosa linterna eléctrica. El rayo le iluminó la cara, se detuvo allí un momento, y luego descendió. Stormgren vio entonces que el techo no era más que una manta extendida sobre unos toscos tablones.

Una suave voz le habló desde la oscuridad. Su inglés era excelente, pero con un acento que Stormgren no pudo identificar al principio.

- Ah, señor secretario. Me alegra que ya esté despierto. Espero que se encuentre muy bien.

Había algo en esa última frase que llamó la atención a Stormgren. La airada pregunta que estaba a punto de hacer le murió en los labios. Miró fijamente las sombras y dijo al fin con calma:

- ¿Cuánto tiempo he estado inconsciente?

El otro lanzó una risita.

- Varios días. Nos prometieron que no habría complicaciones. Me alegro de que así sea.

En parte para ganar tiempo, en parte para estudiar sus propias reacciones, Stormgren sacó las piernas fuera de la cama. Llevaba aún su pijama, pero estaba ahora terriblemente arrugado y bastante sucio. Sintió al moverse una ligera pesadez, no tanta como para sentirse molesto, pero sí suficiente como para probarle que le habían administrado alguna droga.

Se volvió hacia la luz.

- ¿Dónde estoy? - preguntó con una voz cortante - ¿Es esto obra de Wainwright?

- Por favor, no se excite - replicó la sombría figura - Por ahora no hablaremos de eso. Me imagino que sentirá hambre. Vístase y venga a comer.

El óvalo de luz corrió por las paredes y Stormgren tuvo por primera vez una idea cabal de las dimensiones del cuarto. Era apenas un cuarto en verdad, pues los muros parecían de roca viva, toscamente tallada. Comprendió que estaba bajo tierra, posiblemente a gran profundidad, Y si había pasado varios días inconsciente, podía encontrarse en cualquier lugar del mundo.

La linterna iluminó unas ropas apiladas sobre una valija.

- Esto le bastará por ahora - dijo la voz desde la oscuridad -. El lavado es aquí un verdadero problema, así que le hemos traído un par de sus trajes y una media docena de camisas.

- Ha sido usted muy considerado - dijo Stormgren con cierto humor.

- Lamentamos la ausencia de muebles y de luz eléctrica. El lugar es bastante conveniente, aunque es cierto que carece de amenidad.

- ¿Conveniente para qué? - preguntó Stormgren mientras se ponía una camisa. El contacto de la ropa familiar era curiosamente tranquilizador.

- Conveniente, nada más - dijo la voz -. Y a propósito, ya que vamos a pasar bastante tiempo juntos, será mejor que me llame Joe.

- A pesar de su nacionalidad - replicó Stormgren -. Es usted polaco, ¿no es cierto? Creo que podría pronunciar su verdadero nombre. No será peor que algunos nombres fineses.

Hubo una pequeña pausa, y la luz osciló un instante.

- Bueno, podía esperarme esto - dijo Joe resignadamente -. Tiene usted mucha práctica en esta clase de cosas.

- Es un entretenimiento bastante útil para un hombre como yo. Me parece que podría asegurar que vivió usted en los Estados Unidos, pero que no dejó Polonia hasta la edad de...

- Basta - dijo Joe con firmeza -. Ya que ha terminado de vestirse...

La puerta se abrió y Stormgren fue hacia la salida sintiéndose algo reconfortado con su pequeña victoria. Mientras Joe se apartaba para dejarlo pasar, se preguntó si su guardián estaría armado. Seguramente, y además tendría algunos amigos no muy lejos.

El corredor estaba débilmente iluminado por unas lámparas de aceite, y Stormgren, por primera vez, pudo ver a Joe con claridad. Era un hombre de unos cincuenta años, y pesaba quizá. más de cien kilos. Todo en él era enorme, desde el manchado traje de faena, que podía pertenecer al ejército de por lo menos doce países, hasta el asombroso anillo de sello que llevaba en la mano izquierda. Un hombre de tales proporciones no necesitaba llevar un arma. No sería difícil dar con él más tarde, ya fuera de aquí, pensó Stormgren. Se sintió un poco deprimido al darse cuenta de que Joe no podía ignorar este hecho.

Las paredes del corredor, aunque a veces cubiertas de cemento, eran casi siempre de roca viva. Se encontraban evidentemente en una mina abandonada, pensó. Stormgren. Sería difícil encontrar una cárcel mejor. Hasta ahora su rapto no le había preocupado mayormente. Había pensado que, pasase lo que pasase, los inmensos recursos de los superseñores lo localizarían con rapidez y le devolverían la libertad. Ahora no estaba tan seguro. Habían transcurrido varios días y no había pasado nada. Aun los poderes de Karellen debían de tener un límite, y si estaba en verdad enterrado en algún continente remoto, toda la ciencia de los superseñores sería impotente para encontrarlo.

En la habitación desnuda, pobremente iluminada, había otros dos hombres sentados a la mesa. Cuando Stormgren entró, alzaron los ojos con interés y hasta con bastante respeto. Uno de ellos le alcanzó una bandeja de sándwiches que Stormgren aceptó de buena gana. Aunque se sentía muy hambriento, hubiese preferido una comida más interesante, pero era obvio que sus acompañantes no se habían servido nada mejor.

Mientras comía, Stormgren lanzó una rápida ojeada a los tres hombres. Joe era, sin ninguna duda, el más notable de los tres, y no sólo por su tamaño. Los otros eran evidentemente sus ayudantes... individuos indescriptibles, cuyo origen Stormgren descubrió en seguida tan pronto como los sintió hablar.

Le sirvieron un poco de vino en un vaso bastante sucio, y Stormgren devoró el último de los sándwiches. Sintiéndose más dueño de sí mismo, se volvió hacia el enorme Joe.

- Bueno - dijo distraídamente -, quizá pueda decirme ahora qué significa todo esto, y qué espera obtener.

Joe carraspeó.

- Quiero dejar aclarado un punto - dijo el hombre -. Esto no tiene nada que ver con Wainwright. Wainwright se sorprenderá tanto como cualquiera.

Stormgren había esperado algo parecido, pero se preguntó por qué Joe estaría confirmando sus sospechas. Había imaginado, desde hacía mucho tiempo, la existencia de un movimiento extremista en el interior - o en las fronteras - de la Liga de la Libertad.

- Me interesaría saber - inquirió - cómo me han raptado.

Stormgren no esperaba que le respondiesen y quedó sorprendido ante la rapidez, y hasta el entusiasmo, con que el otro le contestó.

- Fue todo como en una película de Hollywood - dijo Joe alegremente -. No estábamos seguros de que Karellen no estuviese vigilándolo, así que tomamos muchas precauciones. Lo desmayamos introduciendo gas en el acondicionador de aire... Asunto sencillo. Luego lo llevamos al coche. Ninguna dificultad. Todo esto, debo advertírselo, no fue hecho por nuestra propia gente. Alquilamos... este... profesionales para hacer el trabajo. Podían haber caído en manos de Karellen - en realidad suponíamos que pasaría eso -, pero no se hubiera enterado entonces de nuestra existencia. El auto dejó su casa y fue hacia un túnel situado a unos mil kilómetros de Nueva York. Salió por el otro extremo del túnel llevando a un hombre inconsciente, extraordinariamente parecido al secretario general. Poco después un camión

cargado de cajas metálicas salía en dirección opuesta y se encaminaba hacia un aeropuerto donde cargaron las cajas en un aeroplano. Una operación comercial perfectamente legítima. Estoy seguro de que los propietarios de esas cajas se sentirían horrorizados al saber qué uso les dimos.

"Mientras tanto el auto que había iniciado el trabajo continuaba su evasivo viaje hacia la frontera de Canadá. Quizá Karellen ya lo haya capturado. No lo sé ni me importa. Como usted puede ver - y espero que aprecie mi franqueza - todo nuestro plan dependió de una sola cosa. Estamos bastante seguros de que Karellen puede oír y ver todo lo que pasa en la superficie del mundo, pero a menos que utilice la magia, y no la ciencia, no podrá ver bajo tierra. Por lo tanto no se habrá enterado del cambio efectuado en el túnel, no antes que fuese demasiado tarde. Naturalmente, corrimos un riesgo, pero tomamos también algunas otras precauciones de las que prefiero no hablar. Quizá tengamos que utilizarlas otra vez, y sería una lástima revelar ahora el secreto.

Joe había relatado su historia con una satisfacción tan evidente que Stormgren no pudo evitar una sonrisa. Sin embargo, sintió también una gran preocupación. El plan era muy ingenioso, y era bastante posible que hubiesen engañado a Karellen. Stormgren no tenía la seguridad de que los superseñores ejerciesen sobre él alguna especie de vigilancia protectora. Tampoco la tenía Joe, era indudable. Quizá por eso se había mostrado tan franco; quería estudiar las reacciones de Stormgren. Bueno, tenía que aparentar confianza, cualesquiera que fuesen sus verdaderos sentimientos.

- Tienen que ser un atajo de tontos - dijo Stormgren desdeñosamente - si creen que van a engañar con tanta facilidad a los superseñores. Y en cualquier caso ¿qué beneficio piensan obtener con todo esto?

Stormgren rehusó un cigarrillo. Joe encendió otro y se sentó en el borde de una silla. Se oyó. un sospechoso crujido y el hombre se incorporó otra vez rápidamente.

- Nuestros motivos - comenzó a decir - son bastante claros. Descubrimos que los argumentos son inútiles, así que tuvimos que tomar otras medidas. Ya ha habido varios movimientos secretos, y hasta Karellen, con todos sus poderes, no ha podido dominarlos con facilidad. Vamos a luchar por nuestra independencia. No interprete mal. No ejerceremos ninguna violencia física, al principio por lo menos, pero recuerde que los superseñores tienen que usar a seres humanos como agentes. Nosotros nos encargaremos de que esa tarea sea bastante incómoda.

Y empiezan conmigo, supongo, pensó Stormgren. Se preguntó si el otro le habría contado algo más que una fracción de toda la historia. ¿Pensaban realmente que estos métodos criminales llegarían a influir en Karellen? Por otra parte era cierto que un movimiento de resistencia bien organizado traería problemas muy difíciles. Pues Joe había señalado con exactitud el punto débil de la política de los superseñores. En última instancia todas sus órdenes eran ejecutadas por seres humanos. Si se aterrorizase a los hombres hasta llevarlos a la desobediencia, podría derrumbarse todo el sistema. Pero era sólo una débil posibilidad. Stormgren confiaba en que Karellen encontraría muy pronto alguna solución.

- ¿Qué intentan hacer conmigo? - preguntó Stormgren al fin -. ¿Estoy aquí como rehén?

- No se preocupe. Lo vamos a cuidar. Dentro de unos días vendrán algunas visitas y hasta entonces trataremos de entretenerlo del mejor modo posible.

Añadió algunas palabras en su propio idioma y uno de los otros sacó un paquete de naipes todavía sin abrir.

- Los hemos comprado especialmente para usted - explicó Joe - Leí en el Times el otro día que es usted un buen jugador de póker. - Su voz se hizo grave de pronto. - Espero que tenga bastante dinero en su cartera - añadió con ansiedad - No la hemos revisado. Después de todo nos sería difícil aceptar cheques.

Stormgren, confuso, miró inexpresivamente a sus guardianes. Luego, mientras iba comprendiendo la comicidad de la situación, le pareció sentir que le estaban sacando de encima todos los cuidados y preocupaciones de su cargo. Todo quedaba en manos de Ryberg.

Cualquier cosa que ocurriese, él ya nada podía hacer. Y ahora estos fantásticos criminales lo invitaban ansiosamente a jugar al póker.

De pronto, alzó la cabeza y rió como no lo hacía desde muchos años atrás.

Era indudable, pensó Van Ryberg - malhumorado, que Wainwright decía la verdad. Podía tener sus sospechas, pero no sabía quién había secuestrado a Stormgren. Ni siquiera aprobaba el secuestro. Van Ryberg suponía que los extremistas de la Liga habían tratado durante un tiempo de que Wainwright adoptara una política más activa. Ahora estaban tomando el asunto entre sus propias manos.

La organización del secuestro había sido excelente. Stormgren podía estar en cualquier lugar del mundo, y había muy pocas esperanzas de encontrarlo. Sin embargo algo había que hacer, decidió Van Ryberg, y rápido. A pesar de sus bromas ocasionales, Karellen lo aterrorizaba. La idea de comunicarse directamente con el supervisor le parecía espantosa, pero no había aparentemente otra alternativa.

Las secciones de comunicación ocupaban todo el último piso del edificio. Hileras de máquinas de imprimir, algunas silenciosas, otras sonoramente ocupadas, se perdían en la distancia. De ellas brotaba un río infinito de estadísticas: cifras de producción, censos, y toda la contabilidad del sistema económico de la Tierra. Allá arriba, en algún lugar de la nave de Karellen, debía de extenderse el equivalente de esta enorme habitación, y Van Ryberg se preguntaba, mientras un estremecimiento le corría por la médula, qué móviles sombras irían a recoger los mensajes terrestres.

Pero hoy no tenía interés en estas máquinas ni en el trabajo de rutina que estaban realizando. Fue hacia la pequeña habitación privada en la que, se suponía, sólo Stormgren podía entrar. Habían forzado la cerradura y el jefe de comunicaciones ya estaba esperando.

- Es una teletipo común - le dijo el hombre -, con el teclado de una máquina de escribir. Hay también una máquina facsimilar, por si se deseara enviar alguna información tabular, o alguna fotografía, pero me ha dicho usted que no va a necesitarla.

Van Ryberg asintió distraídamente.

- Eso es todo, gracias - dijo - No espero estar aquí mucho tiempo. Luego vuelva a cerrar y entrégueme las llaves.

Esperó a que el jefe de comunicaciones se alejara y se sentó ante la teletipo. Era una máquina, como Van Ryberg lo sabía, muy poco usada, ya que todos los asuntos entre Karellen y Stormgren se discutían en las reuniones semanales. Como se trataba en cierto modo de un circuito de emergencia, esperaba una respuesta rápida.

Tras algunos titubeos comenzó a transcribir con dedos inseguros su mensaje. La máquina ronroneó serenamente y las palabras brillaron durante algunos segundos en la pantalla oscurecida. Luego Van Ryberg se echó hacia atrás y esperó la respuesta.

Había pasado apenas un minuto, cuando la máquina comenzó nuevamente a zumbar. Van Ryberg se preguntó, no por primera vez, si el supervisor dormiría en algún momento.

El mensaje era tan breve como desalentador.

NO HAY INFORMACIÓN. DEJO EL ASUNTO ENTERAMENTE EN SUS MANOS. K.

Con bastante amargura, y sin ninguna satisfacción, Van Ryberg comprendió cuánta responsabilidad había caído sobre él.

Durante los últimos tres días Stormgren había estado estudiando atentamente a sus guardias. Joe era el único importante. Los otros eran seres totalmente prescindibles, la gentuza que suele merodear alrededor de los movimientos ilegales. El ideal de la Liga de la libertad no tenía ningún significado para ellos. Sólo les preocupaba una cosa: ganarse la vida con un mínimo de trabajo.

Joe era indudablemente un individuo más complejo, aunque a veces le recordaba a Stormgren un bebé excesivamente desarrollado. Las interminables partidas de póker alternaban con violentas discusiones sobre política, y pronto fue evidente para Stormgren que

el enorme polaco no había pensado nunca con seriedad en la causa por la que estaba luchando. La emoción y un extremo conservadurismo nublaban todos sus argumentos. La larga lucha por la independencia que había sobrellevado su patria lo había condicionado de tal modo que Joe vivía en otra época. Era un pintoresco sobreviviente, un ser completamente inútil dentro de un sistema ordenado. Si ese tipo de hombre desapareciese, el mundo sería un lugar más seguro, pero menos interesante.

No había ninguna duda, por lo menos para Stormgren, de que Karellen no había podido encontrarlo. Había tratado de alardear ante sus guardianes pero estos no se convencían. Stormgren estaba seguro de que lo habían retenido para ver si Karellen actuaba. Ahora que nada había ocurrido seguirían adelante con sus planes.

No se sorprendió cuando unos pocos días después Joe le dijo que esperaban visitas. Durante el último tiempo el grupo había mostrado una nerviosidad creciente, y el prisionero sospechó que los líderes del movimiento, viendo que había pasado el peligro, venían a buscarlo.

Estaban esperando, reunidos alrededor de la desvencijada mesita, cuando Joe le indicó cortésmente que pasara al vestíbulo. A Stormgren le causó gracia advertir que su carcelero llevaba ahora, muy ostentosamente, una enorme pistola. Los dos compinches habían desaparecido, y hasta Joe parecía intimidado.

Stormgren advirtió en seguida que se encontraba ante hombres de mucho mayor calibre. El grupo le recordó una fotografía de Lenin y sus compañeros en los primeros días de la revolución rusa. Había en esos seis hombres la misma fuerza intelectual, la misma férrea determinación, y la misma dureza. Joe y sus cómplices eran inofensivos. Estos eran los verdaderos cerebros de la organización.

Con un breve movimiento de cabeza Stormgren caminó hacia la única silla vacía tratando de revelar cierto dominio de sí mismo. Mientras se acercaba, el más grueso de los hombres sentado en el otro extremo de la mesa, se inclinó hacia adelante y clavó en él unos ojos penetrantes y grises. Stormgren se sintió tan incómodo que olvidó sus propósitos y habló inmediatamente.

- Me imagino que han venido ustedes a discutir mi situación. ¿Cuál es el precio de mi rescate?

Advirtió que en el fondo del vestíbulo alguien tomaba notas en un cuaderno de taquigrafía. Todo tenía un aspecto muy comercial.

El líder replicó con un musical acento galés:

- Puede usted plantearlo así, señor secretario. Pero no tenemos interés en el dinero, sino en la información.

Ah, pensó Stormgren, era un prisionero de guerra, y esto un interrogatorio.

- Ya sabe cuáles son nuestros motivos - continuó el otro con su suave voz cantarina - Llámenos, si quiere, un movimiento de resistencia. Creemos que tarde o temprano la Tierra tendrá que luchar por su libertad, pero comprendemos que esa lucha sólo puede utilizar métodos indirectos tales como la desobediencia y el sabotaje. Lo hemos raptado en parte para mostrarle a Karellen que estamos decididos a todo, y bien organizados; pero, principalmente, porque usted es el único hombre que puede informarnos sobre los superseñores. Es usted un ser razonable, señor secretario. Coopere con nosotros y pronto lo pondremos en libertad.

- ¿Qué quieren saber con exactitud? - Preguntó Stormgren cauteloso, sintiendo que aquellos ojos extraordinarios le horadaban la mente. Nunca había visto unos ojos semejantes. Enseguida volvió a oírse aquella voz cadenciosa:

- ¿Sabe usted qué o quiénes son realmente los superseñores?

Stormgren casi sonrió.

- Créame - dijo -. Estoy tan ansioso como usted por saberlo.

- ¿Entonces contestará nuestras preguntas?

- No hago promesas. Pero trataré.

Hubo un leve suspiro de alivio de parte de Joe, y un murmullo de expectación corrió alrededor del vestíbulo.

- Tenemos una idea general - continuó el otro -, acerca de las circunstancias que rodean su encuentro con Karellen. Le agradeceríamos que nos las describiera con cuidado sin olvidar ningún detalle importante.

Esto era bastante inofensivo, pensó Stormgren. Lo había explicado ya centenares de veces, y parecería que quería cooperar. Todas éstas eran inteligencias agudas y quizá podrían descubrir algo nuevo. Si llegaban a adivinar algo interesante se sentiría agradecido. Por el momento no creía que su explicación pudiera dañar a Karellen.

Stormgren buscó en sus bolsillos y sacó un lápiz y un sobre usado. Dibujando rápidamente comenzó a decir:

- Usted sabe, por supuesto, que una pequeña máquina voladora, sin ningún medio visible de propulsión, viene a buscarme a intervalos regulares y me lleva hasta la nave de Karellen. Entra en el casco y... usted ha visto sin duda los films telescópicos que se tomaron de esa operación. La puerta se abre de nuevo - Si eso puede llamarse una puerta - y yo entro en un cuartito donde hay una mesa, una silla y una pantalla. La distribución es más o menos ésta.

Stormgren acercó el plano hacia el viejo galés, pero aquellos ojos extraños no se volvieron hacia el sobre. Siguieron fijos en el rostro del secretario. Mientras Stormgren los miraba, algo pareció cambiar en el interior de esas pupilas. Un profundo silencio reinaba ahora en el cuarto. Stormgren oyó que Joe, sentado a sus espaldas, lanzaba un hondo y repentino suspiro.

Preocupado y confuso, Stormgren volvió a mirar al galés, y entonces, lentamente, comprendió. Aturdido, arrugó el sobre y lo dejó caer.

Ahora comprendía por qué esos ojos grises le habían afectado de un modo tan raro. El hombre era ciego.

Van Ryberg no había tratado de comunicarse otra vez con Karellen. Gran parte del trabajo de su departamento - la transmisión de la información estadística, los resúmenes de la prensa mundial, y otras cosas semejantes - habían continuado automáticamente. En París los abogados estaban todavía discutiendo el proyecto de Constitución del Mundo, pero eso, por el momento, no le preocupaba. Faltaban dos semanas para terminar los últimos borradores, de acuerdo con la fecha indicada por el supervisor. Si por ese entonces el trabajo no estaba todavía listo, ya haría Karellen lo que creyese más conveniente.

Y todavía no había noticias de Stormgren.

Van Ryberg se encontraba dictando un informe cuando el teléfono de emergencia comenzó a sonar. Tomó el receptor y escuchó con una creciente sorpresa. En seguida dejó. caer el aparato y corrió hacia la ventana. A lo lejos se elevaban unos gritos de asombro, y el tránsito estaba deteniéndose en las calles.

Era verdad. La nave de Karellen, aquel invariable símbolo de los superseñores, ya no estaba en el cielo. Examinó el espacio, hasta donde le alcanzaba la vista, y no vio ni una huella de la nave. Y luego, pareció como si la noche hubiese caído de pronto. Desde el norte, con su vientre sombrío tan negro como una nube de tormenta, la enorme nave volaba a baja altura sobre los rascacielos de Nueva York. Involuntariamente, Van Ryberg se encogió como esquivando la embestida del monstruo. Sabía que las naves de los superseñores eran realmente muy grandes; pero contemplarlas en lo alto del cielo no era lo mismo que verlas pasar sobre la propia cabeza como una nube de demonios.

Envuelto por la oscuridad de ese eclipse parcial Van Ryberg siguió con los ojos puestos en el horizonte hasta que la nave y su monstruosa sombra se perdieron en el sur. No se oía ningún ruido, ni siquiera el silbido del aire y Van Ryberg comprendió que la nave, a pesar de su aparente cercanía, había pasado por lo menos a un kilómetro de altura. En seguida una ola de aire estremeció el edificio. En alguna parte una ventana estalló hacia adentro, y se oyó el ruido de unos vidrios rotos.

Todos los teléfonos de la oficina habían comenzado a sonar, pero Van Ryberg no se movió. Apoyado en el borde de la ventana, clavaba los ojos en el sur, paralizado por la presencia del poder ilimitado.

Stormgren hablaba con la impresión de que su mente recorría a la vez dos caminos distintos. En uno de ellos desafiaba a los hombres que lo habían capturado, en el otro esperaba que estos hombres lo ayudasen a descubrir el secreto de Karellen. Era un juego peligroso. Sin embargo, y ante su sorpresa, estaba gozando con ese juego.

El galés ciego había dirigido casi todo el interrogatorio. Era fascinante ver cómo esa mente ágil probaba una puerta tras otra, examinando y rechazando todas las teorías abandonadas ya por Stormgren. Al fin se echó hacia atrás con un suspiro.

- Así no vamos a ninguna parte - dijo resignada. mente -. Necesitamos más hechos, y estos requieren acción y no discusiones. - Los ojos ciegos parecieron fijarse pensativamente en el secretario. Luego, durante un momento, sus dedos tamborilearon nerviosamente sobre la mesa. El primer indicio de inseguridad advirtió Stormgren. Al fin el galés continuó: - Estoy un poco sorprendido, señor secretario, de que no haya tratado usted de saber algo más acerca de Karellen.

- ¿Y qué sugiere usted? - preguntó Stormgren fríamente, tratando de ocultar su interés -. Ya le he dicho que ese cuarto tiene una sola salida... y que esa salida conduce directamente a la Tierra.

- Me imagino que seria posible - reflexionó el otro - diseñar algunos instrumentos capaces de ayudarnos.

No soy hombre de ciencia, pero el problema merece investigarse. ¿Si le devolvemos la libertad colaborará con nosotros?

- De una vez por todas - dijo Stormgren agriamente, aclaremos mi posición. Karellen está trabajando por un mundo unido, y yo no voy a ayudar a quienes lo combaten. No sé cuáles serán los propósitos del supervisor, pero creo que son buenos.

- ¿Qué pruebas tiene usted?

- Todos sus actos, desde que las naves aparecieron en el cielo. Lo desafío a que me mencione uno solo que no haya resultado, en última instancia, beneficioso. - Stormgren calló unos instantes dejando que su mente recorriera los sucesos de los últimos años y al fin sonrió. - Si quiere usted una sola prueba de la esencial... cómo diría... benevolencia de los superseñores, recuerde aquella orden que lanzaron al mes escaso de su llegada prohibiendo la crueldad con los animales. Si hubiese tenido hasta entonces alguna duda sobre Karellen esa orden la hubiese borrado del todo, aunque le aseguro que me costó más preocupaciones que ninguna otra.

Esto era apenas una exageración, pensó Stormgren. El incidente había sido en verdad extraordinario, el primer indicio del odio que los superseñores sentían por la crueldad. Ese odio, y su pasión por la justicia y el orden, parecían ser las emociones que dominaban sus vidas... si uno podía juzgarlos por sus actos.

Y sólo aquella vez se mostró Karellen enojado o al menos con la apariencia del enojo. "Pueden matarse entre ustedes si les gusta - había dicho el mensaje, "ese es un asunto que queda entre ustedes y sus leyes. Pero si matan, salvo que sea para comer o en defensa propia, a los animales con quienes ustedes comparten el mundo... entonces tendrán que responder ante mí".

Nadie sabía exactamente la amplitud que podía tener este edicto o qué haría Karellen para asegurar su cumplimiento. No hubo mucho que esperar.

La plaza de toros estaba colmada cuando los matadores y sus acompañantes iniciaron su desfile. Todo parecía normal. La brillante luz del sol chispeaba sobre los trajes tradicionales, la muchedumbre, como tantas otras veces, alentaba a sus favoritos. Sin embargo, aquí y allá algunos rostros estaban vueltos ansiosamente hacia el cielo, hacia la lejana sombra de plata que flotaba a cincuenta kilómetros por encima de Madrid.

Los matadores habían ocupado ya sus lugares y el toro había entrado bufando en la arena. Los flacos caballos, con las narices dilatadas por el terror, daban vueltas a la luz del sol mientras sus jinetes trataban de que enfrentasen al enemigo. Se dio el primer lanzazo - se produjo el contacto - y en ese momento se oyó un ruido que jamás hasta entonces había sonado en la Tierra.

Era la voz de diez mil personas que gritaban de dolor ante una misma herida; diez mil personas que, al recobrarse de su sorpresa, descubrieron que estaban ilesos. Pero aquel fue el fin de la corrida y en verdad de todas las corridas, pues la novedad se extendió rápidamente. Es bueno recordar que los aficionados estaban tan confundidos que sólo uno de cada diez se acordó de pedir que le devolvieran el dinero, y que el diario londinense Daily Mirror empeoró aún más las cosas sugiriendo que los españoles adoptaran el cricket como nuevo deporte nacional.

- Quizá tenga usted razón - replicó el viejo galés -. Posiblemente los motivos de los superseñores son buenos, de acuerdo con sus puntos de vista, que a veces pueden ser similares a los nuestros; pero son unos entrometidos. Nunca les pedimos que viniesen a poner el mundo patas arriba, a destrozar ideales (sí, y naciones) que tantos sacrificios costaron.

- Soy de un pequeño país que ha tenido que luchar duramente por su libertad - replicó Stormgren -. Sin embargo, estoy de parte de Karellen. Usted podrá molestarlo, hasta oponerse al cumplimiento de sus fines, pero al fin todo será igual. Creo que es usted sincero. Teme que la tradición y la cultura de los pequeños países puedan desaparecer cuando el Estado Mundial sea una realidad. Pero se equivoca. Aún antes que los superseñores llegasen a la Tierra el Estado soberano ya estaba agonizando. Los superseñores no han hecho más que apresurar su fin. Nadie puede salvarlo ahora... y nadie tiene que tratar de salvarlo.

No hubo respuesta. El hombre sentado ante Stormgren no se movió ni habló. Se quedó allí, inmóvil, con los labios entreabiertos, y los ojos ciegos ahora sin vida. Los otros parecían también petrificados, con unas posturas forzadas y antinaturales. Con un gemido de horror Stormgren se incorporó y retrocedió hacia la puerta. Y de pronto algo rompió el silencio.

- Un hermoso discurso, Rikki. Gracias. Y ahora creo que podemos irnos.

Stormgren giró sobre sus talones y clavó los ojos en el sombrío corredor. Una esfera de metal, pequeña y lisa, flotaba a la altura de sus ojos; la fuente, sin duda alguna, de las misteriosas fuerzas a que habían recurrido los superseñores. Era difícil estar seguro, pero Stormgren creía oír un débil zumbido, como una colmena de abejas en un somnoliento día de verano.

- ¡Karellen! ¡Gracias a Dios!¿Pero qué ha hecho usted?

- No se preocupe. Todos están bien. Puede llamarlo una parálisis, aunque es algo mucho más sutil. Están viviendo mil veces más lentamente que de costumbre. Cuando nos hayamos ido no sabrán qué pasó.

- ¿Los va a dejar aquí hasta que llegue la policía?

- No. Tengo un plan muy superior. Los dejaré en libertad.

Stormgren se sintió aliviado de algún modo. Lanzó una mirada de despedida al cuartito y sus helados ocupantes. Joe se sostenía en un pie, mirando estúpidamente el vacío. De pronto Stormgren se echó a reír y se revisó los bolsillos.

- Gracias por la hospitalidad, Joe - dijo -. Quiero dejarle un recuerdo.

Examinó varias hojas de papel hasta que encontró los números que buscaba. Luego, en una hoja razonablemente limpia, escribió cuidadosamente:

BANCO DE MANHATTAN
Páguese a Joe la suma de ciento treinta y cinco dólares y cincuenta centavos (135,50).
R. Stormgren.

Mientras dejaba la hoja de papel al lado del polaco, oyó la voz de Karellen que preguntaba:

- ¿Qué está usted haciendo, exactamente?

- Los Stormgren siempre pagan sus deudas. Los otros dos hacían trampa, pero Joe jugaba con corrección. Por lo menos nunca lo sorprendí trampeando.

Stormgren caminó hacia la puerta aliviado y alegre, como con cuarenta años menos. La esfera de metal se apartó para dejarlo pasar. Pensó que se trataba de una especie de robot. Eso explicaba que Karellen hubiese podido entrar en el túnel subterráneo.

- Siga derecho cien metros - dijo la esfera, con la voz de Karellen -. Luego doble hacia la izquierda y recibirá nuevas instrucciones.

Stormgren se adelantó con rapidez aunque comprendía que no había por qué apresurarse. La esfera se quedó allí, suspendida en el corredor, cubriéndole, quizá, la retirada.

Un minuto después se encontró con una segunda esfera, que lo esperaba en un ramal del corredor.

- Le falta un kilómetro - dijo la esfera -. Conserve la izquierda hasta que volvamos a vernos.

Seis veces se encontró Stormgren con las esferas mientras caminaba hacia la salida. Al principio se preguntó si el robot estaría adelantándosele. Luego pensó que se trataba de un circuito de máquinas instalado en las profundidades de la mina. A la salida, algunos guardianes formaban un grupo de increíble estatuaria, vigilados por otra de las ubicuas esferas. En la falda de una loma, a unos pocos metros, descansaba la máquina volante que llevaba a Stormgren a la nave de Karellen.

Stormgren se detuvo un momento, parpadeando a la luz del sol. Luego vio las arruinadas maquinarias, y más lejos un camino abandonado que se perdía entre unos montes. A unos pocos kilómetros de distancia un bosque muy denso rozaba la base de los montes, y mucho más allá se podía ver el agua brillante de un extenso lago. Stormgren sospechó que se encontraba en algún lugar de Sudamérica, aunque no era fácil decir de dónde nacía esa impresión.

Mientras subía a la máquina volante, lanzó una última mirada a los hombres helados. Luego la puerta se cerró y Stormgren se dejó caer, con un suspiro de alivio, en el asiento familiar.

Esperó un rato, mientras recobraba el aliento, y luego emitió una expectante y única sílaba:

- ¿Bien?

- Lamento no haberlo rescatado antes. Pero usted comprenderá que era importantísimo que se reuniesen todos los jefes.

- ¿Quiere usted decir - balbuceó Stormgren - que supo siempre dónde estaba yo? Si lo hubiese pensado...

- No se apresure - dijo Karellen -. Por lo menos déjeme terminar.

- Muy bien - dijo Stormgren sombríamente -, escucho.

Estaba empezando a sospechar que había sido sólo un cebo en una trampa preparada de antemano.

- Yo tenía un... quizá "rastreador" es la palabra más apropiada... que lo seguía a usted a todas partes - comenzó a decir Karellen -. Aunque sus últimos amigos suponían correctamente que yo no podría seguirlo bajo tierra, logré mantener el contacto hasta que lo metieron a usted en la mina. El traspaso en el túnel fue algo ingenioso, pero cuando el primer automóvil dejó de reaccionar el plan quedó al descubierto y volví a localizarlo a usted inmediatamente. Luego todo se redujo a esperar. Era indudable que tan pronto como creyesen que yo lo había perdido, los jefes vendrían a la mina y podríamos capturarlos.

- ¡Pero los dejó escapar!

- Hasta ahora - continué Karellen - yo no podía decir quiénes eran, entre los dos billones que habitan en este planeta, las verdaderas cabezas de la organización. Ahora que han sido identificados podré seguir con facilidad sus movimientos y estudiar detenidamente, si así lo deseo, todos sus actos. Será mejor que meterlos en la cárcel. Si dejan de actuar traicionarán a sus otros camaradas. Están totalmente neutralizados, y no lo ignoran. El rescate les parecerá inexplicable, pues usted se habrá desvanecido ante ellos.

Los ecos de aquella risa profunda llenaron la minúscula habitación.

- El asunto parece una comedia, pero tiene un propósito muy serio. Más que los hombres de esta organización me importa el efecto moral que esto ejercerá en otros grupos.

Stormgren se quedó callado unos instantes. No estaba totalmente satisfecho, pero comprendía el punto de vista de Karellen, y ya no se sentía tan irritado.

- Lamento tener que hacerlo en estos últimos días - dijo al fin -, pero voy a instalar una guardia permanente en mi casa. Que la próxima vez secuestren a Peter. A propósito, ¿cómo se ha portado?

- Lo he observado con atención durante esta última semana sin mezclarme en sus asuntos. En general ha llevado todo muy bien, pero no es hombre para ese puesto.

- Suerte para él - dijo Stormgren, aún un poco molesto -. Y a propósito, ¿le ha llegado algún mensaje de sus superiores... acerca de esa ocultación? He visto que sus enemigos se apoyan principalmente en ese argumento. "Nunca creeremos en los superseñores hasta que se muestren en público" me decían, una y otra vez.

Karellen suspiró.

- No. No he recibido nada. Pero ya sé cuál será la respuesta.

Stormgren, como otras veces, no insistió; pero se le ocurría que ahora podía esbozar un plan. Recuerdo las palabras del galés. Sí, quizá podían inventar algunos instrumentos...

Se había rehusado ante la presión de aquellos hombres, y ahora lo intentaría quizá voluntariamente.

4

Nunca se le hubiera ocurrido a Stormgren, aun unos pocos días antes, que hubiese podido considerar seriamente la acción que estaba planeando. Ese melodramático y ridículo rapto, que ahora le parecía un folletín de televisión de tercera categoría, era probablemente una de las causas principales de su cambio de opinión. Stormgren, enemigo hasta de las batallas verbales de la sala de conferencias, había estado expuesto por primera vez a la violencia física. El virus debía de haberle contaminado la sangre, o simplemente estaba acercándose con demasiada rapidez a la segunda infancia.

Motivos también muy importantes eran su curiosidad y la determinación de devolver el golpe. Indudablemente lo habían utilizado como cebo, y aunque la mejor de las razones hubiese guiado a Karellen, Stormgren no estaba dispuesto a perdonarlo en seguida.

Pierre Duval no se sorprendió cuando Stormgren entró en su oficina sin anunciarse. Eran viejos amigos y nada tenía de raro que el secretario visitase personalmente al jefe del departamento científico. Si Karellen, o algún subordinado, apuntase sus instrumentos de vigilancia hacia esta determinada oficina no tendría, en verdad, por qué sorprenderse.

Los dos hombres hablaron un rato de generalidades e hicieron algunos comentarios políticos. Al fin, Stormgren se decidió a encarar la cuestión. El viejo francés se reclinó en su silla y mientras su visitante hablaba las cejas se le fueron levantando milímetro a milímetro hasta confundírsele casi con la melena. Una o dos veces estuvo a punto de interrumpir a Stormgren, pero lo pensó mejor y continuó escuchando en silencio.

Cuando Stormgren terminó, el hombre de ciencia miró con nerviosismo a su alrededor.

- ¿Crees que nos estará escuchando? - preguntó.

- No. No creo que sea posible. Me protege algo que Karellen llama un rastreador. Pero no funciona bajo tierra. Ese es uno de los motivos por los que he venido a verte a este sótano tuyo. Se supone que está protegido contra toda clase de radiaciones, ¿no es así? Bueno, Karellen no es un mago. Sabe dónde estoy, pero nada más.

- Ojalá tengas razón. Pero, aparte de eso, ¿no habrá dificultades cuando Karellen descubra tus intenciones? Pues las descubrirá, lo sabes muy bien.

- Correré ese riesgo. Además, nos entendemos bien.

El físico jugueteó con su lápiz y se quedó mirando un rato el vacío.

- Es un bonito problema. Me gusta - dijo simplemente. Buscó luego en un cajón y sacó un enorme bloc de papel. Stormgren nunca había visto otro más grande.

- Bueno - comenzó a decir Duval, garrapateando furiosamente en una especie de taquigrafía privada -. Tengo que conocer todos los pormenores. Háblame de ese cuarto en el que celebran las entrevistas. No omitas ningún detalle, por más trivial que te parezca.

- No hay mucho que decir. Es de metal, y tiene unos ocho metros cuadrados de superficie, por cuatro de altura. La pantalla tiene un metro de ancho y delante hay un escritorio... Mira, será mejor que te lo dibuje.

Stormgren trazó un rápido esbozo del cuartito y le pasó el dibujo a Duval. Estremeciéndose ligeramente recordó la última vez que había hecho un movimiento semejante. Se preguntó qué habría ocurrido con el galés ciego y sus socios, y cómo habrían reaccionado cuando descubrieron que él, Stormgren, había desaparecido.

El francés estudió el dibujo frunciendo el ceño.

- ¿Y eso es todo lo que puedes decirme?

- Sí.

Duval bufó disgustado.

- ¿Qué hay de la luz? ¿Estás en una total oscuridad? ¿Y qué pasa con la ventilación, la temperatura...?

Stormgren sonrió ante esa explosión familiar.

- El cielo raso es luminoso, y creo que el aire entra por la rejilla del altavoz. No sé por dónde sale. Quizá de cuando en cuando cambia la dirección de la corriente. No lo he notado. No hay señales de un aparato de calefacción, pero la temperatura es siempre normal.

- Eso quiere decir, supongo, que el vapor de agua se ha condensado, pero no el anhídrido carbónico.

Stormgren trató de sonreír.

- Creo que te lo he dicho todo - concluyó - En cuanto a la máquina que me lleva hasta Karellen, tiene tan poco carácter como la caja de un ascensor. Sin la silla y la mesa bien podría ser eso.

Hubo un silencio de varios minutos mientras el físico adornaba su lápiz con minuciosos y microscópicos mordiscos. Stormgren se preguntó, observándolo, cómo un hombre como Duval, de mente mucho más brillante que la suya, no había alcanzado un puesto más alto en el mundo de la ciencia. Recordó una frase malévola y probablemente inexacta, de un amigo del Departamento de Estado: "Los franceses producen los más grandes segundones del mundo". Duval era una prueba de esa aseveración.

El físico sonrió satisfecho, se inclinó hacia adelante y apunto con su lápiz a Stormgren.

- ¿Qué te hace pensar, Rikki - preguntó -, que la pantalla de Karellen sea realmente una pantalla?

- Siempre me pareció eso. Es exactamente igual a una pantalla. ¿Qué otra cosa podía ser por otra parte?

- Cuando afirmas que se parece a una pantalla quieres decir, ¿no es cierto?, que se parece a una pan. talla de las nuestras.

- Claro.

- Eso me parece sospechoso. No creo que los superseñores usen algo tan tosco como una pantalla. Probablemente materializan las imágenes directamente en el espacio. Y además ¿por qué va a usar Karellen un sistema de televisión? La solución más simple es siempre la más adecuada. ¿No te parece mucho más probable que tu "pantalla" sea sólo una hoja de vidrio?

Stormgren sintió tanta vergüenza que guardó silencio unos instantes, rememorando el pasado. Nunca había dudado de la historia narrada por Karellen. Pero ahora que miraba hacia atrás, ¿cuándo le había dicho el supervisor que estaba usando un sistema de TV? Le habían tendido una trampa psicológica, y él, Stormgren, había caído inocentemente. Admitiendo, es claro, que Duval no se equivocaba. Pero ya estaba otra vez, sacando conclusiones. Aún nadie había probado nada.

- Si tienes razón - dijo -, basta romper el vidrio.

Duval suspiró.

- ¡Estos salvajes! ¿Crees que podrás romper, ese material sin explosivos? Y si tuvieras éxito ¿supones que Karellen respira el mismo aire que nosotros? No será muy bonito para ambos si vive en una atmósfera de cloro.

Stormgren se sintió un poco tonto. Podía haber pensado en eso.

- Bueno, ¿qué sugieres? - preguntó algo exasperado.

- Tengo que pensarlo. Es necesario descubrir ante todo si mi teoría es correcta, y si lo es, averiguar de qué material es la pantalla. Encargaré ese trabajo a dos de mis hombres. A propósito, tú llevas un portafolios cuando vas a visitar a Karellen. ¿Es ése que tienes ahí?

- Si.

- Alcanzará. No tenemos que llamar la atención cambiándolo por otro, sobre todo si Karellen está acostumbrado a verlo.

- ¿Qué quieres que haga? - preguntó Stormgren -. ¿Que lleve conmigo un aparato de rayos X?

El físico sonrió con una mueca.

- No lo sé todavía, pero pensaremos en algo. Te avisaré dentro de quince días. - Duval se rió. - ¿Sabes qué me recuerda todo esto?

- Si - respondió en seguida Stormgren -, la época en que fabricabas aparatos ilegales de radio, durante la ocupación alemana.

Duval pareció decepcionado.

- Bueno, supongo que alguna vez he hablado de eso. Pero hay otra cosa.

- ¿De qué se trata?

- Cuando te capturen, yo no sabré nada.

- Pero cómo, ¿después de hablar tanto acerca de la responsabilidad de los inventores? Realmente, Pierre, me avergüenzas.

Stormgren dejó caer el pesado informe con un suspiro de alivio.

- Gracias a Dios ya está listo - dijo - Es raro pensar que estos pocos centenares de páginas encierren el futuro de la humanidad. ¡El Estado mundial! Nunca pensé que llegaría a verlo.

Metió el informe en su portafolios. El fondo no estaba a más de diez centímetros del rectángulo oscuro de la pantalla. De vez en cuando sus dedos jugueteaban con las cerraduras en una semiconsciente y nerviosa reacción. Pero no tenía el propósito de apretar la llavecita hasta que la reunión hubiese terminado. Era posible que todo saliese mal. Aunque Duval había jurado que Karellen no sospecharía nada, no se podía estar seguro.

- Bueno, me ha dicho usted que tenía algunas novedades - continuó Stormgren con una impaciencia mal disimulada - Se trata de...

- Sí - dijo Karellen - Recibí una respuesta hace unas pocas horas.

¿Qué quería decir con eso? se preguntó Stormgren. No era posible indudablemente que el supervisor se hubiera comunicado ya con su distante morada, a través de esos innumerables años-luz. O quizá - de acuerdo con la teoría de Van Ryberg - se habla limitado a consultar una enorme máquina computadora, capaz de predecir las consecuencias de cualquier acto político.

- No creo - continuó Karellen - que la Liga de la Libertad y sus asociados se sientan muy satisfechos, pero ayudará a reducir la tensión. No registraremos esto.

"Me ha dicho usted muy a menudo, Rikki, que la raza humana se acostumbraría muy pronto a nosotros, no importa cual fuese nuestro aspecto físico. Eso demuestra que le falta a usted imaginación. Sería así, probablemente, en su caso, pero tiene que recordar que la mayor parte del mundo no está todavía bastante educada y que los prejuicios y supersticiones que la dominan sólo desaparecerán dentro de varias décadas.

"Admitirá usted que algo conocemos de psicología humana. Sabemos, con bastante exactitud, qué pasaría si nos reveláramos hoy al mundo. No puedo entrar en detalles, ni con usted, así que tiene que aceptar la verdad de este análisis. Podemos, sin embargo, hacer una

promesa definida, que le dará alguna satisfacción: Dentro de cincuenta años - de aquí a dos generaciones - saldremos de nuestras naves y la humanidad nos verá al fin tal cual somos.

Stormgren guardó silencio durante un rato, asimilando las palabras del supervisor. Sentía muy poco de esa satisfacción que le hubiesen causado en otro tiempo las palabras de Karellen. En realidad, hasta estaba un poco confundido por su éxito parcial, y durante un instante casi dejó de lado su proyecto. La verdad llegaría con el paso de los años. Todo este complot era inútil y quizá muy poco prudente. Si lo llevaba a cabo, sería sólo por la egoísta razón de que dentro de medio siglo él, Stormgren, ya no existiría.

Karellen debió de advertir su irresolución, porque continuó:

- Lamento desilusionarlo, pero al menos no será usted responsable de los problemas políticos del futuro. Quizá aún piense usted que nuestros temores son infundados; pero créame, hemos comprobado que sería muy peligroso seguir otro camino.

Stormgren se inclinó hacia adelante, respirando pesadamente.

- ¡Entonces el hombre los vio alguna vez!

- No diría eso - respondió Karellen rápidamente -. No hemos supervisado solamente este planeta.

Pero Stormgren no se daba por vencido con tanta facilidad.

- Hay muchas leyendas que sugieren que la Tierra ha sido visitada ya por otras razas.

- Lo sé. He leído el informe del departamento de Investigaciones Históricas. Parece como si este mundo fuese el cruce de carreteras del universo.

- Quizá ustedes no se enteraron de algunas de esas visitas - dijo Stormgren insistiendo aún ansiosamente -. Aunque como nos observan desde hace mucho tiempo, es poco verosímil.

- Supongo que sí - replicó Karellen con una voz muy poco alentadora.

En ese momento Stormgren tomó su decisión.

- Karellen - dijo de pronto -, redactaré la declaración y se la enviaré para que la apruebe. Pero me reservo el derecho de seguir molestándolo, y si veo alguna oportunidad, haré lo que pueda para descubrir su secreto.

- Me doy cuenta perfectamente - replicó el supervisor con una leve risita.

- ¿Y no le importa?

- En lo más mínimo. Aunque le prohíbo usar armas nucleares, gases venenosos o cualquier otra cosa que pueda estropear nuestra amistad.

Stormgren se preguntó si Karellen habría sospechado algo. Detrás de esa broma había creído advertir un tono de comprensión, o quizá - ¿quién podría decirlo? - aun de aliento.

- Me alegra saberlo - replicó Stormgren con toda la tranquilidad de que fue capaz. -

Se incorporó, cerrando al mismo tiempo la cubierta de su portafolios. Deslizó el pulgar a lo largo de la correa.

- Redactaré la declaración en seguida - repitió - y se la enviaré más tarde por el teletipo. -

Mientras hablaba apretó el botón, y comprendió que todos sus temores habían sido infundados. Los sentidos de Karellen no eran más sutiles que los de un hombre. El supervisor no había advertido nada, pues se despidió, y pronunció las palabras familiares que abrían la puerta del cuarto con la misma voz de siempre.

Sin embargo, Stormgren se sentía como un ratero que sale de una tienda observado por un detective. Cuando la lisa pared se cerró a sus espaldas, lanzó un suspiro de alivio.

- Admito - dijo Van Ryberg - que algunas de mis teorías no han sido muy felices. Pero dígame lo que piensa de ésta.

- ¿Es necesario? - suspiró Stormgren.

Pieter no lo oyó.

- No es una idea mía realmente - dijo con modestia - La saqué de un cuento de Chesterton. Suponga que los superseñores estén ocultando el hecho de que no tienen nada que ocultar.

- Un poco complicado, me parece - dijo Stormgren comenzando a interesarse.

- Lo que quiero decir es esto - continuó Van Ryberg con entusiasmo - Creo que físicamente son seres humanos como nosotros. Han comprendido que toleraríamos que nos gobernasen

unas criaturas... bueno, extrañas y superinteligentes. Pero, tal como es, la raza humana no admitiría ser manejada por seres de su misma especie.

- Muy ingeniosa, como todas sus teorías - dijo Stormgren -. Me gustaría que las enumerase, así yo podría recordarlas mejor. Las objeciones a ésta...

Pero en aquel momento entraba Wainwright.

Stormgren se preguntó qué estaría pensando. Se preguntó también si Wainwright habría tenido algún contacto con los hombres de la mina. Lo dudaba, pues tenía la seguridad de que Wainwright se oponía genuinamente a toda forma de violencia. Los extremistas del movimiento se habían desacreditado totalmente, y había pasado mucho tiempo sin que el mundo hubiese oído hablar de ellos.

El jefe de la Liga de la Libertad escuchó cuidadosamente mientras Stormgren le leía el anuncio. Stormgren esperaba que Wainwright apreciara este gesto, que había sido idea de Karellen. El mundo conocería la promesa que los superseñores hacían a los nietos de los hombres actuales sólo doce horas después.

- Cincuenta años - dijo Wainwright pensativamente -. Es mucho tiempo para esperar.

- Para la humanidad quizá, pero no para Karellen - respondió Stormgren.

Sólo ahora comenzaba a comprender la sutileza de la solución ofrecida por los superseñores. Se tomaban el tiempo que creían necesario, y privaban de su base a la Liga de la Libertad. Stormgren no creía que la Liga capitulara, pero su posición se debilitaría muchísimo. Era indudable que Wainwright no pensaba otra cosa.

- En cincuenta años - dijo el hombre amargamente - el daño estará hecho. Aquellos que aún recuerdan nuestra independencia habrán desaparecido; la humanidad habrá olvidado sus tradiciones.

Palabras, palabras vacías, pensó Stormgren. Palabras por las que los hombres habían luchado y habían muerto, y por las que nunca volverían a luchar y a morir otra vez. Y el mundo sería mejor así.

Mientras veía alejarse a Wainwright, Stormgren se preguntó cuánto daño haría aún la Liga de la Libertad. Pero ése, pensó aliviado, era un problema que concernía a su sucesor.

Había algunas cosas que sólo el tiempo podría curar. Era posible destruir la maldad, pero nada podía hacerse con los que vivían engañados.

- Aquí está tu portafolio - dijo Duval -. Intacto.

- Gracias - respondió Stormgren, examinándolo cuidadosamente -. Ahora espero que me digas de qué se trata y qué nos queda todavía por hacer.

El físico parecía más interesado en sus propios pensamientos.

- Lo que no puedo comprender - dijo - es lo fácil que ha resultado todo. Si yo fuese Karellen...

- Pero no lo eres. Vamos, al asunto ¿Qué hemos descubierto?

- ¡Ay, estas excitables y supersensitivas razas nórdicas! - suspiró Duval - Hemos usado un aparato de radar de baja potencia. junto con las ondas de radio de frecuencia muy alta, utilizamos las infrarrojas... en fin, todas las ondas que deben de ser invisibles para cualquier criatura, aun aquellas dotadas de ojos muy raros.

- ¿Cómo puedes estar seguro? - preguntó Stormgren, interesándose a pesar de sí mismo en aquel problema técnico.

- Bueno... no podemos estar completamente seguros - admitió Duval con desgano - Pero Karellen te ve bajo una luz normal, ¿no es as¡? Así que sus ojos, con relación al espectro, tienen que ser parecidos a los ojos de los terrestres. De todos modo, dio resultado. Hemos comprobado que detrás de esa pantalla hay una gran habitación. La pantalla tiene unos tres centímetros de espesor, y el espacio que se extiende al otro lado tiene por lo menos unos diez metros de longitud. No pudimos recoger ningún eco de esa distante pared, ya que usamos un radar de muy poca potencia. Sin embargo, hemos obtenido esto.

Duval mostró un trozo de papel fotográfico en el que se veía una simple línea ondulada. En un punto la línea se torcía levemente como la gráfica de un débil terremoto.

- ¿Ves esa irregularidad?

- Sí, ¿qué es?

- Karellen.

- ¡Dios mío! ¿Estás seguro?

- Podemos suponerlo. Está sentado, o de pie, o de cualquier otro modo, a dos metros de la pantalla. Si hubiésemos obtenido un registro mejor hasta podríamos calcular su tamaño.

Los sentimientos de Stormgren eran algo confusos mientras observaba aquella leve inflexión de la línea. Hasta ahora no había podido saber si el cuerpo de Karellen era de naturaleza material. La evidencia era todavía indirecta, pero la aceptó sin más dudas.

- También hemos calculado - dijo Duval - la transparencia de la pantalla con relación a una luz común. Creo que tenemos una idea bastante exacta. De todos modos no importa. El error no puede ser muy grande. Ya comprenderás, es claro, que esos vidrios transparentes por una cara y opaca por la otra no existen en realidad. Se trata sólo de un modo de arreglar las luces. Karellen se sienta en una habitación a oscuras, tú en una iluminada. Eso es todo. Duval rió entre dientes. - Bueno, vamos a cambiar eso.

Con los ademanes de un mago que hace aparecer una camada de conejos, Duval se inclinó sobre el escritorio y extrajo de un cajón una linterna enorme. Uno de los extremos terminaba en una cabeza. El aparato parecía un trabuco.

Duval sonrió mostrando los dientes.

- No es tan peligrosa como parece. Sólo tienes que apuntar la boca hada la pantalla y apretar el gatillo. La linterna lanza un rayo de luz muy poderoso que dura unos diez segundos. Ese tiempo te basta para que ilumines toda la habitación. La luz pasará a través de la pantalla e iluminará magníficamente a tu amigo.

- ¿No le hará daño a Karellen?

- Será mejor que primero apuntes hacia abajo. Así se le irán adaptando los ojos. Supongo que tiene reflejos como nosotros, y no hay por qué dejarlo ciego.

Stormgren miró el arma con ciertas dudas y la tomó en la mano. Durante estas últimas semanas la conciencia había estado molestándolo bastante. Karellen lo había tratado siempre con mucho cariño, a pesar de su ocasional y abrumadora franqueza, y ahora que se acercaban al fin no quería que nada estropease aquella amistad. Pero el supervisor ya había sido advertido, y Stormgren estaba seguro que, si de Karellen dependiese, ya se hubiese mostrado ante él. Ahora la decisión quedaba en sus propias manos. Cuando la última sesión estuviese concluyendo, Stormgren vería la cara de Karellen.

Siempre, es claro, que Karellen tuviese cara.

El nerviosismo que Stormgren había sentido en un comienzo ya se había desvanecido. Karellen hablaba casi continuamente, entretejiendo las intrincadas frases que se complacía en usar. En un tiempo éste le había parecido a Stormgren uno de los más asombrosos, y ciertamente el más inesperado, de los dones de Karellen. Ahora ya no le parecía tan maravilloso, pues sabía que, como casi todas las habilidades del supervisor, se debía más a una inteligencia muy desarrollada que a un talento especial.

Cuando Karellen daba a sus pensamientos la lentitud del lenguaje de los hombres, poco le costaba adornarlos con cierto brillo literario.

- No es necesario que usted o sus sucesores se preocupen indebidamente por las actividades de la Liga de la Libertad, ni siquiera cuando se recobre de su actual decaimiento. Ha estado muy tranquila durante este último mes, y aunque volverá a revivir, no representará ningún verdadero peligro. Al contrario, como es siempre conveniente saber qué hacen nuestros enemigos, la Liga no deja de ser una institución muy útil. Si llegara a tener dificultades financieras creo que tendríamos que subvencionarla.

Stormgren nunca sabía bien en qué momento bromeaba Karellen. Se mantuvo impasible y siguió escuchando.

- Muy pronto la Liga perderá otro de sus argumentos. Se ha criticado mucho, a veces de un modo muy infantil, la posición especial que ha tenido usted durante estos últimos años. En los primeros días de mi administración me pareció inevitable, pero ahora que el mundo ya está casi organizado, adoptaré otra política. En el futuro, todas mis relaciones con la Tierra serán indirectas y la oficina del secretario general podrá volver a su forma anterior.

"Durante los próximos cincuenta años habrá muchas crisis, pero pasarán. La estructura del futuro es bastante clara, y un día, aun una raza como la suya, que tiene recuerdos tan remotos, habrá olvidado todas estas dificultades.

Las últimas palabras fueron pronunciadas con un énfasis tan particular que Stormgren se quedó helado en su asiento. Karellen, estaba seguro, nunca caía en un desliz; sus indiscreciones estaban calculadas en todos sus detalles. Pero no hubo tiempo para hacer preguntas - que indudablemente no obtendrían respuesta -. El supervisor ya estaba hablando de otra cosa.

- Muy a menudo ha tratado usted de saber cuáles eran mis planes a largo plazo - continuó Karellen -. La fundación del Estado mundial es, por supuesto, sólo el primer escalón. Usted llegará a verlo; pero el cambio será tan imperceptible que muy pocos se darán cuenta. Luego sobrevendrá un período de lenta consolidación, durante el cual los hombres se prepararán para recibirnos. Y luego llegará ese día. Lamento que usted no vaya a estar allí.

Stormgren, con los ojos muy abiertos, miraba más allá de la oscura barrera de la pantalla. Estaba mirando el futuro, imaginando el día que nunca iba a ver, cuando las grandes naves de los superseñores bajasen al fin a la Tierra y abriesen sus puertas ante el mundo expectante.

- Ese día - siguió diciendo Karellen -, la raza humana experimentará lo que sólo puede llamarse una discontinuidad psicológica. Pero no se producirá realmente ningún daño. Seremos parte de sus vidas, y cuando se encuentren con nosotros no les pareceremos... extraños... como les pareceríamos a ustedes.

El supervisor no se había mostrado nunca tan contemplativo, pero Stormgren no se sorprendió. No creía haber conocido más que unos pocos rasgos del carácter de Karellen. El verdadero Karellen era un ser desconocido - y quizá incognoscible - para las mentes humanas. Y Stormgren sintió una vez más que los verdaderos intereses del supervisor estaban en otra parte, y que gobernaba la Tierra con sólo una fracción de su mente, con tan poco esfuerzo como el que un maestro del ajedrez tridimensional emplea en jugar una partida de damas.

- ¿Y después? - preguntó Stormgren suavemente.

- Entonces comenzará nuestro verdadero trabajo.

- Me he preguntado muchas veces qué trabajo será ése. Ordenar nuestro planeta, civilizar la raza humana, son sólo medios... Tienen ustedes que tener un fin. ¿Podremos salir al espacio y ver otros mundos y hasta quizá colaborar con ustedes?

- Puede usted explicarlo de ese modo - dijo Karellen, y hubo en su voz una clara y sin embargo inexplicable nota de tristeza que perturbó singularmente a Stormgren.

- Pero suponga que al fin su experimento fracase. En nuestras relaciones con las razas primitivas nos ocurrió algo parecido. Seguramente han tenido ustedes sus fracasos.

- Sí - dijo Karellen tan débilmente que Stormgren apenas lo oyó -. Hemos tenido nuestros fracasos.

- ¿Y qué hacen entonces?

- Esperamos... y probamos de nuevo.

Hubo una pausa que duró quizá cinco segundos. Cuando Karellen volvió a hablar, sus palabras fueron tan inesperadas que durante un instante Stormgren no reaccionó.

- ¡Adiós, Rikki!

Karellen le había tendido una trampa. Quizá era ya muy tarde. La parálisis de Stormgren duró sólo un momento. En seguida, con un movimiento rápido, bien ensayado, encendió la linterna y la apretó contra el vidrio.

Los pinos llegaban casi a la orilla del agua, dando paso a una estrecha franja de hierba de unos pocos metros de ancho. Todas las noches, cuando aún hacía bastante calor, Stormgren, a pesar de sus noventa años caminaba rápidamente a lo largo de esta franja de hierbas hasta el desembarcadero, y observaba cómo el sol se ponía sobre el lago. Luego, antes que el viento frío se levantara desde el bosque, volvía a su casa. Este rito sencillo le proporcionaba una gran satisfacción, y esperaba repetirlo mientras le durasen las fuerzas.

Allá lejos, sobre el lago, algo venía desde el oeste, volando a baja altura y a gran velocidad. Los aeroplanos eran raros en esta región. Sólo las líneas transpolares pasaban por allá arriba a toda hora, de día y de noche. Pero nada se advertía de su presencia, salvo una ocasional estela de vapor que atravesaba el azul de la estratosfera. Esta máquina era un pequeño helicóptero, y estaba viniendo hacia él con una innegable determinación. Stormgren miró a lo largo de la playa Y vio que era imposible escapar. Se encogió de hombros y se sentó en el banco de madera, en la punta del muelle.

El periodista se mostró tan deferente que Stormgren se sorprendió. Había olvidado que no era sólo un viejo estadista sino casi un mito.

- Señor Stormgren - comenzó a decir el intruso -, lamento molestarlo; pero quisiéramos hacerle una pregunta sobre algo que acabamos de saber. Se trata de los superseñores.

Stormgren frunció levemente el ceño. Después de tantos años aún compartía el desagrado de Karellen por esa palabra.

- No creo - dijo - que pueda añadir mucho a lo que ya se ha escrito.

El periodista lo observaba con mucha curiosidad.

- Creo que podría. Ha llegado recientemente a nosotros una historia bastante rara. Parece que, hace unos treinta años, uno de los técnicos del departamento científico construyó para usted un equipo notable. ¿Qué puede decirnos sobre ese asunto?

Stormgren guardó silencio mientras rememoraba aquellos días. No era raro que se hubiese descubierto el secreto. Al contrario, le sorprendía que no se hubiese sabido antes.

Se incorporó y echó a caminar a lo largo del muelle. El periodista lo seguía a unos pasos de distancia.

- La historia - dijo Stormgren - encierra una parte de verdad. En mi última visita a la nave de Karellen llevé conmigo cierto aparato, con la esperanza de ver al supervisor. Era una actitud bastante tonta pero... bueno, yo no tenía más de sesenta años. - Stormgren rió entre dientes y luego continuó: - No es una historia de tanto valor como para justificar el viaje de usted. Pues verá, no obtuve ningún resultado.

- ¿No vio nada?

- No, absolutamente nada. Temo que tendrá que esperar; pero al fin y al cabo faltan sólo veinte años.

Veinte años. Sí, Karellen tenía razón. Para ese entonces el mundo estaría preparado. No lo estaba cuando Stormgren le había dicho la misma mentira a Pierre, treinta años atrás.

Karellen había confiado en Stormgren y éste no había traicionado esa confianza. Estaba totalmente seguro. El supervisor había conocido el plan desde un principio, y había previsto todos los momentos de aquella última entrevista.

¿Por qué si no aquel enorme asiento vacío, cuando el círculo de luz cayó sobre él? Stormgren había movido en seguida la linterna. Quizá ya era tarde. La puerta metálica, dos veces más alta que un hombre, estaba cerrándose con rapidez... pero no con bastante rapidez.

Sí, Karellen había confiado en Stormgren; no había querido que se hundiese en el largo crepúsculo de la existencia obsesionado por un misterio que había sido incapaz de resolver. Karellen no se había atrevido a desafiar abiertamente a aquellos desconocidos poderes que lo gobernaban. (¿Serían ellos también de la misma raza?) Pero algo había hecho. Si había cometido un acto de desobediencia nunca podrían probárselo. Aquélla había sido la prueba final, Stormgren lo sabía, del cariño que le tenía Karellen. Aunque del cariño de un hombre

por un perro fiel, no era menos sincero por eso, y Stormgren no había sentido en toda su vida una mayor satisfacción.

- Hemos tenido nuestros fracasos.

Sí, Karellen, es cierto. ¿Y fuiste tú el que fracasó antes que comenzase la historia de los hombres? Tiene que haber sido un fracaso de veras, pensó Stormgren, para que sus ecos hayan traspasado las edades hasta venir a asustar a los niños de todas las razas. ¿Podrás superar, aun dentro de veinte años, el poder de todos los mitos y leyendas del mundo?

Sin embargo, Stormgren sabía que no había otro fracaso. Cuando las dos razas volvieran a encontrarse, los superseñores se habrían ganado la confianza y la amistad de los hombres, y ni siquiera el terror del reconocimiento podría deshacer esa obra. Irían juntos hacia el futuro, y la desconocida tragedia que debió de oscurecer el pasado quedaría sepultada para siempre en los oscuros corredores prehistóricos.

Y Stormgren esperaba que cuando Karellen volviese a caminar libremente por la Tierra, vendría un día a estos bosques del norte, y se detendría un momento junto a la tumba del primer hombre que había sido su amigo.

II - La edad de oro

5

- ¡Ha llegado el día! - Murmuraban las radios en un centenar de lenguas -. ¡Ha llegado el día! - decían los encabezamientos de un millar de periódicos -. ¡Ha llegado el día! - pensaban los fotógrafos mientras probaban una y otra vez las cámaras agrupadas alrededor del vasto espacio vacío donde descendería la nave de Karellen.

Sólo había una nave ahora, suspendida sobre Nueva York. En realidad, como los hombres acababan de descubrirlo, las naves que habían flotado sobre las otras ciudades no habían existido nunca. El día anterior esas naves habían desaparecido convirtiéndose en nada, deshaciéndose como la niebla en una mañana de sol. Las naves de aprovisionamiento que iban y venían por las lejanías del espacio eran verdaderamente reales; pero las nubes de plata que habían flotado. durante toda una vida sobre las capitales terrestres sólo habían sido una ilusión. Nadie podía explicarlo, pero parecía que esas naves no fueron más que una imagen de la embarcación de Karellen. Sin embargo, había habido algo más que un simple juego de luces, pues también el radar había sido engañado, y aún vivían algunos que creían haber oído el silbido del aire mientras la flota bajaba del cielo.

No importaba. Karellen ya no tenía necesidad de ese despliegue de fuerzas. Había dejado a un lado las armas psicológicas.

- ¡La nave se mueve! - gritaron las voces, transmitidas inmediatamente a todos los rincones del planeta -. ¡Va hacia el oeste!

A menos de mil kilómetros Por hora, abandonando lentamente las vacías alturas de la estratosfera, la nave marchaba hacia las grandes llanuras y hacia su segunda cita con la historia. Descendió dócilmente ante las cámaras expectantes y los apretados millares de espectadores. Entre estos muy pocos podrían ver mejor que los millones de personas reunidos en todo el mundo ante las pantallas de televisión.

El suelo debió de temblar y crujir ante el enorme peso, pero la nave estaba aún sostenida por las fuerzas que la habían lanzado a través de las estrellas. Tocó la tierra con tanta suavidad como un copo de nieve.

Una de las curvas paredes de la nave, a una altura de veinte metros, pareció moverse y brillar; donde momentos antes sólo había habido una superficie resplandeciente y lisa, apareció una vasta abertura. Nada se veía por esa abertura ni aun con la ayuda del inquisitivo ojo de la cámara. Era tan negra como la entrada de una caverna.

Librodot

Una rampa ancha y brillante salió del orificio y descendió lentamente hacia el suelo. Parecía una sólida hoja de metal con barandillas a los lados. No tenía escalones. Era tan lisa y empinada corno un tobogán y - pensamos los hombres - subir o bajar por ella parecía imposible.

El mundo se quedó mirando aquella puerta oscura, donde nada aún se había movido. En seguida, la poco escuchada, pero inolvidable voz de Karellen brotó dulcemente desde un oculto altoparlante. El mensaje no pudo ser, quizá, más inesperado.

- Hay algunos niños al pie de la rampa. Quisiera que dos de ellos subieran a recibirme.

Todos callaron unos instantes. Luego, un niño y una niña se desprendieron de la multitud y caminaron naturalmente hacia la rampa y la historia. Otros niños empezaron a seguirlos, pero la voz risueña de Karellen los detuvo.

- Dos son suficientes.

Entusiasmados con la inesperada aventura, los niños - no podían tener más de seis años - saltaron sobre la hoja metálica. Y entonces ocurrió el primer milagro.

Saludando alegremente a las multitudes que aguardaban abajo, y a los ansiosos padres - quienes un poco tarde recordaron quizá la leyenda del flautista que se había llevado consigo a todos los niños del pueblo -, los chicos comenzaron a subir rápidamente por la cuesta empinada. Sin embargo no movían las piernas, y todos advirtieron que los cuerpos formaban un ángulo recto con la superficie de aquella rampa singular. La rampa tenía una gravedad propia, una gravedad que podía ignorar la gravedad de la Tierra. Los niños estaban aún disfrutando de la novedosa experiencia, y preguntándose qué los llevaría hacia arriba, cuando desaparecieron en el interior de la nave.

Un vasto silencio cayó sobre el mundo entero durante veinte segundos. Nadie, más tarde, pudo creer que ese tiempo hubiese sido tan corto. Al fin, la oscuridad de la abertura pareció adelantarse, y Karellen salió a la luz del sol. El niño estaba sentado en el brazo izquierdo; la niña, en el derecho. Ambos, demasiado ocupados, jugando con las alas de Karellen, no advirtieron las miradas de la multitud.

Los conocimientos psicológicos de los superseñores y aquellos largos años de preparación tuvieron su premio: sólo algunas personas se desmayaron. Sin embargo, no fueron pocas, sin duda, y en todas las regiones del mundo, las que sintieron durante un terrible instante, que un viejo espanto les rozaba las mentes, antes de desvanecerse en forma definitiva.

No había error posible. Las alas correosas, los cuernos, la cola peluda: todo estaba allí. La más terrible de las leyendas había vuelto a la vida desde un desconocido pasado. Sin embargo, allí estaba, sonriendo, con todo su enorme cuerpo bañado por la luz del sol, y con un niño que descansaba confiadamente en cada uno de sus brazos.

6

Un mundo y sus habitantes pueden ser trasformados profundamente en sólo cincuenta años, hasta tal punto que nadie pueda reconocerlos. Sólo se requiere un hondo conocimiento de los sistemas sociales, una clara visión de los fines que uno se propone... y poder.

Los superseñores tenían todo esto. Aunque sus fines eran un secreto, sabían lo que querían, y disfrutaban de poder.

Ese poder tomó muchas formas, y los hombres cuyos destinos eran manejados ahora por los superseñores no advirtieron muchas de ellas. El poder de las grandes naves había sido evidente para todos. Pero detrás de esa exhibición de fuerzas dormidas había otras armas mucho más sutiles.

- Todos los problemas políticos - le había dicho una vez Karellen a Stormgren - pueden ser solucionados con una correcta aplicación de la fuerza.

- Me parece una afirmación bastante cínica - había replicado Stormgren, incrédulo -. Se parece demasiado a aquélla de "El derecho de la fuerza". En nuestro propio pasado el uso de la fuerza nunca resolvió nada.

- La palabra clave es "correcta". Ustedes nunca tuvieron verdadera fuerza, ni los conocimientos necesarios para aplicarla. Hay siempre modos correctos e incorrectos de encarar un problema. Supongamos, por ejemplo, que una de sus naciones, guiadas por algún jefe fanático, trata de rebelarse contra mí. El modo incorrecto de responder a ese desafío sería el de unos pocos billones de caballos de fuerza bajo la forma de bombas atómicas. Si uso bastantes bombas la solución sería completa y definitiva. Pero sería también, como ya lo he señalado, incorrecta... aunque no tuviera otros defectos.

- ¿Y la solución correcta?

- Requeriría el poder de un pequeño trasmisor de radio, y otros dispositivos similares. Pues es la aplicación de la fuerza, y no su cantidad, lo que importa. ¿Cuánto hubiese durado, pregunto, la carrera de Hitler como dictador de Alemania si una voz le hubiese hablado constantemente al oído? ¿O si una única nota musical, bastante alta como para borrar todos los otros ruidos e impedirle dormir, le hubiese traspasado el cerebro día y noche? Nada brutal, como ve. Sin embargo, en última instancia, tan irresistible como una bomba de tritio.

- Ya veo - dijo Stormgren -. ¿Y no hubiera podido esconderse?

- En ningún sitio al que yo no pudiese enviar mis... este... aparatos. Y por esa misma razón nunca tuve que usar realmente métodos drásticos para mantener mi poder.

Las grandes naves, pues, no habían sido más que símbolos. Ahora el mundo sabía que todas menos una habían sido unos barcos fantasmas. Sin embargo, por su sola presencia, habían alterado la historia de la humanidad. Habían cumplido su labor, y sus triunfos habían sobrevivido como para resonar a través de las edades.

Los cálculos de Karellen habían sido exactos. La primera reacción desapareció rápidamente, aunque había aún muchos hombres orgullosos de su falta de prejuicios que no se atrevían a enfrentar a los superseñores. Era algo extraño, algo que estaba más allá de la lógica y la razón. En la Edad Media las gentes creían en el demonio, y lo temían. Pero éste era el siglo veintiuno. ¿Habría, realmente, algo así como una memoria racial?

Se aceptaba, por supuesto, universalmente, que los superseñores, o unos seres de la misma especie, habían tenido un violento conflicto con los primeros hombres. El encuentro debía de haberse producido en el pasado más remoto, pues no había dejado huellas. Karellen no ayudaba a solucionar este problema.

Los superseñores, aunque se habían mostrado al hombre, dejaban pocas veces la nave. Quizá se sentían físicamente incómodos en la Tierra, pues su tamaño, y la existencia de alas, indicaban que venían de un mundo de menor gravedad. Nunca se los veía sin un cinturón provisto de complicados mecanismos que, - se creía generalmente - controlaba el peso de sus cuerpos y les ayudaba a comunicarse. La luz del sol les hacía daño, y nunca se exponían a ella sino durante unos pocos segundos. Cuando tenían que salir al aire libre durante cierto tiempo, se ponían unos anteojos oscuros, lo que les daba una apariencia algo incongruente. Aunque parecían capaces de respirar el aire terrestre, a veces llevaban consigo unos pequeños cilindros de gas con los que se refrescaban de cuando en cuando.

Quizá se mantenían apartados a causa de estos problemas meramente físicos. Sólo una pequeña fracción del género humano se había encontrado con ellos, y nadie sabía exactamente cuántos vivían en la nave. Nunca se los veía en grupos mayores de cinco, pero en aquella enorme embarcación podían caber cientos, y miles.

En muchos sentidos el aspecto de estos seres había traído más problemas que soluciones. Su origen era todavía desconocido; su biología, una fuente de especulaciones infinitas. Hablaban libremente de muchas cosas, pero de otras guardaban un celoso secreto. En general, sin embargo, esto no preocupaba a nadie, salvo a los hombres de ciencia. El hombre común, aunque prefería no encontrarse con los superseñores, se sentía agradecido por los beneficios que habían traído al mundo.

Comparada con las épocas anteriores, ésta era la edad de la utopía. La ignorancia, la enfermedad, la pobreza y el temor habían desaparecido virtualmente. El recuerdo de la guerra se perdía en el pasado como una pesadilla que se desvanece con el alba. Pronto ningún hombre viviente habría podido conocerlo.

Con todas las energías de la humanidad encauzadas hacia un trabajo constructivo, el rostro del mundo se había transformado totalmente. Era, casi al pie de la letra, un nuevo mundo. Las ciudades en que habían habitado las generaciones anteriores habían sido reconstruidas, o conservadas como ejemplares de museo cuando no servían para ningún propósito útil. Muchas otras habían sido abandonadas, pues se había alterado toda la estructura de la industria y el comercio. La producción era en su mayor parte automática; las fábricas de robots producían bienes de consumo en una corriente incesante, de modo que todas las necesidades ordinarias de la vida estaban virtualmente satisfechas. Los hombres trabajaban para procurarse algunos lujos, o no trabajaban.

Era un mundo unido. Los antiguos nombres de los antiguos países se usaban todavía, pero sólo para designar distritos postales. No había nadie en la Tierra que no supiese hablar inglés, que no supiese leer, que no tuviese a su alcance un aparato de televisión, que no pudiese visitar el otro extremo del planeta antes de veinticuatro horas...

Los crímenes habían desaparecido prácticamente. Se habían hecho tan innecesarios como imposibles. Cuando a nadie le falta nada, no hay motivo para robar. Por otra parte, todos los criminales en potencia sabían muy bien que no podrían escapar a la vigilancia de los superseñores. En los primeros días de su gobierno estos habían intervenido con tanta eficacia en defensa del orden y de la ley que nadie había olvidado la lección.

Los crímenes pasionales, aunque no inexistentes, eran muy raros, La mayor parte de los problemas psicológicos había desaparecido, y la humanidad era mucho más cuerda, y menos irracional. Y aquello que en otras edades se hubiese llamado vicio no era más que excentricidad o, cuanto más... malos modales.

Un cambio muy notable era la desaparición de aquel ritmo enloquecido que había caracterizado al siglo veinte. La vida transcurría con más lentitud que nunca. Había, por lo tanto, menos alicientes para algunos pocos; pero mayor paz para la mayoría. El hombre occidental había vuelto a aprender lo que el resto del mundo nunca había olvidado: que la holganza no era algo pecaminoso, y que la pereza no era un signo de degeneración.

Cualesquiera que fuesen los problemas que trajese el futuro, el tiempo no pesaba sobre los hombres. La educación era mucho más larga y profunda. Pocas personas abandonaban el colegio antes de los veinte años. Y esto era simplemente la primera etapa, ya que después. de algunos viajes, y cuando la experiencia les había ensanchado las mentes, volvían a los veinticinco por otros tres años. Y no dejaban de seguir algunos cursos, de cuando en cuando, y durante toda la vida, para estudiar algunos temas que les interesaban muy particularmente.

Esta prolongación de la educación, hasta mucho más allá del fin de la adolescencia, había traído consigo varios cambios sociales. Generaciones y generaciones habían advertido la necesidad de algunos de esos cambios, pero se había evitado siempre enfrentar el problema... o se lo había ignorado. En particular, las costumbres sexuales - hasta donde es posible hablar aquí de costumbres - habían sufrido una profunda alteración. Dos inventos, que irónicamente eran de origen puramente humano, y que nada debían a los superseñores, las habían hecho trizas. El primero era un infalible contraconceptivo, una píldora; el segundo era un método igualmente seguro - tan exacto como el sistema dactiloscópico y basado en un minucioso análisis de la sangre - para identificar al padre de cualquier niño. El efecto de esos dos inventos sobre la sociedad terrestre sólo puede ser descrito como devastador; los dos habían borrado definitivamente los últimos restos de las aberraciones puritanas.

Otro gran cambio: la extrema movilidad de los habitantes del mundo. Gracias al perfeccionamiento del transporte aéreo todos podían ir a cualquier parte y en cualquier momento. Había más espacio en los cielos que en los caminos, y el siglo veintiuno había

repetido, a gran escala, la gran proeza americana de poner a toda una nación sobre ruedas. Había dado alas al mundo.

Aunque no literalmente. El avión común de uso privado carecía de alas, y de todo plano visible de suspensión. Hasta las incómodas paletas de los viejos helicópteros habían desaparecido. Sin embargo, los hombres no conocían la antigravedad; sólo los superseñores gozaban de este último secreto. Los vehículos aéreos de los hombres estaban impulsados por fuerzas que los hermanos Wright hubiesen podido entender. Las turbinas de reacción, usadas tanto directamente como en forma más sutil, en distintas posiciones, impulsaban los aparatos hacia adelante y los mantenían en el espacio. Con una eficacia que los edictos y leyes de Karellen nunca habían alcanzado, la ubicuidad de los aparatitos había hecho caer las últimas barreras entre las diferentes tribus de la humanidad.

Habían ocurrido también algunas cosas más profundas. Se vivía una época totalmente secular. De todas las creencias que habían existido hasta poco antes de la llegada de los superseñores sólo subsistía una especie de budismo - quizá la más austera de todas las doctrinas religiosas -, aunque un budismo purificado. Los credos basados en milagros y revelaciones habían desaparecido totalmente, desvaneciéndose poco a poco a medida que crecía el nivel de educación. Los superseñores no tenían intervención en estos cambios. Muy a menudo se le preguntaba a Karellen qué opinaba sobre la religión, pero el superseñor se limitaba a declarar que las creencias humanas eran asunto privado mientras no interfiriesen en la libertad de los demás.

Si no hubiese intervenido la curiosidad humana, las antiguas creencias se hubiesen mantenido quizá en pie. Era sabido que los superseñores habían tenido acceso al pasado, y en más de una ocasión se había recurrido a Karellen para que solucionara alguna controversia. Pudo haber ocurrido que Karellen se cansase al fin de responder a tales preguntas, pero es más probable que no hubiese ignorado cuáles serían las consecuencias de su generosidad...

El instrumento que entregó en préstamo al Instituto de Historia Universal no era más que un receptor de televisión con un complicado sistema de controles para establecer ciertas coordenadas en el tiempo y el espacio. El aparato debía de estar conectado de algún modo con una máquina mucho más compleja, instalada en la nave de Karellen, y que funcionaba de acuerdo con principios inimaginables. Sólo había que ajustar los controles e inmediatamente se abría una ventana al pasado. De este modo casi toda la historia humana de los últimos cinco mil años era accesible a los hombres. La máquina no funcionaba más allá de los cinco mil años, y había además algunos blancos desconcertantes en todas las edades. El fenómeno se debía quizá a alguna causa natural, aunque también podía tratarse de alguna censura deliberada, ejercida por los superseñores.

Aunque las mentes racionales habían sabido siempre que todos los textos religiosos no podían ser verdaderos, la reacción fue sin embargo muy notable. Allí estaba la revelación que nadie podía negar o poner en duda. Ahí estaban - vistos gracias a una desconocida magia de los superseñores - los verdaderos comienzos de todas las grandes religiones del mundo. Casi todas eran nobles e inspiradoras... pero eso no bastaba. En sólo unos pocos días todos los redentores del género humano perdieron su origen divino. Bajo la intensa y desapasionada luz de la verdad las creencias que habían alimentado a millones de hombres, durante dos mil años, se desvanecieron como el rocío de la mañana. El bien y el mal fabricados por ellas fueron arrojados al pasado. Ya nunca volverían a conmover el alma de los hombres.

La humanidad había perdido sus antiguas divinidades. Ahora era ya bastante vieja como para no necesitar dioses nuevos.

Aunque muy pocos lo notaron, la pérdida de la fe fue seguida por una declinación de la ciencia. Había muchos técnicos, pero pocos pensadores originales que extendiesen las fronteras del conocimiento humano. Aún persistía la curiosidad, y había bastante ocio como para complacerse en ella, pero el motivo fundamental de la investigación científica había desaparecido. Parecía totalmente inútil pasarse la vida investigando secretos ya descubiertos, probablemente, por los superseñores.

Esta decadencia había sido ocultada, en parte, por un enorme desarrollo de las ciencias descriptivas, como la zoología, la botánica y la observación astronómica. Nunca había habido tantos aficionados a coleccionar hechos científicos; pero muy pocos teóricos trataban de relacionar esos hechos.

El fin de las luchas y conflictos de toda especie había significado también el fin virtual del arte creador. Había millares de ejecutantes, aficionados y profesionales; pero, sin embargo, durante toda una generación, no se había producido en verdad ninguna obra sobresaliente en literatura, música, pintura o escultura. El mundo vivía aún de las glorias de un pasado perdido.

Nadie se preocupaba, excepto unos pocos filósofos. La raza humana estaba demasiado entretenida saboreando la libertad recién descubierta como para mirar más allá de los placeres del presente. La utopía había llegado al fin, y no había sido atacada aún por el enemigo supremo de todas las utopías... el aburrimiento.

Quizá Karellen tenía también una respuesta para este problema. Nadie sabía aún, después de toda una vida, cuál podría ser el propósito final de los superseñores. La humanidad había aprendido a confiar en ellos, y a aceptar sin más el altruismo supremo que había traído a Karellen y a sus compañeros a este destierro tan prolongado.

Si se trataba, realmente, de altruismo. Pues todavía había algunos que se preguntaban si la política de los superseñores coincidiría siempre con los verdaderos intereses de la humanidad.

7

Las invitactones que envió Rupert Boyre recorrieron un impresionante total de kilómetros. Los doce primeros huéspedes, por ejemplo, fueron estos: los Foster de Adelaida, los Sboenberger de Haití, los Farran de Stalingrado, los Moravia de Cincinnati, los Ivanko de París, y los Sullivan que vivían en las vecindades de la isla de Pascua, aunque a cuatro kilómetros bajo el fondo del mar. Rupert tuvo la satisfacción de recibir a más de cuarenta huéspedes, aunque sólo había invitado a treinta. Sólo faltaron los Krause, pero porque olvidaron el calendario internacional y llegaron un día después.

Hacia el mediodía, una imponente colección de máquinas aéreas se había reunido en el parque, y los rezagados, una vez que encontraron donde aterrizar, tuvieron que recorrer a pie un largo camino. Los vehículos agrupados en el parque variaban desde las cucarachas volantes de un solo asiento, a los Cadillac familiares que más parecían palacios aéreos que sensibles máquinas voladoras. Pero en esta época el transporte nada decía de la posición social de sus usuarios.

- Es una casa realmente fea - dijo Jean Morrel mientras el aparato Meteor descendía en espiral -. Parece una caja de cartón aplastada.

George Greggson, quien sentía un anticuado disgusto por los aterrizajes automáticos, ajustó los controles de descenso.

- Es difícil juzgarla desde este ángulo - dijo luego con bastante sentido común -. Desde el nivel del suelo quizá parezca otra cosa.

Se posaron entre otro Meteor y algo que no pudieron identificar. Parecía un aparato muy rápido y, pensó Jean, muy incómodo. Lo habrá construido alguno de esos técnicos amigos de Rupert, concluyó. Creía recordar una ley que prohibía esas cosas.

Salieron de la máquina y el calor los golpeó como la llama de un soldador. Parecía como si el sol les estuviese sacando el agua del cuerpo, y George creyó oír que le crujía la piel. Era en parte culpa de ellos, naturalmente. Habían salido de Alaska tres horas antes y tenían que haber ajustado la temperatura de la cabina.

- ¡Qué lugar para vivir! - jadeó Jean -. Yo creía que aquí controlaban el clima.

- Así es - replicó George -. Esto fue una vez un desierto, y mira ahora. Vamos, adentro estaremos mejor.

La voz de Rupert un poco más alta que lo normal, les resonó en los oídos. El dueño de casa estaba de pie junto a la máquina, con un vaso en cada mano, y mirándolos desde lo alto con una expresión divertida. Los miraba desde lo alto por la sencilla razón de que medía cuatro metros de altura; el cuerpo, además, era translúcido.

- ¡Bonita triquiñuela para recibir a tus invitados! - protestó George y trató de tomar las bebidas. La mano, como es natural, pasó a través de los vasos -. ¡Espero que nos ofrezcas algo más sustancial cuando entremos en la casal

- No te preocupes - dijo Rupert riéndose -. Haz tu pedido y cuando llegues tendrás las bebidas preparadas.

- Dos grandes vasos de cerveza, enfriados en aire líquido - dijo George rápidamente -. En seguida estaremos ahí.

Rupert asintió con un movimiento de cabeza, puso los vasos sobre una mesa invisible, movió unos controles también invisibles, y desapareció.

- ¡Bueno! - dijo Jean -. Primera vez que veo funcionar uno de esos aparatos. ¿Cómo lo consiguió? Pensaba que sólo los tenían los superseñores.

- ¿Qué no tendrá Rupert? - replicó George -. Este es justo el juguete que le faltaba. Puede quedarse cómodamente sentado en su estudio, y recorrer al mismo tiempo la mitad del continente africano. Sin calor, sin cucarachas, sin esfuerzo... y con una heladera cerca. Me pregunto qué habrían dicho Stanley y Livingstone.

El sol puso fin a la conversación. Cuando llegaron a la puerta principal (difícil de distinguir del resto del muro de vidrio) ésta se abrió automáticamente con una fanfarria de trompetas. Jean pensó, con exactitud, que esa fanfarria terminaría por enfermarla, aun antes que terminara el día.

La actual señora Boyre los recibió en la deliciosa frescura del vestíbulo. La mujer era, para decir la verdad, la razón que había atraído a tantos invitados. Quizá la mitad de ellos había venido a ver la nueva casa; el resto se había decidido por la noticia de una nueva esposa.

Sólo había un adjetivo capaz de describir adecuadamente a la señora Boyce: perturbadora. Aun en ese mundo, donde la belleza era un lugar común, los hombres volvieron las cabezas cuando ella entró en el cuarto. La mujer, sospechó George, era negra por lo menos en una cuarta parte. Tenía unas facciones prácticamente griegas y un cabello largo y lustroso. Sólo la piel, brillante y oscura - ese gastado adjetivo “achocolatado” era el único que le convenía -, revelaba la posible ascendencia.

- Ustedes son Jean y George, ¿no es así? - les dijo la mujer extendiendo la mano -. Tanto gusto. Rupert está haciendo algo complicado con las bebidas... Vengan, les presentaré a los demás.

La mujer tenía una rica voz de contralto, y George sintió que un ligero cosquilleo le subía y le bajaba por la espalda, como si alguien le pasase los dedos por la espina dorsal, tocando una flauta. Miró nerviosamente a Jean, que había logrado adoptar una sonrisa un tanto artificiosa, y al fin recobró la voz:

- Mucho... mucho gusto en conocerla - dijo débilmente -. Hemos esperado con ansia esta fiesta.

- Rupert da siempre tan hermosas fiestas - anotó Jean.

Jean acentuó de tal modo la palabra "siempre" que no era difícil adivinar lo que estaba pensando: cada vez que se casaba. George enrojeció ligeramente y le lanzó a Jean una mirada de reproche, pero la mujer no dio muestras de haber advertido el alfilerazo. Amablemente, los llevó hasta el salón principal, donde se había reunido una representativa colección de los amigos de Rupert. Rupert mismo estaba sentado ante una mesa que parecía ser el tablero de un aparato de televisión. Se trataba, concluyó George, del proyector de aquella imagen que había ido a encontrarlos. Rupert estaba dedicado por entero a sorprender a otros dos; pero se interrumpió el tiempo necesario para saludar a Jean y a George, y disculparse por haberle dado las bebidas a algún otro.

- Encontrarán más por ahí - dijo señalando vagamente hacia atrás con una mano, mientras que con la otra ajustaba los controles -. Están en su casa. Ya conocen a casi toda la gente…, Maia los presentará a los demás. Gracias por haber venido.

- Gracias a ti por habernos invitado - dijo Jean sin mucha convicción. George ya había partido hacia el bar y Jean lo siguió cambiando ocasionalmente algunos saludos con las gentes amigas. Las tres cuartas partes de los presentes eran perfectos desconocidos, cosa común en las fiestas de Rupert.

- Vayamos a explorar - le dijo a George cuando terminaron de refrescarse y de saludar desde lejos a todas las caras familiares - Quiero conocer la casa.

George la siguió lanzando, con no mucho disimulo, una última mirada hacia Maia Boyce. Tenía un aire ausente en los ojos que a Jean no le gustaba nada. Era tan molesto que los hombres fuesen fundamentalmente polígamos. Pero por otra parte, si no lo fuesen... Sí, quizá era mejor así, al fin y al cabo.

George volvió pronto a la normalidad mientras investigaban las maravillas de la nueva residencia de Rupert. La casa parecía muy grande para dos personas; pero era necesario que fuese así, ya que soportaba frecuentes sobrecargas. Había dos pisos; el de arriba era mucho más amplio para que los salientes sombrearan los alrededores del piso bajo. El grado de mecanización era considerable, y la cocina se parecía estrechamente a la cámara de pilotos de un transporte aéreo.

- ¡Pobre Ruby! - dijo Jean - Le hubiese encantado esta casa.

- Por lo que he oído - replicó George, quien no le tenía mucha simpatía a la anterior señora Boyce juzgo que Ruby es perfectamente feliz con su amiguito australiano.

Esto era algo tan sabido que Jean no pudo replicar. Así que cambié de tema.

- Es terriblemente bonita, ¿no es cierto?

George estaba bastante prevenido como para evitar la trampa.

- Oh, supongo que sí - replicó indiferentemente -. Siempre, claro, que a uno le gusten las morenas.

- Lo que a ti no te pasa, naturalmente - dijo Jean con suavidad.

- No seas celosa, querida - rió George, acariciándole el pelo platinado -. Vamos a ver la biblioteca. ¿En qué piso crees que estará?

- Arriba, seguramente. No - hay más cuartos aquí. Además, eso está de acuerdo con el plan general. El vivir, el comer y el dormir han sido relegados al piso inferior. Arriba está la sección juegos y diversiones, aunque eso de instalar una piscina en un primer piso sigue pareciéndome una locura.

- Sospecho que hay algún motivo - dijo George abriendo una puerta cualquiera -. Alguien tuvo que haber guiado a Rupert en la construcción de la casa. El solo no hubiese sido capaz.

- Probablemente tienes razón. Si no fuese así, habría cuartos sin puertas, y escaleras que no llevarían a ninguna parte. En realidad, tendría miedo de entrar en una casa diseñada por Rupert.

- Aquí estamos - dijo George con el orgullo de un navegante al pisar tierra firme -, la fabulosa colección Boyce en su nueva casa. Me pregunto cuántos de estos libros habrá leído Rupert realmente.

La biblioteca abarcaba todo el ancho de la casa, pero los estantes colmados de libros la dividían virtualmente en media docena de pequeñas dependencias. Había aquí, si George no recordaba mal, unos quince mil volúmenes... casi todas las publicaciones importantes sobre temas tan nebulosos como magia, investigación psíquica, adivinación, telepatía y todo ese conjunto de huidizos fenómenos que pueden ser clasificados como parafísicos. Era una distracción muy peculiar en esta edad de la razón. Se trataba, presumiblemente, del método utilizado por Rupert para huir de la realidad.

George notó enseguida el olor. Era débil, pero penetrante, y no tan desagradable como misterioso. Jean, que también lo había advertido, fruncía el ceño tratando de identificarlo. Ácido acético, pensó George... es lo que más se le parece. Pero es, sin embargo, otra cosa...

La biblioteca terminaba en un espacio abierto, bastante amplio como para contener una mesa, dos sillas y algunos almohadones. Éste, seguramente, era el lugar donde leía casi siempre Rupert. Alguien estaba leyendo aquí ahora, con una luz demasiado débil.

Jean ahogó un grito y tomó la mano de George. Esta reacción tenía algún sentido. Una cosa era mirar una pantalla de televisión, y otra encontrarse con la realidad. George, que muy pocas veces se sorprendía por algo, se recuperó enseguida.

- Espero que no lo hayamos molestado, señor - dijo cortésmente -. No sabíamos que hubiese alguien aquí. Rupert no nos dijo nada.

El superseñor abandonó el libro un momento, los miró fijamente, y volvió a su lectura. Como era alguien capaz de leer, hablar y hacer probablemente varias otras cosas al mismo tiempo, no había en este acto ninguna descortesía. Sin embargo, para un observador humano, el espectáculo era inquietantemente esquizofrénico.

- Mi nombre es Rashaverak - dijo el superseñor amablemente -. Temo no ser muy sociable, pero no es fácil dejar la biblioteca de Rupert.

Jean alcanzó a evitar una risita nerviosa. El inesperado huésped estaba leyendo, advirtió, a razón de una página cada dos segundos. Jean tenía la seguridad de que el superseñor asimilaba todas las palabras, y se preguntó si sería capaz de leer una página con cada ojo. Y luego, naturalmente, se dijo a si misma, aprendería el sistema Braille para usar también los dedos... La imagen mental resultante era demasiado cómica como para recrearse en ella, así que trató de evitarla entrando en la conversación. Al fin y al cabo no todos los días se tenía la ocasión de hablar con uno de los amos de la Tierra.

Jean hizo las presentaciones y George dejó. que la muchacha siguiera la charla esperando que no cayese en alguna falta de tacto. Como Jean, nunca se había encontrado con un superseñor. Aunque los superseñores solían verse con funcionarios del gobierno, hombres de ciencia y otras gentes parecidas, nunca había oído que asistiesen a fiestas privadas. Podía concluirse que esta fiesta no era realmente tan privada. La posesión, por parte de Rupert, de aquel aparato contribuía a afirmar la sospecha, y George comenzó a preguntarse, con letras mayúsculas: Qué Estaba Pasando. Tenía que interrogar a Rupert, tan pronto como lo viese en algún rincón.

Como no cabía en las sillas, Rashaverak se había sentado en el piso, donde se sentía, aparentemente, bastante cómodo, pues no había prestado atención a los almohadones cercanos. Tenía, pues, la cabeza a unos dos metros del suelo, y George tuvo una oportunidad verdaderamente única para estudiar biología extraterrestre. Desgraciadamente, como sabía muy poco de biología terrestre, nada pudo añadir a sus conocimientos. Sólo ese olor, peculiar, pero no desagradable, fue algo nuevo para él. Se preguntó qué olor tendrían los seres humanos para los superseñores, y esperó lo mejor.

No había nada realmente antropomórfico en Rashaverak. George alcanzó a comprender cómo, vistos desde lejos por ignorantes y aterrorizados salvajes, los superseñores podían haber parecido hombres alados, y dar pie, de esa manera, al convencional retrato del demonio. Desde cerca, sin embargo, gran parte de esa ilusión se desvanecía totalmente. Los cuernitos (¿qué función tendrían?) eran menos específicos, pero el cuerpo no se parecía al del hombre ni al de ningún animal que hubiese habitado la Tierra. Como procedentes de una rama evolutiva totalmente extraña, los superseñores no eran ni mamíferos, ni insectos, ni reptiles. Ni siquiera se podía afirmar que fuesen vertebrados. Esa armadura externa bien podía ser la única estructura de sostén.

Las alas de Rashaverak estaban plegadas de modo que George no podía verlas claramente, pero la cola, semejante a una delgada tubería estaba enrollada con todo cuidado sobre el piso. La famosa barba. en que terminaba el apéndice era menos una punta de flecha que un largo y chato diamante. Servía, se creía comúnmente, para dar estabilidad al vuelo, como la cola de los pájaros. De algunos hechos y suposiciones aisladas semejantes, los hombres de ciencia habían concluido que los superseñores venían de un mundo de escasa gravedad y muy densa atmósfera.

La voz de Rupert brotó de pronto de un altavoz oculto:

- ¡Jean! ¡George! ¿Dónde se han escondido? Bajen y únanse a la fiesta. La gente está empezando a murmurar.

- Quizá sea mejor que vaya yo también - dijo Rashaverak devolviendo el libro al estante sin moverse de su sitio. George notó por vez primera que Rashaverak tenía dos pulgares en oposición, con cinco dedos entre ellos. Qué espantosa aritmética, pensó, basada en el número catorce.

Rashaverak, de pie, era un espectáculo imponente, Como los superseñores tenían que inclinarse para no tocar los cielos rasos con la cabeza, era indudable que por más que quisiesen acercarse a los hombres siempre encontrarían dificultades.

En la última media hora habían llegado algunos otros cargamentos de invitados y la sala estaba casi repleta. La entrada de Rashaverak empeoró aún más las cosas, pues todos los que se encontraban en las habitaciones vecinas vinieron corriendo a verlo. Rupert se sentía muy complacido. Jean y George no estaban tan felices, ya que nadie los atendía. En realidad muy pocos podían verlos, pues se encontraban detrás del superseñor.

- Ven, acércate, Rashy, te presentaré a unos compinches - gritó Rupert -. Siéntate en este diván, así dejarás de rascar el cielo raso.

Rashaverak, con la cola recogida sobre un hombro, se abrió paso a través de la habitación como un rompehielos a través de unos témpanos. Cuando se sentó, junto a Rupert, la habitación pareció agrandarse de pronto. George suspiró aliviado.

- Me da claustrofobia cuando lo veo de pie. Me pregunto cómo Rupert habrá conseguido traerlo. Esta puede ser una fiesta interesante.

- Es raro que Rupert le hable de ese modo, y más aún en público. Pero a Rashaverak no parece importarle.

- Apuesto a que le importa. Pero Rupert adora las exhibiciones y carece totalmente de tacto. ¡Ah, y eso me recuerda algunas de tus preguntas¡

- ¿Como por ejemplo?

- ¿Cuánto tiempo hace que está aquí? ¿Qué relaciones tiene usted con el supervisor Karellen? ¿Le gusta la Tierra? ¡No es modo de hablar con los superseñores!

- ¿Y por qué no? Ya es hora de que alguien lo haga.

Antes que la discusión se hiciese más violenta los Shoenberger se acercaron a hablarles, y en seguida ocurrió la fisión. Las mujeres se unieron en un grupo para discutir a la señora Boyce; los hombres en otro para hacer exactamente lo mismo, aunque desde un punto de vista diferente. Benny Shoenberger, viejo amigo de George, tenía una abundante información al respecto.

- Por favor no se lo vayas a decir a nadie - le dijo -. Ruth no sabe nada, pero yo se la presenté a Rupert.

- Me parece - señaló George con envidia - que vale demasiado para Rupert. De todos modos, no puede durar. Pronto estará harta de él. - Esta última observación pareció animarlo considerablemente.

- No lo creas. Además de ser una belleza es una excelentísima persona. Es hora de que alguien se encargue de Rupert y Maia es la mujer indicada.

Rupert y Maia estaban sentados al lado de Rashaverak atendiendo solemnemente a los huéspedes. Las fiestas de Rupert tenían muy pocas veces algún centro de atracción, ya que consistían casi siempre en una media docena de grupos independientes que sólo se ocupaban de sus propios asuntos. Esta vez, sin embargo, todos tenían un mismo interés. George lo sintió bastante por Maia. Éste tenía que haber sido el día de la joven, pero Rashaverak la había eclipsado parcialmente.

- Oye - dijo George mordisqueando un sándwich -, ¿cómo demonios logró Rupert traer aquí a un superseñor? Nunca oí nada semejante. Pero Rupert parece aceptarlo como algo natural. Ni siquiera nos avisó al invitarnos.

Benny rió entre dientes.

- Otra de sus sorpresas. Mejor será que se lo preguntes a él. Pero esta no es la primera vez, al fin y al cabo. Karellen ha estado en algunas fiestas, en la Casa Blanca, en el palacio de Buckingham, en...

- ¡Eh, pero esto es diferente! Rupert es un ciudadano perfectamente común.

- Y quizá Rashaverak es un superseñor de menor importancia. Pero será mejor que se lo preguntes a ellos.

- Lo haré - dijo George -, tan pronto como me encuentre a solas con Rupert.

- Entonces tendrás que esperar mucho.

Benny no se equivocaba, pero como la fiesta estaba animándose era más fácil tener paciencia. La leve parálisis ocasionada por la aparición de Rashaverak se había borrado. Se veía aún a un grupito cerca del superseñor, pero ya se habían producido las fragmentaciones de costumbre, y todos se comportaban con bastante naturalidad.

Sin mover la cabeza, George podía ver un famoso productor cinematográfico, un poeta menor, un matemático, dos actores, un ingeniero de energía atómica, el editor de un semanario de noticias, un virtuoso del violín, un profesor de arqueología, y un astrofísico. No había ningún representante de la profesión de George - escenógrafo de televisión -, y era mejor así, ya que no quería volver a sus preocupaciones habituales. A George le gustaba mucho su trabajo; en realidad, en esa época, y por primera vez en la historia humana, nadie trabajaba en algo que no le gustase; pero George era uno de esos hombres capaces de olvidar la oficina una vez terminada la tarea diaria.

Al fin logró atrapar a Rupert, que estaba experimentando con algunas botellas. Era una lástima traerlo a la realidad, en momentos en que tenía una mirada casi soñadora, pero George sabía ser rudo si era necesario.

- Óyeme, Rupert - le dijo, apoyándose en la mesa más cercana -. Creo que nos debes algunas explicaciones.

- Hum - dijo Rupert pensativamente, mientras hacia rodar la lengua por el interior de la boca -. Sobra un poquitito de gin, me parece.

- No te hagas el distraído, ni finjas que estás borracho, porque sé perfectamente que no lo estás. ¿De dónde has sacado a ese superseñor amigo tuyo? ¿Y qué está haciendo aquí?

- ¿No te lo he dicho? - dijo Rupert -. Creí habérselo explicado a todos. No podías estar muy lejos... Claro, estabas escondido en la biblioteca. - Rupert emitió una risita que a George le pareció ofensiva. - La biblioteca, ¿sabes?, eso ha traído a Rashy.

- ¡Qué cosa más rara!

- ¿Por qué?

George calló un momento comprendiendo que esto requeriría cierto tacto. Rupert se sentía muy orgulloso de su original colección.

- Este... Bueno, cuando uno considera los conocimientos científicos que poseen los superseñores, es difícil pensar que puedan sentirse atraídos por los fenómenos psíquicos y todos esos disparates.

- Disparates o no - replicó Rupert - les interesa la psicología humana, y tengo algunos libros que pueden enseñarles muchas cosas. Pero antes de mudarme, cierto enviado, subalterno de los superseñores, o superseñor de los subalternos, fue a verme y me preguntó si podía prestarle cincuenta de mis más caros volúmenes. Uno de los conservadores del Museo Británico le había dicho que yo los tenía. Naturalmente, ya puedes imaginarte lo que le dije.

- No, no me lo imagino.

- Bueno, le repliqué muy cortésmente que había tardado veinte años en reunir mis libros. Yo permitiría con mucho gusto que los leyesen, pero tendrían que hacerlo aquí. De modo que Rashy vino a mi casa y ha estado absorbiendo unos veinte volúmenes por día. Me gustaría saber qué conclusiones saca.

George pensó un momento, y luego se encogió de hombros, disgustado.

- Francamente - dijo -, mi opinión sobre los superseñores ha descendido mucho. Pensé que emplearían mejor el tiempo.

Librodot

- Eres un materialista incorregible. No creo que Jean esté de acuerdo contigo. Pero aún desde tu oh - tan - práctico punto de vista podrás encontrarle algún sentido. Me imagino que estudiarías las supersticiones de cualquier raza primitiva con la que tuvieras que tratar.

- Supongo que sí - dijo George, no muy convencido.

La mesa le estaba resultando un poco dura, así que se incorporó. Rupert había hallado al fin una mezcla satisfactoria y marchaba ya hacia sus huéspedes. Unas voces quejosas lo reclamaban.

- ¡Eh! - protestó George -. Antes que te vayas tengo que hacerte otra pregunta. ¿Cómo conseguiste ese transmisor - receptor de televisión con que trataste de asustarnos?

- Fue algo así como una permuta. Indiqué que uno de esos dispositivos me ayudaría mucho en mi trabajo, y Rashy transmitió mi sugerencia a los cuarteles centrales.

- Perdóname por ser tan obtuso, ¿pero de qué te ocupas ahora? Me imagino, es claro, que tiene alguna relación con animales.

- Eso es. Soy un superveterinario. Tengo a mi cargo diez kilómetros cuadrados de selva, y como mis pacientes no vienen a mí, voy yo hacia ellos.

- Un trabajo bastante pesado.

- Oh, claro que no resulta práctico ocuparse de la fauna menor. Sólo leones, elefantes, rinocerontes, y otros animales parecidos. Todas las mañanas preparo los controles para examinar unos cien metros cuadrados, me siento ante la pantalla y recorro la región. Cuando encuentro algún enfermo subo a mi máquina voladora con la esperanza de que mi tratamiento tenga éxito. A veces es bastante difícil. Los leones por ejemplo no ofrecen dificultades, pero tratar de aplicar una inyección a un rinoceronte con un dardo anestesiado es un trabajo de todos los demonios.

- ¡Rupert! - gritó alguien desde la habitación vecina.

- Mira, mira lo que has hecho. Me he olvidado de mis huéspedes. Toma, lleva tú esta bandeja. Esos son los que tienen vermouth. No quiero que se mezclen.

Poco antes de la caída del sol George logró escaparse a la terraza. Algunos muy justificados motivos le habían provocado un ligero dolor de cabeza y. sentía la necesidad de alejarse del ruido y la confusión. Jean, que bailaba mucho mejor que él, estaba todavía divirtiéndose, y no quería irse. George, ya alcohólicamente sentimental, se sintió molesto y decidió meditar en paz bajo las estrellas. Se llegaba a la terraza tomando la escalera mecánica hasta el primer piso, y subiendo luego por los peldaños en espiral que rodeaban el aparato de aire acondicionado. Los peldaños terminaban en una puerta que daba a la ancha y lisa terraza. La máquina volante de Rupert descansaba en uno de los extremos; el área central era un jardín - que ya mostraba signos de abandono - y el resto era simplemente una plataforma de observación con unas pocas sillas de lona. George se echó en una de estas sillas y lanzó a su alrededor una mirada imperial. Se sentía realmente dueño y señor de toda la escena. Era, para decirlo con sencillez, todo un espectáculo. La casa de Rupert había sido construida a orillas de una enorme represa que a unos cinco kilómetros de distancia, hacia el este, se convertía en pantanos y lagunas. Por el oeste el terreno era llano, y la selva llegaba casi hasta la casa. Pero más allá de la selva, a más de cincuenta kilómetros, una cadena montañosa se extendía como un muro, hacia el norte y el sur, hasta perderse de vista. Las cimas estaban veteadas de nieve, y más arriba, mientras caía el sol, ya en los últimos instantes de su carrera diaria, se encendían las nubes. Mientras contemplaba aquellos lejanos baluartes, George se sintió dominado por una repentina sobriedad.

Las estrellas que asomaron con una prisa indecente, tan pronto como el sol desapareció, eran para George totalmente desconocidas. Buscó la Cruz del Sur, pero no pudo encontrarla. Aunque sus conocimientos astronómicos eran muy escasos, y no podía reconocer sino unas pocas constelaciones, la ausencia de amigos familiares lo perturbaban excesivamente. Lo mismo podía decirse de los ruidos que venían de la selva, demasiado cercana. Basta de aire

fresco, pensó. Volveré a la fiesta antes que un murciélago sediento de sangre, o algo igualmente desagradable, venga a examinar la terraza.

Iba hacia la escalera cuando otro huésped surgió de la abertura. La oscuridad era ya tan grande que George no pudo reconocerlo.

- Hola - dijo -. ¿También usted se siente harto?

Su invisible acompañante se rió.

- Rupert ha comenzado a exhibir una de sus películas. Ya las he visto todas.

- Sírvase un cigarrillo - dijo George.

- Gracias.

A la luz del encendedor - George era muy aficionado a esas antiguallas - pudo reconocer al otro huésped, un joven negro de facciones sorprendentemente perfectas. Se lo habían presentado unas horas antes, pero había olvidado el nombre en seguida, junto con los de otros veinte desconocidos. Sin embargo, la cara le recordaba algo, y de pronto George sospechó la verdad.

- No sé si nos han presentado realmente - dijo -, ¿pero no es usted el nuevo cuñado de Rupert?

- Exactamente. Soy Jan Rodricks. Todo el mundo dice que Maia y yo nos parecemos mucho.

George pensó si debía lamentar con Jan la adquisición del nuevo pariente. Al fin decidió que sería mejor que el pobre hombre descubriese solo la verdad. Después de todo era posible que Rupert se decidiese a sentar cabeza.

- Yo soy George Greggson. ¿Es la primera vez que concurre a una de las famosas fiestas de Rupert?

- Sí. Indudablemente se conoce aquí a mucha gente nueva.

- Y no sólo a seres humanos - añadió George -. Nunca me habían presentado a un superseñor.

El otro titubeó un momento antes de contestar y George se preguntó qué lugar sensible habría tocado. Pero la respuesta no reveló nada.

- Nunca habla visto a ninguno. Excepto, es claro, en una pantalla de televisión.

La. conversación languideció y George comprendió al fin que Jan deseaba estar solo. Por otra parte, sintió frío, así que dejó la terraza y volvió a la fiesta.

La selva estaba ahora en silencio. Jan se reclinó contra la curva pared de la toma de aire y sólo oyó el débil murmullo de los pulmones mecánicos de la casa. Se sintió muy solo, como lo había deseado. Se sintió también muy desilusionado, y esto no lo había deseado de ningún modo.

8

Ninguna utopía puede satisfacer siempre a todos. A medida que mejoraron las condiciones materiales los hombres se hicieron más ambiciosos y ya no se contentaron con el poder y los bienes que en otra época habían parecido inalcanzables. Y aunque el mundo exterior se había ajustado a casi todos los deseos, la curiosidad de la mente y la inquietud del corazón seguían aún muy vivas.

Jan Rodricks, aunque raras veces apreciaba su suerte, se hubiese sentido aún más descontento en una época anterior. Un siglo antes el color de su piel hubiese sido un impedimento enorme y hasta quizá aplastante. Hoy no significaba nada. La inevitable reacción que había dado a los negros del siglo veintiuno un leve sentimiento de superioridad también se había desvanecido. La palabra "negro" ya no era tabú en las reuniones sociales y todos la usaban sin embarazo. No tenía más contenido emocional que adjetivos tales como republicano, o metodista, conservador o liberal.

El padre de Jan había sido un escocés encantador, aunque algo desordenado, que había logrado obtener bastante renombre como mago profesional. Su muerte, a la temprana edad de

cuarenta y cinco años, había tenido como causa el consumo excesivo del más famoso producto del país. Aunque Jan nunca había visto borracho a su padre, no estaba seguro de haberlo visto sobrio alguna vez.

La señora Rodricks, todavía muy viva, enseñaba teoría de la probabilidad en la Universidad de Edimburgo. Como ejemplo típico de la extrema movilidad del hombre del siglo veintiuno, la señora Rodricks, que era negra como el carbón, había nacido en Escocia, mientras que su expatriado y rubio marido se había pasado toda la vida en Haití. Maia y Jan nunca habían tenido un hogar fijo, y habían oscilado entre las familias de sus progenitores como dos rueditas volantes. Se habían divertido bastante, naturalmente, pero no habían llegado a corregir la inestabilidad heredada del señor Rodricks.

A los veintisiete de edad, Jan tenía aún por delante varios años de estudio antes de que tuviese que pensar seriamente en su carrera. Había obtenido fácilmente el título de bachiller, siguiendo un plan de estudios que un siglo antes hubiese parecido verdaderamente extraño. Sus más importantes materias habían sido matemática y física, pero había estudiado también filosofía y apreciación musical. Aun para el alto nivel de aquella época, Jan era un pianista aficionado de primera categoría.

Dentro de tres años obtendría el doctorado en física aplicada, con astronomía como ciencia auxiliar. Esto supondría bastante trabajo, pero Jan lo prefería así. Estaba estudiando en la que era quizá la institución más hermosamente situada del mundo, la Universidad de la Ciudad del Cabo, construida en la falda de la montaña de la Mesa.

No tenía preocupaciones materiales; sin embargo se sentía descontento, y su situación le parecía irremediable. Para empeorar las cosas, la felicidad de Maia - aunque no la envidiaba, de ningún modo había subrayado la causa principal de sus disgustos.

Pues Jan sufría a causa de la romántica ilusión - motivo de tanta desgracia y de tanta poesía - de que todo hombre tiene realmente un solo amor verdadero. A una edad desacostumbradamente tardía había entregado su corazón, por vez primera, a una dama más renombrada por su belleza que por su constancia. Rosita Tsien declaraba, con perfecta verdad, que corría por sus venas la sangre de los emperadores Manchú. Todavía tenía muchos súbditos, incluida la mayor parte de los estudiantes de la Facultad de Ciencias, en el Cabo. Jan había sido hechizado por su delicada belleza floral, y la historia había progresado lo bastante como para tener un fin verdaderamente triste. Jan no podía imaginar qué había fallado.

Saldría de eso, naturalmente. Otros hombres habían sobrevivido a catástrofes parecidas sin sufrir daños irreparables, y hasta habían llegado a esa época en que se dice: - ¡Nunca pude haberme tomado en serio a una mujer como ésa! - Pero Jan no veía aún la posibilidad de tal desprendimiento, y actualmente estaba muy disgustado con la vida.

Su otro motivo de preocupación era más difícil de remediar, pues tenía como origen la relación existente entre sus ideales y los superseñores. La mente de Jan era tan romántica como su corazón. Como tantos otros hombres de su edad, desde que la conquista del aire era realmente posible, había dejado que sus sueños y su imaginación recorrieran los inexplorados mares del espacio.

Un siglo antes el hombre había puesto un pie en la escalera que llevaba a las estrellas; en ese mismo instante - ¿podía - haber sido una coincidencia? - le habían cerrado la puerta de los planetas en las narices. Los superseñores habían puesto pocas barreras a las actividades humanas (la guerra era quizá la mayor excepción) pero los estudios sobre viajes interplanetarios se habían casi, interrumpido. La ciencia de los superseñores parecía inalcanzable. Por el momento, al menos, el hombre se había desanimado y había vuelto la atención hacia otras esferas. No había por qué desarrollar cohetes cuando los superseñores tenían medios de propulsión infinitamente superiores, basados en principios ignorados por todos.

Unos pocos centenares de hombres habían visitado la Luna con el propósito de establecer allí un observatorio astronómico. Habían viajado como pasajeros en una nave pequeña, manejada por superseñores e impulsada por cohetes. Era obvio que muy poco podía

aprenderse del estudio de un vehículo tan primitivo, aunque sus dueños permitiesen que los hombres de ciencia terrestre lo examinasen a su gusto.

El hombre era, por lo tanto, prisionero de su propio planeta; un planeta mucho más hermoso, pero más pequeño que hacía un siglo junto con la guerra, el hambre y la enfermedad, los superseñores habían abolido la aventura.

La luna naciente teñía ya el cielo oriental con un resplandor pálido y blanquecino. Allá arriba, se dijo Jan, estaba la base central de los superseñores, entre las montañas de Platón. Aunque las naves de aprovisionamiento habían estado yendo y viniendo durante más de setenta años, sólo en vida de Jan se había revelado el secreto, y los superseñores iniciaban ahora sus viajes ante los mismos ojos de la Tierra. En el telescopio de cinco metros de abertura podía verse cómo el sol de la mañana o de la tarde proyectaba sobre las planicies de la Luna la sombra de aquellas enormes naves. Como todo lo que hacían estos seres era de gran interés para la humanidad, se llevó una cuenta minuciosa de sus idas y venidas, y ya comenzaba a descubrirse una cierta relación entre los diversos movimientos, aunque no su causa. Una de esas grandes sombras había desaparecido unas horas antes. Eso significaba, como lo sabía Jan, que en un lugar del espacio, ya fuera de la Luna, la nave de los superseñores estaba preparándose para iniciar el viaje hacia el hogar distante y desconocido.

Jan nunca había visto a una de esas naves en el momento de elevarse hacia los astros. En las noches claras, la nave era visible desde una de las mitades del mundo; pero Jan nunca había tenido suerte. Uno nunca podía decir con exactitud cuándo comenzaría el verdadero viaje, y los superseñores no adelantaban la noticia. Jan decidió esperar otros diez minutos antes de volver a la fiesta.

¿Qué era eso? Sólo un meteoro que atravesaba la constelación de Eridano. Jan suspiró, descubrió que se le había apagado el cigarrillo, y encendió otro.

Ya se había fumado la mitad cuando, a un millón de kilómetros, el navío estelar comenzó a moverse. Desde el mismo centro de la creciente luna iluminada una chispita comenzó a ascender hacia el cenit. Al principio el movimiento era tan lento que apenas se lo advertía, pero poco a poco la nave fue ganando velocidad. Siguió subiendo cada vez con mayor brillo, hasta que de pronto desapareció. Momentos después volvió a aparecer, más veloz y brillante. Encendiéndose y apagándose, con un ritmo peculiar, subió rápidamente por el cielo, dibujando una fluctuante línea luminosa entre los astros. Aunque uno ignorase la distancia real. la impresión de velocidad quitaba el aliento. Sabiendo que la nave se encontraba más allá de la Luna, el cálculo de las velocidades y energías confundían la mente.

Jan sabía que estaba viendo un subproducto de esas energías. La nave misma era invisible, ya muy por encima de esa luz ascendente. Así como un cohete estratosférico deja una estela de vapor, del mismo modo el resuelto navío de los superseñores dejaba también su huella. La teoría generalmente aceptada - y había muy pocas dudas sobre su veracidad - decía que las enormes aceleraciones de la nave provocaban una distorsión local del espacio. Jan sabía que estaba viendo nada menos que la luz de unas estrellas distantes, reunidas y enfocadas hacia la Tierra, cada vez que en el camino recorrido por la nave se cumplían ciertas condiciones. Era una prueba visible de la relatividad: la curvatura de la luz en presencia de un colosal campo gravitatorio.

Ahora el extremo de esa inmensa lente, delgada como una línea de lápiz,. parecía moverse con mayor lentitud, aunque sólo a causa de la perspectiva. En realidad la nave ganaba velocidad. Sólo su huella parecía detenerse; la nave misma se precipitaba ahora hacia los astros. Jan sabía que muchos telescopios le estaban siguiendo, pues los hombres de ciencia querían descubrir los secretos de la nave estelar. Ya se habían publicado docenas de estudios sobre ese tema; sin duda los superseñores los habían leído con el mayor interés.

La luz fantasmal estaba apagándose. Ahora era una raya muy débil que apuntaba como siempre hacia el centro de la constelación Carina. El hogar de los superseñores estaba aproximadamente por allí, pero en cualquiera del millar de estrellas de aquel sector del espacio. No era posible calcular la distancia que había entre esa estrella y el sistema solar.

Todo había acabado. Aunque la nave apenas había comenzado su viaje, ya ningún ojo terrestre podía seguirla. Pero en la mente de Jan el recuerdo de la estela brillante ardía aún, como un faro que no se apagaría nunca mientras hubiese en él ambiciones y deseos.

La fiesta había terminado. Casi todos los huéspedes habían vuelto a elevarse por los aires y se desparramaban ahora hacia los cuatro rincones del globo. Aunque había algunas excepciones.

Una era Norman Dodsworth, el poeta, que se había emborrachado, de un modo desagradable, pero que había sido bastante cuerdo como para abandonar la sala antes de que fuera necesario recurrir a la violencia. Lo habían depositado sobre el césped, con mucha suavidad, y con la esperanza de que una hiena lo despertase bruscamente. En fin, no se contaba con él.

Entre los que se habían quedado se incluían George y Jean. No había sido idea de George: él quería volverse a casa. Desaprobaba la amistad entre Rupert y Jean, aunque no por las razones comunes. George se enorgullecía de ser un hombre práctico, de juicioso carácter, y pensaba que el interés que unía a Jean y a Rupert no era sólo infantil, en esta edad de la ciencia, sino también enfermizo. Que alguien pudiese atribuir alguna sombra de verdad a los hechos llamados supranormales le parecía extraordinario, y el haber encontrado aquí a Rashaverak había disminuido su fe en los superseñores.

Era indudable ahora que Rupert había estado planeando alguna sorpresa, probablemente con la connivencia de Jean. George se resignó tristemente a las tonterías que pudiesen sobrevenir.

- Probé toda clase de objetos antes de llegar a esto - decía Rupert con orgullo -. El mayor problema era el de reducir la fricción y facilitar así los movimientos. La anticuada mesita y la copa no estaban mal; pero habían sido usadas durante siglos y era indudable que la ciencia moderna podía mejorarlas. Y aquí está el resultado. Acercad las sillas... ¿Estás seguro de que no quieres unirte a nosotros, Rashy?

El superseñor pareció titubear durante una fracción de segundo. Luego sacudió negativamente la cabeza. (¿Había aprendido ese gesto en la Tierra? se preguntó George.)

- No, gracias - replicó -, prefiero mirar. Quizá en otra ocasión.

- Muy bien. Hay tiempo de sobra para que cambies de parecer.

Oh, ¿hay tiempo? pensó George mirando tristemente su reloj.

Rupert había reunido a sus amigos alrededor de una mesita maciza, perfectamente circular. Levantó la superficie de material plástico y reveló un brillante mar de apretados y redondos cojinetes. El borde un poco saliente de la mesa impedía que escaparan. George no podía imaginar para qué servía todo eso. La luz se reflejaba sobre los cojinetes en centenares de puntos, formando fascinantes e hipnóticas figuras. George se sintió ligeramente mareado.

Mientras los demás acercaban las sillas, Rupert buscó debajo de la mesa, sacó un disco de unos diez centímetros de diámetro, y lo colocó sobre los cojinetes.

- Eso es - dijo -. Vosotros ponéis los dedos aquí, y el disco gira sin encontrar resistencia.

George lanzó una mirada de profundo disgusto al dispositivo. Advirtió que las letras del alfabeto habían sido colocadas sobre la mesa a intervalos regulares, aunque sin ningún orden. Además, distribuidos entre las letras, se veían varios números, del 1 al 9, y en dos extremos opuestos unas tarjetas con las palabras "Sí y "No".

- Todo esto me parece magia barata - murmuró George -. Me sorprende que alguien se lo tome en serio en esta época.

Luego de haber emitido esta débil protesta, George se sintió un poco mejor. Rupert pretendía no sentir por estos fenómenos más que una desinteresada curiosidad. Tenía una mente amplia, pero no era un crédulo. Jean, en cambio... bueno, George se sentía un poco preocupado. La muchacha creía, en apariencia, que en este asunto de la telepatía y de la segunda visión había algo realmente.

George no advirtió, hasta después de haber hablado, que la frase implicaba también una censura a Rashaverak. - Lo miró nerviosamente, pero no había en el superseñor ningún signo de reacción. Lo que no probaba nada en absoluto.

Ya todos ocupaban sus sitios. Alrededor de la mesa y en el sentido de las agujas del reloj, se habían instalado Rupert, Maia, Jan, Jean, George y Benny Shoenberger. Ruth Shoenberger estaba sentada aparte con un anotador. Se había opuesto, parecía, a participar de la sesión, lo que había provocado ciertos comentarios oscuramente sarcásticos de Benny a propósito de los que todavía se tomaban el Talmud en serio. Sin embargo, no se oponía de ningún modo a actuar como cronista.

- Ahora escuchen - comenzó a decir Rupert -; para beneficio de los escépticos como George, pongamos las cosas en claro. Haya o no algo anormal en todo esto, funciona. Personalmente creo que se trata de un simple fenómeno mecánico. Cuando ponemos nuestras manos sobre el disco, aunque tratemos de no influir en sus movimientos, nuestro subconsciente comienza a hacer trampa. He analizado centenares de sesiones y no he descubierto una sola respuesta que no fuese conocida, o sospechada, por alguno de los participantes, aunque a veces no conscientemente. Tengo interés en llevar a cabo el experimento en esta peculiar... este... circunstancia.

La “peculiar circunstancia” estaba observándolos en silencio, pero, indudablemente, no con indiferencia. George se preguntó qué pensaría Rashaverak de estas antiguas supersticiones. ¿Ocupaba la posición de un antropólogo ante un rito primitivo? La escena era fantástica, y George se sintió verdaderamente tonto.

Si los otros se sentían como él, lo ocultaban perfectamente. Sólo Jean estaba encendida y excitada, aunque quizá el alcohol fuese el culpable.

- ¿Todos listos? - preguntó Rupert -. Muy bien. Guardó, durante unos instantes, lo que quería ser un impresionante silencio, y luego, sin dirigirse particularmente a nadie, exclamó: - ¿Hay alguien aquí?

George pudo sentir que el disco temblaba ligeramente bajo sus dedos. No era nada sorprendente si se tenía en cuenta la presión ejercida por las seis personas del círculo. El disco osciló trazando la figura de un 8 y al fin se detuvo.

- ¿Hay alguien aquí? - repitió Rupert. Con un tono de voz más normal añadió -: A menudo pasan diez o quince minutos sin que haya una respuesta, pero otras veces...

- Chist... - dijo Jean.

El disco se estaba moviendo. Comenzó a balancearse trazando un amplio arco entre las tarjetas del "Sí" y del "No". A George le costó trabajo ocultar una risita. ¿Qué quedaría demostrado si la respuesta fuese "No”? Recordó aquel viejo chiste: "Sólo estamos nosotras, las gallinas..."

Pero la respuesta era "Sí". El disco volvió rápidamente al centro de la mesa. Parecía como si estuviese vivo, de algún modo, y esperase la próxima pregunta. A pesar de sí mismo, George se sintió impresionado.

- ¿Quién eres? - preguntó Rupert.

Esta vez las letras se sucedieron sin titubeos. El disco se movió a través de la mesa, como un ser consciente, y con tanta rapidez que George encontraba difícil mantener el contacto. Podía jurar que no contribuía al movimiento. Miró rápidamente a los demás, pero no pudo ver nada sospechoso en sus caras. Parecían tan atentos y expectantes como él.

- Todos - respondió el disco, y volvió a su lugar de descanso.

- Todos - repitió Rupert -. Una respuesta típica. Evasiva, pero estimulante. Significa, quizá, que no hay nadie aquí, salvo una combinación de nuestras mentes. - Calló un momento mientras elegía la próxima pregunta. Luego dijo, dirigiéndose al aire: - ¿Tienes un mensaje para alguno de nosotros?

- No - replicó el disco con rapidez.

Rupert miró alrededor de la mesa.

Librodot

- Deja el asunto en nuestras manos. A veces habla voluntariamente, pero esta noche tendremos que hacerle preguntas definidas. ¿Alguien quiere comenzar?

- ¿Lloverá mañana? - dijo George en broma.

El disco comenzó a oscilar en la línea del SÍ - NO.

- Es una pregunta tonta - protestó Rupert -. Es posible que llueva en alguna parte, y que no llueva en alguna otra. No hagan preguntas cuyas respuestas puedan ser ambiguas.

George se sintió apropiadamente aplastado. Decidió esperar a que algún otro hiciese la pregunta siguiente.

- ¿Cuál es mi color favorito? - preguntó Maia.

- Azul - fue la respuesta.

- Es exacto.

- Pero eso no prueba nada. Tres de los presentes, por lo menos, ya lo sabían.

- ¿Cuál es el color favorito de Ruth? - preguntó Benny.

- Rojo.

- ¿Es cierto eso, Ruth?

La mujer alzó la vista de su anotador.

- Sí, así es. Pero Benny lo sabe, y está en la mesa.

- Yo no lo sabía - replicó Benny.

- Lo sabías muy bien. Te lo he dicho un millón de veces.

- Recuerdo subconsciente - murmuró Rupert -. Ocurre a menudo. ¿Pero no pueden hacer preguntas más inteligentes, por favor? Todo ha comenzado tan bien, que no quiero que perdamos esta mina.

Curiosamente, la misma trivialidad del fenómeno comenzaba a interesar a George. No se trataba de nada supranormal, era indudable. Como decía Rupert, el disco estaba respondiendo a los movimientos musculares inconscientes. Pero este hecho mismo era asombroso. George nunca hubiese creído que fuera posible obtener respuestas tan rápidas y precisas. En una ocasión trató de influir en el disco para que éste deletreara su nombre. Obtuvo la "G", pero eso fue todo; el texto no tenía sentido. Era virtualmente imposible, decidió, que una persona gobernara la mesa sin la colaboración de los demás.

Al cabo de media hora, Ruth había anotado más de una docena de mensajes, algunos bastante largos. Había ocasionales faltas de ortografía, y rarezas de sintaxis, pero pocas. Cualquiera que fuese la explicación, George - estaba seguro - no contribuía conscientemente a obtener esos resultados. Algunas veces, cuando el disco comenzaba a deletrear una palabra, creía adivinar las letras subsiguientes, y de ahí el significado total del mensaje. Y todos las veces el disco había cambiado de dirección y había deletreado algo totalmente distinto. Muy a menudo - pues no había pausa ninguna que indicase el fin de una palabra y el comienzo de otra - el mensaje parecía ininteligible hasta que Ruth lo leía en voz alta.

La experiencia, en su conjunto, le daba a George la impresión de encontrarse ante una mente independiente y dotada de voluntad. Y sin embargo no había ninguna prueba definitiva. Las réplicas eran tan ambiguas, tan triviales... Qué podía significar esto por ejemplo:

CREEDHOMBRESLANATURALEZAOSACOMPAÑA

Aunque a veces se sucedían profundas y hasta perturbadoras verdades:

RECORDADQUEELHOMBRENOESTASOLONOLEJOSHAYOTRAPATRIA

Pero naturalmente todos lo sabían. Aunque ¿quién podía asegurar que el mensaje se refiriese a los superseñores?

George estaba sintiéndose cansado. Era hora, pensó somnoliento, de que volviesen a casa. Todo esto parecía muy curioso, pero no los llevaba a ninguna parte y ya estaban abusando. Miró alrededor de la mesa. Benny parecía sentirse como él. Maia y Rupert tenían una mirada un poco apagada, y Jean... bueno, se lo tomaba muy en serio. La expresión de Jean lo preocupó. Parecía como si tuviese miedo de terminar, y también como si tuviese miedo de seguir.

Librodot

Quedaba sólo Jan. George se preguntó qué pensaría de las excentricidades de su cuñado. El joven ingeniero no hacía preguntas, ni mostraba ninguna sorpresa ante las respuestas. Parecía estar estudiando los movimientos del disco como si se tratase de un fenómeno científico.

Rupert salió de su aparente letargo.

- Hagamos otra pregunta - dijo -, después podemos darnos por satisfechos. ¿Qué dices, Jan? No has preguntado nada.

Jan, sorprendentemente, no titubeó, como si tuviese la pregunta ya preparada. Lanzó una mirada hacia la impresionante mole de Rashaverak y luego dijo con una voz clara y tranquila:

- ¿Qué estrella es el sol de los superseñores?

Rupert lanzó un silbido de sorpresa. Maia y Benny no reaccionaron. Jean había cerrado los ojos y parecía dormir. Rashaverak se había inclinado hacia adelante de modo que podía mirar por encima del hombro de Rupert.

Y el disco comenzó a moverse.

Cuando volvió al centro de la mesa, hubo un momento de silencio y al fin Ruth preguntó con una voz perpleja:

- ¿Qué significa NGS 549672?

No obtuvo respuesta, pues en ese momento George dijo ansiosamente:

- Ayúdenme. Me parece que Jean se ha desmayado.

9

- Ese hombre, Boyce - dijo Karellen -. Háble me de él.

El supervisor no usó, naturalmente, estas mismas palabras, y expresó además unos pensamientos mucho más sutiles. Un hombre hubiese oído una corta explosión de sonidos rápidamente modulados, no muy diferentes de los de un transmisor Morse de alta velocidad. Aunque se habían grabado numerosos ejemplos de ese lenguaje su extrema complejidad había desafiado todos los análisis. Y la velocidad era tal, que nadie hubiese podido, aunque dominase los elementos de esa lengua, sostener una conversación normal con los superseñores.

El supervisor de la Tierra estaba de pie, de espaldas a Rashaverak, mirando a través del abismo multicolor del Gran Cañón. Diez kilómetros más allá, algo velados por la distancia, los pétreos terraplenes reflejaban toda la violencia del sol. Abajo, a centenares de metros del borde rocoso en el que se encontraba Karellen, una rastra de mulas descendía con lentitud hacia las profundidades del valle. Era curioso, pensó Karellen, que los seres humanos aprovechasen aún todas las ocasiones para volver a las costumbres primitivas. Hubiesen podido llegar al fondo del cañón en una fracción de segundo, y con más comodidad. Pero preferían arrastrarse por senderos que parecían muy peligrosos, y que quizá lo eran.

Karellen movió apenas la mano. El gran panorama se desvaneció dejando sólo un sombrío vacío de profundidad indeterminada. La realidad de su empleo y de su posición volvieron a él.

- Rupert Boyce es, en cierto modo, un curioso personaje - respondió Rashaverak - Profesionalmente está a cargo de una importante sección de la reserva africana. Es bastante eficiente, y tiene interés en su trabajo. Como debe vigilar varios kilómetros cuadrados, está usando uno de los quince visores panorámicos que hemos entregado en préstamo; con los resguardos usuales, como es natural. El visor, además, es el único capaz de emitir toda clase de proyecciones. Boyce puede aprovechar muy bien estas facilidades, por eso le hemos permitido emplear el aparato.

- ¿Qué razones ha dado?

- Quería aparecerse a los animales salvajes, para que fueran acostumbrándose, y no lo atacaran cuando se presentase ante ellos. La teoría resultó exacta con animales que reaccionan más con los estímulos visuales que con los olfativos... Aunque probablemente un día terminarán por matarlo. Y, naturalmente, le hemos dejado el aparato por otras razones.

- ¿Para que cooperase con nosotros?

Librodot

- Precisamente. Me puse en contacto con Boyce porque es dueño de una de las mejores bibliotecas del mundo en cuestiones de parapsicología y otros temas afines. Cortésmente, pero con firmeza, rehusó a prestarnos sus libros, y tuve que visitarlo. Me he leído la mitad de su biblioteca. Ha sido una prueba bastante dura.

- Lo creo - dijo Karellen secamente -. ¿Ha descubierto algo entre toda esa bazofia?

- Sí. Once casos seguros, y veintisiete probables. Pero como el material sólo recoge casos aislados no es posible utilizarlos con fines estadísticos. Y la evidencia está mezclada a menudo con cierto misticismo... quizá la mayor aberración de la mente humana.

- ¿Y cuál es la actitud de Boyce ante todo esto?

- Pretende ser un hombre de mente libre y escéptica, pero el tiempo y el esfuerzo que ha dedicado a sus libros revelan cierta fe subconsciente. Lo desafié a que me lo negase y me respondió que quizá yo tenía razón. Boyce anda buscando una prueba decisiva. Por eso realiza esas experiencias, aunque pretenda que sólo se trata de juegos.

- ¿Y Boyce cree que nuestro interés es sólo académico? ¿Está usted seguro?

- Totalmente seguro. La mente de Boyce es, en muchos sentidos, bastante simple y obtusa. Por eso mismo su interés por esta esfera particular tiene un carácter algo patético. No es necesario tomar ninguna medida especial.

- Ya veo. ¿Y qué hay de la muchacha que se desmayó?

- Esto es lo más interesante. Jean Morrel fue, casi con seguridad, el canal por el que vino la información. Pero ya tiene veintiséis años. Excesivamente mayor para que se la considere, de acuerdo con nuestras experiencias anteriores, un contacto primario. Tiene que haber, por lo tanto, alguien muy unido a ella. La conclusión es obvia. No tendremos que esperar muchos años. Habrá que transferirla a la categoría púrpura. Jean Morrel puede convertirse en el ser humano más importante de esta época.

- Así lo haré. ¿Y qué hay de ese joven que hizo la pregunta? ¿Fue simple curiosidad o tuvo otro motivo?

- Estaba allí por casualidad. Su hermana acababa de casarse con Rupert Boyce. No conocía a los otros huéspedes. Estoy seguro de que no hubo nada premeditado. Sólo las condiciones excepcionales, y probablemente mi presencia, inspiraron la pregunta. De modo que su conducta es apenas sorprendente. Tiene un único interés: la navegación interplanetaria. Es secretario del grupo de astronáutica de la Universidad del Cabo, y evidentemente dedicará a este tema toda su vida.

- Su carrera puede ser interesante. Mientras tanto, ¿qué actitud cree usted que tomará Rodricks?

- El ingeniero hará indudablemente algunas comprobaciones, tan pronto como le sea posible. Pero no podrá probar la exactitud de la información, y es difícil, a causa de su origen tan peculiar, que se decida a publicarla. Y aunque lo hiciese, ¿nos afectaría de algún modo?

- Estudiaré las dos posibilidades - replicó Karellen -. Se nos ha ordenado no revelar la posición de nuestra base, aunque la información no podrá, en este caso, volverse contra nosotros.

- Estoy de acuerdo. Rodricks posee cierta información que es de dudosa veracidad, y sin ningún valor práctico.

- Así parecerá al menos - dijo Karellen -. Pero no nos sintamos muy seguros. Los seres humanos son notablemente ingeniosos, y a veces muy pacientes. No conviene subestimarlos y será interesante seguir la carrera del señor Rodricks.

Rupert Boyce nunca llegó realmente al fondo de la cuestión. Cuando sus huéspedes dejaron la casa, con menos ruido que de costumbre, Rupert pensativo, arrastró la mesita hasta el rincón. Una leve niebla alcohólica le impedía analizar de veras lo ocurrido, y hasta los mismos hechos se le habían borrado ya ligeramente. Tenía la vaga idea de haber asistido a algo muy importante, pero huidizo, y se preguntó si discutiría el incidente con Rashaverak. En seguida pensé que sería una falta de tacto. Al fin y al cabo su cuñado tenía la culpa de todo.

Se sintió vagamente enojado con Jan. ¿Pero era Jan responsable? ¿O algún otro? Rupert recordó, con cierta vergüenza, que había sido su experimento. Decidió entonces, con bastante éxito, olvidar el asunto.

Quizá habría hecho algo si hubiese encontrado la última página del anotador de Ruth. Pero la hoja se había extraviado en medio de la discusión. Jan se declaró inocente y... bueno, uno no podía acusar a Rashaverak. Y nadie recordaba qué había deletreado el disco, salvo que el mensaje no tenía, aparentemente, ningún significado...

El experimento afectó ante todo a George Greggson. Nunca pudo olvidar el terror que sintió en aquel instante, cuando Jean cayó en sus brazos. El repentino desamparo de Jean transformó a la amable compañera en un ser que invitaba a la ternura y al afecto. Las mujeres se habían desmayado - no siempre sin intención - desde épocas inmemoriales, y los hombres habían respondido siempre adecuadamente. El colapso de Jean fue totalmente espontáneo, pero no habría tenido más éxito si hubiese obedecido a un plan. En ese instante, como pudo comprenderlo más tarde, George tomó una de las decisiones más importantes de su vida. Jean era, definitivamente, la muchacha que más le importaba, a pesar de sus raras ideas y de sus más raros amigos. No tenía intención de abandonar a Naomi o Joy o Elsa o - ¿cómo se llamaba? - Denise; pero había llegado la hora de decidirse por algo más permanente. Jean estaría sin duda de acuerdo, pues los sentimientos dé ambos habían sido muy claros desde un principio.

Su decisión tenía otro motivo que George ignoraba. La experiencia de esa noche había debilitado el orgullo y el desprecio que le inspiraban los peculiares intereses de Jean. Nunca lo reconocería, pero era así; el hecho había suprimido las últimas barreras.

Miró a Jean, pálida, pero repuesta, reclinada en el asiento de la máquina voladora. Abajo reinaban las sombras; arriba, los astros. George ignoraba totalmente dónde estaban, dentro de un radio de mil kilómetros. Pero ésa era tarea del robot. Estaba guiándolos hacia la casa y los haría aterrizar dentro de (así anunciaba el tablero) cincuenta y siete minutos.

Jean le devolvió la sonrisa y retiró suavemente su mano de la de George.

- Deja que me circule la sangre - pidió frotándose los dedos -. Tranquilízate, me siento muy bien.

- ¿Qué crees que habrá pasado? ¿No recuerdas nada?

- No. Un vacío total. Oí la pregunta de Jan... y luego los vi a todos haciendo un alboroto a mi alrededor. Fue, estoy segura, una especie de trance. Al fin y al cabo...

Jean se interrumpió y decidió al fin no decirle que ya le había ocurrido otras veces. Sabía qué pensaba George de estas cosas y no quería trastornarlo todavía más, o hasta asustarlo quizá.

- ¿Al fin y al cabo qué? - preguntó George.

- Oh, nada. Me pregunto qué habrá pensado aquel superseñor. Probablemente no esperaba tanto.

Jean se estremeció ligeramente, y se le nublaron los ojos.

- Les tengo miedo a los superseñores, George. Oh, no quiero decir que sean malvados, ni nada parecido. Creo que están bien intencionados, y que hacen lo que quizá nos conviene más. Sólo me pregunto qué planes tendrán realmente.

George se movió, incómodo.

- El hombre se ha preguntado lo mismo desde que los superseñores llegaron a la Tierra - dijo - Nos lo dirán cuando llegue el momento... y francamente no tengo tanta curiosidad. Me preocupan ahora otras cosas más importantes. - Se volvió hacia Jean y le tomó las manos. - ¿Qué te parece si vamos mañana a los Archivos y firmamos un contrato por, digamos, cinco años?

Jean lo miró fijamente y decidió que, en general, lo que estaba viendo le gustaba.

- Hazlo de diez - le dijo.

Jan dejó pasar un tiempo. No había prisa y quería pensarlo. Era, casi, como si temiera llevar adelante aquella investigación y que la fantástica esperanza que le ocupaba ahora la mente se desvaneciese de pronto.

Mientras no estaba seguro, podía soñar al menos.

Además, para hacer sus comprobaciones, tendría que ir a la biblioteca del observatorio. La mujer lo conocía, sabía muy bien cuales eran sus intereses y se sentiría verdaderamente intrigada. Quizá no importaba tanto, pero Jan estaba decidido a que nada quedara librado al azar. Dentro de una semana tendría una oportunidad mucho mejor.

Sus precauciones eran excesivas, lo sabía, pero de este modo la empresa adquiría un sabor de travesura juvenil. Por otra parte Jan temía más el ridículo que cualquier posible amenaza de los superseñores. Si se estaba embarcando en una empresa descabellada, nadie llegaría a saberlo.

Tenía motivos perfectamente justificados para ir a Londres; el viaje estaba preparado desde hacía varias semanas. Aunque demasiado joven, y poco apto para ejercer las funciones de delegado, Jan era uno de los tres estudiantes del grupo que, en nombre de la universidad, asistiría al congreso de la Unión Astronómica Internacional. El congreso coincidía con la temporada de vacaciones y hubiese sido una lástima desperdiciar esa ocasión, pues Jan no visitaba Londres desde la niñez. Sabía que muy pocos de los informes lograrían interesarle, aun en el caso de que pudiese entenderlos.

Como cualquier otro delegado a un congreso científico oiría algunas de las conferencias y se pasaría el resto del tiempo hablando con los colegas más entusiastas o recorriendo la ciudad.

Londres había cambiado enormemente en los últimos cincuenta años. Tenía sólo dos millones de habitantes, y un número cien veces mayor de máquinas. Ya no era un gran puerto, pues todos los países se bastaban ahora a sí mismos y el mundo tenía otra estructura comercial. Algunas regiones disponían de mejores productos, pero estos eran transportados directamente por aire. Las rutas comerciales que habían convergido alguna vez hacia los grandes puertos, y luego hacia los grandes aeródromos, se habían dispersado transformándose en una red intrincada y uniforme que cubría todo el planeta.

Sin embargo, algunas cosas no habían cambiado. La ciudad era aún un centro administrativo, universitario y artístico. En estas cuestiones ninguna de las capitales del continente podía rivalizar con Londres, ni siquiera París, a pesar de que muchos afirmasen lo contrario. Un londinense del siglo anterior hubiera podido orientarse fácilmente en la ciudad, por lo menos en el centro. Las grandes y horribles estaciones de ferrocarril habían desaparecido. Pero, el Parlamento era el mismo; la mirada solitaria de Nelson estaba todavía clavada en Whitehall; la cúpula de San Pablo se alzaba todavía sobre Ludgate Hill, aunque ahora otros edificios más altos desafiaban su preeminencia.

Y la guardia desfilaba todavía ante el palacio de Buckingham.

Todas estas cosas, pensaba Jan, podían esperar. Estaba de vacaciones y se alojaba, con sus dos compañeros, en uno de los albergues universitarios. El carácter de Bloomsbury tampoco había cambiado en este último siglo: era todavía una isla de hoteles y casas de huéspedes, no apretujadas como antes, pero que aún formaban unas largas e idénticas hileras de ladrillos manchados de hollín.

Jan no encontró su oportunidad hasta el segundo día de sesiones. Las comunicaciones más importantes eran leídas en el Centro de la Ciencia, no lejos del Concert Hall, que tanto había ayudado a que Londres se convirtiese en la metrópoli musical del mundo. Jan quería escuchar la primera de las conferencias del día. De acuerdo con los rumores, destruiría por completo la teoría entonces vigente sobre la formación de los planetas.

Quizá así fue, pero cuando llegó el intervalo, Jan no lo sabía. Corrió a las oficinas del directorio mirando las puertas.

Algún humorístico funcionario civil había instalado la Real Sociedad Astronómica en el último piso del edificio, decisión que los miembros del consejo apreciaban debidamente, pues tenían así una magnífica vista del Támesis y toda la parte norte de la ciudad. Las oficinas parecían desiertas, pero Jan, llevando en una mano, como un pasaporte, su tarjeta de socio, por si alguien llegaba a detenerlo - encontró fácilmente la biblioteca.

Tardó casi una hora en aprender a manejar los grandes catálogos de millones de entradas. Al acercarse al final de la búsqueda le temblaban ligeramente las manos. Por suerte no había nadie allí.

Puso otra vez el catálogo entre los otros ejemplares, y durante un largo rato se quedó sentado, mirando sin ver el muro de volúmenes. Luego caminó lentamente hasta los tranquilos corredores, pasó ante la oficina del secretario (había alguien allí ahora, empaquetando unos libros) y fue hacia las escaleras. No tomó el ascensor, quería sentirse libre y sin trabas. Había tenido interés en escuchar otra conferencia, pero ya no importaba ahora.

Con los pensamientos todavía alborotados, llegó al paredón y dejó que sus ojos siguieran al Támesis, que fluía tranquilamente hacia el mar. Para alguien educado dentro de la ciencia ortodoxa, era difícil aceptar lo que ahora tenía en las manos. Nunca podría estar seguro de su verdad, pero, sin embargo, la probabilidad era abrumadora. Mientras caminaba lentamente junto al muro del río, puso en orden los hechos.

Uno: nadie en la fiesta de Rupert sabía que iba a hacer esa pregunta. Ni siquiera él mismo; había sido una reacción espontánea ante determinadas circunstancias. Por lo tanto nadie podía haber preparado una respuesta, ni conocerla con anterioridad.

Dos: "NGS 549672" significaba algo probablemente Sólo para un astrónomo. Aunque el Archivo Geográfico Nacional había sido completado hacía ya medio siglo, sólo unos pocos miles de especialistas conocían su existencia. Y ninguno de ellos hubiese podido decir dónde se encontraba ese astro determinado.

Y tres, lo que acababa de saber: la pequeña e insignificante estrella conocida como NGS 549672 estaba precisamente en el lugar indicado, en el centro de la constelación Carina, en el extremo de esa estela brillante que el mismo Jan había visto, hacía sólo unas noches, y que partiendo del sistema solar había atravesado los abismos del espacio.

La coincidencia era imposible. NGS 549672 tenía que ser la morada de los superseñores. Sin embargo, ese hecho significaba violar el respeto que sentía por el método científico. Bueno, que fuese violado. Tenía que aceptar este hecho: de algún modo, la fantástica experiencia de Rupert había señalado una fuente de conocimiento hasta ahora desconocida.

¿Rashaverak? Parecía la explicación más probable. El superseñor no había formado parte del círculo, pero eso no tenía gran importancia. Por otra parte, a Jan no le interesaba el mecanismo de la parafísica, sólo le importaban los resultados.

Muy poco se sabía de NGS 549672; nada la diferenciaba de otras muchas estrellas. Pero el catálogo daba la magnitud, las coordenadas, y el tipo espectral. Jan tendría que llevar a cabo una pequeña investigación y hacer unos cuantos cálculos; entonces podría saber, por lo menos aproximadamente, a qué distancia de la Tierra estaba el mundo de los superseñores.

Una lenta sonrisa - se extendió por el rostro de Jan mientras daba las espaldas al Támesis y se enfrentaba con la blanca y reluciente fachada del Centro de la Ciencia. El conocimiento era poder... y él era el único hombre en la Tierra que conocía el origen de los superseñores. No sabía cómo iba a usar ese poder. Lo guardaría a salvo en su mente, aguardando la hora del destino.

10

La raza humana continuaba calentándose al sol en el largo y claro mediodía estival de la paz y la prosperidad. ¿Habría otra vez un invierno? Era inconcebible. La edad de la razón, saludada prematuramente por los jefes de la revolución francesa dos siglos y medio antes, había llegado al fin. Esta vez era cierto.

Había algunos inconvenientes, es claro, aunque se los aceptaba de buena gana. Uno tenía que ser muy viejo, realmente, para advertir que los periódicos que los teletipos imprimían en todos los hogares eran bastante aburridos. Las crisis que alguna vez habían originado los grandes titulares ya no eran posibles. No existían ya asesinatos misteriosos para confundir a la policía y hacer nacer en todos los pechos una indignación moral que a menudo sólo era envidia reprimida. Cuando había algún asesinato, no era nunca misterioso; bastaba con mover una perilla... y el crimen volvía a representarse. La existencia de instrumentos capaces de estas hazañas había causado en un principio considerable pánico entre gentes que vivían en un todo de acuerdo con las leyes. Esto era algo que los superseñores, que conocían la mayor parte, pero no todos los recovecos de la psicología humana, no habían previsto. Tuvo que ponerse perfectamente en claro que ningún curioso podía espiar a sus semejantes, y que los pocos aparatos manejados por los hombres serían estrictamente controlados. El proyector de Rupert Boyce, por ejemplo, no podía operar más allá de las fronteras de la reserva, de modo que Rupert y Maia eran las únicas personas que entraban en su dominio.

Aun los pocos crímenes de importancia que ocurrían a veces no recibían gran atención de los periódicos. Pues la gente educada no tiene interés, al fin y al cabo, en enterarse de las gaffes sociales del prójimo.

La semana laborable tenía ahora veinte horas, pero esas veinte horas no eran una prebenda. Había muy poco trabajo de naturaleza rutinaria y mecánica. Las mentes de los hombres eran demasiado valiosas para gastarlas en tareas que podían ser realizadas por unos pocos miles de transmisores, algunas células fotoeléctricas, y un metro cúbico de circuitos. Había algunas fábricas capaces de funcionar durante semanas enteras sin ser visitadas por ningún ser humano. Los hombres sólo eran necesarios para eliminar dificultades, tomar decisiones o trazar nuevos planes. Los robots hacían el resto.

La existencia de tanto ocio hubiese creado tremendos problemas un siglo antes. La educación había eliminado la mayoría de esos problemas, ya que una mente bien equipada no cae en el aburrimiento. El nivel general de la cultura hubiese parecido fantástico en otra época. No había pruebas de que la inteligencia de la raza humana hubiese mejorado, pero por primera vez todos tenían la oportunidad de emplear el cerebro.

La mayor parte de la gente tenía dos casas, en dos Puntos muy apartados del globo terráqueo. Ahora que habían sido habilitadas las zonas polares, una considerable fracción de la raza humana oscilaba del Ártico al Antártico en busca de un verano largo y sin noches. Otros vivían en los desiertos, en lo alto de las montañas, o aun debajo del mar. No había sitio alguno en el planeta donde la ciencia y la tecnología no pudiesen instalar, si alguien lo deseaba, una cómoda morada.

Las noticias más excitantes provenían de las casas que se alzaban en los lugares más raros. Aun en una sociedad perfectamente ordenada, siempre habrá accidentes. Quizá era un buen signo que la gente diera cierto valor a arriesgar el pescuezo, y a veces a quebrárselo, en beneficio de una cómoda villa colgada de la cima del Everest o en medio de la espuma del salto de la Victoria. Como resultados, siempre rescataban a alguien, en alguna parte. Se trataba de una especie de juego, casi un deporte planetario.

La gente podía permitirse tales caprichos, pues le sobraba por igual tiempo y dinero. La abolición de los ejércitos había doblado casi el bienestar efectivo del mundo, y la mayor producción había hecho lo demás. Era difícil comparar el nivel de vida del hombre del siglo veintiuno con el de sus predecesores. Todo era tan barato que las necesidades vitales se satisfacían gratuitamente, como había ocurrido en otro tiempo con los servicios públicos: caminos, agua, iluminación de las calles y sanidad. Un hombre podía viajar a cualquier parte, comer cualquier cosa... sin ningún gasto. El ser miembro productor de la sociedad le daba esos derechos.

Había, naturalmente, algunos zánganos; pero el número de personas de voluntad suficiente como para entregarse a una vida de ocio total es mucho más pequeño de lo que comúnmente se supone. Soportar a tales parásitos era una carga muchísimo menos pesada que sostener

todo un ejército de recolectores de formularios, contadores, empleados de banco, corredores de bolsa, y otros similares cuya función principal, cuando se lo considera globalmente, consiste en pasar los asientos de un libro a otro.

Se había calculado que un cuarto casi de la actividad humana se empleaba en deportes de toda especie, desde ocupaciones tan sedentarias como el ajedrez, hasta otras mortales como la de esquiar por valles montañosos. Como inesperada consecuencia los deportistas profesionales se habían extinguido. Había muchos brillantes aficionados y el cambio de las condiciones económicas había hecho totalmente anticuado el viejo sistema.

Junto con los deportes, el entretenimiento, en todas sus formas, era la mayor de las industrias. Durante más de un siglo mucha gente había podido creer que la capital del mundo era Hollywood. Tenían ahora más razones aún para esta creencia; pero es bueno declarar que la mayor parte de las producciones del año 2050 hubiesen parecido incomprensiblemente complejas en 1950. Había habido algunos progresos: las ganancias ya no eran lo más importante.

Sin embargo, en medio de todas las distracciones y diversiones de un planeta a punto de convertirse en un inmenso campo de juegos, había algunos que todavía encontraban tiempo para repetir una vieja y nunca contestada pregunta:

- ¿A dónde vamos por este camino?

11

Jan se apoyó en el elefante y tocó la piel, rugosa como la corteza de un árbol. Luego alzó los ojos hacia los grandes colmillos y la trompa ondulada, admirando la habilidad del taxidermista que había logrado reproducir el momento del desafío o del saludo. ¿Qué extrañas criaturas, se preguntó, de qué mundos desconocidos, admirarían a este desterrado?

- ¿Cuántos animales les has enviado a los superseñores? - le preguntó a Rupert.

- Cincuenta por lo menos, aunque, claro éste es el más grande. Es magnífico, ¿no es cierto? Casi todos los otros eran bastante pequeños: mariposas, serpientes, monos, etcétera. Aunque el año pasado cacé un hipopótamo.

Jan sonrió cansadamente.

- Es una idea enfermiza, pero supongo que ya deben de tener un grupo bien disecado del Homo Sapiens. ¿Quiénes habrán tenido ese honor?

- Tienes razón probablemente - dijo Rupert con bastante indiferencia. Los hospitales podrían suministrar fácilmente el material.

- ¿Qué pasaría - continuó Jan pensativamente - si alguien se ofreciera como voluntario para ir como ejemplar vivo? Con la garantía del regreso, es claro.

Rupert se rió con simpatía.

- ¿Es una oferta? ¿Debo de transmitírsela a Rashaverak?

Jan consideró la idea un momento, casi seriamente. Al fin sacudió la cabeza.

- Este... no. Estaba pensando en voz alta. Seguro que no me aceptarían. A propósito, ¿has visto a Rashaverak recientemente?

- Me llamó hace unas seis semanas. Había descubierto un libro que yo estaba buscando. Muy simpático de su parte.

Jan caminó lentamente alrededor del monstruo disecado, admirando la técnica que había paralizado para siempre al animal en el momento de su mayor vigor.

- ¿Has descubierto qué estaba buscando? - preguntó - Quiero decir, es tan difícil conciliar la ciencia de los superseñores con todo ese interés por el ocultismo.

Rupert miró a Jan sospechosamente, preguntándose si su cuñado no estaría tomándole el pelo.

- La explicación de Rashy parece correcta. Como antropólogo, está interesado en todos los aspectos de nuestra cultura. Recuerda que les sobra tiempo. Pueden entrar en detalles a los

que nunca ha llegado la investigación humana. Leer toda mi biblioteca ha sido apenas un esfuerzo para Rashy.

Podía ser ésa la respuesta, aunque Jan no se convenció. A veces había deseado confiarle el secreto a Rupert, pero era de naturaleza reservada y había callado. Cuando volviera a encontrarse con el amigo Rashy, Rupert dejaría escapar algo probablemente. La tentación sería demasiado grande.

- Otra cosa - dijo Rupert, cambiando repentinamente el tema -, si crees que éste es un gran trabajo, tendrías que ver el que le encargaron a Sullivan. Ha prometido entregar dos enormes criaturas: una ballena y un pulpo gigante. Aparecerán trabados en un combate mortal. ¡Qué cuadro!

Por un momento Jan no contestó. La idea que le había estallado en el cerebro era demasiado desaforada y fantástica para tomársela en serio. Sin embargo, por ser precisamente tan osada, podía tener éxito...

- ¿Qué te pasa? - dijo Rupert, ansioso -. ¿Te está haciendo daño el calor?

Jan se sacudió volviendo a la realidad.

- Estoy bien - dijo - Me preguntaba solamente cómo harán los superseñores para recoger un paquetito semejante.

- Oh - dijo Rupert -, descenderán en una de esas naves de carga, se abrirá una escotilla, y lo meterán adentro.

- Exactamente lo que yo pensaba - dijo Jan.

Hubiese podido ser la cabina de una nave del espacio. Las paredes estaban cubiertas con medidores e instrumentos; no había ventanas, sólo una vasta pantalla ante el asiento del piloto. El navío podía llevar a seis personas, pero Jan era el único pasajero.

Estaba mirando atentamente la pantalla, absorbiendo el desfile de imágenes de esa extraña y desconocida región. Desconocida, sí, tan desconocida como la que podría encontrar más allá de las estrellas, si ese plan alocado tenía éxito. Estaba entrando en un reino de pesadilla, pasando de una a otra criatura en medio de una oscuridad que no había sido perturbada desde los orígenes del mundo. Era un reino sobre el que habían navegado los hombres durante miles de años; un reino que se extendía a un kilómetro de profundidad, bajo las quillas de las naves, y que sin embargo, hasta los últimos cien años, había sido menos conocido que la cara visible de la Luna.

El piloto estaba descendiendo desde las cimas oceánicas hacia la vastedad todavía inexplorada de la cuenca del Pacífico sur. Seguía, como lo sabía Jan, una red invisible de ondas sonoras creadas por rayos que recorrían el fondo del océano. Navegaban aún tan lejos de ese fondo como las nubes de la superficie de la Tierra...

Había poco que ver; los aparatos registradores del submarino investigaban en vano las aguas. Las perturbaciones creadas por las turbinas de reacción habían asustado probablemente a los peces menores; si se acercaba alguna criatura sería bastante grande como para no conocer el significado del miedo.

La pequeña cabina vibraba sacudida por la energía... la energía que sostenía el inmenso peso de las aguas y creaba la burbujita de luz y aire en la que podían vivir los hombres. Si esa energía fallaba, pensó Jan, quedarían encerrados en una tumba de metal, hundidos en el cieno del fondo del mar.

- Vamos a parar un momento - dijo el piloto. Movió una serie de llaves y el submarino comenzó a detenerse suavemente mientras las turbinas dejaban de funcionar. El navío estaba inmóvil ahora, flotando como un globo atmosférico.

Le llevó sólo un instante registrar la posición con el sonar.

- Antes de poner otra vez en marcha los motores, veamos si se puede oír algo - dijo el piloto cuando terminó de leer los instrumentos.

Librodot

El altavoz llenó el silencioso cuartito con un apagado y continuo murmullo. Jan no distinguía ningún ruido especial. Era un fluir tranquilo en el que se confundían todos los sonidos individuales. Estaban escuchando, sabía Jan, cómo hablaban entre ellas las miríadas de criaturas marinas. Era como si se encontrase en el centro de un bosque lleno de vida, pero allí hubiese podido reconocer algunas de las voces. Aquí ningún hilo del tapiz sonoro podía ser separado e identificado. Era algo tan extraño, tan distinto de todo lo que había conocido, que Jan sintió que un estremecimiento le recorría el espinazo. Y sin embargo aquello era parte del mundo terrestre.

El chillido se destacó sobre el fondo vibrante como un rayo luminoso sobre una oscura nube de tormenta. Se apagó rápidamente hasta convertirse en un largo gemido, un murmullo ululante que tembló y murió, pero que poco después se repitió, más lejos. En seguida estalló un coro de gritos, un pandemónium que obligó al piloto a lanzarse hacia el control del volumen.

- ¿Qué era eso, en nombre de Dios? - exclamó Jan.

- ¿Extraño, eh? Un cardumen de ballenas, a unos diez kilómetros. Sabía que no estaban muy lejos, y pensé que le gustaría escucharlas.

Jan se estremeció.

- ¡Y yo que siempre creí que en el mar no había ruidos! ¿Por qué organizaban ese alboroto?

- Hablaban entre ellas, me imagino. Así lo afirma Sullivan. Dice que hasta se puede identificar a las ballenas por sus voces, aunque me cuesta creerlo. ¡Hola, tenemos compañía!

Un pez con mandíbulas increíblemente exageradas apareció en la pantalla. Parecía bastante grande, pero Jan ignoraba la escala de la imagen. Justo bajo las agallas le colgaba un largo apéndice terminado en un órgano irreconocible, de forma acampanada.

- Estamos viéndolo con luz infrarroja - dijo el piloto -. Veamos la imagen normal.

El pez desapareció. Sólo era visible ahora el órgano colgante, de una vívida fosforescencia. Luego, durante un instante muy breve, la forma de la criatura osciló hasta hacerse visible mientras una línea de luces le recorría el cuerpo.

- Es un pejesapo. Usa ese cebo para atraer a los otros peces. ¿Fantástico, no es verdad? Aunque no entiendo cómo el cebo no atrae a peces más grandes, capaces de comérselo a él. Pero no podemos pasarnos aquí todo el día. Mire cómo se escapa cuando enciendo las turbinas.

La cabina volvió a vibrar mientras la nave se deslizaba hacia adelante. El gran pez luminoso encendió de pronto todas sus luces, como una frenética señal de alarma, y partió como un meteoro hacia la oscuridad de los abismos.

Luego de otros veinte minutos de lento descenso los invisibles dedos de los rayos registradores tocaron por primera vez el lecho del océano. Allá abajo, muy lejos, desfilaba una hilera de bajas colinas de bordes curiosamente suaves y redondos. Cualesquiera que fuesen sus antiguas irregularidades, habían sido borradas por la incesante lluvia que caía sobre ellas desde las cimas acuosas. Aun aquí, en medio del Pacífico, lejos de los grandes estuarios que barrían lentamente los continentes hacia el mar, esa lluvia nunca dejaba de caer. Venía de las tormentosas faldas de los Andes, de los cuerpos de un billón de criaturas vivientes, del polvo de los meteoros que había errado por el espacio durante años y años y al fin había llegado a descansar aquí. En esa noche eterna estaban depositándose los cimientos de las tierras futuras.

Las colinas quedaron atrás. Eran los puestos de avanzada, como Jan podía ver en los mapas, de una ancha llanura muy profunda a la que no llegaban los aparatos registradores.

El submarino continuó adelantándose suavemente.

Ahora otra imagen comenzaba a formarse en la pantalla. A causa de la posición de la nave, Jan tardó en interpretar lo que estaba viendo. Luego comprendió que se acercaban a una montaña sumergida.

Las imágenes eran ahora más claras y precisas. Jan alcanzaba a ver los peces extraños que se perseguían entre las rocas. En una ocasión una criatura de venenoso aspecto y mandíbulas entreabiertas cruzó lenta. mente ante un arrecife semiescondido. Un largo tentáculo surgió de las rocas, con tanta rapidez que el ojo no pudo seguirlo, y arrastró al pez hacia su destino mortal.

- Estamos cerca - dijo el piloto -. Podrá ver el laboratorio dentro de un minuto.

Estaban navegando lentamente sobre unas estribaciones que se elevaban desde la base de la montaña. La llanura comenzaba a hacerse visible. Jan juzgó que se encontraban a unos pocos centenares de metros sobre el lecho del mar. A un kilómetro de distancia, aproximadamente, se veía un grupo de esferas sostenidas por trípodes y unidas entre sí por tubos de conexión. Parecían exactamente iguales a los tanques de alguna fábrica de productos químicos, y en realidad estaban diseñados según principios semejantes. Sólo había una diferencia: estos tanques resistían unas presiones que estaban afuera y no adentro.

- ¿Qué es eso? - exclamó Jan súbitamente. Señaló con un dedo tembloroso la esfera más cercana. La curiosa estructura lineal se había transformado en una red de tentáculos gigantescos. Mientras el submarino se acercaba pudieron ver que los tentáculos terminaban en un saco grande y pulposo en donde asomaba un par de ojos enormes.

- Ése - dijo el piloto con indiferencia - es probablemente Lucifer. Alguien ha estado alimentándolo de nuevo. - Movió una llave y se inclinó sobre el tablero de controles. - S.2 llamando a laboratorio. ¿Quiere alejar a su mascota?

La respuesta llegó en seguida.

- Laboratorio a S.2, adelante y establezca contacto. Lucey se apartará en seguida.

Las curvas paredes de metal comenzaron a llenar la pantalla. Jan tuvo una última visión de un brazo gigantesco, tachonado de ventosas, que se sacudía alejándose. Se oyó una sorda campana y una serie de chirriantes ruidos mientras unas grampas buscaban un punto de apoyo en el casco liso y ovalado del submarino. En unos pocos minutos la nave se apretó fuertemente contra la pared de la base; los portalones de la entrada se unieron y comenzaron a moverse alrededor del casco del submarino como una tuerca gigantesca. Se oyó luego la señal que indicaba "presión compensada", se abrieron las escotillas y quedó libre el camino hacia el Laboratorio Abisal Uno.

Jan encontró al profesor Sullivan en un desordenado cuartito que parecía reunir los atributos de una oficina, un taller y un laboratorio. Sullivan examinaba a través de un microscopio lo que parecía ser una bomba pequeña: seguramente se trataba de una cápsula de presión que contenía algunos especímenes submarinos que nadaban felizmente bajo una presión de varias toneladas por centímetro cuadrado.

- Bueno - dijo Sullivan apartándose del visor -, ¿cómo está Rupert? ¿Y qué podemos hacer por usted?

- Rupert está muy bien - respondió Jan - y le envía sus saludos. Le hubiese gustado visitarlo si no fuese por su claustrofobia.

- Sí, se sentiría un poco incómodo aquí, con cinco kilómetros de agua encima de la cabeza. ¿A usted no le importa?

Jan se encogió de hombros.

- No más que estar en un cohete estratosférico. Si algo anduviese mal, el resultado sería el mismo.

- Un juicio correcto, pero es sorprendente que tan pocas personas se den cuenta. - Sullivan jugó un rato con los controles del microscopio y al fin lanzó hacia Jan una mirada inquisitiva - Le mostraré con gusto el laboratorio, pero le confieso que me sorprendí cuando Rupert me comunicó el deseo de usted. No pude entender qué razones tendría un explorador del espacio para interesarse en nuestra tarea. ¿No se habrá usted equivocado de camino? - Sullivan lanzó un risita divertida. - Personalmente nunca he comprendido por qué tienen ustedes tanta prisa por salir al espacio.

Librodot

Pasarán siglos antes que hayamos encasillado y clasificado correctamente todo lo que hay en los océanos.

Jan suspiró, aliviado. Le alegraba que Sullivan hubiese tocado espontáneamente el tema, pues eso le facilitaba las cosas. A pesar de las bromas del ictiólogo tenían mucho en común. No sería demasiado difícil levantar un puente y atraerse la simpatía y la ayuda de Sullivan. Era un hombre de imaginación, si no no hubiese invadido este mundo sumergido. Pero Jan tenía que ser prudente, pues el pedido que iba a hacer era, para juzgarlo con benevolencia, bastante poco convencional.

Había algo que le inspiraba cierta confianza. Aunque Sullivan se rehusase a cooperar, guardaría seguramente el secreto. Y aquí, en esta oficinita, en el fondo del Pacífico, no había peligro aparentemente de que los superseñores - aunque gozasen de muy extraños poderes - fuesen capaces de escuchar la conversación.

- Profesor Sullivan - comenzó a decir Jan -, si estuviese usted interesado en el océano, pero los superseñores le prohibiesen acercarse a él, ¿cómo se sentiría?

- Muy molesto, sin duda alguna.

- Sí, estoy seguro. Y suponga que un día se le ofrece la oportunidad de realizar sus deseos sin que los superseñores se enteren. ¿Qué haría entonces? ¿Aprovecharía la oportunidad?

Sullivan nunca dudaba.

- Claro que sí. Ya vendrían más tarde las discusiones.

Has caído en mis manos, pensó Jan. Sullivan ya no podía retroceder, a no ser que temiese a los superseñores. Y era difícil que Sullivan tuviese miedo de algo. Se inclinó sobre el desorden de la mesa y se dispuso a exponer su proyecto.

El profesor Sullivan no era tonto. Antes que Jan comenzase a hablar los labios se le retorcieron en una sonrisa sardónica.

- ¿Así que éste es el juego, eh? - dijo lentamente -. Muy, pero muy interesante. Bueno, comience y dígame cómo puedo ayudarlo.

12

Una edad anterior hubiese considerado al profesor Sullivan como un lujo excesivo. Sus operaciones costaban tanto como una pequeña guerra; podía comparársele con un general que conducía una campaña perpetua contra un enemigo que no descansaba nunca. El enemigo del profesor Sullivan era el mar, que luchaba con las armas del frío, la oscuridad y, sobre todo, la presión. A su vez el profesor contraatacaba a su adversario con inteligencia y habilidad mecánica. Había ganado muchas batallas; pero el mar era paciente: podía esperar. Un día Sullivan cometería un error. Lo sabía. Se consolaba pensando que no iba a morir ahogado. Todo ocurriría con demasiada rapidez.

Sullivan no hubiera querido comprometerse, pero sabía muy bien qué le respondería a Jan. Se le ofrecía la oportunidad de hacer un experimento muy interesante. Era una lástima que no pudiese conocer el resultado; sin embargo, eso ocurría a menudo en la investigación científica, y él mismo había iniciado algunos trabajos que serían completados sólo después de varias décadas.

El profesor Sullivan era un hombre inteligente y capaz, pero al lanzar una mirada retrospectiva a su carrera observaba que ésta no le había dado la fama que salva un nombre del paso de los siglos. Tenía aquí una oportunidad, totalmente inesperada y por lo mismo más atractiva, de establecerse realmente en los libros de historia. Nunca hubiese admitido ante nadie esa ambición, y para hacerle justicia, hubiese ayudado a Jan aunque su participación en el complot pudiese pasar inadvertida.

En cuanto a Jan, ya se estaba enfrentando con las consecuencias de su proyecto. Aquella primitiva ocurrencia lo había llevado bastante lejos. Había realizado sus investigaciones, pero sin tomar ninguna medida como para que sus sueños se convirtiesen en realidad. Dentro de

Librodot

unos días, sin embargo, tendría que decidirse. Si el profesor Sullivan aceptaba, Jan no podría retroceder. Tendría que enfrentarse con el futuro que había elegido, con todas sus implicaciones.

Finalmente se decidió al pensar que, si desdeñaba esta increíble oportunidad, nunca se lo perdonaría a sí mismo. Se pasaría el resto de la vida lamentándose en vano, y no podía haber nada peor.

La respuesta de Sullivan llegó horas más tarde, y Jan comprendió que su suerte estaba echada. Lentamente, pues había aún mucho tiempo, comenzó a ordenar sus asuntos.

Querida Maia (comenzaba la carta): Esto va a ser - para decirlo con suavidad - una verdadera sorpresa para ti. Cuando recibas esta carta, ya no estaré en la Tierra. Con eso no quiero decir que habré ido a la Luna, como tantos otros. No. Estaré en viaje hacia la morada de los superseñores. Seré el primer hombre que haya dejado el sistema solar.

Le daré esta carta al amigo que me está ayudando; la guardaré hasta estar seguro de que mi Plan ha tenido éxito - en su primera fase, por lo menos -, y - entonces ya será muy tarde como para que los superseñores intervengan. Estaré tan lejos, y viajando a tal velocidad, que no creo que algún mensaje pueda alcanzarme. Aunque así ocurriera, me parece difícil que la nave pueda volver. Y no creo tampoco que yo sea tan importante.

Ante todo, déjame explicarte qué me ha llevado a esto. Tú sabes que siempre me ha interesado la astronáutica, y que siempre he sentido cierta desilusión por no habérsenos dejado visitar otros planetas o aprender algo de la civilización de los superseñores. Si no hubiesen intervenido, hubiésemos llegado a Marte y a Venus por este entonces. Admito que es igualmente probable que nos hubiésemos destruido con bombas de cobalto y las otras armas globales que estaba desarrollando el siglo veinte. Sin embargo, a veces deseo que hubiésemos tenido la oportunidad de arreglárnoslas solos.

Probablemente los superseñores tenían sus razones para no dejarnos salir de la cuna, y probablemente esas razones son excelentes. Pero aunque yo las conociera dudo que eso cambiase mis sentimientos o mis actitudes.

Todo comenzó realmente en aquella fiesta, en casa de Rupert. (No sabe nada de todo esto, aunque fue quien me enseñó el camino.) Recordarás aquella tonta sesión que preparó Rupert y cómo todo terminó cuando la muchacha - he olvidado su nombre - cayó desmayada. Pregunté de qué estrella venían los superseñores y la respuesta fue "NGS 549672". Yo no esperaba ninguna respuesta, y hasta entonces me había tomado el asunto en broma. Pero cuando comprendí que se trataba del número de un catálogo estelar, decidí buscarlo. Encontré que la estrella está en la constelación Carina... y sabemos, por lo menos, que los superseñores vienen de esa dirección.

No pretendo comprender cómo esa información llegó hasta nosotros, o dónde se originó. ¿Leyó alguien la mente de Rashaverak? Aunque hubiese ocurrido así, es difícil creer que Rashaverak conociese el número de referencia de su sol en uno de nuestros catálogos. Es un verdadero misterio, y dejo su resolución a gentes como Rupert, ¡si pueden resolverlo! Me contento con tener la información, y con actuar de acuerdo con ella.

Sabemos bastante, gracias a nuestras observaciones, acerca de la velocidad de esas grandes naves. Dejan el sistema solar con aceleraciones tan tremendas que se acercan a la velocidad de la luz en menos de una hora. Eso significa que los superseñores deben de poseer algún sistema de propulsión que actúa por igual sobre todos los átomos de la nave, pues si no todo se haría pedazos a bordo, instantáneamente. Me pregunto por qué emplearán esas aceleraciones tan colosales cuando disponen de todo el espacio y podrían ir aumentando lentamente su velocidad. Quizá puedan aprovechar de algún modo los campos de energía que rodean los astros, y tienen que partir o detenerse mientras se encuentran cerca de algún sol. Pero esto no interesa...

Lo importante es que he averiguado a qué distancia se encuentra el punto de destino, y cuánto tiempo lleva el viaje. NGS 549672 está a cuarenta años-luz de la Tierra. Las naves de

los superseñores alcanzan a más del 99% de la velocidad de la luz, así que su viaje debe de durar cuarenta años de los nuestros. De los nuestros: ésa es la cuestión.

Como ya sabrás, cuando uno se acerca a la velocidad de la luz ocurren cosas muy raras. El tiempo mismo comienza a fluir con un ritmo diferente, de modo que los meses terrestres no son más que días en esas naves. El efecto es fundamental: fue descubierto por el gran Einstein hace más de cien años.

He hecho algunos cálculos basados en lo que sabemos acerca de la nave interestelar de los superseñores, y utilizando los resultados firmemente establecidos de la teoría de la relatividad. Desde el punto de vista de los pasajeros situados en esa nave el - viaje a NGS 549672 no durará más de dos meses, aunque para la Tierra hayan pasado cuarenta años. Sé que es una paradoja, pero, si esto te sirve de consuelo, ha preocupado a los mejores cerebros del mundo desde que Einstein anunció su teoría.

Quizá este ejemplo logre mostrarte lo que puede pasar, y aclararte la situación. Si los superseñores me devuelven en seguida a la Tierra, llegaré a casa cuatro meses más viejo. Pero en la Tierra habrán pasado ochenta años. Así que comprenderás, Maia, que de cualquier modo, esto es una despedida... Pocos lazos me atan aquí, como lo sabes muy bien, así que puedo irme sin remordimientos. Aún no se lo he dicho a nuestra madre; se pondría histérica, y yo no podría aguantarlo. Es mejor de este otro modo. Aunque he tratado de acercarme a ella desde la muerte de papá... oh, no es necesario que empecemos de nuevo.

He terminado mis estudios y les he dicho a las autoridades que me voy a Europa por razones de familia. No tienes pues por qué preocuparte.

A esta altura creerás que estoy loco, ya que parece imposible que alguien pueda meterse en una nave de los superseñores. Pero he encontrado cómo hacerlo. No ocurre muy a menudo, y es posible que no ocurra otra vez, pues tengo la seguridad de que Karellen no volverá a cometer el mismo error. ¿Conoces la leyenda del caballo de madera que llevó a unos soldados griegos al interior de Troya? Pero hay un episodio en el Antiguo Testamento que se parece más aún...

- Estará usted indudablemente mucho más cómodo que Jonás - dijo Sullivan -. No creo que hubiese tenido luz eléctrica y servicios sanitarios. Pero usted necesitará bastantes provisiones y veo aquí que quiere llevar oxígeno. ¿Cómo meter oxígeno para dos meses en un espacio tan pequeño?

Sullivan golpeó con un dedo los cuidadosos dibujos que Jan había dejado sobre la mesa. El microscopio servía de pisapapeles en uno de los extremos; en el otro se veía el cráneo de algún pez inverosímil.

- Espero que el oxígeno no sea muy necesario - dijo Jan -. Sabemos que los superseñores pueden respirar nuestra atmósfera, pero no parece gustarles mucho y quizá yo no pueda utilizar el aire de la nave. En cuanto a las provisiones, el uso de narcosamina solucionará el problema. Es perfectamente segura. Cuando estemos en camino, me tomaré una dosis que me dormirá por unas seis semanas, días más o menos. Por ese entonces no faltará mucho para llegar. No es tanto el oxígeno o la comida lo que me preocupa, sino el aburrimiento.

El profesor Sullivan asintió pensativamente con un movimiento de cabeza.

- Sí, la narcosamina es bastante segura, y sus efectos pueden ser calculados con cierta exactitud. Pero recuerde que tendrá que dejar bastante comida a mano. Se sentirá muerto de hambre al despertar, y tan débil como un gato recién nacido. ¿Y si se muere de hambre por no tener fuerzas para manejar un abrelatas?

- He pensado en eso - dijo Jan, un poco molesto -. Me alimentaré con azúcar y chocolate.

- Muy bien. Me alegra ver que ha estudiado a fondo el problema y que no piensa que al fin y al cabo siempre puede echarse atrás, si no le gusta el cariz que toma el asunto. Es usted el que se juega la vida; no me gusta sentir que estoy ayudándolo a suicidarse. Sullivan alzó pensativamente el cráneo de pescado. Jan puso la mano sobre los dibujos para evitar que se enrollaran.

- Por suerte - continuó el profesor Sullivan - el equipo que usted necesita es bastante común, y nuestro taller podrá construirlo en unas pocas semanas. Y si decide usted cambiar de idea...

- No lo haré - dijo Jan.

...He considerado todos los riesgos, y el plan no parece tener ninguna falla. Al cabo de seis semanas saldré de mi escondite como un polizón cualquiera. Por ese entonces - en mi tiempo, recuérdalo - el viaje estará tocando a su fin. Estaremos a punto de descender en el país de los superseñores.

Por supuesto, lo que pase entonces es cosa de ellos. Probablemente me envíen de vuelta en la primera nave; pero algo espero ver. Llevaré conmigo una cámara de cuatro milímetros y miles de metros de films. No será culpa mía si no puedo usarlos. En el peor de los casos habré probado que el hombre no puede vivir indefinidamente en cuarentena. Habré creado un precedente que obligará a Karellen a tomar alguna decisión.

Esto es, mi querida Maia, todo lo que tengo que decirte. Sé que no me extrañarás mucho; seamos honestos y admitamos que nunca nos unieron lazos muy fuertes. Y ahora que te has casado con Rupert podrás ser realmente feliz en tu universo privado. Por lo menos, así lo espero.

Adiós, entonces, y buena suerte. Espero encontrarme algún día con tus nietos. Háblales de mí, ¿lo harás?

Tu hermano que te quiere, Jan.

13

Cuando Jan vio el esqueleto de metal, creyó estar observando el fuselaje de un pequeño crucero aéreo. Tenía veinte metros de largo y era perfectamente aerodinámico. Estaba rodeado por ligeros andamios en los que se encaramaban algunos hombres, armados de poderosas herramientas.

- Sí - dijo Sullivan, respondiendo a la pregunta de Jan - Usamos las técnicas comunes de la aerodinámica, y la mayor parte de esos hombres procede de la industria de la navegación aérea. Es difícil creer. que exista un ser de este tamaño ¿no es cierto? O que pueda saltar limpiamente del agua como yo lo he visto.

Todo eso era muy fascinante, pero Jan tenía otras cosas en qué pensar. Buscó con los ojos, a lo largo del gigantesco esqueleto, un lugar conveniente para su celdita. "El ataúd de aire acondicionado", como la había bautizado Sullivan. En un punto, por lo menos, se sintió tranquilo. Había bastante espacio como para una docena de polizones.

- La armadura parece casi completa - dijo Jan -. ¿Cuándo le pondrán la piel? Me imagino que ya habrán cazado la ballena, pues si no no hubiesen sabido qué longitud tendría el esqueleto.

Sullivan pareció muy divertido ante esta observación.

- No pensamos cazar ninguna ballena. Por otra parte, estos animales no tienen piel, en el sentido común del término. Sería muy poco práctico envolver esa armadura con una manta de grasa de veinte centímetros de espesor. No, imitaremos la piel con materiales plásticos, pintados adecuadamente. Nadie notará la diferencia.

En ese caso, pensó Jan, hubiera sido más razonable que los superseñores llevasen algunas fotografías y armasen ellos mismos el modelo, allá, en su planeta. Pero quizá las naves de aprovisionamiento volvían vacías, y una ballenita de veinte metros apenas ocupaba lugar. Cuando se tiene tanto poder, y tantos recursos, es inútil preocuparse por pequeñas economías...

El profesor Sullivan se encontraba no muy lejos de una de las grandes estatuas que habían desafiado, todos los conocimientos arqueológicos desde el descubrimiento de la isla de

Pascua. Rey, dios, o quienquiera que fuese, su mirada sin ojos parecía estar clavada en la suya cada vez que dejaba su trabajo y levantaba la cabeza. Estaba orgulloso de su obra. Lamentablemente, pronto desaparecería de la vista de los hombres.

El cuadro podía haber sido creado por algún artista loco, en uno de sus confusos delirios. Sin embargo era una copia fiel de la realidad. El artista era, en este caso, la naturaleza. Hasta el perfeccionamiento de la televisión submarina muy pocos hombres habían visto esa escena, y esos pocos sólo durante algunos segundos, en aquellos raros momentos en que los gigantescos antagonistas salían a la superficie. Las batallas se llevaban a cabo en la noche interminable de las profundidades del océano, donde las ballenas buscaban su comida. Una comida que se oponía vigorosamente a ser devorada...

La larga mandíbula inferior de la ballena, de dientes serrados, colgaba dispuesta a clavarse en la presa. La cabeza del animal casi había desaparecido bajo los blancos y enredados brazos del pulpo gigante que luchaba desesperadamente por su vida. Unas lívidas marcas, de veinte centímetros o más de diámetro, moteaban la piel de la ballena en los sitios en que se habían posado los brazos. Uno de los tentáculos era sólo un muñón, y ya podía adivinarse el resultado final de la batalla. Cuando las dos bestias más grandes de la Tierra se trababan en combate, la ballena era siempre la ganadora. A pesar de toda la fuerza de su bosque de tentáculos, la única esperanza del pulpo era la de escapar antes que la paciente y demoledora mandíbula lo hiciese trizas. Los grandes ojos inexpresivos, separados por medio metro, miraban al verdugo; aunque, muy probablemente en esas sombras abisales ninguna de las criaturas podía ver a la otra.

La escena, rodeada por vigas de aluminio, abarcaba más de treinta metros de largo. Unos ganchos unidos a las vigas facilitarían el trabajo de la grúa. Todo estaba terminado, esperando las órdenes de los superseñores. Sullivan tenía la esperanza de que no tardasen mucho; el suspense se estaba haciendo un poco incómodo.

Alguien salió de las oficinas, a la luz brillante del sol, buscando indudablemente a Sullivan. El profesor reconoció a su asistente principal, y fue hacia él.

- Hola, Bill. ¿Qué pasa?

El hombre traía una hoja en la mano y parecía muy contento.

- Buenas noticias, profesor. Un honor para nosotros. El supervisor vendrá a ver nuestra obra antes que la embarquemos. ¡Piense en la publicidad que esto significa! Será de gran ayuda para nuestro próximo contrato. He estado deseando una cosa semejante.

El profesor Sullivan tragó saliva. No se oponía a la publicidad, pero temía que esta vez fuese algo exagerada.

Karellen se detuvo junto a la cabeza de la ballena y observó la hinchada prominencia de la mandíbula tachonada de dientes. Sullivan, ocultando su inquietud, se preguntó qué estaría pensando el supervisor. No parecía sospechar nada, y la visita podía ser enteramente normal. Pero Sullivan se sentiría muy contento cuando el superseñor se fuera.

- En nuestro planeta no hay animales tan grandes - dijo Karellen -. Por eso le pedimos que arreglase este grupo. Mis... este... compatriotas lo encontrarán fascinante.

- Pero ustedes viven en un mundo de poca gravedad - replicó Sullivan -. Yo pensaba que debían de tener algunos animales enormes. Ustedes mismos son mucho más grandes que nosotros.

- Sí... pero no tenemos océanos. Y en lo que se refiere al tamaño, la tierra no podrá nunca competir con el mar.

Esto era perfectamente cierto, pensó Sullivan. Y no creía que nadie conociese esa característica del mundo de los superseñores. Jan, maldito fuese, se interesaría mucho. En ese momento el joven se encontraba a un kilómetro de distancia, en una cabaña, mirando ansiosamente a través de unos binoculares. Se decía continuamente a sí mismo que no había nada que temer. Ninguna inspección de la ballena, aun desde muy cerca, podía revelar el escondite. Pero existía siempre la posibilidad de que Karellen sospechase algo... y estuviese jugando con ellos.

Era una sospecha que crecía también en la mente de Sullivan mientras el supervisor espiaba en la cavernosa garganta.

- En la Biblia - dijo Karellen - hay una notable historia sobre un profeta hebreo, Jonás, que fue tragado por una ballena y llevado a salvo a la costa. ¿Esa leyenda tendrá alguna base?

- Creo - replicó Sullivan cautelosamente - que una vez un ballenero fue tragado y expulsado sin sufrir daño alguno. Pero naturalmente, si hubiese estado en el interior de la ballena unos pocos instantes, habría muerto sofocado. Y no sé cómo no chocó con los dientes. Es una historia increíble casi, pero no totalmente imposible.

- Muy interesante - dijo Karellen. Se quedó un momento mirando la mandíbula y al fin se volvió hacia el pulpo. Sullivan confió en que el supervisor no hubiese oído su suspiro de alivio.

- Si hubiese sabido en qué me estaba metiendo - dijo el profesor Sullivan - lo hubiese echado de la oficina tan pronto como trató usted de contagiarme su locura.

- Lo siento - dijo Jan -. Pero ya hemos salido de eso.

- Espero que si. Buena suerte, de todos modos. Si cambia de parecer, tiene por lo menos unas seis horas.

- No las necesito. Ahora sólo Karellen puede detenerme. Gracias por todo - Si vuelvo y escribo un libro sobre los superseñores se lo dedicaré a usted.

- No me servirá de nada - dijo Sullivan de mal humor - Por ese entonces ya estaré bien muerto.

Sullivan descubrió sorprendido, y con cierta consternación, pues no era un sentimental, que la despedida comenzaba a afectarlo. Durante estas semanas en que habían conspirado juntos había llegado a encariñarse con Jan. Además temía haberse convertido en el instrumento de un complicado suicidio.

Sostuvo firmemente la escalera mientras Jan subía hacia la boca del animal, evitando la hilera de dientes. A la luz de la linterna eléctrica vio que el joven se volvía y lo saludaba con la mano antes de perderse en la cavernosa abertura. Se oyó el sonido con que se abría y se cerraba la cámara de aire, y, luego, silencio.

A la luz de la luna, que había transformado la inmóvil batalla en una escena de pesadilla, el profesor Sullivan caminó lentamente hacia su oficina. Se preguntaba aún qué había hecho, y cómo terminaría este asunto. Pero, naturalmente, no lo sabría nunca. Jan volvería a caminar por aquí, pues el viaje hasta el hogar de los superseñores y el retorno a la Tierra no le llevarían más que unos meses. Pero si lo lograba, se encontraría del otro lado de la infranqueable barrera del tiempo, ya que habrían pasado ochenta años.

Las luces del cilindro metálico se encendieron tan pronto como Jan cerró la puerta. No quiso entregarse a meditaciones de ninguna clase y comenzó enseguida a revisar los alrededores. Los objetos y los alimentos habían sido almacenados con anterioridad, pero luego de una nueva revisión se sentiría más tranquilo.

Una hora después, se declaró satisfecho. Se acostó de espaldas en la hamaca de goma, e hizo una recapitulación de sus planes. Sólo se oía el débil murmullo del reloj calendario que le advertiría el momento en que el viaje tocaba a su fin.

Sabía que no podía sentir nada aquí, dentro de su celda, pues las tremendas fuerzas que impulsaban las naves de los superseñores tenían que estar perfectamente compensadas. Sullivan había confirmado esta suposición, advirtiendo que su escena se haría pedazos si se la sometía a una presión de unas pocas atmósferas. Sus... clientes le habían asegurado que no había ningún peligro.

Tendría que producirse, sin embargo, una considerable alteración de la presión atmosférica. Esto no tenia importancia, ya que los modelos podían "respirar" a través de varios orificios. Antes de dejar su celda, Jan tendría que uniformar la presión. Era posible, además, que la atmósfera del interior de las naves fuese irrespirable. Una simple máscara y un cilindro de oxígeno evitarían esos inconvenientes; no había necesidad de mayores complicaciones. Si podía respirar sin la ayuda de aparatos, mucho mejor.

No había por qué seguir esperando; sólo se pondría más nervioso. Sacó la jeringa con la solución cuidadosamente preparada. La narcosamina había sido descubierta mientras se estudiaba la hibernación de los animales; no era cierto - como se decía comúnmente - que suspendiese la vida. Sólo hacía más lentos los procesos vitales; el metabolismo continuaba a un reducido nivel. Ocurría algo así como si alguien cubriese de cenizas el fuego de la vida, reduciéndolo a rescoldos. Pero cuando, después de semanas o meses, se borraba el efecto de la droga, el fuego se encendía otra vez y el durmiente volvía a vivir. La narcosamina era totalmente inofensiva. La naturaleza la había usado durante un millón de años para proteger a sus criaturas del estéril invierno.

Así que Jan se durmió. No llegó a sentir el tirón de los cables cuando la gigantesca armazón de metal comenzó a elevarse hacia el carguero. No oyó las puertas que se cerraban, para no volver a abrirse durante trescientos billones de kilómetros. No oyó, a lo lejos y débilmente, a través de las fuertes paredes, el grito de protesta de la atmósfera cuando la nave se elevó con rapidez hacia su natural elemento.

- Y no advirtió el movimiento de la nave.

14

La sala de conferencias estaba siempre repleta en estas reuniones semanales, pero la aglomeración era tanta ese día que los periodistas apenas podían escribir. Por centésima vez se gruñeron unos a otros a propósito del conservadorismo de Karellen y de su falta de consideración. En cualquier otra parte del mundo hubiesen podido usar cámaras de TV, aparatos grabadores, y todos los otros instrumentos de su tan mecanizado oficio. Pero aquí tenían que contentarse con herramientas tan arcaicas como lápiz, papel, y - parecía increíble - taquigrafía..

Se habían concebido, por supuesto, distintos planes para introducir subrepticiamente algunos grabadores. Pero, una vez afuera, una simple ojeada a las cámaras humeantes había bastado para comprobar la inutilidad de la experiencia. Todos entendieron entonces por qué se les había advertido que no entrasen en la sala con relojes y otros objetos metálicos...

Para hacer las cosas más incómodas, el mismo Karellen registraba todas las palabras. Los periodistas culpables de algún descuido, o de alguna mala interpretación - aunque esto era muy raro -, habían sido sometidos a cortas y desagradables sesiones con los ayudantes de Karellen. Durante esas sesiones se les había obligado a escuchar atentamente todo lo que el supervisor había realmente dicho. No era necesario repetir la lección.

Era curioso cómo corrían los rumores. No se hacía ningún anuncio previo, pero siempre había un lleno cuando Karellen anunciaba algo importante. Esto ocurría dos o tres veces al año.

El silencio descendió sobre la murmurante multitud. La puerta se abrió de par en par y Karellen se adelantó hacia el estrado. La luz era escasa - sin duda bastante similar a la del distante sol de los superseñores -, de modo que Karellen no traía los anteojos oscuros que solía usar al aire libre.

- Buenos días a todos - respondió Karellen al desordenado coro de saludos. Luego se volvió hacia la alta y distinguida figura situada en primera fila. El señor Golde, decano del Club de la Prensa, podía haber inspirado a aquel mayordomo que había anunciado una vez -: Dos periodistas, milord, y un caballero del Times. - Golde se vestía y actuaba como un diplomático de la vieja escuela: nadie hubiese dudado en darle su confianza, y nadie lo hubiese lamentado después.

- Una verdadera multitud, señor Golde. Deben de estar faltos de noticias.

El caballero del Times sonrió y carraspeó.

- Espero que pueda usted rectificar esa falta, señor.

El señor Golde observó a Karellen atentamente mientras éste meditaba su respuesta. Parecía tan raro que los rostros de los superseñores, rígidos como máscaras, no traicionasen

Librodot

ninguna emoción. Los grandes ojos abiertos, las pupilas contraídas con fuerza, aun en esta luz tan débil, se clavaban profundamente en los ojos francamente curiosos de los hombres. Los dos orificios gemelos entre las mejillas - si esas estriadas superficies de basalto podían llamarse mejillas - emitian unos silbidos casi imperceptibles, mientras los hipotéticos pulmones respiraban el tenue aire terrestre. Golde alcanzaba a ver la móvil cortina de finos pelos blancos, mientras respondían al doble y rápido movimiento del ciclo respiratorio de Karellen. Se decía comúnmente que eran filtros de polvo, y sobre esa débil suposición se habían construido unas complicadas teorías a propósito de la atmósfera natal de los superseñores.

- Sí, tengo algunas noticias para ustedes. Como ya lo sabrán, una de mis naves de aprovisionamiento dejó recientemente la Tierra, en viaje de vuelta a la base. Acabamos de descubrir que llevaba un polizón.

Cien lápices se detuvieron de pronto; cien pares de ojos se clavaron en Karellen.

- ¿Un polizón ha dicho? - preguntó Golde -. ¿Podemos saber quién es? ¿Y cómo llegó a bordo?

- Se llama Jan Rodricks, estudiante de ingeniería de la Universidad del Cabo. Ustedes mismos podrán averiguar otros detalles utilizando esos métodos propios, tan eficientes.

Karellen sonrió. Su sonrisa era muy curiosa. La mayor parte del efecto residía en los ojos; la boca inflexible y sin labios apenas se movía. ¿Era ésta, se preguntó Golde, otra imitación de las costumbres humanas, imitación que Karellen hacía con mucha habilidad? Pues el efecto total era, indudablemente, el de una sonrisa, y como tal se la aceptaba enseguida.

- En lo que se refiere a cómo entró en la nave - continuó el supervisor -, no tiene realmente importancia. Puedo asegurarles a ustedes, o a cualquier otro astronauta en potencia, que no hay posibilidad de que la operación se repita.

- ¿Qué ocurrirá con ese joven? - insistió Golde - ¿Será enviado de vuelta a la Tierra?

- Eso está fuera de mi jurisdicción, pero espero que vuelva en la primera nave. Descubrirá que las condiciones del lugar de destino son demasiado... extrañas. Y esto me lleva al principal propósito de la reunión de hoy.

Karellen calló un momento y el silencio se hizo aún más profundo.

- Hemos recibido algunas quejas de los elementos más jóvenes y más románticos de la población terrestre por haber impedido el acceso al espacio exterior. Tenemos nuestras razones; no levantamos murallas por placer. ¿Pero han pensado ustedes, si me permiten una analogía poco halagadora, qué hubiese sentido un hombre de la Edad de Piedra si se hubiese encontrado de pronto en una ciudad actual?

- Pero hay una diferencia - protestó el representante del Herald Tribune -. Estarnos acostumbrados a la ciencia. Hay en su mundo, seguramente, muchas cosas que no podríamos entender; pero no nos parecerían obra de magia.

. - ¿Está realmente seguro? - dijo Karellen tan débilmente que fue difícil escuchar sus palabras -. Sólo un centenar de años separa la edad del vapor de la edad de la electricidad, ¿y qué hubiese hecho un ingeniero victoriano con un aparato de televisión o una calculadora electrónica? ¿Y cuánto hubiese vivido si comenzara a examinar esos aparatos? El abismo que separa a dos tecnologías puede ser tan grande como para convertirse en algo... mortal.

(- Hola - murmuró el agente de Reuter al de la B.B.C. -. Tenemos suerte hoy. Va a hacer una declaración importante. Conozco los síntomas.)

- Y hemos impedido que los seres humanos salgan de la Tierra por otras razones también. Observen.

Las luces disminuyeron hasta apagarse. Una lechosa opaIescencia se formó en el centro del cuarto. Al fin se transformó en un torbellino de estrellas, una nebulosa espiral vista desde un punto situado mucho más allá de su sol más exterior.

- Ningún ser humano ha visto esta escena hasta ahora - dijo la voz de Karellen desde la oscuridad -. Están mirando el universo de ustedes, la isla galáctica de la cual el sol terrestre es sólo un miembro desde una distancia de medio millón de años-luz. Hubo un largo silencio.

Luego Karellen continuó, y su voz encerraba ahora algo que no era precisamente piedad, pero tampoco desprecio.

- La raza humana ha demostrado no poder resolver los problemas de este planeta minúsculo. Cuando llegamos, estaban ustedes a punto de destruirse a sí mismos con los poderes que la ciencia les había entregado temerariamente. Sin nuestra intervención la Tierra seria ahora un baldío radiactivo.

"Ahora tienen ustedes un mundo en paz y una raza unida. Pronto serán bastante civilizados como para gobernar el planeta sin nuestra ayuda. Quizá hasta puedan dirigir todo un sistema solar, digamos unas cincuenta lunas y planetas. ¿Pero creen realmente que podrían enfrentarse con esto?

La nebulosa aumentó de tamaño. Ahora las estrellas pasaban rápidamente, apareciendo y desvaneciéndose como las chispas de una fragua. Y cada una de esas chispas fugaces era un sol, con quién sabe cuántos mundos circundantes...

- En esta galaxia - murmuró Karellen - hay ochenta y siete mil millones de soles. Pero aun ese número sólo da una débil idea de la inmensidad del espacio. Ante ella serían ustedes como hormigas que intentasen clasificar todos los granos de arena de todos los desiertos del mundo.

"La raza humana, en el estado actual, no puede tener esa pretensión. Uno de mis deberes ha sido el de proteger a los hombres de las fuerzas y poderes que hay entre los astros... fuerzas que ningún hombre es capaz de imaginar.

La imagen de los giratorios y nebulosos fuegos de la galaxia se apagaron lentamente. En el silencio repentino de la cámara se encendió otra vez la luz.

Karellen se volvió para irse. La reunión había terminado. Al llegar a la puerta se detuvo y miró a la apretada multitud.

- Es un pensamiento doloroso, pero tienen que aceptarlo. Un día podrán poseer los planetas. Pero las estrellas no son para el hombre.

Las estrellas no son para el hombre. Sí, no les gustaría que se les cerrasen las puertas del cielo en las narices. Pero tenían que aprender a enfrentarse con la verdad... o con la pizca de verdad que se les podía ofrecer, misericordiosamente.

Desde las solitarias alturas de la estratosfera, Karellen miró al mundo y la gente que había aceptado vigilar de no muy buena gana. Pensó en todo lo que había por delante, y en lo que sería este mundo, dentro de doce años.

Nunca lo apreciarían. Durante toda una vida los hombres habían conocido una felicidad ignorada por todas las otras razas. Había sido la Edad de Oro. Pero el oro es también el color del crepúsculo, del otoño, y sólo los oídos de Karellen eran capaces de oír los primeros gemidos de las tormentas invernales.

Y sólo Karellen sabía con qué inexorable rapidez la Edad de Oro se acercaba a su fin.

III - La última generación

15

- ¡Mira esto! - estalló George lanzando el papel hacia Jean. La hoja, a pesar de los esfuerzos de la mujer, vino a posarse indiferentemente en la mesa del desayuno. Jean quitó con paciencia la jalea, y comenzó a leer el pasaje ofensivo, haciendo todo lo posible por mostrar algún signo de desaprobación. No lo hacía muy bien, pues demasiado a menudo estaba de acuerdo con los críticos. Comúnmente trataba de guardarse estas opiniones herejes para sí misma, y no solamente en beneficio de su paz y tranquilidad. George estaba perfectamente dispuesto a aceptar elogios de ella (o de cualquier otro), pero si Jean aventuraba alguna critica recibiría una conferencia aplastante acerca de su ignorancia.

Librodot

Leyó dos veces la crónica, y al fin se dio por vencida. Parecía bastante favorable y así se lo dijo a George.

- Parece que la representación le gustó. ¿De qué te quejas?

- De esto - gruñó George señalando con el dedo la mitad de la columna -. Vuelve a leerlo.

- "El delicado color verde pastel del fondo en la escena del ballet era particularmente agradable." ¿Y bien?

- ¡No era verde! ¡Tardé mucho tiempo en conseguir ese matiz exacto de azul ¿Y qué pasa? ¡O alguno de esos técnicos malditos destruyó el equilibrio de los colores o ese crítico idiota tiene un miserable receptor ¿De qué color parecía en nuestro aparato?

- Este... no me acuerdo - confesó Jean, Poppet comenzaba a gritar en ese momento y tuve que ir a verla.

- Oh - dijo George cayendo en una hirviente aquiescencia. Jean sabía que en cualquier momento estallaría otra erupción. Cuando ocurrió, sin embargo, fue bastante suave.

- He inventado una nueva definición de la TV - murmuró George tenebrosamente -. Un aparato para impedir la comunicación entre el artista y el público.

- ¿Y qué quieres hacer? - replicó Jean -. ¿Resucitar el teatro?

- ¿Y por qué no? - preguntó George -. Eso es exactamente lo que estaba pensando. ¿Recuerdas aquella carta que me escribieron los de Nueva Atenas? Volvieron a escribirme. Y esta vez voy a contestarles.

- ¿De veras? - dijo Jean algo alarmada -. Pensé que eran un montón de maniáticos.

- Bueno, sólo hay un modo de averiguarlo. Pienso ir a verlos antes de dos semanas. Las obras que representan son perfectamente normales, hay que reconocerlo. Y hay entre ellos algunos hombres de mucho valor.

- Si crees que voy a cocinar sobre un fuego de leña y a vestirme con pieles tendrás que...

- ¡Oh, no seas tonta! Esas historias son ridículas. La colonia tiene todo lo necesario para una vida civilizada. No creen en adornitos inútiles, eso es todo. Además, ha pasado un par de años desde mi último viaje al Pacífico. Será un bonito paseo para los dos.

- En eso estoy de acuerdo - dijo Jean -. Pero no tengo la menor intención de que Junior y Poppet se conviertan en un par de polinesios.

- No se convertirán - dijo George -. Te lo prometo.

Tenía razón, pero no en el sentido que él creía.

- Como habrá notado al descender - dijo el hombrecito en el otro extremo de la veranda - la colonia abarca dos islas unidas por un arrecife. Esta es Atenas. A la otra la hemos bautizado Esparta. Es bastante salvaje y rocosa; un lugar ideal para ejercicios y deportes. - Los ojos del hombre pasaron por sobre la línea del cinturón de George, que se movió en la silla de paja. - Esparta es un volcán apagado. Por lo menos los geólogos dicen que es apagado. ¡Ja, ja!

“Pero volvamos a Atenas. El propósito de la colonia, como usted habrá comprendido, es establecer un grupo cultural estable e independiente, con tradiciones artísticas propias. Le advierto que antes de iniciar esta empresa se realizó una intensa investigación. Se trata realmente de una obra de ingeniería social, basada en una ciencia matemática muy compleja que no pretendo entender. Sólo sé que los sociólogos matemáticos han calculado el tamaño ideal de la colonia, cuántos tipos de gente deben habitarla, y, sobre todo, qué constitución ha de dársele para que tenga un carácter permanente.

"Estamos gobernados por un consejo de ocho directores, representantes de la producción, la energía, la ingeniería social, el arte, la economía, la ciencia, los deportes y la filosofía. No hay primer director ni presidente estable. Todos los directores ocupan la presidencia durante un año y por rotación.

"Nuestra población actual es de unas cincuenta mil almas, poco menos que el nivel óptimo. Por eso estamos buscando todavía nuevos reclutas. Y claro, se producen ciertas mermas. Aún nos faltan algunos talentos especializados.

"Estamos tratando de salvar la independencia de la humanidad, sus tradiciones artísticas. No somos enemigos de los superseñores: sólo queremos que se nos permita seguir nuestro

propio camino. Cuando destruyeron las viejas naciones, y esas costumbres que databan de los comienzos de la historia, barrieron muchas cosas buenas junto con las malas. Hoy vivimos en un mundo plácido, uniforme, y culturalmente muerto: nada nuevo en verdad ha sido creado desde la llegada de esos seres. La razón es obvia. No hay nada por qué luchar y sobran distracciones y entretenimientos. ¿Ha advertido que todos los días salen al aire unas quinientas horas de radio y televisión? Si uno no durmiese, y no hiciese ninguna otra cosa, no podría seguir más de una vigésima parte de los programas. No es raro que los seres humanos se hayan convertido en esponjas pasivas, absorbentes, pero no creadoras. ¿Sabe usted que el tiempo medio que pasa un hombre ante una pantalla es ya de tres horas por día? Pronto la gente no tendrá vida propia. ¡Vivirá siguiendo los episodios de la televisión!

- Aquí en Atenas, los entretenimientos ocupan su justo lugar. Además son algo vivo, nada mecánico. En una comunidad de estas proporciones es posible lograr una participación casi total del público, con todo lo que eso significa para artistas y ejecutantes. A propósito, tenemos una magnífica orquesta sinfónica que se cuenta quizá entre las seis mejores del mundo.

Pero no quiero que acepte sin más mis palabras. Los posibles ciudadanos suelen pasar aquí unos pocos días respirando la atmósfera del lugar. Si deciden unirse a nosotros los atacamos con nuestra batería de pruebas psicológicas, la que es en verdad nuestra principal línea de defensa. Rechazamos, aproximadamente, un tercio de los solicitantes, casi siempre por razones que no implican ningún desmerecimiento personal, y que fuera de aquí no tienen ninguna importancia. Los que son aceptados, vuelven a sus casas para arreglar sus asuntos y luego se unen a nosotros. A veces cambian de parecer, pero es muy raro, y casi siempre por motivos personales que no nos conciernen. Nuestras pruebas tienen actualmente una eficacia del ciento por ciento: la gente que pasa las pruebas es la que quiere de veras vivir aquí.

- ¿Y si alguien cambia de parecer más tarde? - preguntó Jean ansiosamente.

- Pueden irse. No hay dificultades. Ha ocurrido una o dos veces.

Hubo una pausa, y Jean miró a George que se frotaba pensativamente las patillas, adorno común entre los que frecuentaban los círculos artísticos. Como no se trataba de quemar las naves, Jean no se preocupó demasiado. La colonia parecía un lugar interesante, y ciertamente no tan chiflado como había temido. Y a los chicos les gustaría mucho. Eso, en última instancia, era todo lo que importaba.

Se mudaron seis semanas más tarde. La casa, de un solo piso, era pequeña, pero adecuada para una familia de cuatro miembros que no tenía intenciones de aumentar. Todos los aparatos domésticos estaban a la vista; al menos, admitió Jean, no había peligro de que volviesen a las oscuras edades de los trabajos hogareños. Era algo perturbador, sin embargo, descubrir que había una cocina. En una comunidad de este tamaño bastaba comúnmente con sintonizar Central de Comidas, y esperar cinco minutos, para recibir el plato elegido. El individualismo estaba muy bien, pero esto, temió Jean, era llevar las cosas demasiado lejos. Se preguntó oscuramente si tendría que tejer las ropas además de preparar las comidas. Pero no había telares entre la máquina de lavar platos y el aparato de radar, así que no había que temer eso por lo menos.

Naturalmente, el resto de la casa parecía bastante desnudo. Eran los primeros ocupantes y pasaría algún tiempo antes que esta limpieza aséptica se convirtiese en un hogar cálido y humano. Los niños, sin duda, catalizarían el proceso con eficacia. Ya se había producido (aunque Jean no lo sabía) la muerte infortunada de un joven animal en la bañera. Jeffrey no conocía la fundamental diferencia que existe entre el agua dulce y el agua salada.

Jean se acercó a las ventanas, todavía sin cortinas, y contempló la colonia. Era un lugar muy hermoso, eso no se podía discutir. La casa se alzaba en la falda oriental de una loma que dominaba, a causa de la ausencia de competidores, la isla de Atenas. Dos kilómetros más al norte podía ver los arrecifes: una línea delgada como el filo de un cuchillo que llevaban a Esparta. Esta isla rocosa, con su rumiante cono volcánico, la asustaba a veces. Se preguntó

Librodot

cómo los hombres de ciencia podían asegurar que no despertaría otra vez, sepultándolos a todos.

Vio de pronto una figura oscilante que subía por la colina, siguiendo la sombra de las palmeras y desafiando abiertamente la existencia del camino. George volvía de su primera conferencia. Era hora de interrumpir los sueños y ocuparse de la casa.

Un golpe metálico anunció la llegada de la bicicleta. Jean se preguntó cuánto tardarían en aprender a manejar ese vehículo. Este era otro de los inesperados aspectos de la isla. Los coches privados estaban prohibidos, y realmente eran innecesarios, ya que la mayor distancia que se podía recorrer en línea recta no pasaba de quince kilómetros. Había en cambio varios vehículos públicos: camiones, ambulancias y coches de bomberos, que no podían viajar, salvo en casos de emergencia, a más de cincuenta kilómetros por hora. Como resultado, los habitantes de Atenas hacían mucho ejercicio, las calles estaban siempre descongestionadas, y no había accidentes de tránsito.

George le dio a su mujer un rápido beso y se dejó caer en la silla más próxima.

- ¡Uf! - exclamó secándose la frente -. Todos me pasaban cuesta arriba, así, que me imagino que uno al fin se acostumbra. Me parece que ya he perdido diez kilos.

- ¿Cómo has pasado el día? - preguntó Jean cortésmente. Esperaba que su marido no estuviese demasiado fatigado para ayudarla a desempaquetar.

- Muy bien. Ha sido muy estimulante. Claro, no recuerdo la mitad de las gentes que me presentaron, pero eran todos muy agradables. Y el teatro es tan bueno como yo lo esperaba. La semana que viene comenzamos a trabajar en Vuelta a Matusalén de Bernard Shaw. La escenografía estará enteramente a mi cargo. Me parecerá increíble no estar rodeado por una docena de personas que me dicen lo que tengo que hacer. Sí, creo que esto nos va a gustar.

- ¿A pesar de las bicicletas?

George reunió bastante energía como para sonreír.

- Sí - dijo -. Dentro de un par de semanas ni notaré que existe esta loma.

No lo creía de veras, pero era perfectamente cierto. Pasó otro mes sin embargo antes que Jean dejara de extrañar el coche y descubriese todo lo que se podía hacer en una cocina.

Nueva Atenas no había aparecido de un modo natural y espontáneo como aquella otra ciudad del mismo nombre. Todo en la isla había sido planeado deliberadamente, como consecuencia del estudio emprendido durante varios años por un grupo de hombres notables. El proyecto había comenzado como una conspiración contra los superseñores, un implícito desafío a su política, si no a su Poder. En un principio los fundadores de la colonia habían tenido casi la seguridad de que Karellen se opondría totalmente, pero el supervisor no había hecho nada, nada en absoluto. Esto no había tranquilizado a nadie. Karellen disponía de mucho tiempo: podía estar preparando un contragolpe. O estaba tan seguro del fracaso del proyecto que no había creído necesario intervenir.

Casi todos habían predicho que la colonia iba a fracasar. Sin embargo, aun en el pasado, mucho antes de que se conociese realmente la dinámica social, habían existido numerosas comunidades dedicadas a fines determinados, religiosos o filosóficos. Cierto era que el índice de mortalidad había sido muy alto, pero algunas habían llegado a sobrevivir. Y las bases de la nueva colonia tenían toda la garantía de la. ciencia moderna.

Había muchas razones para haber escogido una isla. Las psicológicas no eran las menos importantes. En una época de transporte aéreo universal, el océano ya no era una barrera, pero aún daba sin embargo una cierta impresión de aislamiento. Además, la limitación del terreno impedía que la colonia albergara a demasiada gente. La población máxima había sido fijada en cien mil habitantes. Un poco más y se perderían las ventajas de una comunidad reducida y compacta. Los fundadores habían pensado que todos los miembros de Nueva Atenas tenían que conocer a los ciudadanos que compartían sus mismos intereses, y además, y Por lo menos, a un uno o dos por ciento de los otros habitantes.

Librodot

El hombre que había hecho posible Nueva Atenas era judío. Y, como Moisés, no había vivido lo bastante como para entrar en la tierra prometida. La colonia había sido fundada tres años después de su muerte.

Había nacido en Israel, la más joven de las naciones independientes. El fin de las soberanías nacionales se había sentido allí con más amargura que en ninguna otra parte. Es difícil abandonar un sueño por el que se ha luchado durante siglos.

Ben Salomon no era un fanático, pero los recuerdos de la niñez debían de haber influido, y no poco, en la filosofía que había llevado a la práctica. Podía recordar aún cómo era el mundo antes de la llegada de los superseñores, y no quería volver a él. Como otros muchos hombres, inteligentes y bien intencionados, sabía apreciar todo lo que Karellen había hecho por la raza humana, aunque los planes del supervisor no lo hiciesen feliz. ¿No era posible, se decía a veces a sí mismo, que a pesar de su enorme inteligencia los superseñores no entendieran, realmente, a la humanidad y estuviesen cometiendo, con la mejor de las intenciones, un terrible error? ¿Y si en nombre de una altruista pasión por el orden y la justicia hubiesen decidido reformar el mundo sin comprender que estaban destruyendo el alma humana?

El declive apenas había comenzado, pero ya era fácil descubrir los primeros indicios. Salomón no era un artista, pero sabía apreciar finamente el arte, y sabía que esta época no había alcanzado, en ese orden, las cimas del pasado. Quizá todo se arreglase un día, cuando desapareciera el aturdimiento provocado por la llegada de los superseñores. Pero un hombre prudente tenía que tomar algunas medidas.

Nueva Atenas era esas medidas. Había costado veinte años de trabajo y algunos billones de libras, fracción relativamente pequeña del total de las riquezas mundiales. Durante quince años no había pasado nada; todo había ocurrido en el último lustro.

La tarea de Salomón hubiera sido irrealizable si algunos de los artistas más famosos del mundo no hubiesen comprendido que el proyecto era realmente posible. Los artistas le habían dado su apoyo porque el plan satisfacía sus aspiraciones, no porque fuera importante para la salud de la raza. Pero, una vez convencidos, el mundo ya no regateó su ayuda moral y material. Tras esta espectacular fachada de talentos temperamentales, los verdaderos arquitectos de la colonia comenzaron su tarea.

Una sociedad está formada por seres humanos cuya conducta individual es imposible predecir. Pero si se toman algunos grupos básicos comienzan a aparecer ciertas leyes, como ya lo habían descubierto, en otros tiempos, las compañías de seguros. Nadie puede decir quién morirá en determinada época, pero es posible predecir el número total de muertes con considerable exactitud.

Había otras leyes, más sutiles, ya sospechadas en el siglo anterior por matemáticos como Wiener y Rashavesky. Estos habían argüido que sucesos tales como las depresiones económicas, el resultado de las carreras armamentistas, la estabilidad de los grupos sociales, las elecciones políticas, etc., podían ser analizadas con ciertas técnicas matemáticas. La gran dificultad era el enorme número de variables, difíciles de representar en términos numéricos. No era posible trazar una serie de curvas y declarar definitivamente: - Cuando se llegue a esta línea estallará la guerra -. Y no era posible tampoco tener en cuenta el asesinato de un hombre clave o los efectos de un nuevo descubrimiento científico... Menos aún terremotos e inundaciones, los que pueden tener un efecto muy profundo en gran número de personas y en el correspondiente grupo social.

Sin embargo, gracias a los conocimientos pacientemente acumulados durante el último siglo, podían hacerse muchas cosas. La tarea no hubiese sido posible sin la ayuda de las máquinas gigantescas capaces de realizar el trabajo de mil matemáticos en unos pocos segundos, A esa ayuda se había recurrido principalmente cuando se planeó la colonia.

Aun así, los fundadores de Nueva Atenas sólo podían proporcionar el suelo y el clima en el cual la planta que deseaban cultivar llegaría - o no - a florecer. Como el mismo Salomón había dicho: - El talento lo tenemos asegurado. Esperemos conseguir el genio. Pero en una

sociedad tan concentrada tendrían que producirse, necesariamente, algunas interesantes reacciones. Pocos artistas progresan en la soledad, y nada es más estimulante que el encuentro con mentes de intereses parecidos.

Hasta ahora ese encuentro había producido valiosos resultados en escultura, música, crítica literaria y cinematografía. Era aún demasiado pronto para apreciar si el grupo dedicado a la historia satisfaría las esperanzas de los animadores del proyecto, que deseaban francamente que la humanidad recobrase el orgullo de sus hazañas. La pintura languidecía aún, lo que parecía apoyar la opinión de que un arte estático y bidimensional ya no tenía posibilidades.

Era evidente - aunque aún no se había dado una explicación satisfactoria - que el tiempo tenía una gran importancia en las obras mejor realizadas. Hasta la misma escultura era pocas veces inmóvil. Los intrigantes volúmenes y curvas de Andrew Carson cambiaban lentamente ante los ojos del espectador, de acuerdo con estructuras complejas que la mente era capaz de apreciar aunque no las comprendiese del todo. Carson decía, con un poco de verdad, que había llevado los “móviles” del siglo anterior a sus últimas consecuencias, uniendo de este modo escultura y ballet.

Muchos de los experimentos musicales de la colonia estaban conscientemente relacionados con lo que podría llamarse “dimensión temporal”. ¿Cuál era la nota perceptible más breve, o cuál la más larga que pudiese ser tolerada sin aburrimiento? ¿Podía variarse el resultado alternando las condiciones de la audición o mediante un uso apropiado de la orquesta? Tales problemas eran discutidos interminablemente, y los argumentos no eran sólo académicos. Habían dado como resultado algunas obras en extremo interesantes.

Pero los experimentos más exitosos se habían realizado en el campo de los dibujos animados, arte de posibilidades infinitas. Desde las épocas de Disney poco se había hecho en este medio tan flexible. En el aspecto meramente realista los resultados no podían distinguirse de los del arte fotográfico, para gran alegría de los que estaban desarrollando ciertas formas abstractas. El grupo de hombres de ciencia y artistas que menos había hecho hasta ahora era el que despertaba el mayor interés, y la mayor alarma. Este equipo estaba trabajando en la identificación total. La historia del cine guiaba sus pasos. Primero el sonido, luego el color, la estereoscopia y el cinerama habían dado a las películas un aspecto cada vez más realista. ¿A dónde se iba por ese camino? Se llegaría seguramente a la última etapa cuando el público olvidara que era público y participara de la acción. Sería necesario estimular todos los sentidos, y quizá también recurrir a la hipnosis, pero muchos creían que era posible. Cuando se alcanzase la meta, la experiencia humana se enriquecería notablemente. Un hombre podría convertirse - por un rato al menos - en cualquier otra persona, y tomar parte en cualquier concebible aventura, real o imaginaria. Hasta podría ser una planta o un animal, si fuese posible recoger y registrar las sensaciones de todas las criaturas vivientes. Y cuando el "programa" hubiese terminado, habría adquirido un recuerdo tan vívido como el de cualquiera de sus propias experiencias, en verdad idéntico a un recuerdo real.

El proyecto era deslumbrante. Muchos lo encontraban asimismo terrible, y esperaban que la empresa terminara en un fracaso. Pero sabían muy bien que una vez que la ciencia declara que algo es posible, nada puede impedir que se lleve a cabo.

Esto, pues, era Nueva Atenas, y algunos de sus sueños. La colonia esperaba convertirse en lo que hubiese sido la antigua Atenas si hubiese contado con máquinas en lugar de esclavos, y ciencia en vez de superstición. Pero era aún muy pronto para saber si la experiencia tendría éxito.

16

Jeffrey Greggson era un isleño que, hasta ahora, no se había preocupado por los problemas estéticos o científicos, los dos supremos intereses de sus mayores. Pero aprobaba de todo corazón la vida en la colonia, aunque por razones puramente personales. El mar, nunca a más de unos pocos kilómetros, lo fascinaba de veras. Había pasado la mayor parte de sus pocos

Librodot

años en el interior de un continente, y no se había acostumbrado aún a la novedad de vivir rodeado de agua. Era un buen nadador, y salía muy a menudo con otros amigos, armado de su máscara y sus paletas a explorar las aguas poco profundas de la bahía. En un principio Jean no se había sentido muy feliz, pero después de zambullirse ella misma varias veces, perdió el temor al océano y a sus extrañas criaturas, y dejó que Jeffrey disfrutara a su gusto, siempre que no nadase solo.

Otro miembro de la familia de Greggson que parecía muy contento con el cambio era Fey, una hermosa sabuesa dorada que nominalmente pertenecía a George, pero que era difícil separar de Jeffrey. Ambos estaban siempre juntos, durante el día y - si Jean no se opusiera firmemente - durante la noche. Cuando Jeffrey salía en bicicleta Fey se echaba ante la puerta, con unos ojos tristes y húmedos clavados en el camino, y el hocico entre las patas. George se sentía entonces bastante mortificado, pues había pagado un buen precio por Fey y su pedigree. Tendría que esperar hasta la próxima generación - dentro de tres meses - para tener un perro propio. Jean tenía otra idea. Le gustaba Fey, pero pensaba que un perro por casa era suficiente.

Sólo Jennifer Anne no había decidido aún si le gustaba la colonia. Esto, sin embargo, no era muy raro, pues no había visto del mundo más que los paneles plásticos de la cuna, y apenas sospechaba que existiese un lugar semejante.

Los recuerdos no absorbían a George; estaba muy ocupado con sus planes para el futuro, y muy entretenido con su trabajo y sus hijos. Su mente no retrocedía casi nunca hasta aquella noche africana, y jamás hablaba de eso con Jean. Ambos evitaban el tema de común acuerdo, y desde aquel día no habían vuelto a visitar a Boyce, a pesar de sus repetidas invitaciones. Lo habían llamado varias veces al año, excusándose siempre, y últimamente Boyce ya no los molestaba. Su matrimonio con Maia Rodricks, ante la sorpresa de casi todos parecía más floreciente que nunca.

Luego de aquella noche, Jean perdió todo deseo de investigar los misterios situados en las fronteras de la ciencia. La ingenua curiosidad que la había llevado a relacionarse con Rupert y sus experimentos se había desvanecido. Quizá estaba ya convencida, y no necesitaba más pruebas; George prefería no preguntárselo. Era posible que los cuidados de la maternidad le hubiesen hecho olvidar esos intereses.

No había que preocuparse, se decía George, por misterios irresolubles. Sin embargo, a veces se despertaba en medio del silencio de la noche, y se ponía a pensar. Recordaba su encuentro con Jan Rodricks en la terraza de la casa de Rupert, y su corta conversación con el único hombre que había logrado desafiar la prohibición de los superseñores. Nada en el reino de lo sobrenatural, pensaba George, podía ser más extraño que ese simple hecho científico. Aunque había hablado con Jan hacía ya diez años, para este tan distante viajero apenas habían transcurrido unos pocos días.

El universo era enorme, pero su tamaño no lo asustaba tanto como su misterio. George no tenía la costumbre de meditar sobre tales asuntos; sin embargo, pensaba a veces que los hombres eran como niños que jugaban dentro de un parque, lejos de las terribles realidades del mundo exterior. Jan Rodricks, resentido contra esta protección, había escapado. Nadie sabía hacia dónde. Pero en este caso George se encontraba del lado de los superseñores. No deseaba de ningún modo enfrentarse con lo que acechaba quizá en esa oscuridad desconocida, en el borde del círculo de luz lanzado por la lámpara de la ciencia.

- ¿Por qué - se quejó George - Jeff está siempre afuera cuando yo llego a casa? ¿A dónde ha ido hoy?

Jean alzó los ojos del tejido, una ocupación arcaica que había sido resucitada recientemente con mucho éxito. Esas modas aparecían y desaparecían en la isla con bastante rapidez. Como resultado de esta locura particular los hombres llevaban ahora unos sweaters multicolores, demasiado abrigados para el día, pero, bastante útiles después de la caída del sol.

Librodot

- Ha ido a Esparta con algunos amigos - respondió Jean - Me prometió estar de vuelta para la hora de la cena.

- En realidad vine a casa a trabajar - dijo George pensativamente -. Pero es un día muy hermoso. Me parece que iré hasta allí y me daré un baño yo también. ¿Qué pescado deseas?

George nunca había pescado nada, y los peces de la bahía eran demasiado astutos. Jean iba a decírselo cuando un sonido que, aun en esta pacífica edad, era capaz de helar la sangre estremeció la quietud del atardecer.

Era el gemido de una sirena, que subía y bajaba, extendiendo hacia el mar, en círculos concéntricos, un mensaje de peligro.

Aquí, en la ardiente oscuridad, bajo el piso del océano, la presión de las rocas había crecido lentamente durante casi un siglo. Aunque el cañón oceánico se había formado en una de las primeras edades geológicas, las piedras torturadas no se habían acostumbrado aún a su nueva posición. Los estratos habían crujido innumerables veces, moviéndose un poco cuando el inimaginable peso del agua perturbaba su precario equilibrio. Estaban listos para volver a moverse.

Jeff estaba explorando los hoyos rocosos que corrían a lo largo del mar, ocupación que siempre lo fascinaba. Nunca podía saber con qué exóticas criaturas se iba a encontrar aquí, traídas por las olas que venían una detrás de otra, y a través del Pacífico, a romper contra los acantilados. La bahía era un país de hadas, y en ese momento Jeff se sentía el único dueño, pues los otros niños habían subido a las colinas.

El día era sereno y claro. No había ni un soplo de viento, y hasta el perpetuo gruñido que sonaba bajo los arrecifes era ahora sólo un sordo murmullo. Un sol ardiente colgaba en el cielo, pero el oscuro cuerpo de Jeff era ya inmune a sus ataques.

La playa era aquí un delgado cinturón de arena, que descendía hacia la bahía. Bajo las aguas claras como el cristal, Jeff podía ver las formaciones rocosas, tan familiares para él como el suelo terrestre. A unos diez metros de profundidad el esqueleto curvo y cubierto de algas de una vieja goleta se elevaba hacia el mundo que había dejado hacía doscientos años. Jeff y sus amigos habían explorado a menudo estos restos, pero sus esperanzas de encontrar un tesoro no se habían realizado nunca. Sólo habían descubierto una brújula cubierta de mejillones.

Algo asió con firmeza la bahía, como con ambas manos, y la sacudió brevemente. El temblor de las aguas pasó con tanta rapidez que Jeff se preguntó si no se lo habría imaginado. Quizá había sido un vértigo pasajero, pues a su alrededor todo seguía igual. Nada turbaba la superficie del agua; en el cielo no se veía una nube. Y de pronto, comenzó algo muy raro.

El agua estaba alejándose de la costa con una rapidez muy superior a la de cualquier marea. Jeff se quedó mirando, con un profundo asombro, pero sin miedo, como aparecían las arenas húmedas, y yacían brillantes al sol. Siguió a las aguas, decidido a aprovechar todo lo posible ese milagro que le había abierto las puertas del mundo submarino. Tanto había descendido el nivel del mar que el mástil roto del náufrago estaba subiendo hacia el cielo, y sus algas, faltas del apoyo del agua, colgaban ya verticalmente. Jeff se apresuró, ansioso por contemplar las maravillas que no tardarían en aparecer.

Fue entonces cuando oyó aquel ruido que venía de los arrecifes. Nunca había oído nada semejante, y se detuvo intrigado. Los pies comenzaron a hundírsele lentamente en las arenas húmedas. Un pez grande estaba luchando con la muerte, unos pocos metros más allá, pero Jeff lo miró apenas. El ruido de los arrecifes crecía a su alrededor.

Era un gorgoteo, un sonido de succión, como el de un río que corre por un estrecho canal. Era la voz del mar, que se retiraba protestando, enojado al perder, aunque fuese sólo por un momento, aquellas tierras suyas. Por entre las graciosas ramas de coral, a través de las ocultas cavernas submarinas, millones de toneladas de agua pasaban de la bahía a la vastedad del océano.

Regresarían muy pronto, y muy rápidamente.

Horas más tarde, una de las patrullas de salvamento encontró a Jeff en el banco de coral. El agua había llegado a subir hasta veinte metros sobre su nivel de costumbre. Jeff no estaba asustado, aunque sí afligido por la pérdida de su bicicleta. Tenía además mucha hambre. La destrucción parcial de los arrecifes había cortado el camino. Cuando llegó la patrulla, Jeff estaba pensando en regresar a nado, y si las corrientes no hubiesen cambiado mucho habría podido atravesar el canal con bastante facilidad.

Jean y George habían estado mirando cuando el tsunami golpeó la isla. Aunque los daños en las zonas más bajas de Atenas habían sido severos, no había habido desgracias personales. Los sismógrafos habían dado aviso con una anticipación de sólo quince minutos, pero eso bastó para que todos se pusieran a salvo. Ahora la colonia estaba curándose las heridas y reuniendo una colección de leyendas que los años harían más y más espeluznantes.

Jean estalló en sollozos cuando le devolvieron a su hijo, pues tenía la seguridad de que el mar se lo había llevado. Había visto, horrorizada, como el negro muro de agua, con su capa de espuma, había venido desde el horizonte a golpear la base de la isla. Parecía imposible que Jeff se hubiera salvado.

No era raro que el niño no pudiese hacer un relato coherente de lo ocurrido. Después de cenar, y cuando ya estaba a salvo en cama, Jean y George se sentaron a sus pies.

- Duérmete, querido, y no pienses más - dijo Jean - ya ha pasado todo.

- Pero fue divertido, mamá - protestó Jeff -. No estaba realmente asustado.

- Magnífico - dijo George -. Eres un chico valiente. Por suerte no perdiste la cabeza y corriste a tiempo. He oído hablar de esas olas. Muchas gentes mueren ahogados por salir a la playa a ver qué pasa.

- Eso es lo que hice - confesó Jeff -. Me pregunto quién me habrá ayudado.

- ¿Qué quieres decir? No había nadie contigo. Los otros muchachos estaban en la colina.

Jeff parecía perplejo.

- Pero alguien me dijo que corriese.

Jean y George se miraron con cierta alarma.

- ¿Quieres decir que imaginaste oír algo?

- Oh, no lo molestes más - dijo Jean con ansiedad, y muy rápidamente. Pero George era porfiado.

- Un momento. Cuéntame todo lo que pasó, Jeff.

- Bueno, yo estaba allí en la playa, junto a ese barco, cuando oí la voz.

- ¿Qué decía?

- No recuerdo muy bien, pero algo así como Jeffrey, sube a la loma, rápido. Te ahogarás si te quedas aquí -. Estoy seguro de que me llamó Jeffrey, no Jeff. Así que no era ninguno de mis amigos.

- ¿Era la voz de un hombre? ¿De dónde venía?

- Estaba muy cerca de mí. Y parecía un hombre...

Jeff titubeó y George lo incitó a que siguiera.

- Adelante... Imagina que estás en la playa, y dinos exactamente qué pasó entonces.

- Bueno, no se parecía a ninguna voz conocida. Me pareció que era un hombre grande.

- ¿Y no dijo nada más?

- No... hasta que comencé a subir por la loma.

Entonces ocurrió otra cosa rara. ¿Conoces el camino de los acantilados?

- Sí.

- Yo estaba subiendo por ahí, pues es el más corto. Yo ya sabía lo qué pasaba. Había visto la ola. Además, hacía un ruido horrible. Y de pronto descubrí, que en medio del camino había una roca enorme. Nunca había estado. Y no me dejaba pasar.

- La habría hecho caer el terremoto - dijo George.

- Chist... Sigue, Jeff.

- No sabía qué hacer, y sentía que se acercaba la ola. Entonces la voz dijo: "Cierra los ojos, Jeffrey, y ponte una mano delante de la cara". Parecía un chiste, pero lo hice. Y entonces hubo como un gran fuego - alcancé a sentirlo - y cuando abrí los ojos la roca ya no estaba.

- Ya no estaba.

- No. Así que empecé a correr de nuevo, y por eso casi me quemo los pies, pues las rocas del camino estaban terriblemente calientes. El agua silbó cuando llegó a esas rocas, pero ya no podía alcanzarme, yo estaba muy alto. Y eso es todo. Bajé cuando la ola se retiró. Entonces descubrí que mi bicicleta no estaba más, y que se había roto el camino de los arrecifes.

- No te preocupes por la bicicleta, querido - dijo Jean abrazando a su hijo -. Te compraremos otra. Lo único que importa es que no te hiciste daño. No nos interesa saber cómo pasó.

Esto no era verdad, por supuesto, pues la conferencia comenzó tan pronto como Jean y George dejaron el cuarto. No sacaron nada en limpio, pero la reunión tuvo dos consecuencias. A la mañana siguiente, sin decirle nada a George, Jean llevó a su hijito al psicólogo de niños de la colonia. Jeff volvió a narrar su historia, sin azorarse ante la novedad del escenario. Más tarde, mientras su paciente rechazaba uno tras otro los juguetes amontonados en otra habitación, el psicólogo tranquilizó a Jean.

- Nada permite suponer la existencia de alguna anormalidad. Tenga en cuenta que el niño acaba de pasar por una experiencia terrible, y ha salido de ella notablemente bien. Es un niño muy imaginativo, y quizá cree que dice la verdad. Así que acepte la historia, y no se preocupe si no aparecen otros síntomas. En ese caso llámeme en seguida.

Esa misma noche Jean comunicó el veredicto a su marido. George no se mostró muy contento, y Jean atribuyó su preocupación a los destrozos sufridos por su amado teatro.

- Muy bien - se limitó a gruñir George y se puso a hojear el último número de La escena y el taller. Parecía como si hubiese perdido todo interés en el asunto, y Jean se sintió molesta.

Pero tres semanas más tarde, cuando se reabrió el camino, George y su bicicleta se encaminaron hacia Esparta. Trozos de coral cubrían las arenas y había un hueco en la hilera de los arrecifes. George se preguntó cuánto tiempo tardarían las miríadas de pacientes pólipos en reparar esos daños.

Sólo un sendero llevaba a la cima de los acantilados, y una vez que recobró el aliento, George comenzó la ascensión. Unas algas secas, atrapadas entre las piedras, señalaban el límite alcanzado por la ola.

George contempló largo rato, de pie en aquel solitario sendero, el sitio donde se veían las huellas de una roca hundida. Trató de decirse a sí mismo que se trataba de algún capricho volcánico, pero abandonó enseguida su idea. Su mente volvió a aquella noche, años atrás, en la que se había unido, junto con Jean, al tonto experimento de Rupert. Nadie había entendido de veras qué había pasado, pero George sabía, de algún modo, que esos dos sucesos tenían cierta relación. Primero, Jean; luego, su hijo. No supo si tenía que sentirse asustado o contento y murmuró entre dientes una silenciosa plegaria:

- Gracias, KarelIen, por lo que tu gente ha hecho por Jeff. Pero me gustaría saber por qué lo hicieron.

Bajó lentamente a la playa y las grandes gaviotas blancas volaron a su alrededor, decepcionadas al ver que no les arrojaba un poco de comida.

17

El pedido de Karellen, aunque se lo esperaba desde un principio, cayó como una bomba. Representaba, para todos, una crisis en los asuntos de la isla, y era imposible imaginar sus consecuencias.

Los superseñores no habían intervenido nunca en la colonia. La habían dejado completamente sola, ignorándola como a todas aquellas otras actividades que no tenían un carácter subversivo o no transgredían las leyes. No se sabía bien si los propósitos de la

colonia podían llamarse subversivos. No tenía una intención política, pero representaba un anhelo de cierta independencia artística e intelectual. ¿Y quién podía saber qué saldría de eso? Karellen era capaz de prever el futuro de la colonia con más claridad que sus fundadores, y quizá no le gustaba.

Claro, si Karellen quería enviar un observador, inspector, o como se lo quisiera llamar, nadie podía impedírselo. Veinte años atrás los superseñores habían anunciado el abandono de todos los aparatos de observación, de modo que la humanidad no tenía por qué seguir pensando que vivía espiada. Sin embargo, la mera existencia de esos aparatos significaba que, si así lo querían los superseñores, no habría secretos.

Algunos de los isleños habían recibido con agrado el anuncio de esta visita, ante la posibilidad de aclarar un problema menor acerca de los superseñores: su actitud ante el arte. ¿Lo consideraban una aberración infantil de la raza humana? ¿Cultivaban alguna forma artística? En ese caso, ¿era el propósito de la visita puramente estético, o serían las intenciones de Karellen menos inocentes?

Todo esto era tema de interminables discusiones mientras se hacían los preparativos para recibir al superseñor. Nada se sabía de él, pero se daba por sentado que sería capaz de absorber cultura en enormes dosis. Se intentaría llevar a cabo algún experimento, y las reacciones de la víctima serían estudiadas por todo un batallón de mentes agudas.

En ese entonces el presidente del consejo era el filósofo Charles Yan Sen, un hombre irónico, pero fundamentalmente amable, que aún no había cumplido sesenta años y estaba por lo tanto en lo mejor de su vida. Platón hubiese aprobado a Sen como un buen ejemplo de estadista - filósofo, aunque Sen no aprobaba siempre a Platón en quien creía ver una grosera deformación de Sócrates. Sen era uno de los tantos isleños que tenían el propósito de sacar todo el provecho posible de la visita, aunque sólo fuese para mostrarles a los superseñores que los seres humanos conservaban aún su poder de iniciativa y no estaban "totalmente domesticados".

En Atenas no se podía hacer nada sin la autorización de un comité, esa piedra fundamental del sistema democrático. Ya alguien había definido la colonia como una cadena de comités. Pero el sistema daba resultado, gracias a los pacientes estudios de los psicólogos sociales, los verdaderos fundadores de Nueva Atenas. Como la comunidad era bastante reducida, todos podían tomar parte en su dirección, y ser de ese modo verdaderos ciudadanos.

Era inevitable que George Greggson, como miembro principal. de la jerarquía artística, estuviese en el comité de recepción. Pero para evitar cualquier error movió algunas influencias. Si los superseñores querían estudiar la colonia, George quería estudiar a los superseñores. Jean no se sentía muy feliz con este proyecto. Desde aquella noche, en casa de Boyce, había sentido una vaga hostilidad hacia los superseñores, aunque no podía explicar sus motivos. Deseaba relacionarse con ellos lo menos posible, y una de las principales atracciones de la isla había sido la posible independencia. Ahora temía que esta independencia estuviese amenazada.

El superseñor, para decepción de los que esperaban algo más espectacular, llegó sin ceremonias en una ordinaria máquina volante de fabricación humana. Podía haber sido el mismo Karellen, pues nadie era capaz de distinguir a un superseñor de otro con bastante seguridad. Todos parecían duplicados de un molde original y único. Quizá, y mediante ciertos desconocidos procedimientos biológicos, lo eran de veras.

Después del primer día los isleños dejaron de prestar atención al coche oficial cuando atravesaba la colonia de camino hacia alguna visita. El nombre del visitante, Thanthalteresco, demostró ser poco práctico para usarlo diariamente, y pronto se lo designó como "el inspector". Era un nombre bastante exacto, pues su apetito por las estadísticas parecía insaciable.

Charles Yan Sen estaba totalmente agotado cuando, bastante después de medianoche, acompañó al inspector hasta la máquina voladora que le servía de base. Allí, sin duda,

Librodot

continuaría su trabajo, durante toda la noche, mientras sus anfitriones humanos se permitían la debilidad de dormir.

La señora Sen estaba esperando ansiosamente a su marido. Formaban una cariñosa pareja, a pesar de que Sen tenía la costumbre de llamarla Xantipa, y en presencia de invitados. La mujer había tratado de replicarle en forma apropiada, sirviéndole una copa de cicuta; pero por suerte este brebaje herbívoro era menos común en la nueva Atenas que en la vieja.

- ¿Todo estuvo bien? - preguntó mientras Sen se sentaba ante una comida fría.

- Creo que sí, aunque nunca se puede saber qué pasa por el interior de esas notables mentes. Mostró mucho interés, hasta hizo algunos cumplidos. Le pedí disculpas por no traerlo a casa, y me dijo que comprendía, y que no deseaba golpearse la cabeza contra el techo.

- ¿Qué le mostraste hoy?

- El aspecto material de la colonia, que no le pareció aburrido como a mí. Hizo las preguntas más inimaginables sobre producción, presupuestos, recursos minerales, índice de nacimientos, alimento de la población, etc. Por suerte me acompañaba Harrison. el secretario, que se había llevado todos los informes anuales desde los orígenes de la colonia. Tendrías que haberlos oído, intercambiando estadísticas. El inspector nos pidió que le prestáramos los informes y apuesto a que mañana será capaz de citarnos cualquier cifra de memoria. Esas hazañas mentales me parecen terriblemente depresivas.

Sen bostezó y comenzó a comer con desgano.

- Mañana será un día más interesante. Vamos a visitar los colegios y la Academia. Entonces seré yo quien hará las preguntas. Me gustaría saber cómo educan los superseñores a sus niños... Siempre, es claro, que tengan niños.

Charles Sen no llegó a saberlo, pero en otros asuntos el inspector se mostró bastante hablador. Evadía las cuestiones embarazosas con una amabilidad realmente agradable, y de pronto, de un modo inesperado, parecía confiarse de veras.

El primer momento real de intimidad sobrevino cuando estaba alejándose de la escuela.

- Es una gran responsabilidad - había hecho notar el doctor Sen - entrenar a estas jóvenes mentes para el futuro. Por suerte los seres humanos tienen una resistencia notable. Se necesita una educación muy mala para que el daño sea permanente. Aun en el caso de que nuestras miras sean erróneas, nuestras pequeñas víctimas sabrán probablemente superarlas. Como usted ha visto, parecen ser perfectamente felices. - Sen hizo una pausa y lanzó una mirada intencionada hacia la alta figura de su pasajero. El inspector estaba totalmente envuelto en una brillante ropa plateada, de tal modo que no exponía a la luz del sol ni un sólo centímetro de su piel. Detrás de los anteojos oscuros el doctor Sen sintió la presencia de dos grandes ojos que lo miraban sin emoción, O con una emoción que él no entendía. - Nuestros problemas al educar a estos niños tienen que ser, me parece, muy similares a los de ustedes cuando se enfrentaron con la raza humana. ¿Está usted de acuerdo conmigo?

- En ciertos aspectos - admitió el superseñor gravemente -. En otros puede encontrarse una comparación más exacta en la historia de las potencias coloniales. Por esta razón el imperio romano y el británico nos han interesado siempre mucho. El caso de la India es particularmente instructivo. Lo que más nos diferencia de los británicos es que estos no tenían verdaderas razones para meterse en la India; no razones conscientes, por lo menos, excepto algunos objetivos triviales y sin importancia, como el comercio y la hostilidad hacia las otras potencias europeas. Se encontraron en posesión de un imperio antes de tiempo y no fueron realmente felices hasta que se libraron de él.

- ¿Y se librarán ustedes de su imperio - preguntó el doctor Sen sin poder resistir la oportunidad - cuando llegue la hora?

- Sin la menor duda - replicó el inspector.

El doctor Sen no insistió. El tono de la respuesta no invitaba a seguir indagando. Además, habían llegado en ese momento a la Academia donde los esperaba un grupo de pedagogos dispuestos a afilar sus ingenios ante un verdadero superseñor.

Librodot

- Como le habrá dicho nuestro distinguido colega - comentó el profesor Chance, decano de la Universidad - queremos que las mentes de nuestros ciudadanos estén siempre alertas, y puedan desarrollar así sus verdaderas potencialidades. Fuera de esta colonia - su ademán indicó y rechazó el resto del globo - temo que la raza humana haya perdido su iniciativa. Tiene paz, tiene bienestar, pero no tiene horizontes.

- En cambio aquí, naturalmente... - intervino con suavidad el superseñor.

El profesor Chance, a quien le faltaba el sentido del humor, y lo sabía, miró con desconfianza a su visitante.

- No pensamos - continuó - que el ocio sea un pecado. Pero no creemos que baste ser un público pasivo. Todos en esta isla tienen una ambición que puede ser resumida de un modo muy simple. Es la de hacer algo, aunque sea algo muy pequeño, mejor que los demás. Claro, se trata de un ideal que no todos alcanzamos. Pero en este mundo moderno lo importante es tener un ideal. Alcanzarlo o no es casi indiferente.

El inspector no parecía inclinado a hacer comentarios. Se había sacado sus ropas protectoras, pero tenía puestos todavía los anteojos oscuros, aunque la luz del cuarto era bastante débil. El decano se preguntó si serían fisiológicamente necesarios o sólo un disfraz. Ciertamente, hacían casi imposible la ya difícil tarea de leer los pensamientos del superseñor. Este, sin embargo, no parecía oponerse a las desafiantes declaraciones que se le habían hecho, ni a las críticas que esas declaraciones implicaban.

El decano estaba a punto de volver al ataque cuando el jefe del departamento científico decidió participar en la lucha.

- Como usted sin duda sabe, señor, uno de los mayores problemas de nuestra cultura ha sido el de la dicotomía que separa el arte de la ciencia. Me gustaría de veras conocer sus puntos de vista a este respecto. ¿Está usted de acuerdo con los que afirman que todos los artistas son anormales? ¿Qué sus obras - o por lo menos el impulso que engendra sus obras - son el resultado de alguna profunda insatisfacción psicológica?

El profesor Chance se aclaró la garganta, pero el inspector se le adelantó.

- Dicen ustedes que todos los hombres son artistas hasta cierto punto, de tal modo que no hay nadie incapaz de crear algo, aunque sea algo primitivo. Ayer, en las escuelas, por ejemplo, advertí el énfasis con que se insiste en la expresión personal, tanto en el dibujo como en la pintura y el modelado. Ese estímulo parece alcanzar a todos, aun a aquellos destinados a ser hombres de ciencia. De modo que si todos los artistas son anormales, y todos los hombres son artistas, tenemos aquí un interesante silogismo -.

Todos esperaron a que el inspector terminase de hablar. Pero, cuando les convenía, los superseñores podían mostrar un tacto impecable.

El inspector aguantó el concierto con todo éxito, lo que no se podía decir de muchos de los seres humanos que formaban el auditorio. La única concesión al gusto popular había sido la Sinfonía de los salmos de Stravinsky; el resto del programa era agresivamente actual. Cualesquiera que fuesen los méritos de la música, la ejecución había sido magnífica. La satisfacción que sentía la colonia de poseer algunos de los mejores músicos del mundo, tenía su base. Había habido numerosas disputas entre varios compositores por el honor de ser incluidos en el programa, aunque algunos cínicos pensaban si se trataría realmente de un honor. Pues nadie podía afirmar que los superseñores no fuesen musicalmente sordos.

Sin embargo, después del concierto, Thanthalteresco buscó a los tres compositores que habían figurado en el programa y los felicitó por su "gran inventiva". Los músicos se retiraron complacidos, pero también un poco desconcertados.

George Greggson no pudo encontrarse con el inspector hasta tres días más tardé. El teatro había preparado algo así como distintas carnes a la parrilla, antes que un plato único: dos piezas en un acto, un número por un imitador mundialmente famoso, y una escena de ballet. Una vez más todas las partes fueron insuperablemente ejecutadas y la predicción de uno de los críticos: - Al fin descubriremos si los superseñores bostezan - no se cumplió. En realidad, el inspector se rió varias veces, y en los momentos adecuados.

Librodot

Y sin embargo, nadie podía estar seguro. Era posible que el superseñor interpretara una comedia, guiándose sólo por la lógica, y manteniendo al margen sus propias y extrañas emociones, como un antropólogo que participa en un rito primitivo. El hecho de que emitiese los sonidos apropiados, y de que reaccionara correctamente no demostraba nada.

Aunque George estaba decidido a conversar con el inspector no pudo hacerlo. Después de la representación intercambiaron unas pocas palabras, a modo de saludo, y luego el visitante fue arrebatado por el público. Era imposible separarlo de su círculo, y George volvió a su casa sintiéndose totalmente derrotado. No sabía muy bien qué podría haber dicho, si hubiese encontrado una oportunidad; pero de algún modo, estaba seguro, hubiese desviado la conversación hacia Jeff. Y ahora ya nada era posible.

El mal humor le duró dos días. La máquina voladora del inspector partió entre numerosas protestas de mutuo respeto antes que se produjera el episodio. A nadie se le había ocurrido hacerle a Jeff alguna pregunta, y el niño lo pensó bastante, seguramente, antes de decidirse a hablar.

- Papá - le dijo a George, poco antes de irse a la cama -, ¿te acuerdas del superseñor que vino a vernos?

- Sí - replicó George ásperamente.

- Bueno, - fue a nuestro colegio, y oí como hablaba con uno de los profesores. No entendí realmente lo que decía, pero reconocí la voz. Fue la que me dijo que corriera cuando venía la ola.

- ¿Estás seguro?

Jeff titubeó un momento.

- No del todo. Pero si no era él, era otro de los superseñores. No sabía realmente si tenía que darle las gracias. Pero ahora ya se ha ido ¿no?

- Sí - dijo George -, temo que sí. Quizá tengamos, sin embargo, alguna otra ocasión. Ahora véte a la cama como un buen muchacho, y no vuelvas a pensar en eso.

Cuando Jeff, felizmente, desapareció, y luego de haber atendido a Jenny, Jean vino a sentarse en la alfombra junto a la silla de George, apoyándose en sus piernas. George pensaba que era una costumbre espantosamente sentimental, pero no había por qué hacer una escena. Se contentó con mostrar la dureza de sus rodillas.

- ¿Qué piensas ahora? - preguntó Jean con voz fatigada y sin entonación -. ¿Crees que ha ocurrido de veras?

- Ha ocurrido - replicó George -, pero quizá nos preocupamos tontamente. Al fin y al cabo, la mayor parte de los padres tienen razones para mostrarse agradecidos... y, por supuesto, yo también me siento agradecido. La explicación puede ser muy simple. Sabemos que los superseñores tenían interés en la colonia, así que podían estar observándonos, a pesar de aquella promesa. Si alguno rondaba con uno de esos aparatos, y vio venir la ola, es natural que advirtiesen a Jeff que estaba en peligro.

- Pero conocían el nombre de Jeff, no lo olvides. No, nos observan. Hay algo raro en nosotros, algo que atrae su atención. Lo he sentido desde la fiesta de Rupert. Es gracioso ver cómo aquella fiesta alteró nuestra existencia.

George miró a su mujer con simpatía, pero nada más. Cuánto se podía cambiar, pensó, en tan poco tiempo. Le tenía cariño a Jean; había educado a sus hijos y era ahora parte de su vida. Pero de aquel amor que una persona no muy claramente recordaba, y de nombre George Greggson, había sentido una vez hacia un sueño descolorido llamado Jean Morrel, ¿qué quedaba ahora? Su amor estaba dividido entre Jeff y Jennifer por una parte... y Carolle por la otra. No creía que Jean supiese algo de Carolle, y tenía la intención de decírselo antes que alguien se le adelantase. Pero por algún motivo nunca encontraba el momento adecuado.

- Muy bien, observan a Jeff, lo protegen en realidad. ¿No crees que eso debe de ponernos orgullosos? Quizá los superseñores han planeado un gran futuro para nuestro hijo.

Estaba hablando para tranquilizar a Jean, lo sabía. No se sentía muy inquieto, pero sí un poco desconcertado. Y de pronto otro pensamiento cayó sobre él, algo que podía habérsele ocurrido antes. Volvió los ojos hacia el cuarto de los niños.

- Me pregunto si sólo andarán detrás de Jeff - dijo.

A su debido tiempo el inspector presentó su informe. Los isleños le habían proporcionado gran cantidad de material. Todas las estadísticas y registros fueron a parar a la insaciable memoria de las grandes máquinas calculadoras, parte de los poderes invisibles que sostenían a Karellen. Aún antes que esas impersonales mentes eléctricas hubiesen sacado sus conclusiones, el inspector dio sus propios consejos. Expresados con los pensamientos y el lenguaje de la raza humana se hubiesen presentado así:

- No tenemos por qué intervenir en la colonia. Es un experimento interesante, pero que no puede afectar el futuro. Sus esfuerzos artísticos no nos conciernen, y no hay pruebas de que la investigación científica siga un camino peligroso.

"De acuerdo con nuestros planes, estudié con gran curiosidad los registros escolares del sujeto Cero. Las estadísticas que más nos interesan figuran en esos registros, pero no he podido encontrar indicio alguno de desarrollos insólitos. Aunque, como ya sabemos, estas eclosiones suelen producirse sin previo aviso.

- Me encontré también con el padre del sujeto y tuve la impresión de que deseaba hablarme. Por suerte pude evitarlo. Es indudable que algo sospecha -, aunque, naturalmente, nunca podrá adivinar la verdad, ni afectar de ningún modo el desarrollo de los acontecimientos.

"Siento cada vez más lástima por toda esta gente.

George Greggson hubiese estado de acuerdo con el veredicto del inspector. No había nada anormal en Jeff. Sólo aquel desconcertante incidente, tan sorpresivo como un trueno aislado en un día de calma perfecta. Y después... nada.

Jeff tenía la energía y la curiosidad propias de un niño de siete años. Era inteligente - cuando se molestaba en serlo -, pero no había peligro de que se convirtiese en un genio precoz. A veces, pensaba Jean con un poco de cansancio, se ajustaba perfectamente a la clásica definición de un niño: "un ruido rodeado de suciedad". Aunque no era muy fácil darse cuenta de la suciedad; ésta se acumulaba en forma considerable confundiéndosele con el color tostado de la piel.

Jeff se mostraba alternativamente cariñoso y de mal humor, reservado y efusivo. No tenía preferencia por ninguno de sus padres, y la llegada de su hermanita no había acarreado ninguna muestra de celos. Su tarjeta médica no tenía una mancha: no había estado enfermo ni un solo día. Pero en esta época, y en este clima, eso no era nada raro.

A diferencia de otros niños, Jeff no se aburría en seguida en compañía de su padre, ni lo dejaba, en todas las ocasiones posibles, para reunirse con otros compañeros de su edad. Era obvio que tenía el talento artístico de George, y casi tan pronto como aprendió a caminar se hizo un asiduo visitante del teatro de la colonia. El teatro lo había adoptado como mascota, y Jeff había desarrollado una gran habilidad en presentar ramos de flores a las celebridades de la pantalla y de la escena que visitaban la isla.

Sí, Jeff era un niño perfectamente común. Así se lo decía George a sí mismo después de algún paseo, a pie o en bicicleta, por los restringidos terrenos de la isla. George y Jeff hablaban como lo habían hecho padres e hijos desde los tiempos más remotos, sólo que en esta época había mucho más de qué hablar. Aunque Jeff nunca salía de la isla, podía ver todo lo que deseaba a través de los ubicuos ojos de las cámaras televisoras. Sentía, como todos los colonos, un vago desdén por el resto de la humanidad. Ellos eran los elegidos, la vanguardia del progreso. Llevarían a la humanidad a las cimas alcanzadas por los superseñores, y quizá aún más lejos. No mañana, seguramente, pero un día...

No sospechaban que ese día llegaría demasiado pronto.

Librodot

18

Los sueños comenzaron seis semanas más tarde. En la oscuridad de la noche subtropical, George Greggson emergió lentamente hacia la superficie de la conciencia. Ignoraba qué lo había despertado, y durante un momento se quedó en cama, inmóvil, sumido en un pesado sopor. Al fin advirtió que estaba solo. Jean se había levantado y había entrado silenciosamente en el cuarto de los niños. Estaba hablando con Jeff en voz baja, demasiado baja como para que George pudiese oírla. Salió de la cama y fue en busca de Jean. Esas excursiones nocturnas eran bastante comunes, a causa de Poppet; pero hasta ahora no se había dado el caso de que George siguiese durmiendo en medio del alboroto. Esto era algo completamente distinto, y George se preguntó qué podría haber perturbado el sueño de su mujer.

Sólo las figuras fluorescentes de los muros iluminaban el cuarto. George alcanzó a ver a Jean sentada en la cama de Jeff. La mujer se dio vuelta y murmuró:

- No despiertes a Poppet.

- ¿Qué pasa?

- Sentí que Jeff me necesitaba y me desperté.

La simplicidad de la frase llenó a George de aprensión. Sentí que Jeff me necesitaba. ¿Cómo lo sentiste?, preguntó para sí mismo. Pero todo lo que dijo fue:

- ¿Alguna pesadilla?

- No estoy segura - dijo Jean - Parece que está bien ahora. Pero cuando llegué estaba asustado.

- No estaba asustado, mamá - dijo una vocecita indignada -, Pero era un sitio tan curioso.

- ¿Cómo era? - preguntó George -. Cuéntame.

- Había montañas - dijo Jeff con voz soñadora -. Muy altas, y no eran de nieve como las otras montañas que he visto. Algunas estaban ardiendo.

- ¿Quieres decir... volcanes?

- No del todo. Ardían por todas partes, con unas llamas azules muy graciosas. Y mientras estaba mirando, salió el sol.

- Sigue, ¿por qué te has detenido?

- Otra cosa que no puedo entender, papá. El sol salió tan rápidamente, y era tan grande. Y... no era del color del sol. Era de un azul muy hermoso.

Hubo un prolongado y helado silencio. Al fin George preguntó en voz baja:

- ¿Eso es todo?

- Sí. Comencé a sentirme solo, y en ese momento vino mamá y me despertó.

George acarició el pelo desordenado de su hijo con una mano, mientras le cerraba el camisón con la otra. Se sintió de pronto frío y pequeño. Pero cuando le habló a Jeff su voz era normal.

- Fue sólo un sueño tonto. Has comido demasiado. Olvídate de todo y duérmete.

- Sí, papá - dijo Jeff. Hizo una pausa y luego añadió pensativo -: Creo que trataré de ir allá otra vez.

- ¿Un sol azul? - dijo Karellen, no muchas horas más tarde -. La identificación no puede ser muy difícil.

- No - contestó Rashaverak -. Se trata sin duda de Alfanidón Dos. Las montañas de azufre lo confirman. Y es interesante notar la distorsión de la escala del tiempo. El planeta gira con bastante lentitud así que ha observado muchas horas en unos pocos minutos.

- ¿Eso es todo lo que pudo descubrir?

- Sí. No he querido hablar con el niño.

- No podemos hacerlo. Los acontecimientos tienen que seguir su curso natural, y sin interferencias. Cuando los padres quieran hablar con nosotros... entonces, quizá, podamos preguntarle algo al niño.

- Es posible que la pareja no intente nada. Y quizá cuando lo hagan, sea ya demasiado tarde.

- Temo que eso no se pueda evitar. No tenemos que olvidarlo: en estos asuntos nuestra curiosidad no tiene importancia. No es más importante, por lo menos, que la felicidad de los hombres. - La mano de Karellen se extendió para interrumpir la conexión. - Continúen la vigilancia, por supuesto, y háganme saber todos los resultados. Pero no intervengan nunca.

Cuando estaba despierto, Jeff parecía el de antes. Por esto, al menos, pensaba George, podían sentirse agradecidos. Pero el temor estaba dominándolo, cada día más.

Para Jeff se trataba sólo de un juego; todavía no había comenzado a asustarse. Un sueño era sólo un sueño, por más raro que fuese. Ya no se sentía solo en aquellos mundos. La primera noche había llamado a Jean a través de quién sabe qué desconocidos abismos. Pero ahora entraba solo y sin temor en el universo que se alzaba ante él.

A la mañana sus padres le preguntaban qué había soñado, y él les contaba lo que era capaz de recordar. A veces, mientras trataba de describir escenas situadas más allá de su experiencia, y aun de la imaginación del hombre, Jeff tartamudeaba y se le confundían las palabras. George y Jean tenían que ayudarle con palabras nuevas, y le mostraban colores e imágenes para refrescarle la memoria. Luego trataban de poner en claro lo que resultaba de las respuestas del niño. Muy a menudo no sabían qué pensar, aunque parecía que en la mente de Jeff aquellos mundos de ensueño eran claros y simples. Se trataba, solamente, de que el niño era incapaz de comunicar sus experiencias. Sin embargo, algo era indudable...

Espacio, ningún planeta, ningún paisaje alrededor, ningún mundo a sus pies. Sólo las estrellas en la noche de terciopelo, y ante ellas un enorme sol rojo que latía como un corazón. Grande y tenue en un determinado momento, se encogía luego lentamente, brillando a la vez, como si alguien añadiese combustible a los fuegos interiores. El color recorría todas las franjas del espectro, hasta la raya del amarillo, y luego el ciclo volvía a repetirse, hacia atrás. La estrella se expandía y enfriaba, haciéndose otra vez una nube desgarrada y roja...

(- Una estrella variable pulsátil típica - dijo Rashaverak ansiosamente -. Y vista desde una tremenda aceleración temporal. No puedo identificarla con precisión, pero la estrella que más se le parece es Rhamsandron 9. O podría ser Pharanidon 12.

- Una u otra - replicó KarelIen -, está alejándose de la Tierra.

- Está alejándose mucho - dijo Rashaverak...)

Podría haber sido la Tierra. Un sol blanco pendía de un cielo azul manchado de nubes, que corrían ante una tormenta. Una colina descendía suavemente hacia un océano espumoso mordido por un viento voraz. Sin embargo nada se movía; era una escena inmóvil, como vista a la luz de un relámpago. Y lejos, muy lejos, en el horizonte, había algo que no era terrestre: una hilera de columnas envueltas en niebla que se afilaban ligeramente al salir del océano y se perdían en las nubes. Sé alineaban con perfecta precisión a lo largo del bordé del planeta... demasiado grandes para ser artificiales; demasiado regulares para ser naturales.

(- Sideneo 4 y los Pilares del Alba - dijo Rashaverak, y había angustia en su voz -. Ha llegado al centro del universo.

- Y apenas ha iniciado el viaje - respondió Karellen.)

El planeta era totalmente chato. Su enorme gravedad había reducido, hacía ya mucho tiempo, a una llanura uniforme las montañas de su orgullosa juventud... montañas cuyos picos nunca habían pasado de unos cuantos metros de altura. Sin embargo había vida aquí, pues la superficie del planeta estaba cubierta por una miríada de figuras geométricas que se arrastraban, se movían y cambiaban de color. Era un mundo de dos dimensiones, habitado por seres que no tenían más que una fracción de centímetro de alto.

Librodot

Y en aquel cielo había un sol que un fumador de opio, en el más extraño de sus sueños, no hubiese podido imaginar. Demasiado caliente para ser blanco, era como un fantasma marchito, situado no muy lejos de las fronteras del ultravioleta, y lanzaba sobre sus mundos unas radiaciones que hubiesen sido instantáneamente letales para cualquier forma de vida terrestre. En un alrededor de millones de kilómetros extendía unos grandes velos de gas y polvo, que al ser atravesados por los rayos ultravioletas se convertían en innumerables colores fluorescentes. Era una estrella ante la cual el pálido sol terrestre hubiese parecido tan débil como una luciérnaga en pleno mediodía.

(- Hexanerax Dos, y ya fuera del universo conocido - dijo Rashaverak -. Sólo un puñado de nuestras naves han llegado hasta ahí, y nunca se arriesgaron a aterrizar. ¿Quién hubiese pensado que podía haber vida en esos planetas?

- Parece - dijo Karellen - que ustedes, los dedicados a la ciencia, no han investigado mucho. Si esas... figuras... son inteligentes, el problema de comunicarse con ellas tiene que ser muy interesante. Me pregunto si se imaginarán una tercera dimensión.)

Era un mundo que no podía conocer el significado del día y de la noche, de las estaciones y los años. Seis soles de color poblaban el cielo, de tal modo que sólo había cambios de luz, nunca oscuridad. A través de los tirones y golpes de los opuestos campos gravitatorios, el planeta seguía los nudos y las curvas de una órbita inconcebiblemente compleja, sin recorrer dos veces el mismo camino. Cada momento era único: la figura que ahora formaban los soles en el cielo no se volvería a repetir por toda la eternidad.

Y aún aquí había vida. Aunque el planeta podía llegar a chamuscarse cuando se encontraba entre los seis soles, y helarse luego en los bordes del sistema, era sin embargo morada de seres inteligentes. Los grandes cristales polifacéticos se agrupaban formando intrincadas figuras geométricas. Inmóviles en las eras de frío, crecían lentamente a lo largo de las vetas minerales cuando volvía el calor. No importaba que completar un pensamiento llevase un millón de años. El universo era todavía joven, y disponían de un tiempo infinito...

(- He revisado todos nuestros registros - dijo Rashaverak -. Nada sabemos de ese mundo, ni de esa combinación de soles. Si existiese en el interior de nuestro universo los astrónomos habrían advertido su presencia, aunque estuviese fuera del alcance de las naves.

- Entonces ha dejado la galaxia.

- Sí. Seguramente ya no falta mucho.

- ¿Quién sabe? Sueña nada más. Cuando despierta, es todavía el mismo. Está en la primera fase. Pronto sabremos cuándo comenzará el cambio.)

- Nos hemos encontrado antes, señor Greggson - dijo el superseñor gravemente -. Mi nombre es Rashaverak. Sin duda usted me recuerda.

- Sí - dijo George -. Aquella fiesta en casa de Rupert Boyce. No podría olvidarla. Y siempre pensé que volveríamos a encontrarnos.

- Dígame, ¿por qué me pidió esta entrevista?

- Creí que usted ya lo sabría.

- Quizá. Pero será mejor que me lo diga usted. Se sorprenderá usted bastante, pero yo también estoy tratando de comprender, y en algunos aspectos mi ignorancia es tan grande como la suya.

George miró asombrado al superseñor. Jamás se le había ocurrido un pensamiento semejante. Había creído, subconscientemente, que los superseñores poseían todos los conocimientos, y todo el poder... que entendían lo que le pasaba a su hijo y eran los únicos responsables.

- Supongo - continuó George - que ha visto usted los informes que le entregué al psicólogo de la isla. Así que estará enterado de esos sueños.

- Sí, estoy enterado.

Librodot

- Nunca creí que fueran producto de su imaginación. Son tan increíbles, y sé que esto parece ridículo, que tienen que estar basados en la realidad.

George miró ansiosamente a Rashaverak, sin saber qué sería mejor: una confirmación o una negativa. El superseñor no dijo nada. Se contentó con mirarlo con sus grandes ojos serenos. Estaban sentados casi cara a cara, pues la habitación - diseñada obviamente para tales entrevistas - tenía dos niveles; la maciza silla del superseñor estaba situada a un metro por debajo de la de George. Era una amable atención para con los hombres que pedían tales entrevistas, y que muy pocas veces se sentían mentalmente cómodos.

- Al principio nos sentimos preocupados, aunque no alarmados de veras. Cuando despertaba, Jeff parecía normal, y sus sueños no lo molestaban, aparentemente. Y de pronto una noche... - George se detuvo y lanzó una mirada defensiva hacia el superseñor -. Nunca he creído en lo sobrenatural. No soy un hombre de ciencia, pero creo que existe una explicación racional para todo.

- Existe - dijo Rashaverak -. Conozco lo que usted ha visto. Estaba mirando.

- Siempre lo sospeché. Pero Karellen nos prometió que nunca nos volverían a espiar. ¿Por qué han roto ustedes esa promesa?

- No la hemos roto. El supervisor afirmó que la raza humana no volvería a ser vigilada. Hemos mantenido nuestra promesa. Yo sólo observaba a su hijo, no a usted.

Pasaron varios segundos antes de que George entendiera las palabras de Rashaverak.

- ¿Quiere decir...? - dijo entrecortadamente y poniéndose pálido. Se le apagó la voz y comenzó de nuevo -. ¿Qué son mis hijos entonces, en nombre de Dios?

- Eso - dijo Rashaverak con solemnidad - es lo que tratamos de descubrir.

Jennifer Anne Greggson, hasta hace poco conocida como Poppet, descansaba de espaldas con los ojos fuertemente cerrados. No los había abierto durante mucho tiempo y nunca volvería a abrirlos. La vista era para ella tan inútil como para las criaturas que poblaban los oscuros fondos del océano. Tenía perfecta conciencia del mundo que la rodeaba; en realidad, tenía conciencia de mucho más.

De su breve niñez, por quién sabe qué capricho de su desarrollo, le quedaba un reflejo. El sonajero, que la había deleitado alguna vez, sonaba ahora incesantemente, con un ritmo complejo y siempre distinto. Fue esa síncopa extraña lo que despertó a Jean y le hizo correr hacia el cuarto. Pero no fue sólo aquel sonido lo que le hizo llamar a gritos a George.

El común y brillante sonajero se agitaba continuamente en el aire, a medio metro de todo apoyo, mientras Jennifer Anne, con sus manitas regordetas apretadas y juntas, descansaba con una sonrisa de serena satisfacción en el rostro.

Había comenzado tarde, pero estaba progresando rápidamente. Y pronto sobrepasaría a su hermano, ya que tenía mucho menos que olvidar.

- Obraron ustedes con prudencia - dijo Rashaverak - al no tocar su juguete. No creo que hubiesen podido moverlo. Pero si lo hubiesen hecho, la niña se habría sentido muy molesta. Y entonces no sé qué pasaría.

- ¿Quiere decir - preguntó George aturdidamente que ustedes no pueden hacer nada?

- No lo engañaré. Podemos estudiar y observar, como ya lo estamos haciendo. Pero no podemos intervenir, pues no entendemos qué pasa.

- ¿Entonces qué vamos a hacer? ¿Por qué nos ha ocurrido a nosotros?

- Tenía que ocurrirle a alguien. No hay nada excepcional en ustedes, como no lo hay tampoco en el primer neutrón que origina la reacción en cadena de una bomba atómica. Ocurre simplemente que es el primero. Cualquier otro neutrón hubiese servido. Fue Jeffrey, pero podía haber sido cualquier otro niño del mundo. Ya no hay necesidad de guardar ningún secreto, y es mejor así. Hemos estado esperando que pasara esto casi desde que llegamos a la Tierra. No había modo de saber cuándo y cómo aparecería, hasta que - por pura casualidad -

Librodot

nos encontramos en la fiesta de Rupert. Entonces supe, casi con certeza, que el hijo de su mujer sería el primero.

- Pero entonces... no estábamos casados. Ni siquiera...

- Sí, ya sé. Pero la mente de la señorita Morrel fue el canal por el que pasé, aunque sólo por un momento, algo que ningún ser vivo sabía en ese entonces. Tenía que venir de otra mente, ligada con la suya. El hecho de que fuese una mente que todavía no había nacido no tenía importancia. El tiempo es mucho más extraño de lo que usted cree.

- Comienzo a entender. Jeff conoce estas cosas... puede ver otros mundos y puede decir de dónde vienen ustedes. Y Jean, de algún modo, recibió el pensamiento de Jeff, aún antes que Jeff hubiese nacido.

- Habría mucho que añadir, pero no creo que usted pueda acercarse más a la verdad. En toda la historia ha habido siempre alguien dueño de poderes inexplicables que parecían trascender los límites del tiempo y el espacio. Los hombres nunca entendieron esos poderes. Cuando quisieron explicarlos se confundieron todavía más. Lo sé muy bien, he leído bastante sobre ellos.

"Pero hay una comparación que es... bueno, sugestiva, y de cierta ayuda. Se repite una y otra vez en la literatura terrestre. Imagine usted que la mente de cada hombre es una isla, rodeada de océano. Todas esas islas parecen aisladas, pero en realidad están unidas por un lecho común. Si el océano desapareciese, no habría más islas. Todas serían parte de un mismo continente, habrían perdido su carácter de individuos.

"La telepatía, como ustedes la llaman, es algo semejante. En ciertas circunstancias las mentes pueden fundirse y luego, en los momentos en que vuelven a aislarse, recordar esa experiencia. En su forma más alta este poder no está sujeto a las limitaciones del tiempo y el espacio. Por eso Jean pudo obtener esa información de su hijo, que aún no había nacido.

Hubo un largo silencio durante el cual George luchó con esas asombrosas ideas. La figura comenzaba a adquirir forma. Era una figura increíble, pero tenía su lógica interna. Y explicaba - si podía usarse esta palabra para algo tan incomprensible - todo lo que había pasado desde aquella noche en casa de Rupert. Explicaba también, ahora se daba cuenta, el interés de Jean por los temas sobrenaturales.

- ¿Qué ha originado todo esto? - preguntó George -. ¿Y a dónde conduce?

- No se lo puedo decir. Pero hay muchas razas en el universo, y algunas descubrieron esos poderes mucho antes que la especie humana o la nuestra apareciera en escena. Esas razas han estado esperándolos a ustedes, y la hora ha llegado.

- ¿Y qué papel tienen ustedes?

- Probablemente, como todos los hombres, usted nos ha mirado siempre como a amos. No lo somos. No hemos sido más que guardianes, encargados de un trabajo que se nos impuso desde... arriba. Este trabajo es difícil de definir; quizá pueda usted entendernos mejor si le digo que somos como unas parteras. Estamos ayudando a que nazca algo maravilloso y nuevo.

Rashaverak titubeó. Por un momento pareció como si le faltaran las palabras.

- Sí, parteras. Pero nosotros mismos somos estériles.

En ese momento George comprendió que estaba en presencia. de una tragedia mayor que la suya. Era increíble, y sin embargo justo. A, pesar de todos sus poderes y su inteligencia, los superseñores estaban atrapados en algo así como un estancamiento evolutivo. Era ésta una raza grande y noble, superior a la humana en casi todos los sentidos; sin embargo no tenía futuro, y lo sabía. Ante esto los problemas de George parecían de pronto triviales.

- Ahora sé - dijo - por qué han estado observando a Jeffrey. Era el conejillo de indias de este experimento.

- Exacto, aunque el experimento escapa a nuestro control. No lo hemos provocado, simplemente nos limitamos a observar. No hemos intervenido en él sino cuando era necesario.

Librodot

Sí, pensó George, aquella ola. Hay que cuidar a los ejemplares valiosos. En seguida se sintió avergonzado de sí mismo. Esta amargura no tenía sentido.

- Sólo. otra pregunta - dijo -. ¿Qué haremos con nuestros hijos?

- Disfruten de ellos mientras puedan - respondió Rashaverak -. Dentro de muy poco tiempo ya no les pertenecerán.

Era un consejo que podía habérsele dado a cualquier padre en cualquier época; pero ahora encerraba una terrible amenaza que nunca había tenido antes.

19

Llegó un día en que el mundo de los sueños comenzó a invadir la existencia cotidiana de Jeffrey. Dejó de ir a la escuela. La rutina diaria se interrumpió también para George y Jean, como pronto se interrumpiría para todo el mundo.

Comenzaron a evitar a sus amistades, como si comprendiesen que dentro de poco nadie tendría tiempo para simpatizar con los demás. A veces, en la quietud de la noche, cuando casi todos estaban recluidos en sus casas, salían juntos para hacer un largo paseo. Desde los primeros días de su matrimonio nunca habían estado tan cerca el uno del otro. Vivían unidos, otra vez, por la desconocida tragedia que muy pronto habría de abrumarlos.

Al principio se sintieron un poco culpables por abandonar a Jeff y Jenny, pero luego comprendieron que estos podían cuidarse a sí mismos. Y, naturalmente, los superseñores estaban siempre alertas. Este pensamiento los tranquilizaba; sentían que no estaban solos, que aquellos ojos sabios y compasivos compartían esa vigilia.

Jennifer dormía. No había otra palabra para describir su estado actual. En apariencia era todavía una niña, pero se percibía a su alrededor un poder latente tan terrible que Jean ya no se atrevía a entrar en aquel cuarto.

No había necesidad de hacerlo. La entidad constituida por Jennifer Anne Greggson no se había desarrollado del todo, pero aun en este estado de dormida crisálida dominaba bastante su ambiente como para poder satisfacer sus necesidades. Jean sólo había intentado alimentarla una vez, sin éxito. La niña prefería nutrirse en el momento que creía más oportuno, y con métodos propios.

La comida salía de la congeladora en una corriente lenta y continua. Sin embargo, Jennifer Anne no se movía de la cuna.

El ruido del sonajero había dejado de oírse, y el juguete yacía ahora en el piso. Nadie se había atrevido a tocarlo. Jennifer Anne podía necesitarlo de nuevo. A veces la niña movía los muebles (y estos dibujaban ciertas figuras), y a George le parecía que la pintura fluorescente de las paredes brillaba más que antes.

La niña no daba ningún trabajo; estaba más allá del posible cuidado de sus padres, y más allá también de su cariño. Esto no podía durar, y ante la certeza de que ya no faltaba mucho, George y Jean se ataban desesperadamente a Jeff.

Jeff estaba cambiando también, pero aún los reconocía. El niño, a quien habían vigilado desde las informes nieblas de los primeros meses, estaba perdiendo su personalidad, disolviéndose hora tras hora ante la mirada de los padres. Sin embargo, a veces conversaba con ellos como en otra época y hablaba de juguetes como si no supiese lo que iba a ocurrir. Pero la mayor parte del tiempo ni los veía, o no advertía que estaban a su lado. Había dejado de dormir, y ellos tenían que hacerlo, a pesar de la abrumadora necesidad de no desperdiciar las pocas horas que quedaban.

A diferencia de Jenny, Jeff no tenía aparentemente ningún poder anormal sobre los objetos físicos. Como había crecido un poco, quizá no necesitaba esos poderes. No tenía otra rareza que una peculiar vida mental, y ya no se trataba sólo de los sueños. Solía quedarse quieto durante horas y horas, con los ojos muy cerrados, como si escuchase unos sonidos que nadie podía oír. El conocimiento entraba en su mente - de alguna parte o de algún tiempo -, un

Librodot

conocimiento que pronto abrumaría y destruiría la todavía no formada criatura que había sido Jeffrey Angus Greggson.

Y la perra Fey, echada a sus pies, lo miraba con ojos trágicos y asombrados, preguntándose dónde estaría su amo y cuándo volvería.

Jeff y Jenny fueron los primeros, pero muy pronto se les unieron muchos otros. Como una epidemia, extendiéndose rápidamente de país en país, la metamorfosis infectó a toda la raza humana. No alcanzó prácticamente a nadie de más de diez años, y no se salvó prácticamente nadie de menos de esa edad.

Era el fin de la civilización, el fin de los ideales que los hombres venían persiguiendo desde los orígenes del tiempo. En sólo unos pocos días la humanidad había perdido su futuro. Cuando a una raza se la priva de sus hijos, se le destruye el corazón, y pierde todo deseo de vivir.,

No hubo pánico. Lo hubiese habido, sí, un siglo antes. El mundo estaba ahora como entumecido; las grandes ciudades tranquilas y silenciosas. Sólo las industrias vitales seguían funcionando. Como si todo el planeta fuese un sollozo, un lamento por lo que ya nunca sería.

Y entonces, como lo había hecho en una ocasión ya olvidada, Karellen le habló por última vez a la humanidad.

20

- Mi tarea aquí está casi terminada - dijo la voz de Karellen por un millón de aparatos de radio -. Al fin, después de un siglo, puedo deciros en qué consistía.

"Tuvimos que ocultaros muchas cosas, como nosotros mismos nos ocultamos durante la mitad de nuestra estancia en la Tierra. Algunos de vosotros, lo sé, pensasteis que ese ocultamiento era inútil. Estáis acostumbrados a nuestra presencia; ya no podéis imaginar cómo hubiesen reaccionado vuestros antecesores. Pero al menos podéis entender por qué nos ocultamos.

"Pero nuestro mayor secreto fue el propósito que nos trajo a la Tierra... ese propósito sobre el que habéis especulado interminablemente. Tuvimos que callar hasta ahora, pues no nos concernía a nosotros deciros la verdad.

"Hace un siglo vinimos a vuestro mundo y os salvamos de la autodestrucción. No creo que nadie pueda negarlo. Pero nunca sospechasteis en qué consistía esa autodestrucción.

"Cuando prohibimos las armas nucleares y todos los peligrosos juguetes que amontonabais en vuestros armarios, desapareció el peligro de la destrucción física. Creíais que ése era el único peligro. Hicimos todo lo posible para que lo creyeseis así, pero no era cierto. El mayor peligro con que os habéis enfrentado es de un carácter muy diferente. Y no concierne sólo a vuestra raza.

"Muchos mundos llegaron a la encrucijada de la fuerza nuclear, evitaron el desastre, lograron levantar una civilización pacifica y feliz... y fueron luego destruidos por fuerzas de las que no tenían noticia.

En el siglo veinte comenzasteis a investigar seriamente esas fuerzas. Fue necesario entonces tomar una determinación.

"A lo largo de ese siglo la raza humana estuvo acercándose lentamente al abismo... sin sospechar siquiera su existencia. Sobre ese abismo sólo hay un puente. Pocas razas lo han encontrado sin ayuda. Algunas se echaron atrás, evitando así a la vez el desastre y el triunfo. Sus mundos se convirtieron en islas elíseas, cómodamente satisfechas, que ya no desempeñaban ningún papel en la historia del universo. Ese nunca hubiera sido vuestro destino, o vuestra suerte. Vuestra raza tenía demasiada vitalidad. Se hubiese precipitado en la ruina, arrastrando a otros, pues nunca hubieseis encontrado ese puente.

"Lamento tener que hablaros por medio de analogías. No tenéis palabras, ni conceptos, para lo que deseo deciros, y nosotros mismos no sabemos mucho.

"Para entenderme tendríais que retroceder y resucitar muchas cosas que vuestros antecesores conocían, pero que vosotros habéis olvidado... que, en realidad, os hemos ayudado a olvidar. Pues nuestra estancia en la Tierra ha estado basada en una vasta decepción, un ocultamiento de verdades con las que no podríais enfrentaros.

"En los siglos anteriores a nuestra llegada vuestros hombres de ciencia descubrieron los secretos del mundo físico y os llevaron rápidamente de la energía del vapor a la energía del átomo. Dejasteis atrás la superstición. La ciencia fue la única religión de la humanidad, el regalo (de una minoría al resto de los hombres) - que destruyó todas las creencias. Aquellas que aún existían cuando llegamos nosotros, ya estaban agonizando. La ciencia, se decía, podía explicarlo todo. No había fuerzas que no comprendiese, no había acontecimientos de los que en última instancia no pudiese dar cuenta. El origen del universo podía seguir siendo un hecho desconocido, pero todo lo que había ocurrido desde entonces obedecía a las leyes de la física.

"Sin embargo, vuestros místicos, aunque extraviados en sus propios errores, vislumbraron parte de la verdad. Hay poderes mentales (y también otros, más allá de la mente) que la ciencia no hubiese podido encerrar. Esos poderes hubiesen roto los límites de la ciencia. En todas las edades se recogieron innumerables informes sobre fenómenos extraños, - telekinesis, telepatía, precognición - que vosotros bautizasteis, pero que nunca pudisteis explicar. Al principio la ciencia los ignoró, hasta negó su existencia, a pesar del testimonio de quinientos años. Pero existen, y una teoría total del universo tiene que contar con ellos.

Durante la primera mitad del siglo veinte algunos de vuestros hombres de ciencia comenzaron a estudiar estos fenómenos. No lo sabían, pero estaban jugando con la cerradura de la caja de Pandora. Las fuerzas que podían haber liberado eran mayores que todos los peligros atómicos. Pues los físicos sólo hubieran destruido la Tierra; los parafísicos hubiesen extendido el desastre al universo.

"Había que impedirlo. No puedo explicar la verdadera naturaleza de esa amenaza. No hubiese sido una amenaza para nosotros, y por esa misma razón no alcanzamos a comprenderla. Digamos que os hubieseis convertido en un cáncer telepático, una mentalidad - maligna - que en su inevitable disolución hubiese envenenado otras mentes más poderosas.

"Y así vinimos - fuimos enviados - a la Tierra. Interrumpimos vuestro desenvolvimiento en todos los niveles culturales, pero vigilamos muy particularmente la investigación de los fenómenos parafísicos. Estoy convencido de que evitamos también, al ponernos en contacto, todo trabajo creador. Pero ése fue un efecto secundario, y no tiene ninguna importancia.

"Ahora tengo que deciros algo que os parecerá muy sorprendente, quizá casi increíble. Todas esas Potencialidades, todos esos poderes latentes... nosotros no los poseemos, no los entendemos. Nuestras inteligencias son mucho más poderosas que las vuestras - pero hay en vuestras mentes algo que siempre se nos ha escapado. Os hemos estudiado desde que llegamos a la Tierra; hemos aprendido mucho, y aprenderemos más aún. Dudo sin embargo que podamos conocer toda la verdad..

"Nuestras razas tienen mucho en común; por eso nos eligieron para esta tarea. Pero, en otro sentido, somos los extremos de dos evoluciones distintas. Nuestras mentes han cumplido su desarrollo. Lo mismo que las vuestras, en su forma actual. Sin embargo, vosotros podéis dar otro paso, y esto es lo que nos distingue. Nuestras potencialidades están exhaustas; en cambio las vuestras no se han revelado todavía. Están unidas, de un modo que no podemos entender, a los poderes que he mencionado, los poderes que ahora están despertando en el mundo.

"Detuvimos vuestros relojes, interrumpimos el curso del tiempo mientras esos poderes se desenvolvían y comenzaban a fluir por sus verdaderos canales. Mejoramos vuestros planetas, elevamos vuestros niveles de vida, os trajimos paz y justicia, hicimos lo que nos pareció necesario, cuando nos vimos obligados a intervenir. Pero toda esta vasta transformación os apartó de la verdad, y sirvió así para que pudiésemos cumplir nuestros propósitos.

"Somos vuestros guardianes, nada más. Muy a menudo os habéis preguntado qué lugar ocuparía vuestra raza en la jerarquía del universo. Hay algo que está por encima de nosotros, y que nos utiliza para sus propios fines. Nunca hemos descubierto su naturaleza, aunque

hemos sido sus instrumentos durante siglos. No nos atrevemos a desobedecerle. Una y otra vez hemos recibido sus órdenes, hemos ido a algún mundo que se encontraba en la primera fase de su cultura, y le hemos enseñado el camino que nosotros nunca podremos seguir, el camino que vais a emprender ahora.

"Hemos estudiado muchas veces el proceso que se nos ordenó vigilar, esperando poder huir un día de nuestras propias limitaciones. Pero sólo hemos percibido lineamientos de la verdad. Nos llamasteis los superseñores ignorando la ironía del título. Digamos que sobre nosotros hay una supermente que nos utiliza como el alfarero utiliza su rueda.

"Y vuestra raza es, la arcilla modelada por esa rueda.

"Creemos - aunque es sólo una teoría - que la supermente trata de crecer, de extender sus poderes y su conciencia a todo el universo. Es hoy la suma de muchas razas, y ya ha dejado atrás la tiranía de la materia. Advierte en seguida la presencia de seres inteligentes. Cuando supo que estabais casi preparados, nos envió a ejecutar esta orden, a disponeros para las transformaciones cercanas.

La raza humana cambió al principio con lentitud, durante siglos y siglos. Pero esta es una transformación de la mente, no del cuerpo. Si se la compara con la evolución orgánica, es un cataclismo, algo instantáneo. Ha comenzado ya. La vuestra es la última generación del Homo sapiens.

"En cuanto a la naturaleza del cambio, es muy poco lo que podemos deciros. No sabemos cómo se produce, qué impulso emplea la supermente cuando cree que ha llegado el momento. Sólo hemos descubierto que comienza con un simple individuo - un niño siempre - y luego se extiende de un modo instantáneo, como se forman los cristales alrededor del núcleo en una solución saturada. Los adultos no son afectados; el molde de sus mentes es inalterable.

"Dentro de unos pocos años habrá pasado todo, y la raza humana se habrá dividido en dos. Este mundo que conocéis ya no puede volver atrás, y ya no tiene tampoco futuro. Han terminado los sueños y las esperanzas de vuestra raza. Habéis dado origen a vuestros sucesores, y vuestra tragedia consiste en que nunca podréis entenderlos, que nunca podréis comunicaros con sus mentes. En realidad no tendrán mentes. Serán, todos, una simple entidad, como vosotros sois las sumas de miríadas de células. Pensaréis que no son seres humanos, y tendréis razón.

"Dentro de una pocas horas se habrá producido la crisis. Mi tarea y mi deber es cuidar a aquellos por los que he venido. A pesar de sus nacientes poderes podrían ser destruidos por las multitudes... sí, y aun por los padres cuando estos comprendan la verdad. Debo llevármelos y aislarlos, para su protección, y la vuestra. Mañana nuestras naves comenzarán la evacuación. No os acusaré si tratáis de intervenir, pero todo será inútil. Esos poderes que ahora están despertando son mayores que los míos; yo sólo soy su instrumento.

"Y luego, ¿qué haré con vosotros, los sobrevivientes, cuando haya concluido nuestra tarea? Sería lo más simple, y quizá también lo más misericordioso, destruiros, como vosotros mismos destruiríais un cachorro al que queréis mucho y que ha sufrido una herida mortal. Pero no haré eso. Podréis elegir vuestro futuro en los pocos años que os quedan. Tengo la esperanza de que la humanidad se encaminará a la paz, hacia su descanso, con la idea de que no ha vivido. inútilmente. Lo que habéis traído al mundo es algo terriblemente extraño que no comparte vuestros deseos y esperanzas, que puede juzgar vuestras más grandes hazañas como juguetes infantiles. Sin embargo es algo maravilloso, y es obra vuestra.

"Cuando vuestra raza esté totalmente olvidada, una parte de vosotros seguirá existiendo. No nos condenéis, entonces, por lo que estamos obligados a hacer. Y recordad: siempre os envidiaremos.

21

Jean había dejado de llorar. La isla dorada yacía bajo la luz cruel e indiferente del sol cuando la nave apareció sobre las cimas mellizas de Esparta. En esa isla rocosa, no hacia

mucho tiempo, su hijo había escapado a la muerte por un milagro que Jean entendía ahora demasiado bien. A veces se preguntaba si no hubiese sido mejor haber dejado a Jeffrey en manos del destino. Jean podía hacer frente a la muerte, como ya lo había hecho en otras ocasiones. Pero esto era más extraño que la muerte, y más definitivo. Los hombres habían muerto hasta hoy, y sin embargo la raza había seguido viviendo.

Los niños permanecían inmóviles y silenciosos. Estaban desparramados en grupos sobre la arena, sin mostrar ningún interés por sus compañeros ni por los hogares que estaban dejando. Muchos llevaban en brazos a bebés que aún no sabían caminar, o que no deseaban poner en evidencia otros poderes. Pues seguramente, pensaba George, si podían mover la materia, podrían mover también sus propios cuerpos. ¿Por qué, en verdad, estaban recogiéndolos las naves?

No tenía importancia. Se iban y éste era el modo que habían elegido para irse. Y de pronto, George recordó una escena. En alguna parte, hacía ya mucho tiempo, había visto un viejo noticiero cinematográfico en el que aparecía un éxodo semejante. Podría haberse tratado del comienzo de la primera guerra mundial, o de la segunda. Largas hileras de trenes, repletos de niños, se alejaban lentamente de las amenazadas ciudades, dejando atrás a sus padres, en muchos casos para siempre. Algunos pocos lloraban; otros estaban desconcertados, y asían con fuerza las valijitas, pero la mayoría parecía mirar valientemente hacia adelante, hacia alguna gran aventura.

Y sin embargo... la analogía era falsa. La historia no se repetía nunca. Los que ahora se alejaban ya no eran niños. Y esta vez no había ninguna posibilidad de regreso.

La nave había aterrizado junto a la orilla del agua, hundiéndose profundamente en las blandas arenas. Los grandes paneles curvos se abrieron simétricamente y las rampas se extendieron hacia la playa como lenguas de metal. Las desparramadas e indescriptiblemente solitarias figuras comenzaron a converger, a unirse en una multitud que se movía como cualquier otra multitud humana.

¿Solitarias? George se preguntó por qué habría tenido esa idea. Pues eso era lo que nunca volverían a ser únicamente los individuos pueden sentirse solos, únicamente los seres humanos. Cuando las barreras cayeran al fin, la soledad se desvanecería del mismo modo que la personalidad. Las innumerables gotas de lluvia se habrían confundido con las aguas del océano.

Sintió que la mano de Jean lo apretaba con más fuerza en un espasmo de emoción.

- Mira - murmuró la mujer -. Puedo ver a Jeff. junto a la segunda puerta.

La distancia era grande y no era posible estar seguro. George sintió que una niebla le cubría los ojos. Pero era Jeff, sí. Podía reconocerlo ahora. El niño apoyaba un pie en la rampa metálica.

Y en ese momento Jeff se volvió y miró hacía atrás., Su cara era sólo una mancha blanca; era imposible saber si había en ella algún gesto de reconocimiento, algún recuerdo de todo lo que estaba dejando. George tampoco sabría nunca si se había vuelto hacia ellos por pura casualidad o si había sentido, en esos últimos instantes, mientras era todavía el hijo de George y Jean, que estaban mirando cómo entraba en un país que ellos nunca podrían visitar.

Las grandes puertas comenzaron a cerrarse. Y en ese instante Fey alzó la cabeza y lanzó un largo y desolado gemido. Volvió los hermosos y límpidos ojos hacia George. La perra había perdido a su amo. George ya no tenía rivales.

Los que se quedaron tenían muchos caminos, pero sólo una meta. Había algunos que pensaban: el mundo es hermoso, ¿por qué tenemos que dejarlo, o por qué tenemos que apresurar nuestra partida? Pero otros, que habían puesto sus ojos más en el futuro que en el presente, de tal modo que sus vidas habían perdido todo valor, no deseaban quedarse. Partieron solos, o en compañía de sus amigos.

Librodot

Así ocurrió con Atenas. La isla había nacido con el fuego. Con el fuego decidió morir. Aquellos que querían seguir viviendo salieron de la colonia, pero la mayor parte se quedó allí, para encontrar el fin entre fragmentos de sueños.

Nadie podía saber cuándo llegaría la hora. Sin embargo, Jean despertó en medio de la tranquilidad de la noche y se quedó un momento con los ojos clavados en la claridad fantasmal del cielo raso. Luego extendió una mano y tocó a su marido. George tenía habitualmente un sueño pesado, pero esta vez se despertó enseguida. No se hablaron; no había palabras para ese momento.

Jean no se sentía asustada, ni siquiera triste. Estaba rodeada como por las aguas profundas y calmas de un océano, más allá de toda emoción. Pero había algo que hacer, y faltaba muy poco.

Sin una palabra, George la siguió a través de la casa tranquila. Atravesaron el estudio iluminado por la luna, tan silenciosamente como sus sombras, y entraron en el cuarto vacío.

Todo estaba igual. Las figuras fluorescentes, pintadas por George con tanto cuidado, todavía brillaban en los muros. Y el sonajero que había pertenecido a Jennifer Anne aún yacía en el suelo, donde lo había dejado la niña cuando se volvió hacia aquellas lejanías desconocidas.

Ha abandonado sus juguetes, pensó George, pero nosotros no los dejaremos nunca. Pensó en los hijos de los faraones, enterrados hacía quince mil años con sus abalorios y sus muñecas. Así sería otra vez. Nadie, se dijo a sí mismo, volverá a amar nuestros tesoros.

Jean se volvió lentamente y puso la Cabeza en el hombro de su marido. George la tomó por la cintura y el amor que había sentido en otro tiempo volvió a él, débil, pero claro, como el eco de una distante cadena de montañas. Ya no había por qué decir que Jean había sido la causa de todo, y George sintió un remordimiento que se debía no tanto a sus engaños como a su pasada indiferencia. Jean dijo entonces en voz baja:

- Adiós, querido mío - y se abrazó a George.

George no tuvo tiempo para contestar, pero aún en ese último instante se sintió brevemente asombrado mientras se preguntaba cómo había sabido Jean que había llegado el momento.

En lo profundo de las rocas, allá abajo, los segmentos de uranio comenzaron a moverse buscando la unión que nunca alcanzarían.

Y la isla subió al encuentro del alba.

22

La nave de los superseñores vino, dejando una brillante estela meteórica, desde el corazón de Carina había iniciado su tremenda deceleración al llegar a los planetas exteriores, pero al pasar junto a Marte aún poseía una apreciable fracción de la velocidad de la luz. Lentamente, los inmensos campos gravitatorios que rodeaban el Sol absorbieron las fuerzas creadas por la nave, mientras la energía dejada atrás, y por un millón de kilómetros, pintaba el firmamento con sus fuegos.

Jan Rodricks estaba regresando, seis meses más viejo, al mundo que había abandonado ochenta años atrás.

Esta vez ya no era un polizón, escondido en una cámara secreta. De pie, detrás de los tres pilotos (¿por qué, se preguntaba, necesitarían tantos?) observaba las figuras que iban y venían por la pantalla, con colores y formas que. no tenían, para él, ningún sentido. Jan presumía que encerraban la información que en una nave diseñada por hombres hubiese requerido varios tableros de instrumentos. Pero a veces la pantalla mostraba los campos estelares más próximos, y Jan tenía la esperanza de que muy pronto apareciese allí la Tierra.

Estaba contento de volver a pesar del trabajo que le había costado salir. En estos pocos meses había cambiado mucho. Había visto muchas cosas, había recorrido distancias muy

largas, y ahora sentía la nostalgia del viejo hogar. Comprendía ya por qué los superseñores habían cerrado a los hombres el camino de las estrellas,

Era posible - aunque se rehusaba a aceptarlo - que la humanidad nunca pudiese ser sino una especie inferior, preservada en un alejado parque zoológico donde los superseñores harían de guardianes. Quizá era eso lo que había querido decirle Vindarten cuando le advirtió ambiguamente, poco antes de su partida:

- Pueden haber pasado muchas cosas en la Tierra. Quizá no la reconozca.

Quizá no, reflexionó Jan. Había pasado mucho tiempo, y aunque era joven y adaptable, podía tardar en comprender todos los cambios. Pero de algo estaba seguro: los hombres querrían oír su historia, saber qué había visto en el. mundo de los superseñores.

Lo habían tratado bien, tal como lo había esperado. Del viaje de ida había sabido muy poco. Cuando se desvanecieron los efectos de la inyección, la nave estaba entrando ya en el sistema de los superseñores. Había emergido de su fantástico escondite descubriendo con alivio que no necesitaba recurrir al aparato de oxígeno. El aire era denso y pesado, pero podía respirar sin dificultad. En la enorme bodega de la nave, iluminada de rojo, había otras innumerables cajas y todo el cargamento que era posible encontrar en un crucero del espacio o en un crucero marítimo. Había tardado casi una hora en encontrar el cuarto de navegación.

Los pilotos no demostraron ninguna sorpresa. Jan se asombró. Sabía que estos seres tenían aparentemente muy pocas emociones, pero había esperado alguna reacción. En cambio los tripulantes siguieron observando la extensa pantalla y moviendo las innumerables llaves de sus tableros. Fue entonces cuando Jan comprendió que estaban aterrizando, pues a veces la imagen de un planeta mayor en cada aparición brillaba en la pantalla. Sin embargo no se sentía el menor movimiento, ni ningún cambio de aceleración; sólo una gravedad perfectamente constante que Jan estimó unas cinco veces menor que la de la Tierra. Las inmensas fuerzas que gobernaban, el navío tenían que estar compensadas con una perfección exquisita.

Y de pronto, y a la vez, los tres pilotos se levantaron de sus asientos y Jan comprendió que el viaje había terminado. No pronunciaron una sola palabra, y cuando uno de ellos le hizo una seña indicándole que los siguiera, Jan se dio cuenta de algo que tenía que haber pensado antes. Era posible que aquí, en el extremo de esta enormemente larga línea de abastecimientos, nadie entendiese una palabra de inglés.

Los tripulantes lo observaron gravemente mientras las grandes puertas se abrían ante los ojos ansiosos de Jan. Era éste el momento supremo de su vida: pronto iba a ser el primer ser humano que contemplase un mundo iluminado por otro sol. La luz de rubí de NGS 549672 entró en la nave, y allí, ante él, se extendió el planeta de los superseñores.

¿Qué había esperado? No estaba seguro. Vastos edificios, ciudades con torres que se perdían entre las nubes, máquinas que sobrepasaban toda imaginación. Todo esto no lo hubiese sorprendido. Pero sólo vio una llanura uniforme, que se extendía hasta un horizonte demasiado cercano, y rota únicamente por otras naves, a unos pocos kilómetros de distancia.

Durante un momento Jan se sintió decepcionado. Luego se encogió de hombros, comprendiendo que, después de todo, era natural que un aeródromo se encontrase en un desierto.

Hacía frío, aunque no mucho. La luz que venía del sol rojo, muy bajo en el horizonte, no era demasiado escasa; pero Jan se preguntó cuánto tiempo podría soportar la ausencia de verdes y azules. De pronto vio el enorme creciente, delgado como una oblea, que subía en el cielo como un arco colocado a un lado del sol. Jan lo miró durante un rato hasta que comprendió que su viaje no había concluido aún. Ese era el mundo de los superseñores. Este tenía que ser un satélite.

Lo llevaron a través de la llanura hasta una nave no más grande que un crucero terrestre. Sintiéndose un pigmeo, Jan se subió a uno de los grandes asientos para tratar de ver, a través de las ventanillas, el cercano planeta.

Librodot

El viaje fue tan breve que poco pudo apreciar de ese globo que se alzaba ante él, cada vez más grande. Aun en las cercanías de su planeta los superseñores utilizaban alguna versión del navío interestelar, pues en el espacio de unos pocos minutos Jan se encontró descendiendo a través de una ancha y nublada atmósfera. Se abrieron las puertas de la nave y una rampa los llevó hasta una cámara abovedada El techo giró, quizá, cerrándose rápidamente, pues no se advertía ninguna otra entrada posible.

Pasaron dos días antes de que Jan dejara el edificio. Era un visitante inesperado, y no tenían dónde ponerlo. Para empeorar las cosas, ninguno de los superseñores sabía inglés. Toda comunicación era prácticamente imposible, y Jan comprendió amargamente que establecer contacto con una raza extraña no era tan fácil como a veces se decía en las novelas. El lenguaje de los signos demostró ser singularmente infructuoso, pues dependía en gran parte de todo un sistema de ademanes, expresiones y actitudes que los superseñores y la humanidad no tenían en común.

Sería realmente desalentador, pensó Jan, que de todos estos seres sólo los que se encontraban en la Tierra conociesen su idioma. No le quedaba más que aguardar, y esperar lo mejor. Seguramente algún especialista, algún entendido en razas extrañas, vendría a encargarse de él. ¿O era él, Jan, tan poco importante que nadie iba a molestarse?

No había modo de salir del edificio, pues las grandes puertas no tenían controles visibles. Cuando un superseñor se acercaba, las puertas se abrían, simplemente. Jan había tratado de repetir el mismo truco, había agitado en lo alto diversos objetos para interceptar algún rayo de luz, había hecho todas las cosas imaginables sin ningún resultado. Comprendió que un hombre de la Edad de Piedra, perdido en una ciudad o un edificio modernos, sentiría un desamparo semejante. En una ocasión trató de salir junto con uno de los superseñores, pero fue rechazado con mucha suavidad. Como no quería molestar a sus anfitriones, Jan no insistió.

Vindarten llegó antes que Jan comenzara a sentirse desesperado. El superseñor hablaba muy mal el inglés, con una rapidez excesiva, pero sus progresos fueron sorprendentes. Al cabo de unos días eran capaces de sostener, sin grandes dificultades, conversaciones sobre cualquier tema, siempre que no demandasen un vocabulario especializado.

Una vez que Vindarten se hizo cargo de Jan, éste no tuvo más preocupaciones. Tampoco pudo hacer lo que quería, pues se pasaba la mayor parte del tiempo entrevistándose con superseñores que parecían ansiosos por realizar unos oscuros experimentos con el auxilio de complicados aparatos. Jan se cansaba mucho con esas máquinas, y después de una sesión ante una especie de dispositivo hipnótico sintió un terrible dolor de cabeza que le duró varias horas. Estaba dispuesto a cooperar, pero no estaba seguro de que sus investigadores comprendiesen que él, Jan, tenía sus limitaciones, tanto mentales como físicas, Pasó en verdad mucho tiempo antes que pudiera convencerlos de que necesitaba dormir a intervalos regulares.

Entre estas investigaciones alcanzó a ver, a ratos, la ciudad, y advirtió enseguida cuántas dificultades y peligros encontraría allí un ser humano. Las calles prácticamente no existían, y en la superficie no se veía ningún medio de transporte. Vivían allí unas criaturas que gozaban de la propiedad del vuelo, y que no temían la gravedad. Era fácil encontrar, sin aviso previo, un vertiginoso precipicio de varios centenares de metros, o descubrir que la única entrada en una habitación era una ventana abierta en lo alto de una pared. De mil modos Jan comenzó a comprender que la psicología de una raza alada tenía que ser fundamentalmente distinta a la de unas criaturas atadas a la tierra.

Era raro ver cómo volaban los superseñores como grandes pájaros entre las torres de la ciudad, con lentos y poderosos aletazos. Y había aquí un problema científico. Este planeta era mayor que la Tierra. Sin embargo Su gravedad era escasa, y Jan se preguntó cómo tenía una atmósfera tan densa. Se lo dijo a Vindarten y éste le respondió lo que Jan casi había supuesto. Los superseñores no habían nacido en este planeta. Se habían desarrollado en un mundo

mucho más pequeño y luego habían conquistado este otro, cambiando no sólo la atmósfera, sino también la gravedad.

La arquitectura de los superseñores era claramente funcional. Jan no vio ningún adorno, nada que no tuviera un propósito determinado, aunque éste no fuese muy comprensible. Si un hombre de la Edad Media hubiese visto esta ciudad, bañada por una luz roja, y a esos seres que se movían en ella, se hubiera creído seguramente en el infierno. Aun Jan, con toda su curiosidad y desprendimiento científicos, se sorprendía a veces a sí mismo a punto de caer en un terror irracional. La ausencia total de puntos conocidos de referencia podía ser enervante de veras, hasta para las mentes más frías y claras.

Y había tantas cosas que Jan no entendía, y que Vindarten no podía o no quería explicar. ¿Qué eran esas luces fugaces, esas cambiantes formas, esos objetos que atravesaban el aire con tanta rapidez que Jan no sabía en verdad si existían? Podían ser algo terrible y angustioso, o tan espectaculares y triviales como las luces de neón del antiguo Broadway.

Jan sentía también que el mundo de los superseñores estaba poblado de sonidos que no alcanzaba a percibir. Algunas veces captaba unas complejas estructuras rítmicas que subían y bajaban a lo largo del espectro sonoro, para desvanecerse en el borde superior o inferior del mismo. Vindarten no parecía comprender lo que Jan llamaba música, de modo que éste nunca pudo resolver satisfactoriamente el problema.

La ciudad no era muy grande. Era, por cierto, mucho más pequeña que el viejo Londres o la vieja Nueva York. Según Vindarten, había miles de esas ciudades en la superficie del planeta, y cada una de ellas estaba diseñada con un fin específico. En la Tierra lo más semejante hubiese sido una ciudad universitaria, aunque la especialización era aquí mucho mayor. Toda esta ciudad estaba dedicada, descubrió Jan, al estudio de las culturas de otros mundos.

Una de las primeras salidas de Jan tuvo como objeto visitar un museo. Encontrarse en un lugar cuyo propósito podía entender enteramente, le fue de gran ayuda. Aparte de su tamaño, el museo podía muy bien haberse encontrado en la Tierra. Tardaron mucho tiempo en llegar, descendiendo serenamente en una plataforma que se movía como un pistón a lo largo de un cilindro vertical de longitud desconocida. No había controles visibles, y los cambios de aceleración, al comienzo y al fin del descenso, fueron bastante notables. Posiblemente los superseñores no querían gastar sus compensadores de gravedad en usos domésticos. Jan se preguntó si todo el interior de este mundo estaría lleno de túneles y por qué habrían limitado el tamaño de la ciudad construyendo tantos subterráneos en vez de elevarla hacia el cielo. Nunca pudo resolver tampoco este enigma.

Hubiese sido necesaria toda una vida para explorar esas salas enormes. Aquí se guardaba todo el botín traído de los otros planetas. Jan no hubiese podido imaginar tantas civilizaciones. Pero no había tiempo para ver muchas cosas: Vindarten lo depositó cuidadosamente en una franja del piso que a primera vista parecía una guarda ornamental. Enseguida Jan recordó que aquí no había ornamentos, y al mismo tiempo algo invisible se apoderó de él, gentilmente, y lo arrastró hacia adelante. Jan comenzó a moverse ante grandes vitrinas, ante escenas de mundos inimaginables, a una velocidad de veinte o treinta kilómetros por hora.

Los superseñores habían solucionado el problema de la fatiga en los museos. No había necesidad de caminar.

Habrían viajado así varios kilómetros, cuando el guía de Jan lo tomó nuevamente entre sus brazos y con un impulso de sus grandes alas lo arrebató a esa fuerza que estaba arrastrándolos. Ante ellos se extendía un vasto vestíbulo semivacío, bañado por una luz familiar que Jan no había visto desde su salida de la Tierra. Era muy débil, de modo que no podía lastimar los sensibles ojos de los superseñores, pero era, sin duda alguna, la luz del sol terrestre. Jan nunca hubiese creído que algo tan simple y común hubiera podido despertar en él tanta nostalgia.

Así que éste era el pabellón de la Tierra. Caminaron unos pocos metros, pasaron ante un hermoso modelo de París, ante los tesoros artísticos de doce siglos incongruentemente

agrupados, ante modernas máquinas calculadoras y hachas paleolíticas, ante receptores de televisión y la turbina de vapor de Hero de Alejandría. Una gran puerta se abrió ante ellos. Se encontraban en la oficina del conservador del museo de la Tierra.

¿Estaría viendo, este superseñor, por primera vez a un ser humano? se preguntó Jan. ¿Habría estado alguna vez en la Tierra, o sería ese planeta uno de los tantos que estaban a su cargo y de cuya posición no estaba quizá seguro? Por lo menos no hablaba ni entendía inglés y Vindarten tuvo que servir de intérprete.

Jan se pasó allí varias horas hablando ante un aparato grabador mientras los superseñores le presentaban varios objetos terrestres. Muchos de ellos, descubrió avergonzado, le eran totalmente desconocidos. Su ignorancia acerca de su propia raza y sus obras era enorme. Se preguntó si los superseñores, con todas sus extraordinarias dotes mentales, serían realmente capaces de aprehender todo el conjunto de la cultura humana.

Vindarten lo sacó del museo por una ruta distinta. Una vez más flotaron sin esfuerzo a través de grandes corredores abovedados, pero en esta ocasión pasaban ante las obras de la Naturaleza, no ante productos del esfuerzo consciente. Sullivan, pensó Jan, hubiese dado su vida por estar aquí, por ver las maravillas creadas por la evolución en un centenar de mundos. Pero Sullivan, recordó, probablemente ya estaba muerto...

De pronto, se encontraron en una galería, en lo alto de una cámara circular de unos cien metros de diámetro. No había, como de costumbre, parapeto protector, y durante un momento Jan dudó en acercarse al borde. Pero Vindarten estaba de pie en la misma orilla, mirando serenamente hacia abajo, y Jan se le acercó prudentemente.

El piso estaba a unos veinte metros, demasiado, demasiado cerca. Jan comprendió, después, que su guía no había intentado sorprenderlo, y que no había esperado, de ningún modo, esa reacción. Pues Jan había lanzado un grito terrible, alejándose de un salto del borde de la galería, en un esfuerzo involuntario por ocultar lo que había allá abajo. Sólo cuando los apagados ecos de su alarido se perdieron en la densa atmósfera, se atrevió Jan a adelantarse otra vez.

No tenía vida, por supuesto; no estaba, como había creído en el primer momento de terror, mirándolo fijamente. Llenaba casi todo el gran espacio circular, y la luz rojiza brillaba y temblaba en sus abismos cristalinos.

Era un ojo solitario y gigantesco.

- ¿Por qué hizo ese ruido? - preguntó Vindarten.

- Me asusté - respondió Jan humildemente.

- ¿Pero por qué? No pensará que aquí puede haber algún peligro.

Jan se preguntó si podría explicarle lo que era una acción refleja, pero decidió no intentarlo.

- Todo lo inesperado es terrible. Mientras no se lo analiza se puede siempre presumir lo peor.

El corazón le latía aún con violencia mientras miraba una vez más aquel ojo monstruoso. Era indudable, tenía que ser un modelo, enormemente ampliado, como los microbios y los insectos que solían verse en los museos de la Tierra. Sin embargo, mientras se lo preguntaba a Vindarten, Jan supo, con enfermiza certeza, que el ojo era de tamaño natural.

Vindarten no pudo decirle mucho; ésta no era su especialidad y nunca había sido particularmente curioso. De su descripción Jan sacó en claro la imagen de una bestia ciclópea que vivía en los asteroides de un sol distante, con un crecimiento limitado por la gravedad y que dependía para su alimentación existencia del alcance y el poder de su ojo único.

No parecía haber nada que, bajo ciertas condiciones, la Naturaleza no pudiese llevar a cabo, y Jan sintió una alegría irracional al descubrir algo que los superseñores no se atrevían a hacer. Habían traído de la Tierra una ballena de tamaño natural, pero no habían querido completar esto.

Y en una ocasión Jan subió, subió sin descanso, hasta que las paredes del ascensor se hicieron más y más opalescentes y adquirieron la transparencia del cristal. Se encontraba

ahora, parecía, sostenido en el aire, entre las más elevadas cimas de la ciudad, sin que nada lo protegiese del abismo. Pero no sentía más vértigo que si estuviese en un aeroplano, pues no había ninguna sensación de contacto con el suelo distante.

Estaba entre las nubes, compartiendo el cielo con unas pocas agujas de metal o de piedra. Allá abajo, perezosamente, la capa de nubes fluía como un mar rojizo. En el cielo se veían dos pálidas lunitas, no lejos del sol oscuro. Cerca del centro de ese hinchado disco rojo había una sombra pequeña, perfectamente redonda. Podía ser una mancha solar, u otra luna en tránsito.

Jan recorrió lentamente con los ojos la línea del horizonte. El manto de nubes se extendía casi hasta los bordes del enorme planeta, pero en un sitio, a una insospechada distancia, se alzaba una sombra moteada que podía ser las torres de una ciudad. Jan la miró durante un rato y luego continuó su examen.

Había dado casi media vuelta cuando vio la montaña. No estaba en el horizonte, sino más allá. Era un único pico de borde dentado que asomaba en la orilla del mundo, con las laderas escondidas como el cuerpo de un témpano de hielo bajo la línea del agua. Trató de calcular su tamaño, pero era imposible. Aun en un planeta de tan escasa gravedad, parecía increíble que pudiese haber una montaña semejante. ¿Jugarían los superseñores, se preguntó, en sus laderas, y se moverían como águilas alrededor de las inmensas estribaciones?

Y entonces, despacio, la montaña comenzó a cambiar. Cuando la había visto por primera vez, era de un oscuro color rojo, casi siniestro, con unas pocas débiles marcas cerca de la cúspide que Jan no pudo distinguir claramente. Estaba tratando de verlas mejor, cuando advirtió que se movían.

En un principio no pudo creerlo. Luego se obligó a sí mismo a recordar que todas sus preconcebidas ideas eran aquí totalmente inútiles; no tenía que permitir que la mente rechazara los mensajes enviados por los sentidos a las escondidas cámaras del cerebro. No tenía que tratar de entender; sólo tenía que observar. La comprensión llegaría más tarde, o no llegaría.

La montaña - pensaba todavía que era una montaña, pues no había otro término adecuado - parecía estar viva. Recordó aquel ojo monstruoso encerrado en su bóveda... pero no, era inconcebible. No era vida orgánica lo que estaba observando; no era tampoco, sospechó, la materia familiar.

El rojo sombrío estaba cambiando y era ahora de un tinte colérico. De pronto aparecieron unas rayas de vívido amarillo. Por un instante Jan pensó que estaba observando un volcán y unas corrientes de lava que bajaban por las laderas. Pero estas corrientes, como lo demostraban ciertas motas y chispas ocasionales, se movían hacia arriba.

Ahora algo más comenzaba a elevarse desde las nubes rojizas, en la base de la montaña. Era un enorme anillo, perfectamente horizontal y perfectamente redondo, y tenía el color de algo que Jan había dejado allá lejos, aunque los cielos de la Tierra no eran de un azul tan hermoso. En ninguna otra parte, en este mundo de los superseñores, había visto matices semejantes, y Jan sintió soledad y nostalgia ante esos colores.

El anillo se hacía más grande a medida que ascendía. Estaba sobre la montaña ahora, y su arco más cercano estaba acercándose con rapidez hacia Jan. Seguramente, pensó Jan, debe de ser alguna especie de torbellino, un anillo de humo de varios kilómetros de diámetro. Pero no se veía ningún movimiento de rotación y el anillo, al aumentar de tamaño, no parecía menos sólido.

La sombra se acercó rápidamente antes que el anillo mismo pasase por encima de la cabeza de Jan, elevándose todavía más en el espacio. Jan continuó mirándolo hasta que el anillo fue sólo un hilo azul, difícil de ver en ese cielo rojo. Cuando al fin se desvaneció, ya debía de encontrarse a muchos miles de kilómetros de altura. Y seguía creciendo.

Jan miró otra vez la montaña. Era de oro y no se veía en ella ninguna señal. Quizá se engañaba - ya podía creer cualquier cosa - pero parecía más alta y más estrecha, y giraba, aparentemente, como el embudo de un ciclón. Sólo entonces, todavía aturdido, y con la razón

Librodot

en suspenso, recordó Jan su cámara. Elevó el aparato al nivel de los ojos y enfocó el imposible y estremecedor enigma.

Vindarten se movió rápidamente ocultándole la escena. Con implacable firmeza las manazas cubrieron el lente y lo obligaron a bajar la cámara. Jan no se resistió, hubiese sido inútil; pero sintió un terror repentino por aquello que se alzaba en las márgenes del mundo, y no quiso volver a mirarlo.

No hubo ninguna otra cosa, a lo largo de esos viajes, que no le dejaran fotografiar. Vindarten no le dio explicaciones. En cambio dejó que Jan le contara, una y otra vez, y con todos sus detalles lo que había observado.

Al fin Jan comprendió que los ojos de Vindarten habían visto algo totalmente distinto, y sospechó, por primera vez, que los superseñores también tenían amos.

Ahora Jan estaba volviendo al hogar, y todas las maravillas, terrores y misterios quedaban atrás. Era la misma nave, creía, aunque no quizá la misma tripulación. Por más largas que fueran sus vidas, era difícil creer que los superseñores dejasen voluntariamente la patria. El viaje interestelar consumía varias décadas.

El efecto de la dilatación del tiempo se manifestaba en ambos sentidos, naturalmente. Los superseñores tardarían sólo cuatro meses en hacer el viaje de ida y vuelta, pero se encontrarían al regresar con unos amigos ochenta años más viejos.

Hubiera podido quedarse allá, sin duda alguna, por el resto de sus días. Pero Vindarten le advirtió que pasarían varios años antes que otra nave volviese a la Tierra, y que sería mejor que aprovechara esta ocasión. Quizá los superseñores advirtieron que aun en este tiempo relativamente corto la mente de Jan había llegado casi al límite de sus recursos. O se había convertido simplemente en una molestia, y ya no podían atenderlo.

Todo eso no tenía importancia ahora, pues la Tierra estaba muy cerca. La había visto así, desde lo alto, un centenar de veces, pero siempre a través del ojo remoto y mecánico de la cámara de televisión. Ahora, al fin, él mismo estaba aquí, en el espacio, mientras caía el telón sobre el último acto del drama, y la Tierra giraba a sus pies, siguiendo una órbita eterna.

El enorme creciente verdeazulado estaba en su primera fase; y más de la mitad del disco se perdía en la sombra. Las nubes eran escasas; sólo unas pocas franjas a lo largo de la línea de los vientos. La capa de los hielos árticos brillaba intensamente, pero parecía apagada al lado del reflejo del sol sobre las aguas del norte del Pacífico.

Se hubiese podido pensar que era un mundo de agua; el hemisferio estaba casi desprovisto de tierra. Australia era el único continente visible: una niebla oscura envuelta en el resplandor atmosférico que cubría el limbo del astro.

La nave se estaba acercando hacia el extenso cono de sombra; el luminoso creciente disminuyó, se encogió en un ardiente arco de fuego, y se hundió en la oscuridad. Allá abajo reinaba la noche. El mundo dormía.

Sólo entonces comprendió Jan qué era lo que estaba mal. Había tierra allá abajo, ¿pero dónde estaban los collares de luz, las resplandecientes espirales que habían sido las ciudades del hombre? En todo este sombrío hemisferio, ni una sola chispa interrumpía las sombras. Los millones de kilovatios que habían salpicado descuidadamente las estrellas, habían desaparecido. Jan pensó que podía estar mirando la Tierra antes del advenimiento del hombre.

No era éste el regreso que había esperado. No podía hacer nada sino mirar y aguardar, mientras sentía el temor de lo desconocido. Algo había pasado, algo inimaginable. Y la nave seguía descendiendo a lo largo de una curva que la llevaba otra vez al hemisferio iluminado.

No vio nada del lugar de aterrizaje, pues la imagen de la Tierra desapareció de pronto y fue reemplazada por esas líneas y luces incomprensibles. Cuando la pantalla se aclaró, estaban en tierra. A lo lejos se veían unos grandes edificios, unas cuantas máquinas y un grupo de superseñores que estaban observándolo.

Librodot

En alguna parte rugió el aire que uniformaba la presión; luego se oyó el sonido con que se abrían las grandes puertas. Jan no quiso esperar. Los silenciosos gigantes lo miraron con tolerancia o indiferencia mientras salía corriendo del cuarto de controles.

Estaba en su hogar, mirando otra vez la chispeante luz de su propio sol, respirando aquel aire, el primero que había entrado en sus pulmones. Ya habían bajado la rampa, pero Jan tuvo que aguardar un momento hasta que los ojos se le acostumbraran a aquel resplandor.

Karellen estaba de pie, un poco apartado de sus compañeros, junto a un gran vehículo de transporte cargado de canastos. Jan no se preguntó cómo había reconocido al superseñor, ni se sorprendió al ver que no había cambiado en absoluto. Sólo esto se parecía a lo que había imaginado.

- He estado esperándolo - dijo Karellen.

23

- En los primeros días - dijo Karellen - podíamos andar entre ellos. Pero ya no nos necesitan; nuestra tarea terminó cuando los reunimos y les entregamos un continente. Mire.

La pared situada ante Jan desapareció. Estaba mirando un valle hermosamente arbolado desde una altura de unos pocos centenares de metros. La ilusión era tan perfecta que sufrió un vértigo momentáneo.

- Han pasado cinco años y se ha iniciado la segunda fase.

Había unas móviles figuras allá abajo, y la cámara descendió hacia ellas como un pájaro de presa.

- Sentirá usted cierta angustia - dijo Karellen -, pero recuerde que no puede aplicar aquí sus normas mentales. No está viendo a niños humanos.

Sin embargo, ésa fue la primera impresión que tuvo Jan, y ningún razonamiento lógico pudo impedirlo. Podían haber sido salvajes, entregados a una danza ritual muy compleja. Estaban desnudos y sucios y unos mechones de pelo les caían sobre los ojos. Jan creyó notar que los había de todas las edades, desde los cinco a los quince años; sin embargo todos se movían con la misma rapidez, la misma precisión, y una total indiferencia.

Entonces Jan les vio las caras. Tragó saliva con dificultad y se obligó a sí mismo a no darse vuelta. Eran unas caras más vacías que las de los muertos, pues las facciones de los cadáveres están cinceladas por los años, y siguen hablando cuando los labios han enmudecido. No había aquí más emoción o sentimiento que en la cara de un insecto o una serpiente. Hasta los superseñores eran más humanos.

- Está usted buscando algo que ya no está ahí - dijo Karellen -. Recuerde que no tienen más individualidad que las células de un cuerpo.

- ¿Por qué se mueven así?

- Lo llamamos la danza larga - replicó Karellen. Nunca duermen, y esto duró casi un año. Son trescientos millones que se mueven en determinadas figuras. Hemos analizado esas figuras una y otra vez, pero no descubrimos nada. Quizá porque sólo advertimos la apariencia física, la porción que está aquí, en la Tierra. Es posible que lo que llamamos la supermente esté todavía preparándolos, moldeándolos para que formen una simple unidad antes de absorberlos.

- ¿Pero cómo hacían con la comida? ¿Y qué ocurría si chocaban con algún obstáculo como árboles o rocas, o si caían en el agua?

- El agua no importaba, no podían ahogarse. Cuando encontraban un obstáculo se lastimaban a veces, pero no lo advertían. En cuanto a la comida... bueno, los animales y las frutas abundaban allí. Pero ahora dejaron atrás esas necesidades. Pues la comida es ante todo una fuente de energía, y han aprendido a recurrir a fuentes mayores.

La escena tembló como si una nube de calor hubiese pasado sobre ella, Cuando volvió a aclararse, el movimiento había cesado.

- Mire otra vez - dijo Karellen -. Tres años mas tarde.

Librodot

Las figuritas, tan desamparadas y patéticas si uno no conocía la verdad, se alzaban inmóviles en el bosque, el valle y la llanura. La cámara vagó incansablemente de una a otra. Ya, pensó Jan, los rostros están adaptándose a un molde. Había visto una vez algunas fotografías donde docenas de imágenes superpuestas formaban un rostro "común". El resultado había sido algo tan vacío y tan falto de carácter como esto.

Aparentaban estar durmiendo o en trance. Tenían los ojos muy cerrados, y no parecían más conscientes que los árboles que se alzaban por encima de ellos. ¿Qué pensamientos, se preguntó Jan, se estarían entrecruzando en esa complicada red en la que aquellas mentes eran ahora no más - y sin embargo no menos - que los hilos de un vasto tapiz? Y un tapiz, comprendía ahora, que abarcaba muchos mundos y muchas razas, y que crecía todavía.

Ocurrió con una rapidez que lo deslumbró y lo aturdió. En un momento Jan estaba mirando una región hermosa y fértil con un único elemento extraño: las innumerables estatuitas, dispersas, aunque no sin cierto orden. Y luego, en un instante, árboles y pastos, todas las vivientes criaturas que habían habitado esa tierra desaparecieron. Quedaron solamente los lagos tranquilos, los tortuosos ríos, las quebradas y terrosas colinas - ahora desprovistas del manto verde - y las silenciosas e indiferentes figuras que habían causado esa destrucción.

- ¿Por qué han hecho eso? - murmuró Jan.

- Quizá los perturbaba la presencia de otras mentes, aun esas tan rudimentarias de las plantas y los animales. Un día, creemos, descubrirán que también el mundo material les molesta. Y entonces quién sabe qué ocurrirá. Comprenderá usted ahora por qué nos retiramos una vez, que cumplimos nuestra tarea. Seguimos estudiándolos, pero nunca entramos en esas tierras ni metemos allí nuestros instrumentos. Sólo los observamos desde el espacio.

- Esto ocurrió hace muchos años - dijo Jan -. ¿Qué ha pasado desde entonces?

- Muy poco. No se han movido en todo este tiempo, ni han advertido los cambios del día y de la noche, del verano y el invierno. Están todavía probando fuerzas; algunos ríos han cambiado de curso, y hay uno ahora que fluye hacia arriba. Pero no han hecho nada que parezca tener algún propósito determinado.

- ¿Y los han ignorado a ustedes totalmente?

- Sí, aunque es natural. La... entidad... de la que forman parte no ignora nada de nosotros. No le preocupa, aparentemente, que tratemos de estudiarla. Cuando desea que nos alejemos, o quiere encargarnos un nuevo trabajo, se manifiesta claramente. Hasta ese entonces nos quedaremos aquí, para que nuestros especialistas puedan recoger toda la información posible.

Así que éste es, pensó Jan con una resignación que superaba toda tristeza, el fin del hombre. Era un fin no previsto por ningún profeta, un fin que se oponía por igual al optimismo y al pesimismo.

Era, sin embargo, un fin adecuado; tenía la sublime inevitabilidad de una obra de arte. Jan había alcanzado a vislumbrar el universo en toda su inmensidad terrible, y sabía ahora que no había allí lugar para el hombre. Comprendía al fin qué vano, si se lo volvía a analizar, había sido el sueño que lo había llevado a las estrellas.

Pues el camino hacia las estrellas se dividía en otros dos, y ninguno llevaba adonde pudieran cumplirse los deseos o los temores del hombre.

En el extremo de uno de los senderos estaban los superseñores. Habían preservado su individualidad, su independencia, tenían conciencia de sí mismos y el pronombre "yo" significaba algo en su lenguaje. Tenían emociones, algunas de las cuales por lo menos eran compartidas por la humanidad; pero estaban atrapados, Jan se daba cuenta ahora, en un callejón sin salida del que nunca podrían salir. Las mentes de los superseñores eran diez, o quizá cien veces más poderosas que las del hombre. Al hacer la cuenta final no había ninguna diferencia. Ambos estaban igualmente desamparados, igualmente abrumados por la inimaginable complejidad de una galaxia de cien mil millones de soles y de un cosmos de cien mil millones de galaxias.

¿Y al fin del otro sendero? La supermente, cualquier cosa que fuese, relacionada con el hombre del mismo modo que el hombre con la ameba. Potencialmente infinita, inmortal,

¿durante cuánto tiempo había estado absorbiendo una raza tras otra, mientras se extendía entre los astros? Tenía también deseos, tenía metas que presentía oscuramente pero que no alcanzaría jamás? Ahora contenía todas las obras de la raza humana. No era una tragedia, sino una culminación. Los billones de conciencias que como chispas fugaces habían formado la humanidad, no volverían a temblar como luciérnagas contra el cielo de la noche. Pero no habrían vivido totalmente en vano.

Aún faltaba, como lo sabía Jan, el último acto. Podía comenzar mañana, o dentro de varios siglos. Ni siquiera los superseñores podían estar seguros.

Jan comprendía ahora los propósitos de estos seres, qué habían hecho con el hombre, y el motivo que los ataba todavía a la Tierra. Sentía ante ellos una gran humildad, y una gran admiración por aquella paciencia inflexible.

Nunca llegó a entender cómo se efectuaba esa extraña simbiosis entre la supermente y sus servidores. Según Rashaverak ese ser los había acompañado siempre, aunque no los había utilizado hasta que lograron desarrollar una verdadera civilización y pudieron recorrer el espacio.

- ¿Pero por qué los necesita? - inquirió Jan -. Con esos tremendos poderes podría hacer cualquier cosa.

- No - dijo Rashaverak -, tiene sus límites. Sabemos que en el pasado intentó actuar de un modo directo sobre las mentes de otras razas, e influir en su desarrollo cultural. Siempre fracasó, quizá porque el abismo es demasiado grande. Nosotros somos los intérpretes, los guardianes. O, para usar una metáfora de ustedes, cuidamos el campo mientras madura la cosecha. La supermente recoge esa cosecha, y nosotros comenzamos otro trabajo. Esta es la quinta raza a cuya apoteosis asistimos. Cada vez aprendemos un poco más.

- ¿Y no se sienten resentidos porque los utilicen como simples instrumentos?

- El arreglo tiene ciertas ventajas. Por otra parte, ningún ser inteligente se siente resentido ante lo inevitable.

La humanidad, reflexionó Jan torciendo la cara, jamás había aceptado totalmente esa proposición. Había muchas cosas, más allá de toda lógica, que los superseñores no habían entendido nunca.

- Parece extraño - dijo Jan - que la supermente los haya elegido para hacer este trabajo, cuando no hay en ustedes traza de esos latentes poderes parafísicos. ¿Cómo se comunica con ustedes y les hace saber sus deseos?

- Lamento no poder responderle, ni explicarle mi silencio. Un día conocerá quizá parte de la verdad.

Jan reflexionó un momento, pero comprendió que era inútil seguir preguntando. Tenía que cambiar de tema, y quizá más tarde pudiese averiguar algo más.

- Explíqueme esto, entonces - dijo -, Hay algo que ustedes nunca nos han dicho. Cuando su raza vino por primera vez a la Tierra, en el pasado, ¿qué ocurrió? ¿Por qué se convirtieron en el símbolo del terror y el mal?

Rashaverak sonrió. No lo hacía tan bien como Karellen, pero era una imitación aceptable.

- Nadie lo sospechó nunca, y ya ve usted ahora por qué no podíamos referirnos a eso. Sólo un hecho pudo haber impresionado de tal modo a la humanidad. Y ese hecho ocurrió no en el alba de la historia, sino en su atardecer.

- ¿Qué quiere decir? - preguntó Jan.

- Cuando nuestras naves aparecieron en el cielo terrestre, hace un siglo y medio, se produjo el primer encuentro de nuestras dos razas, aunque como es natural habíamos estado estudiándolos desde lejos. Y sin embargo, ustedes nos temieron y nos reconocieron, como lo habíamos esperado. No se trataba precisamente de un recuerdo. Ya sabe usted que el tiempo es mucho más complejo de lo que suponía la ciencia terrestre. Pues ese recuerdo no venía del pasado, sino del futuro... de esos últimos años en que la raza humana comprendía que todo había concluido. Hicimos todo lo posible para aliviar ese final, pero no fue fácil. Y de ese modo fuimos identificados con el fin de la raza. Sí, aunque aún faltaban diez mil años. Fue

como si las reverberaciones de un eco distorsionado hubieran recorrido el círculo cerrado del tiempo, desde el futuro al pasado. Llamémosle no un recuerdo, sino una premonición.

La idea no era muy fácil de entender, y durante unos instantes Jan luchó con ella en silencio. Sin embargo ya debía de estar preparado: había comprobado bastantes veces que causas y efectos pueden trastocarse.

Tenía que existir algo así como una memoria racial, y esa memoria era de algún modo independiente del tiempo. Para ella el futuro y el pasado eran uno solo. Por eso, hacía miles de años, los hombres habían alcanzado a vislumbrar una distorsionada imagen de los superseñores, a través de una niebla de miedo y terror.

- Ahora entiendo - dijo el último hombre.

¡El último hombre! Jan apenas podía imaginarlo. Al lanzarse al espacio había pensado en alejarse definitivamente de la raza humana, y sin embargo no había aceptado, aun entonces, la soledad. Con el paso de los años el deseo de ver a otros seres humanos podía llegar a abrumarlo, pero por ahora la compañía de los superseñores le impedía sentirse completamente solo.

Hasta hacia sólo diez años había habido hombres en la Tierra, unos sobrevivientes degenerados. Jan nada había perdido con ellos. Por motivos que los superseñores no podían explicar, pero que sospechaban eran principalmente psicológicos, ningún niño había venido a reemplazar a los que se habían ido. El Homo sapiens era una raza extinguida.

Quizá, en una de las ciudades todavía intactas, se encontraba el manuscrito de algún nuevo Gibbon que historiaba los últimos días de la raza humana. Aunque fuese así, Jan no tenía, aparentemente, ningún interés en leerlo. Rashaverak le había contado lo más importante.

Aquellos que no se habían destruido a sí mismos habían tratado de olvidar dedicándose a las actividades más febriles, como deportes salvajes y suicidas, bastante parecidos a guerras menores. A medida que la población descendía con rapidez los cada vez más ancianos sobrevivientes se habían ido agrupando como un ejército derrotado que cierra filas en la última retirada.

El acto final, antes que el telón cayese para siempre, había sido iluminado, quizá, por relámpagos de heroísmo y devoción y oscurecido por la ferocidad y el egoísmo. Jan no sabría nunca si había terminado en medio del terror o la resignación.

Tenía muchas ocupaciones. La base de los superseñores estaba instalada a un kilómetro de una casa abandonada, y Jan se pasó varios meses equipándola con aparatos que traía de la ciudad más próxima, situada a unos treinta kilómetros. Se había instalado allí con Rashaverak, cuya amistad, sospechaba Jan, no era completamente desinteresada. El psicólogo de los superseñores estaba todavía estudiando el último ejemplar de Homo sapiens.

La ciudad había sido evacuada, indudablemente, antes del fin, pues las casas y muchos de los servicios públicos estaban todavía en orden. No le costaría mucho volver a hacer funcionar los generadores, de modo que las anchas calles volvieran a iluminarse con la ilusión de la vida. Jan jugó con la idea y al fin la abandonó como demasiado mórbida. Lo único que no deseaba era añorar el pasado. Había aquí todo lo necesario como para mantenerlo por el resto de sus días, pero lo que más ansiaba era un piano electrónico y ciertas partituras de Bach. Nunca hasta ahora había podido dedicarse realmente a la música. Pronto, cuando no se encontraba ejecutando él mismo, escuchaba grabaciones de las grandes sinfonías y conciertos, de tal modo que la villa nunca estaba silenciosa. La música se había convertido en un talismán contra la soledad; esa soledad que un día lo aplastaría, seguramente.

A menudo paseaba por las colinas imaginando lo que había ocurrido en esos pocos meses en que había faltado de la Tierra. Nunca hubiera pensado, cuando se despidió de Sullivan hacía ochenta años terrestres, que la última generación humana estuviese ya en las entrañas de las madres.

¡Qué alocado había sido! Sin embargo, no creía estar arrepentido de su conducta. Si se hubiese quedado en la Tierra, habría sido testigo de esos últimos años velados ahora por el tiempo. En cambio había saltado por encima de ellos hasta el futuro, y había conocido las

respuestas que ningún otro hombre llegaría a saber. La curiosidad de Jan estaba casi satisfecha, aunque a veces se preguntaba por qué los superseñores seguirían esperando, y qué pasaría cuando esa paciencia recibiera al fin su premio.

Pero la mayor parte del tiempo, con esa tranquila resignación que comúnmente sólo se conoce al fin de una vida larga y activa, Jan se sentaba ante el teclado y poblaba el aire con el amado Bach. Quizá se estaba engañando a sí mismo, quizá era alguna misericordiosa trampa que le tendía la mente, pero le parecía ahora que esto era lo que siempre había deseado. La más secreta de las ambiciones se había atrevido al fin a salir a la luz.

Jan siempre había sido un buen pianista... y ahora era el mejor del mundo.

24

Fue Rashaverak quien trajo a Jan las noticias. Jan ya las había sospechado. Al comenzar la madrugada se había despertado en medio de una pesadilla y no había vuelto a dormirse. No podía recordar el sueño, lo que era muy raro, pues Jan creía que era posible acordarse de todos los sueños, por lo menos enseguida de despertar. Sólo recordaba que había vuelto a ser niño y que se encontraba en una vasta y desierta llanura, escuchando una voz potente que lo llamaba en un lenguaje desconocido.

El sueño lo había perturbado; se preguntó si no sería la primera embestida de la soledad. Salió impaciente de la villa y fue hacia los prados solitarios.

Una luna llena bañaba el campo con una luz dorada tan brillante que Jan podía ver sin dificultad. El inmenso y resplandeciente cilindro de la nave de Karellen descansaba entre los edificios de la base, alzándose por encima de ellos y reduciéndolos a proporciones humanas. Jan miró la nave tratando de recordar las emociones que le había despertado alguna vez. Tiempo atrás, esta nave le había parecido una meta inaccesible, un símbolo de lo que nunca llegaría a realizar. Y ahora no significaba nada.

¡Qué silenciosa y tranquila parecía! Los superseñores, naturalmente, estarían tan ocupados como de costumbre, pero por el momento no se advertía su presencia. Era como si Jan estuviese solo... Y lo estaba de veras, y en un sentido muy real. Alzó los ojos hacia la luna buscando algo conocido y amable.

Allá estaban los viejos y bien recordados mares. Había estado en el espacio, a cuarenta años-luz de la Tierra, y nunca había pisado esas silenciosas y polvorientas llanuras situadas a menos de dos segundos - luz. Durante un momento se entretuvo tratando de localizar el cráter Tycho. Cuando llegó a descubrirlo le asombró ver que aquella mancha brillante se encontraba lejos del centro de la Luna. Y notó entonces que faltaba el óvalo oscuro del Mare Crisium.

La cara que el satélite volvía ahora hada la Tierra no era la que había mirado al mundo desde los comienzos de la vida. La Luna había comenzado a girar sobre su eje.

Eso sólo podía significar una cosa. En el otro extremo de la Tierra, en los campos a los que habían despojado tan rápidamente de toda vida, ellos estaban saliendo del trance. Así como un niño al despertar estira sus brazos para saludar el nuevo día, así ellos estaban también flexionando músculos y ensayando poderes recientemente descubiertos.

- Su suposición es correcta - dijo Rashaverak -. Es peligroso que sigamos aquí. Pueden ignorarnos un tiempo, pero no queremos arriesgarnos. Saldremos tan pronto como terminemos de cargar nuestro equipo, probablemente dentro de dos o tres horas.

Rashaverak miró el cielo como si temiese la aparición de un nuevo milagro. Pero todo estaba tranquilo. La luna se había puesto, y sólo unas pocas nubes rodaban impulsadas por el viento del oeste.

- No importa tanto si se meten sólo con la Luna - añadió Rashaverak -, pero suponga que comiencen a interferir con el Sol. Dejaremos unos instrumentos aquí, naturalmente; así podremos saber qué ocurre.

- Yo me quedaré - dijo Jan de pronto -. He visto bastante del universo. Ahora sólo me interesa una cosa: el destino de mi propio planeta.

El suelo se estremeció suavemente.

- Estaba esperando esto - continuó Jan -. Si alteran la rotación de la Luna el momentum angular cambiará de algún modo. La velocidad de la Tierra está disminuyendo. No sé qué me asombra más: si cómo lo hacen o por qué.

- Están todavía jugando - dijo Rashaverak -. ¿Qué lógica hay en la conducta de un niño? Y en cierto

modo la entidad en que se ha convertido la raza humana es todavía un niño. No está preparada aún para unirse con la supermente. Pero lo estará muy pronto, y usted será entonces el único dueño de la Tierra...

Rashaverak no completó su frase, y Jan la terminó en su lugar.

-...si la Tierra, es claro, existe todavía.

- ¿Se da cuenta del peligro, y sin embargo quiere quedarse?

- Sí. Llevo en la Tierra cinco - ¿o son seis? - años. Cualquier cosa que ocurra, no me quejaré.

- Hemos estado esperando - dijo Rashaverak con lentitud - que deseara quedarse. Hay algo que puede hacer por nosotros.

El resplandor del navío interestelar se apagó y murió, más allá de la órbita de Marte. Sólo él, pensó Jan, entre todos los billones de seres humanos que vivieron y murieron en la Tierra, había recorrido ese camino. Y ningún otro lo recorrería de nuevo.

El mundo era suyo. Todo lo que necesitaba, todos los bienes materiales que uno puede desear, estaban allí a su alcance. Pero Jan no tenía ningún interés. No temía la soledad del planeta desierto, ni la presencia del ser que estaba pasando aquí sus últimos instantes antes de ir en busca de su desconocido patrimonio. No creía que él o sus problemas sobreviviesen a la inconcebible conmoción que produciría esa partida.

Estaba bien así. Había hecho todo lo que había deseado hacer, y arrastrar una vida sin objeto en este mundo vacío hubiese sido un inconcebible anticlímax. Podía haberse ido con los superseñores, ¿pero para qué? Pues sabía, como ningún otro lo había sabido, que Karellen había dicho la verdad al afirmar que las estrellas no eran para el hombre.

Se volvió dejando la noche a sus espaldas y caminó a través de la vasta entrada de la base. El tamaño no lo afectaba; la inmensidad ya no tenía ningún poder sobre su mente. Las luces rojas estaban encendidas, alimentadas por energías que podrían no agotarse durante siglos. A cada lado, abandonadas por los superseñores, se alzaban las máquinas cuyos secretos Jan nunca comprendería. Pasó de largo y subió torpemente la escalinata que llevaba al cuarto de control.

El espíritu de los superseñores seguía allí: las máquinas estaban todavía vivas, ejecutando las tareas de unos amos ahora distantes. ¿Qué podría añadir él, se preguntó Jan, a la información que las máquinas lanzaban al espacio?

Se subió a la silla enorme y se instaló tan cómodamente como pudo. El micrófono, ya preparado, estaba esperándolo. Algo que era el equivalente de una cámara de televisión debía de estar observando la Tierra, pero Jan no pudo localizarla.

Más allá de los tableros y sus incomprensibles instrumentos, los grandes ventanales se abrían a la noche estrellada, mirando a un valle dormido bajo una luna convexa y a una distante cadena montañosa. Un río se retorcía a lo largo del valle, brillando aquí y allí, cuando la luz de la luna caía sobre las aguas revueltas. Todo parecía tan pacífico. Así podía haber sido el mundo al aparecer el hombre, como era ahora al llegar el fin.

Allá a quién sabe cuántos millones de kilómetros, Karellen esperaba. Era extraño pensar que la nave de los superseñores se alejaba de la Tierra casi con la rapidez con que la seguían las señales que él, Jan, enviaba. Casi... pero no la misma. Sería una larga persecución, pero esas palabras alcanzarían al supervisor y pagarían así aquella deuda.

¿Cuánto de todo esto, se preguntó Jan, había sido planeado por Karellen y cuánto era una obra maestra de improvisación? ¿Lo había dejado el supervisor entrar en el espacio hacía casi un siglo, para que pudiese representar este papel? No, era increíble. Pero Jan tenia la certeza de que Karellen estaba envuelto en un complot muy vasto y complicado. Aún mientras servía a la supermente seguía estudiándola con todos los instrumentos que tenía a su alcance. Jan sospechaba que no era sólo curiosidad científica lo que inspiraba al supervisor: quizá los superseñores tenían la esperanza de escapar un día a esos lazos singulares, cuando hubiesen aprendido bastante de los poderes que estaban sirviendo.

Era difícil creer que Jan pudiese añadir algo a ese conocimiento.

- Cuéntenos lo que vea - había dicho Rashaverak -. Las figuras que lleguen a sus ojos serán duplicadas por nuestras cámaras. Pero el mensaje que entre en su cerebro quizá sea muy diferente, y puede servirnos de mucho.

Bueno, trataría de hacerlo lo mejor posible.

- Nada que informar aún - comenzó - Hace unos minutos vi la estela de la nave interestelar que desaparecía en el cielo. Hay casi luna llena y la mitad de la cara familiar del satélite ha comenzado a desaparecer. Pero supongo que ya saben esto.

Jan se detuvo, sintiéndose ligeramente tonto. Había algo incongruente, hasta casi absurdo, en lo que hacía. La historia había llegado a su clímax y aquí estaba él, como si fuese un comentarista de radio ante una carrera o ante un cuadrilátero de boxeo. Se encogió de hombros y dejó de lado esa idea. En todos los momentos de grandeza, sospechaba, lo sublime no está muy separado de lo ridículo, y por otra parte sólo él podía notarlo ahora.

- Ha habido tres ligeros terremotos en la última hora - continuó -. Controlan la rotación de la Tierra de un modo maravilloso, pero no perfecto... Sabe usted, Karellen, me parece muy difícil que pueda decirles algo que usted no sepa ya por sus instrumentos. Quizá habría sido mejor que me hubiesen dicho qué pasaría según ustedes y cuánto tiempo tendría yo que esperar. Si no ocurre nada, volveré a informar dentro de seis horas...

"¡Hola! Parece que hubiesen esperado a que ustedes se fueran. Algo ha comenzado. Las estrellas se han oscurecido. Como si una nube estuviese subiendo, muy rápidamente, hacia el cielo. Pero no es realmente una nube. Tiene aparentemente alguna estructura, puedo vislumbrar una borrosa red de líneas y franjas que cambian continuamente de posición. Es casi como si las estrellas estuviesen envueltas en una fantasmal tela de araña.

"La red está comenzando a brillar, encendiéndose y apagándose, como si estuviese viva. Y supongo que está realmente viva. ¿O se trata de algo que está tan lejos de la vida como de la materia?

"El resplandor parece moverse hacia una parte del cielo. Esperen mientras voy a la otra ventana.

"Si, debí de suponerlo. Es una gran columna ardiente, como un árbol de fuego, sobre el horizonte oriental. Está muy lejos; se alza desde el otro lado del mundo. Ya sé de dónde surge; están al fin en camino, para convertirse en parte de la supermente. El tiempo de prueba ha terminado: están dejando atrás los últimos restos de materia.

"A medida que los fuegos suben desde la tierra puedo ver que la red se hace más firme y menos borrosa. En algunos lugares parece casi sólida, sin embargo todavía puede verse el débil brillo de las estrellas.

"Acabo de darme cuenta. No es exactamente igual, pero aquello que vi surgir en el mundo de ustedes, Karellen, era algo parecido. ¿Una parte de la supermente? Supongo que me ocultaron la verdad, para que yo no tuviera ideas preconcebidas, para que fuese un observador objetivo. Desearía saber qué están mostrándoles a ustedes las cámaras para compararlo con lo que creo estar viendo.

"¿Es así como se le aparece a usted, Karellen, con estos colores y formas? Recuerdo las pantallas de su cuarto de navegación, y aquellas figuras que hablaban para ustedes algo así como un lenguaje visual.

Librodot

"Ahora se parece a las cortinas de una aurora polar. Las cortinas bailan y se agitan contra los astros. Pero cómo es eso exactamente, estoy seguro: una tormenta eléctrica. El paisaje se ha iluminado... hay más luz que de día... rojos y dorados y verdes se persiguen unos a otros a través del cielo. Oh, no puedo describirlo, no está bien que sólo yo lo vea. Nunca imaginé colores semejantes.

"La tormenta cesa ya, pero esa red borrascosa está todavía ahí. Creo que la aurora era sólo un subproducto de esas energías, cualesquiera que sean, liberadas en las fronteras del espacio...

"Un minuto. He notado algo más. Mi peso está disminuyendo. ¿Qué significa esto? He dejado caer un lápiz... cae lentamente. Algo ocurre con la gravedad. Se está levantando un viento enorme. Puedo ver los árboles del valle, cómo inclinan sus cabezas.

"Naturalmente, la atmósfera escapa. Ramitas y piedras están subiendo hacia el cielo, casi como si la Tierra tratara también de salir al espacio. Una inmensa nube de polvo se levanta con el viento. Es difícil ver... Quizá aclare dentro de poco y pueda descubrir qué ocurre.

"Sí, ahora está mejor. Todo lo que se puede mover ha sido arrastrado fuera de la Tierra; las nubes de polvo se han desvanecido. Me pregunto cuánto aguantará esta casa. Y cuesta respirar ahora, tendré que hablar más despacio.

"Veo claro otra vez. La columna ardiente está todavía ahí, pero se está constriñendo, estrechando. Parece el embudo de un tornado, a punto de perderse en las nubes. Y... oh, es difícil de describir, pero me he sentido inundado por una enorme ola de emoción. No fue alegría ni pena; fue como si algo se realizase de pronto. ¿Lo he imaginado? ¿O me vino desde fuera? No lo sé.

"Y ahora - y esto no puede ser sólo imaginación - el mundo parece vacío. Totalmente vacío. De pronto enmudeció como una radio. Y el cielo ha vuelto a aclararse. ¿Cuál será el próximo mundo, Karellen? ¿Y estarán ustedes allí otra vez?

"Es raro. Todo a mi alrededor parece igual. No sé por qué, pero creí...

Jan se detuvo. Durante un momento le faltaron las palabras; luego cerró los ojos para recuperar el dominio de sí mismo. Ya no era momento de sentir pánico o miedo. Tenía que cumplir un deber... un deber para con el hombre, y para con Karellen.

Lentamente al principio, como alguien que despierta de un sueño, Jan comenzó a hablar.

- Los edificios de alrededor, el terreno, las montañas... todo es como vidrio. Puedo ver a través de las cosas. La Tierra se está disolviendo. Pierdo todo mi peso. Tenían razón. Los juegos terminaron.

- Sólo quedan unos pocos instantes. Allá van las montañas, como mechones de humo. Adiós, Karellen, Rashaverak. Lo siento por ustedes. Aunque no puedo entenderlo he visto en qué se ha convertido mi raza. Todo lo que hemos logrado se ha ido a las estrellas. Quizá esto es lo que trataban de decir las antiguas religiones. Pero todas estaban equivocadas; creían que la humanidad era algo tan importante; sin embargo nosotros somos sólo una raza en... ¿Saben ustedes en cuántas? Y nos hemos convertido en algo que ustedes nunca podrán ser.

"Allá va el río. No hay ningún cambio en el cielo, aunque apenas puedo respirar. Es raro ver la luna, todavía brillante ahí arriba, Me alegro de que la hayan dejado, aunque se sentirá muy sola ahora...

"¡La luz! Bajo mis pies... del interior de la Tierra... nace brillando, a través de las rocas, el piso, todo... cada vez más brillante, cegadora...

En una explosión de luz el centro de la Tierra soltó sus atesoradas energías. Durante un rato las ondas gravitatorias cruzaron una y otra vez el sistema solar, perturbando ligeramente las órbitas de los planetas. Luego los hijos del Sol continuaron sus antiguos caminos, una vez más, como corchos que flotan en un lago sereno, enfrentando las ondas causadas por la caída de una piedra.

Librodot

No quedaba nada de la Tierra. Los últimos átomos de sustancia habían sido absorbidos por ellos. La Tierra había nutrido los terribles momentos de aquella increíble metamorfosis como el alimento acumulado en la espiga o el grano nutre a la planta joven que crece hacia el sol.

A seis millones de kilómetros, más allá de la órbita de Plutón, Karellen se sentó ante una pantalla repentinamente oscurecida. Nada faltaba en el informe; la misión había terminado. Volvía a su hogar después de tanto tiempo. El peso de los siglos había caído sobre él junto con una tristeza que ninguna lógica podría vencer. No lloraba el destino del hombre: estaba apenado por su propia raza, alejada para siempre de la grandeza por fuerzas insuperables.

A pesar de todas sus hazañas, a pesar de dominar todo el universo físico, el pueblo de Karellen no era mejor que una tribu que se hubiese pasado toda la vida en una llanura chata y polvorienta. Allá lejos estaban las montañas, donde moraban el poder y la belleza, donde el trueno sonaba alegremente por encima de los hielos y el aire era claro y penetrante. Allá, cuando la tierra ya estaba envuelta en sombras, brillaba todavía el sol, transfigurando las cimas. Y ellos sólo podían observar y maravillarse. Nunca escalarían esas alturas.

Sin embargo, Karellen lo sabía, seguirían hasta el fin; esperarían sin desesperación el cumplimiento del destino, cualquiera que fuese. Servirían a la supermente porque no podían hacer otra cosa, pero aún entonces no se perderían del todo.

La gran pantalla del cuarto de navegación se encendió un momento con una luz carmesí y sombría. Sin ningún esfuerzo consciente Karellen leyó el mensaje contenido en aquellas cambiantes figuras. La nave estaba dejando las fronteras del sistema solar. Las energías que movían la nave disminuían rápidamente, pero ya habían hecho su trabajo.

Karellen alzó una mano y la imagen volvió a transformarse. Una estrella solitaria brilló en el centro de la pantalla; nadie hubiese podido decir, desde tan lejos, que el Sol tuviese algún planeta, o que uno de ellos se hubiese perdido. Durante mucho tiempo Karellen miró fijamente aquel abismo que se agrandaba con rapidez, mientras los recuerdos le pasaban en tropel por la vasta mente laberíntica. Con un adiós silencioso saludó a los hombres que había conocido, tanto a los que lo habían ayudado como a quienes habían tratado de impedir su trabajo.

Nadie se atrevió a perturbarlo o a interrumpirlo. Y al fin Karellen volvió la espalda al Sol diminuto.

FIN